APROXIMACIONES

A LA

MÍSTICA

Eric Tolone

APROXIMACIONES A LA MÍSTICA

Eric Tolone

PRELIMINAR

La mística, tal como proponemos abordarla, es una mística que salta por encima de los diferentes pliegues confesionales, al mismo tiempo que los engloba.

Muchas personas han confundido el camino con el objetivo a alcanzar. No nos sentimos obligados a cometer el mismo error.

Las religiones no son más que senderos que conducen a Dios. Dentro un sendero, encuentro una ayuda obvia, pero no le reconozco a ningún sendero el derecho a limitar y a aprisionar mi acercamiento a Dios con la camisa de fuerza de su dogmática. Soy un ser libre, caminando libremente hacia la Luz de mi Creador, que me llama a Él.

En cuanto a aquellos que podrían preguntarse de qué Dios estamos hablando, observaremos que, hoy en día solo aquellos que son presa de la estupidez del sectarismo, se imaginan que el Dios de los cristianos es diferente del de los hindúes o del de los musulmanes, o que en su inefable Trascendencia, no corresponde al Tao de los chinos o al Nirvana de los budistas.

A los no creyentes, no tenemos nada que decirles, excepto expresarles nuestra compasión. Están enfermos y desafortunadamente no podemos curarlos, porque el único médico que puede hacer algo por ellos es la Divina Gracia. Sin embargo, es posible para nosotros recordarles el mandato de los viejos Padres: "Orar para tener fe". Orar es llamar a la Gracia, es consultar al médico celestial. El médico celestial no es un dictador, respeta la libertad de sus criaturas, es por eso por lo que no puede hacer nada cuando alguien se niega obstinadamente a consultarlo y cuando se deleita en su enfermedad.

Lo que es particularmente absurdo es la existencia de un ateísmo militante. ¡Estas son almas enfermas que, no solo se niegan a tratar de curarse a sí mismas, sino que además hacen grandes esfuerzos por enfermar a otras personas!

¿En qué se diferencia la religión de la mística?

En esto: el propósito de la religión es establecer una relación entre el hombre y Dios. Esta relación se expresa a través de los ritos, de la sumisión a las Escrituras reveladas y de la devoción. La mística, tal como la concebimos, va más lejos; su objetivo es, a partir del desarrollo de la devoción, avanzar hacia la abolición de la distancia que nos separa de Dios, para unirnos a Él. La unión mística es, por lo tanto, el objetivo de la mística.

Así pues, puede haber una mística en el interior de cualquier religión, pero también puede haber místicos fuera e independientemente de las religiones, tal como nosotros proponemos. Un místico independiente que sea susceptible de integrarse en el contexto de cualquier religión.

Así entendido, la mística no es más que una expresión de esoterismo. Esoterismo que constituye el núcleo interior y esencial de un exoterismo religioso o que se superpone a él.

Una imagen desvalorizada de la mística ha sido propagada por quienes la redujeron a estados de trance extáticos o visionarios, más o menos dudosos, o incluso a la producción de fenómenos sobrenaturales, Si es verdad, que en el camino de los auténticos místicos, los éxtasis, las visiones o los fenómenos sobrenaturales pueden ocurrir, es completamente erróneo reducir la mística a este tipo de cosas que solo son consecuencias involuntarias y marginales, observables en algunos místicos, pero no en todos los místicos auténticos.

Por otro lado, tenemos una buena definición de lo que constituye para nosotros la pseudo-mística, cuando vemos a una persona en busca de estados de trance extático, visiones o fenómenos paranormales, o también quien convierte sus estados o sus fenómenos en una referencia espiritual, esto sin mencionar el delirio pseudo-místico observado en muchos pacientes mentales.

Siendo Dios la Realidad trascendente, eterna e inefable, la experiencia de la unión mística es una experiencia inefable que se encuentra más allá de cualquier estado de trance extático, más allá de cualquier visión, más allá de cualquier fenómeno natural o sobrenatural. La unión mística es una experiencia interior silenciosa, un despertar a la Realidad suprema, en la que uno se siente participar en la trascendencia y la eternidad Divina. Participación plenaria resultante de la comunión de esencia e identidad.

El objetivo de este libro es indicar un camino para que todos vivan esta experiencia sublime en la que se logra el verdadero propósito de la vida humana.

Para lograr este objetivo, proponemos una serie de textos relativamente cortos llamados “Aproximaciones", que sometemos a vuestra capacidad de reflexión, de recogimiento y de interiorización.

Como estos textos tienen un objetivo pedagógico, no dudamos en hacer múltiples repeticiones. El objetivo no es lograr una exposición "brillante", sino proponer un martilleo interior.

Con respecto a este tipo de texto, ningún buscador serio se contentará con una sola lectura. La lectura es para el buscador serio solo un medio para su recogimiento; es fácil de entender, que solo a través de múltiples lecturas, el que aspira a la Luz desarrollará poco a poco en él la capacidad de vivir, de una manera cada vez más clara e intensa, lo que solo se expresa por medio de las palabras.

Solo aquellos que usen este libro de esta manera, lo convertirán en una herramienta para la realización espiritual.

Que este texto constituya el "bastón" de algunos peregrinos.

La aventura que busca nuestra dimensión espiritual es la aventura más hermosa del mundo. Tienes en tus manos tu "billete" para el viaje.

APROXIMACIÓN A LA RENOVACION ESPIRITUAL

En la búsqueda de las realidades espirituales, no vamos a conformarnos con estudiar los catálogos propuestos por las diferentes religiones. Las respuestas que podemos encontrar en sus dogmatismos infantiles no podrían ser aceptadas por espíritus verdaderamente modernos.

Para nuestros antepasados, el problema de la elección era inexistente. Les bastaba con creer en la religión “oficial” del lugar al que pertenecían. Era un deber y el escepticismo debía permanecer en reserva, disimulado por una adhesión exterior total. Las guerras de religiones debían separar las buenas doctrinas de las malas. Nuestros antepasados aceptaban con ingenua incredulidad la creencia de que, en su tierra natal, militarmente se había revelado la más fuerte. En cuanto a los grupos heréticos y marginales, carecían de interés para ellos, ya que no tenían otra posibilidad que escoger entre varios sectarismos. Abandonar una religión para tomar otra, es dejar lo malo por lo peor. Por todas partes la misma estúpida pretensión al exclusivismo, siempre el mismo dogmatismo. La tolerancia actual es un progreso en el ámbito de la coexistencia pacífica. Pero, si los sectarismos religiosos han dejado de matarse entre ellos, no han perdido, por el contrario, nada de la estrechez de miras que los caracterizan.

Nosotros somos hombres modernos y queremos ser enteramente modernos. Es decir, totalmente nuevos.

Ya no nos sirven todas esas viejas historias. Si todavía hay gente que se queda en el atolladero del pasado y que no ha comprendido la mutación colectiva que se está operando ¡peor para ella! ¡No es a ellos a quienes nos dirigimos! Hablamos para los hombres del futuro, pues el futuro está ya aquí, para quien quiera ver.

Si las religiones se han anquilosado, ¿es la filosofía la que tiene ahora la palabra? Habiendo perdido hace mucho tiempo el camino de la intuición transcendente, la filosofía no es capaz de responder a las aspiraciones espirituales que nos preocupan.

El materialismo, el cientificismo y el ateísmo, son cosas del pasado, pertenecen a la generación de nuestros padres. Pero ya hemos dicho que nosotros queremos ser enteramente modernos. En cuanto a nuestro pensamiento, es post-religioso y post-materialista.

El materialismo marxista y el materialismo capitalista no nos convienen, estos dos sistemas, restrictivos con relación a las dimensiones espirituales del hombre, han demostrado ser incapaces de satisfacer sus más altas y esenciales aspiraciones.

Debemos atrevernos a inventar un nuevo espiritualismo. Esta invención no vendrá de la revelación de ningún profeta, deseoso de fundar una nueva iglesia, para reincidir así en los mismos errores del pasado. Este género de profetas abunda. Pero su mensaje se dirige a los

espíritus simples, que ignoran la acidez reveladora del razonamiento moderno.

Son muchos los que están dando forma a un nuevo espiritualismo con bases totalmente nuevas. Este nuevo espiritualismo que está a punto de nacer, es el resultado de una mutación a nivel de la consciencia colectiva. Esta es la razón por la cual, los que lo están elaborando no están unidos entre sí por ninguna clase de atadura. Sólo una cierta forma de convergencia permite constatar que pertenecen a la misma familia espiritual. Así pues, nuestra finalidad no es otra que la de sumergirnos en la gran corriente que se desliza silenciosamente por el mundo y preparar el amanecer espiritual del mañana.

Los odres viejos no convienen para el vino nuevo.

Por lo tanto, no vamos a elegir entre los diferentes dogmatismos, así como no intentaremos elaborar un nuevo sectarismo.

Nuestra espiritualidad será anti-dogmática, anti-sectaria. Será el resultado de una búsqueda libre y de la libre confrontación con diversos tipos de experiencia interior conocidos en el transcurso de los tiempos por los espiritualistas de diferentes obediencias culturales.

A pesar de que sea natural y necesario que los que saben enseñen a los que buscan, queremos una espiritualidad sin dirigismo. Una espiritualidad que no dé lugar al nacimiento de instituciones socialmente parasitarias. Una espiritualidad en la cual ningún clero, casta o categoría de individuos, pretenda detentar arbitrariamente las llaves.

Hemos terminado con la vana especulación de los eruditos que se pierden en las nubes de un esoterismo puramente libresco, con las promesas no verificables de los visionarios, encerrados en las representaciones mentales de una religión particular, no es un opio lo que buscamos. Nuestra espiritualidad quiere ser algo vivido aquí abajo y desde ahora.

Hemos terminado con las huidas fuera del mundo. Nuestra finalidad no es la de aislarnos de las impurezas de este siglo y de construir un arca de Noé en la que nos podamos refugiar. Nuestra intención no es la de, bajo pretexto de la búsqueda interior, incitar a la dimisión frente a las realidades científicas, sociales y políticas. Somos ciudadanos del mundo, y queremos permanecer firmemente arraigados en la arcilla de las cosas tangibles. Nuestra espiritualidad será una apertura a las realidades espirituales; pero esta apertura estará acompañada por una realización plena y perfecta de la condición humana.

Hemos terminado con los que desprecian el cuerpo, para quienes el gozo es algo malo. Con los que han elaborado edificios espirituales basados en la represión y con los que han establecido la famosa oposición entre espiritualidad y sexualidad. Nuestra espiritualidad será la de un desarrollo integral. No rechazando nada, lo espiritualizaremos todo.

Hemos terminado con el legalismo moral y con los códigos de conducta de la bienhechora burguesía. Nuestra espiritualidad estará basada en la espontaneidad del lenguaje del corazón.

Hemos terminado con la superstición del fetichismo hacia los libros sagrados, pues la verdad no puede estar encerrada en los libros por

muy venerables que sean. La verdad es algo vivo que habla en la consciencia de cada uno.

Hemos terminado con los ritos, los cultos y las ceremonias, pues nuestra espiritualidad no está basada en una participación exterior, sino en la vida interior.

¿Qué queda, preguntarás? Queda lo esencial. Lo esencial que los meandros inútiles de la superficialidad han sumergido en tantas consciencias.

Si nos parece urgente el descombrar las ruinas del pasado que nos impiden construir nuevos edificios, esto no quiere decir que nuestra espiritualidad sea una negación sistemática de las antiguas espiritualidades. Debemos desempolvar las antiguas formas de espiritualidad, para que aparezca más claramente lo que en ellas hay de eterno y universal.

Debemos, al mismo tiempo, apartar las antiguas estructuras de expresiones espirituales, para formular una espiritualidad adaptada a nuestro tiempo; y, por otro lado, asimilar y transmitir, lo que constituye la quintaesencia del mensaje de los sabios y de los místicos de oriente y de occidente.

La verdadera transmisión no es una repetición, es una recreación. Para ser herederos eficaces, seamos herederos revolucionarios. No nos atasquemos en las instituciones orientales u occidentales, que son el fruto de estructuras sociales y psicológicas pertenecientes a épocas pasadas. Vayamos a lo esencial, lo esencial que sabios y santos de todas las religiones no han dejado de revelar.

Sacudamos las escorias acumuladas en los depósitos del tiempo, para encontrar lo que no tiene edad.

APROXIMACIÓN A LA AUTORIDAD ESPIRITUAL

La Realidad espiritual es intangible, impersonal, inefable e incomunicable.

Cualquiera que hable sobre espiritualidad solo puede enseñar una forma de entender y comprender la Realidad trascendente.

Esta Realidad no puede ser definida, circunscrita y transmitida por ninguna enseñanza.

Creer lo contrario es estar en la confusión y concebir, de una manera no transcendente, la transcendencia misma.

La Realidad transcendente es una, pero las formas de acceder a su percepción son múltiples.

Un estudio comparativo de los diferentes sistemas espirituales demuestra la evidencia de esta afirmación.

La diversidad de los métodos de aproximación a la Realidad espiritual es el resultado de la diversidad de las personalidades, que han instituido y transmitido esos métodos, así como de la diversidad de los contextos históricos y culturales en el seno de los cuales han surgido.

Importa pues, distinguir lo que es universal, es decir, la Realidad inefable, de lo que no es más que la expresión de un relativismo personal y cultural, es decir, la multiplicidad de formas de acercarse a la percepción de esta Realidad inefable.

Todo lo que dice un Maestro con respecto al Absoluto es relativo, ya que lo que él expresa, lo expresa en el mundo relativo.

Y el Absoluto no puede estar circunscrito por lo relativo.

Toda enseñanza espiritual auténtica no es más que una expresión particular de acceso a la verdad eterna.

El Maestro, en la relatividad de su personalidad humana, ha alcanzado el conocimiento de la indescriptible Realidad Absoluta.

Su percepción de dicha Realidad Absoluta es idéntica, en diferentes grados, en su inefabilidad, a la percepción de todos los Maestros espirituales, cualquiera que sea su obediencia religiosa.

Por el contrario, todo lo que él dice sobre esa Realidad es relativo, pues constituye una expresión de su personalidad humana. Es la forma en la que su personalidad reacciona frente a la percepción de la Transcendencia y la interpreta.

El problema para cada uno de nosotros es alcanzar el Conocimiento de la Realidad Absoluta.

Si bien cada personalidad es única en el mundo, a través de las infinitas posibilidades de combinación de los elementos cósmicos, las estructuras psíquicas, en el seno de las cuales evolucionan las combinaciones psicológicas personales, se distribuyen de acuerdo con una variedad limitada.

Cada enseñanza espiritual se refiere a un cierto nivel, a una cierta capacidad de realización espiritual, determinada por un tipo de estructura particular.

Por lo tanto, dar una enseñanza espiritual es en definitiva enunciar lo que es válido para uno mismo y para todos aquellos que tienen el mismo tipo de estructura psíquica.

Esto es obvio y, sin embargo, es preciso recordarlo, porque entre los que enseñan, hay muchos que, debido a la estupidez inherente a la naturaleza humana, se imaginan que su enseñanza concierne a todos y no solo aquellos que pertenecen al mismo tipo de estructura que ellos.

¿Las estructuras psíquicas son inmutables?

No, no lo son. Existen cambios de estructura.

Aquellos que, a través de la evolución de sus componentes psicológicos, son conducidos de manera natural a cambiar su estructura, están en una encrucijada.

Deben elegir.

Elegir lo que, al nivel más elevado, al nivel más profundo de ellos mismos, independientemente de las influencias recibidas. Hemos dicho lo más elevado y lo más profundo, que no quiere decir lo más antiguo; pues puede suceder que lo que en nosotros es lo más nuevo, sea lo más profundo y lo más elevado.

También hay individuos que, habiendo recibido por un condicionamiento cualquiera, una estructura que no corresponde verdaderamente a su estructura personal, toman consciencia de ello y tratan de recuperar su propia estructura. Ellos también deben liberarse de las estructuras recibidas para ser ellos mismos

De todo ello resulta, que debemos tratar de lograr espiritualmente, lo que nos es posible realizar efectivamente al nivel de la evolución que es la nuestra en el momento.

Las aspiraciones espirituales que nos son propias, determinan nuestra capacidad de realización en este ámbito.

Comprender esto verdaderamente, por uno mismo, es saber que debemos darnos cuenta de las potencialidades de nuestra estructura. Encontrar nuestra vía y no la vía. Unirnos a nuestra verdad y no a la verdad.

La Verdad es única, pero los rostros que toma en su revelación, en el interior de las estructuras humanas, son múltiples.

Teniendo una estructura psíquica determinada, en esta enseñanza que llamamos Mayéutica, nos dirigimos a todos aquellos que tienen la misma estructura psíquica que nosotros. Para ellos, nuestras palabras pueden ser reveladoras, para ellos pueden constituir una enseñanza. Para ellos y no para todos.

Por lo tanto, es inútil que os detengáis por más tiempo en lo que decimos, si todo esto no resuena en vosotros. Si todo esto hace eco en vosotros, vuestra estructura psíquica no es la misma que la nuestra. Seguid vuestro camino y nosotros seguiremos el nuestro.

Una enseñanza espiritual, que nos hace descubrir cosas totalmente desconocidas puede sernos útil, pero no es verdaderamente interesante. La auténtica enseñanza no nos enseña nada, sino que revela, confirma, esclarece y precisa lo que ya sabíamos.

Descubrir nuevas cosas, es depositar en nosotros una semilla. Para que se pueda producir una fecundación al contacto con una enseñanza, es

necesario que la semilla ya exista previamente al momento del encuentro.

Por lo tanto, toda enseñanza es válida cuando lo que dice el iniciador lo podríamos haber dicho nosotros. Cuando lo que dice es lo que estábamos esperando que dijera, lo que pensábamos confusamente, pues el verdadero iniciador es un catalizador, que nos ayuda a desarrollar las potencialidades espirituales contenidas en nuestra estructura, pero que no trata de imponernos la suya.

Si frente a un iniciador no tienes esta impresión, no te engañes, no trates de absorber los elementos de una estructura que no es la tuya. Sólo conseguirás llenarte de confusión y ansiedad.

APROXIMACIÓN A LA MORAL

El estudio comparativo de diferentes religiones nos permite determinar dos tipos de prescripciones morales:

Las prescripciones fundamentales y las prescripciones relativas. Las prescripciones fundamentales son aquellas que tienen un valor universal, porque aparecen dentro de diferentes religiones en todas las épocas y en todos los lugares. Las prescripciones relativas, por el contrario, se han formulado en ciertas áreas culturales, pero no se observan en otras civilizaciones.

Algunos pensadores modernos y materialistas han declarado dogmáticamente que los valores morales y religiosos son el resultado de las estructuras sociales. Para apoyar su tesis, han citado como ejemplos las prescripciones relativas que, de hecho, son solo un elemento cultural estrechamente relacionado con el contexto social. Sin embargo, su razonamiento es erróneo ya que no han reconocido la existencia de prescripciones, de aspiraciones morales y religiosas fundamentales, que se pueden observar en diferentes épocas, civilizaciones y sistemas sociales muy diferentes. Así, una vez más, en este dominio, como en muchos otros, constatamos que una media verdad abusivamente generalizada, se convierte en un error.

Sin mencionar las convergencias en el nivel místico y esotérico que pueden discernirse fácilmente entre las religiones y permanecer solo en el nivel de la ética, diremos que, si bien ciertos principios morales tienen un valor universal, hay otros que no son más que la resultante de una coyuntura histórica determinada.

La reflexión nos lleva, por lo tanto, a declarar que, si bien los pensadores materialistas están equivocados, ya que han generalizado una observación parcial, sin embargo, los arquetipos religiosos en los que se basan los códigos de conducta morales, no deben ser aceptados sin reservas.

Apegarse a la letra de un ideal es siempre traicionar el espíritu.

Al apegarme a la letra de una formulación religiosa, me adhiero automáticamente a las prescripciones arcaicas, que tenían sus razones de ser, pero que ahora las han perdido.

Algunas mentes rebeldes, traumatizadas por una mala educación religiosa, han cuestionado los códigos de conducta religiosa. Pero lo han hecho con una pasión que es consecuencia de una falta total de lucidez. Para resumir las cosas de manera elíptica, diremos que su desafío era solo para justificar la licencia desenfrenada de todos los instintos. Así, en múltiples áreas, sexuales y otras, ha surgido un falso concepto de liberación. Estar totalmente dominado por los instintos e impulsos más groseros ha sido concebido como una liberación. No hace falta decir que este tipo de "liberación" es incompatible con cualquier movimiento espiritual. La espiritualidad nos propone avanzar hacia la superación de

la humanidad y no retroceder hacia la animalidad. Subyugar lo inferior y desarrollar lo superior, este es el objetivo.

Sin embargo, debemos observar que después de una degeneración fundamental, la educación religiosa, a menudo, se ha convertido en una fuente de represión, en lugar de ser un factor de evolución y realización individual.

En varias religiones, las prescripciones útiles y necesarias, en el momento de su formulación por la Encarnación divina, el Sabio o el Profeta que las dictó, se convirtieron, cientos de años después, en canas para el espíritu y balas para la evolución social; esto debido al apego autoritario a la letra de la Enseñanza.

Una pedagogía moral correcta debe, por un lado, distinguir claramente lo que constituye la ética fundamental, universal y eterna de lo que es solo una costumbre cultural, para no hacer que sobrevivan las prescripciones arcaicas; y por otro lado, no solo debe prescribir la actitud correcta, sino ayudar a otros a entender por qué esto o aquello es negativo. Su propósito debe ser despertar en cada uno la conciencia moral, mediante un conjunto de tomas de consciencia de las que emane la moral fundamental y universal.

APROXIMACIÓN A LA FE

Si consideramos que nuestra fe es el resultado de la adhesión a un dogma, si se limita a creer en la existencia de algo que nos resulta desconocido, nuestra fe vale bien poco. No es más que la adopción arbitraria de un conjunto de conceptos.

La fe verdadera es una certitud interior y esta certitud no es el fruto de una simple esperanza en una existencia hipotética. Esta certitud inquebrantable es la consecuencia de un conocimiento intuitivo. Podemos afirmar que Dios existe porque esta verdad la conocemos intuitivamente. Esta intuición no es racionalmente explicable, pues lo que hemos dado en llamar racionalidad, es un razonamiento humano. Por medio de la intuición, aprehendemos una Realidad que transciende la razón humana. Esta intuición tiene toda la fuerza y la evidencia de una percepción. Y eso es en realidad: una percepción intuitiva.

Las polémicas entre el que cree y el que no cree son, pues, estériles. No se trata de tomar partido a favor o en contra, ya que la fe no es el producto de un razonamiento, sino de la intuición.

Aquellos que han percibido intuitivamente la Realidad Divina, tienen fe, quienes no la han percibido, no la tienen. Así surge el problema de la fe, recibida como una gracia. O, para emplear un lenguaje diferente, se debe hacer una distinción entre los que son o devienen aptos para realizar la percepción intuitiva que engendra la fe y los que no poseen ese don.

De inmediato surge la pregunta: ¿se puede adquirir este don? Esto es cosa segura. Si no fuera así, cualquier enseñanza espiritual a los no creyentes sería una pérdida de tiempo.

¿Cómo podemos acceder a la intuición Transcendental por medio de la cual la fe nos será dada? ¿La Realidad espiritual será percibida por nosotros de manera intuitiva e inexplicable? (Inexplicable, pues las explicaciones son un producto del razonamiento).

Lo que debemos hacer es liberar nuestra intuición del aprisionamiento al que la tiene reducida la mente racional. La percepción intuitiva de lo Transcendente, testimonia una facultad sumamente sutil, que no puede manifestarse sin el silencio de los razonamientos.

Se requiere una desnudez, una humildad y un vacío interior. Mientras que permitamos a nuestra inteligencia recrearse de una forma exclusiva en la pesadez de los razonamientos, la intuición no puede lanzarse o refinarse para acceder a una percepción de lo Transcendente. La arrogante confianza en nuestras construcciones mentales bloquea nuestra intuición.

Para obtener la fe, cuando ella nos falta, es necesario desear su obtención y ponerse en un estado de receptividad. Debemos rezar para que nos sea concedida.

En cuanto a esos que se llaman creyentes y que a veces tienen dudas, es de temer que, o bien su fe no es más que una simple

concepción desprovista de la percepción intuitiva, o bien se produce en ellos una fastidiosa alternancia y que, no teniendo sino confusas intuiciones, estén periódicamente tentados de considerarla como una quimera.

Cuando la percepción intuitiva posee la fuerza necesaria, accedemos a un conocimiento nuevo, cuya claridad cegadora se manifiesta en una fe inquebrantable. Ningún argumento podrá hacer creer a una persona sana que lo que percibe con una evidencia natural, es inexistente.

Tener fe, por lo tanto, no es tener la esperanza de la existencia de una Realidad espiritual, sino tomar consciencia de la existencia de esta Realidad divina y omnipresente.

Ser salvado por la fe no significa ser salvado gracias a unas convicciones religiosas que no serán más que la adhesión a uno de tantos credos. Estamos virtualmente salvados por nuestra fe, pues ésta no es otra cosa que la clara e intuitiva percepción de la inefable Realidad.

La fe muestra el camino, es la luz que brilla en la noche e indica dónde se encuentra el mundo de la luz. Es la indicadora y la guía. Estamos salvados por la fe, pues es la fe la que nos ofrece la posibilidad de la salvación. Sin fe, no hay salvación. Pero, si bien, a partir del momento en el que la fe existe, la salvación existe, debemos caminar en la dirección de lo que la fe nos indica, para ser efectivamente salvados.

Si no llevamos a cabo la exigencia que está implícitamente contenida en nuestra fe, nuestra fe habrá sido en vano.

Por la fe tenemos la revelación de la existencia de Dios. Pero si Dios sigue siendo Dios y el hombre sigue siendo hombre, si ningún vínculo gnóstico o místico conecta al hombre con Dios, el hombre no habrá hecho otra cosa que entrever una posibilidad inaccesible.

APROXIMACIÓN AL RITUALISMO

Los ritos sagrados son a la vez simples, operativos, eficaces y profundos. Transmiten directamente una influencia espiritual que ayuda al aspirante en el camino de la iniciación.

El ritualismo es una degeneración del rito, es un rito convertido en algo confuso, asfixiante, sobrecargado de símbolos inútiles, ya que no se refieren al acto operativo de la transmisión efectiva de una influencia espiritual. Los liturgistas, a menudo, han complicado y apelmazado la ceremonia. Ésta se ha convertido en un formalismo vacío, convencional, no vivido desde el interior.

Independientemente de la esclerosis del rito que degenera en ritualismo, los ritos, incluso cuando están todavía vivos y operativos, son objeto de ciertas reservas, que trataremos de examinar.

La primera reserva es la de la superstición que a veces los recubre. Los ritos son supersticiosos cuando creemos que pueden provocar “ipso facto” la santificación, la salvación o la iniciación. Se trata en este caso, a pesar de todos los discursos que tratan de encubrirla, de una concepción bastante grosera y primitiva. La dimensión espiritual es imaginada como un mundo infantilmente antropomórfico y se piensa que ciertos gestos o ciertas palabras, tienen, de alguna forma, el poder de actuar mecánicamente sobre el destino espiritual. No es necesario remarcar la ingenuidad de dicha visión espiritual.

Todo el mundo sabe, que, en las vías tradicionales, los ritos han sido instituidos para dar una estructura simbólica al camino interior del adepto. Es cierto que los ritos, usados con clarividencia, pueden ayudar a la transmisión de la influencia espiritual, que constituye el motor central de la iniciación. Donde hallamos una grave deformación en la comprensión del fenómeno espiritual, es cuando la realización espiritual se concibe como dependiente de tal o cual tipo de rito, cualquiera que éste sea y cualesquiera que sean sus pretensiones u origen.

Una tal deformación es la consecuencia de la interpretación exotérica de una vía tradicional. En efecto, para el profano que contempla las cosas desde el exterior, lo que antes y más intensamente se le aparece, son, sobre todo, los signos visibles que son las ceremonias y los actos rituales. En esta percepción exotérica radica el error que consiste en invertir los valores, tomando los signos exteriores por el motor iniciático. Mientras que, evidentemente, los signos exteriores y rituales de una vía tradicional no son más que la consecuencia secundaria de un proceso interior.

Aquellos que no han comprendido claramente esto, se imaginan que lo realizado físicamente, es capaz de condicionar lo espiritual, debido a sus repercusiones psíquicas. Una concepción tal es justamente lo contrario de la verdad, pues la influencia espiritual parte de lo espiritual y atraviesa lo psíquico para alcanzar el mundo físico y no al contrario.

Los ritos pueden constituir una ayuda interesante, ya que sirven de soporte para la transmisión iniciática de la influencia espiritual, o de estructura para la práctica que prevé integrar el Despertar en el seno de la vida cotidiana. Esta ayuda, aunque generalmente útil y necesaria, nunca es fundamental. La superstición comienza cuando creemos esto y cuando los ritos, en lugar de sostener y reforzar la trayectoria espiritual, pretenden ser el motor esencial de ésta.

La segunda reserva se relaciona con los ritos que tienen como finalidad y efecto el ser vínculos de la comunidad. Toda sociedad humana en su funcionamiento descansa sobre un conjunto de ritos. Estos ritos existen en el mundo moderno, a pesar de que están desacralizados y ya no son llamados así. Pero, ¡debemos saber de lo que estamos hablando! La sociología es una ciencia muy interesante que estudia los ritos comunitarios de las sociedades arcaicas y modernas. Algunos de estos ritos comunitarios pueden ser muy emotivos, curiosos o significativos, pero todo esto no tiene nada que ver con la espiritualidad.

La espiritualidad se desprende de la relación entre Dios y el hombre y no de las relaciones entre los hombres.

La tercera reserva concierne a los ritos que, en realidad, son procederes destinados a difundir energías. Este tipo de ritos es utilizado con fines mágicos por aquellos cuya preocupación es el poder, no la espiritualidad.

En el ámbito de las cosas espirituales, lo que importa que difundamos es el amor y el conocimiento de Dios, así como la influencia que ayuda a otro a introducirse en este amor y este conocimiento. Tal es el criterio que permite distinguir los ritos mágicos, de los ritos espirituales.

La cuarta reserva se refiere a los ritos que constituyen un medio para entrar en comunicación con poderes psíquicos, cósmicos o sobrehumanos. Estos poderes y sus influencias parecen maravillosos, interesantes o necesarios a quienes todavía no han entrado en relación con el Maestro de todos los poderes.

Todas las influencias psíquicas que puedo recibir de los ritos son, en el mejor de los casos, es decir, en el caso en el que ellas tengan una intención espiritual, canales utilizados por el Señor para prodigar y difundir su Gracia.

Pero, ¡estos canales siguen a menudo un curso repleto de meandros inútiles! ¡estos son canales que acarrean aguas contaminadas por muchas individualidades! ¿Por qué tienes necesidad de vías indirectas, cuando es tan fácil beber en la fuente de todas las energías espirituales, con una simple toma de consciencia? Quien entra en comunicación con el Señor, ya no tiene necesidad de las vías tortuosas que invocan en sus ritos a fuerzas o influencias psíquicas.

Entrar en comunicación con el Señor y abrirse a Él, es algo muy simple, pues Él está más cerca de mí que todo lo que me es lo más próximo.

La quinta reserva tratará de los ritos que por desvitalización no son más que signos simbólicos. El propósito de un signo es indicar una dirección. ¡No os detengáis mucho tiempo delante de los rótulos indicadores! ¡Marchad hacia la ciudadela!

El propósito de un símbolo sagrado es expresar una verdad. Habiendo comprendido la verdad, no debemos permanecer en la contemplación beata de su formulación simbólica. Debemos comprender la verdad interiorizándola.

La forma puede indicarnos lo informal, pero solamente sobrepasando la forma alcanzaremos lo informal. Quien se retrasa en la forma, se arriesga a ser absorbido por ella.

No despreciéis los símbolos, pues son un signo para los que todavía no saben y una ayuda para los principiantes. Pero, tú que sabes, abandona rápidamente toda clase de simbolismo que no refuerce tu Despertar a la Ultima Realidad informal.

Hay un apego a los ritos. Hay un apego sentimental hacia las formas exteriores de la religiosidad. Romped este apego y sobrepasad los ritos inútiles y petrificados. Entrad en la comunión silenciosa, más allá de toda tradición, más allá de todo símbolo. ¡Id hacia la pura Luz informal!

Esta Luz está justo encima de ti.

Todo intermediario es un obstáculo.

Si un rito te lo muestra, y refuerza tu comunión con Él, bendícelo y utilízalo.

Si un rito no te es de ninguna ayuda en el camino de esta toma de consciencia, aléjate de él.

APROXIMACIÓN A LAS ESPECULACIONES

Muchas personas que parten en búsqueda de la espiritualidad, caen en la trampa de la mente. Confunden búsqueda espiritual con la erudición. La espiritualidad comienza cuando la mente ha sido superada y entramos en una silenciosa comunión con lo inefable. La búsqueda espiritual consiste en expandir esta comunión de modo que impregne, poco a poco, la totalidad de nuestra existencia. La erudición, incluso si se refiere a cosas espirituales, religiosas, teológicas, teosóficas, metafísicas, esotéricas, filosóficas o iniciáticas no es otra cosa que un engreimiento de la mente. No hay que dejarse engañar por la coloración de la mente La mente puede estar teñida por preocupaciones de orden espiritual, pero una coloración espiritual de la mente no debe confundirse con una espiritualidad auténtica. Que la mente esté preocupada por la espiritualidad, la ciencia, la estética, la política... importa poco desde el punto de vista trascendente, ya que sea cual fuere el tipo de coloración y la amplitud de conocimientos que la provoca, no importa. No hay una sombra de espiritualidad auténtica en la avidez mental que incita a esta búsqueda.

Así como la función sexual tiene avidez de copulación y la función nutritiva de alimento, la función mental tiene avidez de erudición y de especulación. Es importante tomar consciencia de esta avidez, observando la mente cuando reclama su dosis de alimentación libresca. Toda avidez es ciega y mecánica. Caer bajo su dominio es un acto degradante. Utilizar las pulsiones para actuar, tal debe ser nuestro papel de hombre. Pero dejar que una o varias pulsiones tomen un lugar exagerado en nuestra vida, invertir en ellas esperanzas insensatas, permitirles que nos posean y convertirnos en sus instrumentos, es perder el rango de hombre para regresar a un estadio infrahumano.

Muchos eruditos no son más que “animales del papel”. Su erudición no es un instrumento, sino una obsesión que impregna toda su vida. Una impregnación excesiva trae consigo la contaminación. Su existencia está contaminada por la erudición que les impide ver y saborear la vida real. Todo lo que perciben, se encuentra envuelto por una erudición omnipresente. Tales personajes están enfermos. Al igual que aquellos que están obsesionados con el sexo, el estómago o la cartera.

Si bien la espiritualidad verdadera puede acompañarse de una búsqueda cultural, ésta no la necesita y, sobre todo, no deben confundirse entre con ella.

Aquellos que caen en la trampa de la mente cometen esta confusión y se hacen muchas ilusiones. Los vemos a veces manifestar un cierto desapego hacia las cosas terrestres, lo que se malinterpreta como un signo positivo. En realidad, caen presa de la sed devoradora y apasionada de sus mentes. Su desapego hacia ciertas pasiones no es más que el producto del desarrollo intensivo de otra pasión, igualmente

terrenal, que toma un lugar preponderante en su personalidad, terminando por eclipsar más o menos totalmente al resto de las otras pasiones. ¡Desarrollar una pasión en detrimento de las otras, no tiene nada que ver con el desapego!

La mente, este mono inteligente, sabe camuflarse muy bien, sabe cómo disfrazar una investigación libresca y hacerla pasar, a los ojos de quien se abandona a ella, por una verdadera búsqueda espiritual. La simplicidad de los hechos, a saber: el abandonarse a una sed cultural, generalmente se encuentra enmascarado por múltiples afirmaciones, gracias a las cuales, el individuo adquiere una buena opinión de sí mismo y de su actitud. Reconocer que la búsqueda de la erudición procede de una avidez, es poder liberarse de los lastres de la mente. Para reconocer este hecho, se han debido barrer todas las patrañas, las falsas motivaciones y justificaciones por medio de las cuales la mente engulle a los que se entretienen en ella.

Las ambiciones de la mente son desmesuradas. Todo estudio es interminable. Cuanto más se estudia un tema cualquiera, más nos damos cuenta de la enormidad de cosas que todavía quedan por aprender o descubrir.

Aquel que sigue las pulsiones de la mente se encontrará embarcado en una empresa interminable en la que invertirá todas sus fuerzas, y arruinará su vida.

Hay espiritualistas que buscan mentalmente la verdad, imaginándose estúpidamente que ésta reside en la acumulación del saber libresco. Muchas son las absurdas concepciones que hay que asimilar. Pero la mente goza secretamente de esas complicaciones, del mismo modo que el deportista se exalta ante la dificultad de la prueba. Observad a los espiritualistas eruditos sumergidos en la búsqueda de las causas primeras, de las leyes cósmicas, de las fuerzas ocultas, de los diferentes planos del universo, de las subdivisiones de la individualidad humana, del devenir después de la muerte... No deben ser compadecidos porque estudien estos temas, sino porque esperan progresar espiritualmente gracias a sus esfuerzos, mientras que lo único que hacen es enriquecer la mente. Este tipo de estudios no es nefasto en sí mismo y aquel que ha superado la mente, puede estudiarlos como puede realizar cualquier tipo de actividad humana: con lucidez y desapego.

Querer proscribir la erudición en nombre de un desapego mal comprendido o de una pobreza de espíritu mal interpretada, es tan erróneo como sucumbir a sus fascinaciones ilusoriamente prometedoras. Ciertas personalidades están predispuestas a la erudición de forma natural, es lógico que se den a ella. Pero, considerando las cosas a partir del nivel Trascendente, todas las actividades tienen un valor equivalente. No son más que elementos diferentes del gran escenario existencial. La única cosa importante a nivel humano, es saber si al leer un libro o al lavarse los dientes, se es consciente de la Realidad trascendente y si vuestro espíritu está iluminado por esta Realidad. En la medida en la que no se esté Despierto a esta Realidad, se vive en las tinieblas y el error. ¡Qué importa que estas tinieblas estén pobladas de libros o de cepillos de dientes!

El peligro de los estudios llamados “espirituales”, reside en el hecho de que aquellos cuya mente está coloreada de nociones espirituales, tienen tendencia a confundir coloración espiritual de la mente y verdadera espiritualidad. Debido a esta confusión, la búsqueda espiritual se confunde con la profundización de las concepciones adoptadas. Mientras que el verdadero nivel espiritual está más allá de las palabras y de los pensamientos, cada año se escriben bibliotecas enteras sobre los conceptos espirituales o filosóficos que segrega la mente.

No se trata por supuesto de plantear una controversia, tan inútil como interminable o entregarse a la ilusión de demostrar qué filosofía es mejor o qué tradición es la más fiel o qué nueva revelación es más verídica. Tales enfoques están condenados de antemano al fracaso, pues la diversidad de doctrinas es el reflejo de la diversidad de personalidades. Esta diversidad procede necesariamente de la unidad, por lo que el universalismo espiritual perdura más allá de todos los sistemas religiosos y sectarios, en el indescriptible silencio iluminador.

La percepción espiritual a la que cada uno debe tender, se manifiesta en la superación de todas las conceptualizaciones.

Comprendamos esto, comprendámoslo incluso si esta comprensión nos desagrada mucho. Ninguna investigación erudita podrá encaminarnos hacia la Verdad. Buscando con la mente no encontraremos más que los contenidos de la mente. La mente es como una esfera, contra más la alimentamos, más se hincha. Cuanto más lejos vaya nuestra búsqueda mental, más retrocederán los límites del horizonte mental. No hay final posible en la búsqueda mental. Estáis encerrados en una circunferencia cerrada y buscáis una puerta que no existe. La Realización trascendente se alcanza trascendiendo todos los componentes de la personalidad. Si os entregáis a un nivel cualquiera de esta personalidad, el camino a la Trascendencia se os cerrará.

Prisionero de la mente, confundirás a Dios con la idea de Dios, las especulaciones espirituales con el camino espiritual, la comprensión de las nociones trascendentales con la percepción de la Realidad trascendente.

El orgullo de la mente hace necesaria la desconfianza. La mente pretende englobarlo todo. Está dispuesta a añadir lo que haga falta en su interior, pero teme a su propia superación. Está dispuesta a asimilar la idea de su superación y a ordenarla en una de sus estanterías. Todas las ideas le interesan, son nuevas adquisiciones. La idea de su superación no le molesta en la medida en la que la aceptación de este concepto, eluda la exigencia de una superación real. Pero la superación de la mente no es una teoría o una esperanza que debemos añadir a otras concepciones. Es una necesidad realizable desde este mismo momento. Si escucháis a vuestra mente, os dirá que es algo muy complicado y difícil y así, utilizando diversas teorías, tratará de postergar dicha superación para tiempos mejores.

En realidad, la superación de la mente es quizás una operación sutil, ya que la mente debe deshacerse de sus hábitos, pero no es difícil. Para lograrlo basta con dejar de ser su víctima. Tomemos consciencia de la resistencia que opone a su superación segregando teorías falaces. Cuando hayas contemplado interiormente los esfuerzos de la mente para

engañarte, cuando sus tentativas te parezcan irrisorias y pueriles y cuando no olvides el conocimiento que emana de esta observación, entonces, el señor se habrá convertido en esclavo y el esclavo en señor.

No se trata de eliminar la mente, como no se trata de eliminar el cuerpo. Debemos dejar de ser los prisioneros de la personalidad, rompiendo los círculos sucesivos en el centro de los cuales nos encontramos atrapados. El error consiste en identificarse a los pensamientos que no son más que los contenidos del círculo de la personalidad psíquica. Identificándome a los pensamientos, me imagino que la búsqueda espiritual consiste en barajar, seleccionar y desarrollar pensamientos. Por el contrario, cuando se logra la Liberación interior, la mente superada deja de ser el gran ilusionista que nos retenía en las redes del error original, para convertirse en un instrumento muy útil en el seno del juego existencial relativo.

Para utilizar eficazmente la mente, hay que dominarla y para dominarla, hay que superarla. Quien está encerrado en la mente es incapaz de dirigirla. Errará en las fantasmagorías de este laberinto. Superar la mente es llegar al silencio, comprender que, para conocer, no hace falta nada, física o mentalmente. No es buscando como se encuentra. Es cesando interiormente toda clase de búsqueda como se realiza el propósito de la búsqueda espiritual. Buscar, reflexionar, especular es provocar en el interior de la mente torbellinos obnubilantes. Es preciso que la mente se calle, abandonando todos los movimientos internos, para volverse transparente. Cuando la mente es transparente, la luz de lo Real puede manifestarse.

El estudio de las enseñanzas espirituales es una acción al nivel mental. Sería ridículo esperar que por medio de una acción física alcanzáramos la Transcendencia. También sería ridículo esperarlo de una acción mental. Las enseñanzas espirituales son válidas en la medida en la que nos enseñan que debemos sobrepasar la mente y nos encaminan hacia la experiencia interior del silencio, de la paz inefable. Pero si contrariamente a esto, alimentan y seducen a la mente, son malas enseñanzas, qué importa si las nociones que enseñan son reales. Pretendiendo ser espirituales, esas enseñanzas os traicionan, pues os alejan de la Realidad espiritual. Refuerzan vuestro aprisionamiento, en vez de ayudaros a salir de lo que debe de ser superado.

A orillas del silencio, se sabe que toda erudición es insignificante, frente a la inmensidad presente en cada instante. Contemplando el infinito, podemos jugar con la mente sin tomar en serio esta pequeña función.

APROXIMACIÓN A LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES

¿A qué llamamos ejercicios espirituales?

A los métodos de concentración, de visualización, de meditación, de contemplación, de oración, de recitación y de purificación cuya motivación es la espiritualización y no la obtención de algo perteneciente al mundo físico o psíquico. En ciertos medios llamados "iniciáticos", existe una verdadera superstición hacia los ejercicios espirituales.

En esta superstición, se imaginan que es posible realizarse espiritualmente por la realización de ciertos ejercicios que, de alguna forma, se añaden a su vida.

El infantilismo de esta superstición aparece claramente a quien, honestamente, se plantea la siguiente pregunta: ¿en qué consiste la realización espiritual?

No puede consistir en la introducción de pequeñas prácticas en nuestra existencia.

Evidentemente, es la persona entera la que debe transformarse y espiritualizarse.

Elegir una disciplina tradicional menor, no demasiado difícil, que prescriba la realización de algunos ejercicios espirituales y el respeto a ciertas normas de conducta. Una disciplina menor, que nos permita, implícitamente, considerarnos que formamos parte de una élite o que pertenecemos al rebaño de elegidos.

Tal es la maniobra de seguridad y compensación psicológica adoptada por algunos.

El gran peligro de los ejercicios espirituales reside en permitir que la gente tenga una buena imagen de sí, sin ponerse en tela de juicio, sin comprometerse con una transformación integral.

Una transformación integral no puede ser obtenida sino por medio de una disciplina integral. Llevar a cabo varias veces al día uno o varios ejercicios espirituales, durante un lapso de tiempo determinado, es una disciplina indispensable, pero no es una disciplina integral.

Una disciplina integral impregna totalmente toda nuestra vida. No se reduce a la realización de unos cuantos ejercicios, sean los que sean, sino que se realiza o tiende a realizarse en cada instante. Es cierto que se trata de una exigencia extrema, pero precisamente, en la intensidad de esta exigencia, es donde se encuentra la posibilidad de realización espiritual.

Los ejercicios espirituales, realizados en diversas ocasiones en la vida cotidiana, constituyen una ayuda en el camino de la disciplina integral. Estructuran espiritualmente cada día y le dan una tonalidad favorable.

Sin embargo, cualquiera que sea el valor de los ejercicios realizados, una espiritualidad desprovista de la exigencia de una

disciplina integral, es como un hombre sin columna vertebral: todo en él es blando, inmóvil y sin verticalidad.

Se resume a unas cuantas concepciones, un poco de sentimentalismo enternecedor y vagas intuiciones. Las experiencias espirituales, que se manifiestan, de vez en cuando, son esporádicas y se sitúan fuera del contexto de la vida cotidiana. Tenemos a un lado la vida cotidiana y al otro lado, la espiritualidad, constituyendo ésta última, una especie de superestructura que ha sido añadida a la existencia. Para que la vida sea transformada en su totalidad de manera profunda, debemos tener la preocupación cotidiana y constante, de introducir el Despertar a la dimensión espiritual en todas nuestras actividades de manera sistemática.

Esta preocupación es necesaria, porque somos increíblemente estúpidos, porque conociendo por propia experiencia la felicidad y la libertad, que nos da la percepción espiritual, la olvidamos para recaer en el sufrimiento y la esclavitud. ¿De dónde nos viene esta imbecilidad? De los automatismos mentales que han sido inscritos en nosotros. Luchar contra la rigidez de los automatismos, que nos aprisionan, es la finalidad de una disciplina integral.

Quienes se imaginan que ciertos ejercicios desembocan mecánicamente en una especie de realización espiritual, han decidido instalarse en la autosatisfacción de cumplir con esa tarea.

Entonces, la ayuda que representan esos ejercicios espirituales se transforma en una trampa de una temible sutilidad. La aspiración para sobrepasarnos, la llave de la transcendencia, se encuentra miserablemente deformada por el horizonte impermeable de una personalidad perfeccionada.

El perfeccionamiento, por muy sublime que sea, no es más que una mejora interna. Mediante la práctica de ejercicios espirituales, el hombre puede llegar a ser psicológicamente muy poderoso, muy refinado o muy puro, pero permanecerá desesperadamente encerrado en sí mismo.

Aunque el perfeccionamiento favorezca y prepare la realización, la realización espiritual no es el resultado de ningún perfeccionamiento, sino de un proceso de sobrepasarse.

Para sobrepasarse, debe tomarse un punto de apoyo situado en el exterior, y gracias a este último, salir de las estructuras en las que uno se encuentra. El Despertar a la dimensión espiritual, constituye el punto de apoyo que nos sacará de nosotros mismos y nos encaminará hacia la realización espiritual.

El Despertar no es la resultante de un ejercicio espiritual. Puede manifestarse durante la ejecución de uno de estos ejercicios, y a causa de ello, imaginarse confusas coincidencias. El Despertar es una simple toma de consciencia.

En la realización de un ejercicio espiritual, la personalidad es activa, es ella la que lo realiza.

En el Despertar, la personalidad es pasiva, ella no realiza nada, hay simplemente toma de consciencia de lo que existe.

La toma de consciencia pasiva del Despertar provoca una apertura y una receptividad a la dimensión espiritual, cuyo influjo está siempre listo para expresarse, para comenzar su proceso de regeneración.

Habiendo comprendido esto, sabremos que la más alta disciplina, la que engloba a todas las otras, las motiva y las justifica, la que conviene tanto al debutante como al adepto experimentado, esta disciplina es la de la búsqueda del estado de gracia en cada instante.

Constantemente estamos en estado de gracia o en estado de pecado. Estamos en estado de gracia cuando permanecemos conscientes de la existencia de Dios y permeables a Él. Estamos en estado de pecado cada vez que lo olvidamos.

Tened consciencia de Dios, buscad tener consciencia de Dios, recordaros constantemente que debemos tener consciencia de Dios.

Esta es la única disciplina esencial y primordial por la que se debe luchar constantemente.

En relación con esta necesaria búsqueda constante de la toma de consciencia de lo Divino, todo ejercicio espiritual válido, constituye una ayuda necesaria, pero no fundamental.

Esto no significa que los ejercicios espirituales deban ser descuidados. Establecen y mantienen un contexto interior favorable a nuestro Despertar a Dios.

Por lo tanto, el recurso a los ejercicios espirituales es indispensable para llegar a una impregnación integral del Despertar en la totalidad de la vida cotidiana.

Pero si los ejercicios espirituales son pilares para la luz, cuando los utilizamos para ayudarnos a permanecer constantemente conscientes de Dios, se convierten en obstáculo cuando pretenden contener la realidad espiritual.

En nuestra consciencia de lo Divino, encontraremos el Conocimiento, el Amor y la Guía.

APROXIMACIÓN A LOS DIFERENTES ASPECTOS DE LO DIVINO

Nuestra forma de aprehender lo Divino es, a menudo, parcial. A través de nuestras experiencias interiores, nos acercamos a este o aquel aspecto de la Realidad Divina y, a menudo, ignoramos otros aspectos de lo inefable. Algunas Tradiciones, que conocen solo uno de los rostros de lo Divino, miran con recelo las Tradiciones, que han tenido la revelación de otro aspecto de lo inefable. Así se establecen estúpidas disputas...

Pero, alejémonos de todas estas enfermedades humanas y veamos lo que puede ser una percepción de la Totalidad Divina.

Lo Divino es ese silencio inmutable de pura trascendencia, ese Eternamente inmóvil, informal, incondicionado y no manifestado, que permanece en sí mismo más allá de todo.

Pero lo Divino es, también, ese pensamiento inteligente, activo y constructivo, multiforme y ambivalente, que engendra el cosmos y constituye la sustancia viva y la energía de este último.

También es esta Conciencia única, Omnipresente en el interior de todas las formas de vida, material e inmaterial, desde la más simple hasta la más compleja, en lo infinitamente grande como en lo infinitamente pequeño.

Pero, lo Divino es, también, esta influencia redentora que, todo amor y luz, impregna el universo, para permitir que, las formas de vida, cuya inteligencia se ha individualizado, en los mundos físico y psíquico, progresen espiritualmente hacia la participación en su gloria.

Comprended que estos cuatro aspectos de lo Divino: Trascendencia, Pura Sustancia Universal, Conciencia Inmanente e Influencia Redentora, no constituyen realidades separadas.

Es la función analítica de nuestra mente la que tiende a hacer que se conciban de forma separada.

Dios es todo eso, de manera conjunta, inseparable y simultánea.

Hablar de los aspectos de Dios es, en sí mismo, engañoso, porque Dios es UNO.

La Realidad Divina lo abarca todo y lo contiene todo. Ella es el Todo y más allá de Todo.

Dejad de dividir a Dios, de concebir o de ver solo este o aquel aspecto de Él.

Ved al Señor supremo, como una realidad de la cual todos los aspectos son inseparables.

Elevad y ampliad vuestra mirada interior, para contemplar la Totalidad de lo Divino.

El Dios trascendente, el Dios creador, la Divina sustancia universal, la Divina energía cósmica, el Dios destructor, el Dios inmanente y el Dios redentor, son uno y el mismo Dios.

Ellos son el Señor.

El único Señor.

Hasta que no hayamos alcanzado la percepción de Totalidad y la Unidad Divina, tres vías se abren frente a nosotros, tres vías que podemos armonizar en una síntesis, pero que nos parecen tres formas distintas.

La vía del conocimiento, que es la percepción de lo trascendente inmutable.

La vía de la devoción, que es la relación mística entre el hombre y lo Divino.

La vía de la acción, que es el cumplimiento de la voluntad divina en el mundo manifestado.

La percepción de estas tres vías, como realidades separadas, es una consecuencia de las enfermedades analíticas de la mente. Pero hay una visión más elevada.

En esta visión, en el mismo instante, nuestra conciencia está inmersa en el silencio de lo inmutable trascendente; paralelamente a esta inmersión de la conciencia, la mente y el corazón del hombre expresan su relación de amor con Dios; mientras que conjuntamente, todos los fenómenos del universo y todas las acciones del hombre se perciben como manifestaciones conscientes de lo Divino.

En esta visión, la gnosis, el misticismo y la acción ya no existen como realidades separadas.

Solo hay un Despertar Integral a la Realidad Divina. Despertar que lo engloba todo.

¡Elévate hasta allí!

APROXIMACIÓN AL DIOS REDENTOR

Por su influencia salvadora, Dios se manifiesta dentro de su propia creación y se convierte en el salvador de los hombres.

Esto significa que, después de haber forjado en la sustancia de su pensamiento formas de vida dotadas de su consciencia, la cual se ha subdividido en innumerables fracciones individualizadas, no se ha limitado a esto, y se manifiesta en el interior de su propia exteriorización psicológicamente sustancial, para enseñar a estas individualidades inteligentes que son los hombres.

Mediante su enseñanza, el Señor revela el proceso de espiritualización, a través del cual dichas individualidades humanas pueden iniciar un camino que, en esta vida y más allá, les permitirá participar en la dicha inconmensurable, resultante del conocimiento integral de su Naturaleza trascendente. Porque, si Dios en su creación da a luz a individualidades conscientes, es para permitirles, al final de un proceso evolutivo, participar en su Bienaventuranza eterna.

Es gracias a la influencia redentora, que Dios vierte en su creación, que la individualidad consciente del hombre tiene la oportunidad de acceder y participar en la trascendencia Divina.

En otras palabras, la manifestación Redentora de Dios es el camino que conduce a la inmutabilidad trascendente de Dios.

Esta manifestación Redentora es la gracia Divina, que opera en los corazones de los hombres y los atrae hacia él.

Algunos hombres están completamente habitados por la inspiración Divina, la influencia Redentora ha impregnado tan integralmente su personalidad humana, que constituyen una verdadera encarnación del Dios redentor.

Son a la vez hombre y Dios, porque en ellos el hombre y la manifestación redentora de Dios se han unido en una simbiosis sublime.

Estos hombres entre los cuales, sin ninguna pretensión de dar una lista exhaustiva, podemos citar: Zaratustra, Confucio, Lao Tse, Buda, Shankâra, Râmânuja, Gurú Nanak, Pitágoras, Moisés, Jesucristo, Mahoma, Baha'u'llah, Parasurâma, Rama, Krishna, Mahavira, Tsong-Kapa, Manes, Hermes, Orfeo, David, Salomon, Hakim... son los faros redentores de la humanidad. Son encarnaciones del mismo y único Dios Redentor, porque en cada hombre espiritualmente realizado, Dios habla y enseña.

¿Está Dios presente de manera idéntica, en cada hombre inspirado? No, por supuesto, cuanto más sumisa y receptiva a lo Divino es la personalidad, más lo Divino está presente. Algunos son totalmente sumisos, completamente abiertos a la gracia y, por lo tanto, la Manifestación del salvador los impregna completamente, como el agua empapa una esponja. En otros quedan aspectos de la personalidad que no están impregnados por lo Divino. Por lo tanto, hay una escala completa desde la encarnación total de lo Divino en un hombre, hasta la

encarnación parcial, transitoria y efímera. No intentemos determinar la proporción de la plenitud de la encarnación Divina, que se ha manifestado en los grandes Maestros fundadores de las religiones. Tal enfoque solo se basaría en una serie de juicios arbitrarios y este sería un terreno fértil para las polémicas estériles. ¿Quién, si no Dios, podría saber lo que está sucediendo en el misterio de las conciencias?

Desde el comienzo de la historia humana, Dios en su aspecto de salvador, se ha encarnado de manera episódica en la humanidad; y hasta la finalización de esta historia, él continuará encarnándose en ella. Cada vez que la Revelación Divina se vuelve oscura, se incorpora a una personalidad humana receptora, para reavivar la llama del conocimiento. Todas las tradiciones recuerdan piadosamente a los Grandes inspirados, a través de los cuales Dios ha revelado el camino que lleva a Él. Lo que ocurre es que una tradición solo conoce al o a los grandes fundadores inspirados de su propia escuela espiritual. Por la intervención de la parcialidad sectaria, el resultado es que muchas tradiciones se niegan a admitir la existencia de las manifestaciones del Redentor Único en otras tradiciones. Así, por ejemplo, para el judaísmo, Moisés es el más grande, para los cristianos, el Cristo es el único, para el Islam, Mohammed es el último. Lo que es cierto para las grandes religiones también es cierto para las sectas pequeñas, que se aferran agresivamente a una manifestación parcial de lo Divino. Es a la vez triste y divertido notar que el hombre, por su sectarismo, trata de imponer ficticiamente un límite a la Manifestación Redentora de Dios. El cree en la manifestación o en el descenso encarnado del salvador en un hombre, en aquel que ha fundado la tradición a la que pertenece, pero se niega a concebir, que este mismo Salvador, en su eternidad, haya podido manifestarse en la humanidad, antes de la fecha histórica que marca el nacimiento de la encarnación divina a la que dedica un culto. Del mismo modo, se niega a considerar que se manifiesta en otros hombres, después de la muerte de esta misma encarnación. O aún más, que pueda manifestarse y encarnarse simultáneamente en varios hombres, lo Divino obviamente no está sujeto a contingencias espaciales. En resumen, según ellos, Dios es todopoderoso, excepto en este preciso punto, en el cual debe obedecer a los deseos e ilusiones de los teólogos. Como podría esperarse, los sectarios, que rechazan la pluralidad de las manifestaciones divinas en la humanidad, utilizan varios argumentos para apoyar su opinión, a menudo basados en la exégesis y la manipulación abusiva de las Escrituras. No hay peor ciego que aquél que no quiere ver.

¿Es tan difícil entender que esta pluralidad, además afirmada en varias Sagradas Escrituras, se suma a la gloria de Dios, en lugar de limitar arbitraria e injustamente, la encarnación de la compasión divina en tal o cual momento histórico?

No es necesario clasificar las Manifestaciones Históricas del Salvador en un orden ascendente de cronología, lo que significaría que es la última Manifestación la que da la enseñanza más alta o más completa. Esta teoría es interesante para los sectarios relacionados con una tradición reciente. La enseñanza del Salvador es siempre la misma en el nivel esotérico. Solo son las formas de presentación religiosa las que varían según las contingencias temporales. Desde el principio de los

tiempos, el Señor enseña la misma verdad, y toda nueva Revelación es una repetición, que disipa las obscuridades acumuladas dentro de la humanidad, por la esclerosis de lo que, previamente, se había enseñado de manera luminosa.

La enseñanza de cada iluminador de la humanidad comprende dos aspectos. Un aspecto fundamental, esotérico, que es la actualización, la repetición y la revelación de la Eterna Verdad única y trascendente. Un aspecto contingente, exotérico, que es la expresión de una práctica que conduce a esta verdad. O si lo prefiere, ya que significa lo mismo, la práctica condicionada: adaptada al contexto cultural, social e histórico de la época en que se instituye. Este aspecto contingente explica la necesaria multiplicidad de formas de religión, que conducen a la Realidad Divina Única.

Se deben evitar tres errores: el apego sectario a una forma religiosa, la negativa a reconocer el arcaísmo y la falta de adecuación de ciertos aspectos de las viejas formas religiosas, y el deseo de unir todas las formas religiosas en un vasto sincretismo.

Estos tres errores tienen por mismo origen la fijación en las formas religiosas, que son útiles en su contexto, pero circunstanciales en sí mismas, y el desconocimiento de la unicidad Esotérica eterna de toda religión.

Quien comprende esto comprende que el objetivo no es encerrarse en esta o aquella forma religiosa; o en crear una nueva forma religiosa sincrética, sino en alcanzar el objetivo eterno y único de toda Religión.

En cuanto a los medios que se utilizarán para alcanzar este objetivo, por supuesto, no los hemos inventado. La multiplicidad de Revelaciones está ahí para mostrarnos estos medios.

Pero frente a la diversidad de los medios de realización espiritual, ¿cuál elegiremos y según qué criterios?

Hacer del medio un fin en sí mismo, ese es el error de la esclerosis de las ortodoxias religiosas. Si no tenemos un apego fetichista a este o aquel tipo de proceso de espiritualización, lo que nos importa es alcanzar la meta. Nuestro criterio es, por lo tanto, el de la eficiencia. Como resultado, adoptaremos una actitud analítica y crítica hacia los medios de espiritualización propuestos por las diferentes tradiciones. Debemos distinguir en ellos lo superior de lo inferior, lo esencial de lo accesorio, lo universal de lo que es producto de una cultura y tiempo particulares.

Y finalmente, tendremos que seleccionar en ellos lo que es directamente utilizable en el contexto de nuestro tiempo, de lo que no lo es.

Los Maestros inspirados son como el dedo que señala al sol espiritual. Por lo tanto, viendo en ellos a indicadores, no debemos detenernos en las especificidades contextuales de sus enseñanzas, sino ir en la dirección indicada por el mensaje que transmiten.

Dios no inspira a los Maestros para hacerse adorar en ellos. Él inspira a los Maestros para enseñar el camino de la realización espiritual. El respeto a la enseñanza del Redentor, por lo tanto, no consiste en deificar esta o aquella individualidad a través de la cual se ha manifestado históricamente, en la que se ha encarnado. El respeto a

su enseñanza consiste en elevarse hacia lo que Él señala sin descanso, a través de sus múltiples “dedos”.

Repitámoslo: encarnando de manera plenaria su influencia redentora e inspiradora, en la personalidad de los grandes maestros, fundadores de los movimientos espirituales y guías de la humanidad, Dios se nos revela y nos atrae hacia él. Él busca atraernos hacia sí mismo, ya que está en su gloria trascendente e inefable; y no hacia lo que aparece en la manifestación limitada de sus encarnaciones.

Es por eso que la deificación y adoración de los Maestros, como es practicada constantemente por un grupo de religiones, constituye un callejón sin salida. Se trata de una sustitución; en lugar de seguir lo que es esencial en la enseñanza de los Maestros, más allá de ciertas características étnicas con valores pasajeros, adoramos la memoria del Maestro, instituyendo un culto fetichista hacia él. Esta adoración es sencillamente una forma de alejarse, es uno de los tortuosos procesos por medio de los cuales el hombre se resiste a la Gracia. De hecho, realizar ciertas ceremonias, rendir homenaje a diversas representaciones religiosas, recitar o cantar textos, no forma parte de una espiritualidad exigente. Es más bien una forma de darse una buena conciencia. En cambio, estudiar y aplicar los fundamentos esenciales de la enseñanza de cualquier gran maestro espiritual, eso sí es una árida exigencia. Esta exigencia es evitada de manera confortable entre lo que debemos llamar fariseísmo espiritual.

Este es uno de los aspectos de la lucha entre las fuerzas de liberación espiritual y las fuerzas de la ignorancia. La esclerosis de las religiones es uno de los aspectos de esta última.

En el transcurso del tiempo, y en todo momento en innumerables personas, Dios nunca se cansa de enseñar a los hombres y mostrarles el camino hacia Él.

De varias maneras, miles de millones de hombres están habitados, más o menos parcialmente, por el aspecto redentor de Dios. Toda inspiración, toda iluminación espiritual, es manifestación y encarnación de su Presencia en una individualidad.

Así, el hombre encarnado y los espíritus desencarnados son constantemente solicitados por el Señor, quien los llama e incita a que vengan a Él. ¡Quién podría expresar adecuadamente los tesoros de amor y solicitud que él despliega!

El que se da cuenta de esto, siente que su corazón se despierta. Tocado por la inmensa solicitud y el inefable amor del Señor que llama a la puerta de su corazón, comienza a amar la luminosa Manifestación Redentora que impregna toda la creación.

Entonces, se establece una relación de amor entre el hombre y su Señor. Los sentimientos del hombre se elevan a Dios, y en la ardiente oración que resulta de ello, el hombre conoce las beatitudes más intensas.

Las alegrías humanas son bien poca cosa comparadas con los tesoros del transporte amoroso que contiene la unión mística del hombre y el Señor.

En esta unión se glorifica la creación.

Gracias al amor que el hombre experimenta hacia el Señor, el hombre deja de ser una densidad opaca, que mantiene la conciencia individual en la ignorancia espiritual, iluminada por el amor místico, el hombre se convierte en un receptáculo en el cual pueden derramarse esplendores divinos.

Se produce una transfiguración interior del hombre.

Recordemos algunos datos esenciales.

El hombre es parte de Dios, su cuerpo y su mente son una parcela de la Divina sustancia universal. Su conciencia es una parcela de la Divina conciencia universal. A través del cuerpo y la mente, él participa en la manifestación cósmica de Dios. A través de la conciencia, participa en la Esencia trascendente de lo Divino No Manifestado.

Al conocer mi Esencia trascendente, que es la conciencia pura del Ser, acaece la realización espiritual de la Esencia. Pero, esta realización espiritual de la Esencia deja la parte material del hombre sin realizar espiritualmente.

El hombre, como sustancia, es decir, una parcela psíquica de la Manifestación cósmica, se realiza espiritualmente a través del establecimiento de una relación mística con la manifestación Redentora de Dios.

Al desidentificarme del hombre, lo abandono. Este abandono es necesario para conocer mi Esencia. ¿Pero, soy solo Esencia? No, soy Esencia no manifestada y sustancia manifestada.

Al nivel de mi conciencia, la realización espiritual me lleva al conocimiento y la dicha trascendente de lo Divino no manifestado; mientras que, a nivel de mi personalidad, es la relación de amor que establezco con la Manifestación Redentora de Dios, lo que logra mi transfiguración espiritual.

No confundas el desarrollo del hombre con la transfiguración del hombre.

El desarrollo del hombre ocurre por el cumplimiento de las virtualidades que la sustancia universal ha depositado en él. Por la concreción de predisposiciones y aspiraciones que le son psicológicamente puras.

La transfiguración mística del hombre, que debe realizarse en la medida de lo posible en el contexto de las actividades que contribuyen al desarrollo de la personalidad, es el resultado de la apertura del corazón a lo Divino.

Cuanto más abierto está el corazón a lo Divino, mayor es el amor y la aspiración que tenemos internamente hacia Él. Lo Divino vierte en nosotros la plenitud de su Gracia, y es su influencia que transfigura al hombre.

La transfiguración es una transformación interior, en la cual el hombre se convierte en un espejo de las cualidades del Redentor.

APROXIMACIÓN A LAS OBRAS DE LA NATURALEZA

El universo es la expresión de las obras de la Naturaleza, en el sentido cósmico del término.

Y la Naturaleza es el producto del Pensamiento del Ser Divino, es la forma que da el Ser Divino a la objetivación de su pensamiento.

Este pensamiento es un pensamiento inteligente que contiene una intención determinada.

Miremos a donde miremos, siempre nos encontramos con la obra del Pensamiento del Ser Divino.

Un trabajo duro, largo, fastidioso, repetitivo, tanteador, incansable y maravilloso de la Naturaleza, que hace del universo entero un grandioso taller en donde ejercer su esfuerzo.

Increíble trabajo por el cual se han formado las galaxias. Fantástico trabajo por el que la vida ha aparecido sobre la tierra y ha evolucionado hasta la especie humana.

Como un artista que despliega sus obras delante de un príncipe, la Naturaleza despliega su actividad delante de la mirada del Espíritu Divino.

Admirable trabajo en el cual la especie humana progresa en su conocimiento del universo, trata de dominar sus instintos animales y lograr una organización social justa y fraternal.

Difícil y doloroso trabajo interrumpido constantemente por estancamientos y eternos volver a empezar. Rozando el fracaso definitivo, que siempre es posible, y conociendo maravillosas realizaciones, la naturaleza debe superar la abundancia inevitable de contradicciones. Ella debe repetir los ensayos sucesivos y llegar victoriosa a cada una de sus realizaciones.

Desarrollar lo que ha sido engendrado, inventar cosas nuevas, destruir lo que ya se ha quedado caduco, desechar lo inútil, conservar lo esencial... tal es el trabajo incesante de la Naturaleza.

Mediante la constante fusión de una energía inagotable, la Naturaleza engendra, conserva, destruye y engendra de nuevo. Completa una forma de expresión y, sin conservar de ésta más que su quintaesencia, la reemplaza por otra. Desarrolla, desecha, ensaya y vuelve a comenzar. Esboza una gran diversidad y después elige.

Eso es lo que observamos a cualquier escala del movimiento universal.

Debemos despertar nuestro espíritu al inmenso trabajo del Pensamiento del Ser, a la obra en el universo, pues son numerosos los que habiendo percibido las maravillas del Puro Espíritu Eterno, no han sabido ver la grandeza de la Naturaleza cósmica temporal.

¿Por qué ese tanteo de la Naturaleza? Porque el Pensamiento del Ser, que es suscitado por la presencia de la Pura Consciencia del Ser en sí, surge de la nada, del vacío absoluto del Ser Puro. Al salir de la nada,

solo puede engendrar universos mediante una serie de tanteos inteligentes.

Esto es lo que la ciencia nos revela en muchas áreas.

En nuestra corporalidad, somos un fragmento estático y estratificado (relativa y comparativamente, se entiende) del Pensamiento del Ser.

En nuestro psiquismo, somos un fragmento dinámico y creativo del Pensamiento del Ser.

Gracias a lo cual, tenemos la posibilidad de participar en el inmenso trabajo que la Naturaleza realiza en la especie humana.

Contribuir en la humilde medida de nuestros medios a la evolución humana, es participar en la consecución de una obra cósmica. La obra de la Naturaleza Divina que, según el grado de inteligencia que hemos alcanzado, nos invita conscientemente a colaborar en la realización de su obra.

Somos las herramientas con las cuales realiza una parcela de estos trabajos.

Por la forma que tenemos de vivir, de educar a nuestros hijos, en nuestra relación con la gente, en nuestra acción social y política, en la forma de desarrollar nuestra actividad profesional, en nuestras obras de arte y literatura, en nuestras diversiones, en nuestra investigación científica y en nuestra forma de divulgar la cultura, en nuestra aproximación y nuestra enseñanza de la espiritualidad, nosotros somos, o bien los obreros del futuro que aceleran la realización hacia la cual la Naturaleza encamina a la especie humana, o por el contrario, somos pesos muertos que retardamos esta realización o, peor todavía, saboteadores que acentúan los riesgos de fracaso de la obra Divina.

Pues, si bien es cierto que el pensamiento Divino, que tiene toda la eternidad por delante, logrará sus fines y realizará la obra temporal que planea, no es, totalmente, seguro que nuestra especie humana, en su aspecto material, logrará una realización perfecta de todas las potencialidades que la habitan. Puede que, a fin de cuentas, no se trate más que de otro intento abortado antes de lograr su madurez. Eso depende colectivamente de todos nosotros.

El hombre es uno de los instrumentos modelados por la Naturaleza y utilizados por Ella para llevar a cabo sus obras.

Cuando el instrumento está en armonía con el Artesano de innumerables brazos, todo va bien.

Pero, si el instrumento, dejando de ser dócil, quiere seguir su propia ley, si se resiste a la mano que lo guía, surge la desarmonía y el sufrimiento.

Para que seamos un instrumento dócil, debemos ante todo comprender plenamente, es decir, con todas las implicaciones que conlleva, que no somos más que un instrumento en las manos de la Naturaleza.

Esto significa que en todos los dominios, sociales, políticos, artísticos o científicos, no tenemos la propiedad de las creaciones realizadas.

No tenemos la responsabilidad de las iniciativas creadoras. Sólo tenemos la responsabilidad de los fracasos, de los estancamientos y de

los retrocesos, si funcionamos mal, individual y colectivamente, en tanto que instrumentos.

Es la Naturaleza la que, utilizando a los hombres, descubre, trastoca, crea, inventa, cambia y ensaya.

Comprender esto es ser humilde.

El hombre se atribuye todo lo que le atraviesa.

¿De dónde vienen las inspiraciones y aspiraciones que empujan a los hombres en unas direcciones determinadas?

Vienen de la Naturaleza.

Estas inspiraciones constituyen los impulsos que los hombres reciben y a los cuales obedecen, de una manera generalmente inconsciente.

Uno de los aspectos del Despertar integral consiste en ser consciente de los dinamismos colectivos que nos orientan.

A este respecto, observemos que el trabajo de la Naturaleza en la especie humana no es, evidentemente, a la escala dimensional de una vida individual. Para la Naturaleza, cientos de años son comparables a un año de nuestra existencia, para comprender sus obras debemos tener una perspectiva histórica suficiente y no juzgar por lo ocurrido en unos cuantos decenios.

Para dirigir a la humanidad, el Pensamiento Divino infunde en esta última dinamismos específicos, en relación con los cuales los hombres no son más que aparatos receptores, que modulan y concretan dichos dinamismos.

Cuanto mayor sea la fidelidad con la que el aparato humano capte la pulsión cósmica, mayor valor universal tendrán sus obras.

Por el contrario, la validez y el alcance de sus obras decrecerá de manera proporcional al número y a la intensidad de interferencias de origen individual, que deformen la especificidad de la pulsión cósmica.

¿Cómo puedo convertirme en un instrumento dócil y, por lo tanto, efectivo?

Debo estar muy atento, de manera que pueda discernir con la mirada interior de la introspección, cuales son mis auténticas aspiraciones profundas.

Observemos que, sobre esto, no debemos confundir las nuevas pulsiones cósmicas que podamos sentir como características de la época en la que vivimos, con nuestras aspiraciones personales. Nuestras aspiraciones profundas constituyen una expresión personalizada referida a una de las pulsiones cósmicas existentes. En otras palabras, no debemos confundir, a pesar de que deba armonizarse, lo que debe realizar nuestra época con lo que personalmente debemos realizar.

La educación y la influencia del medio a veces nublan el discernimiento interior. Y frente a ellas, debemos hacer un esfuerzo de abstracción.

Las aspiraciones profundas y creadoras que actúan en los individuos, constituyen los gérmenes que la Naturaleza deposita en los hombres para que lleven a cabo sus obras. Y resulta que la realización temporal de una individualidad humana, consiste en expresar dichas aspiraciones profundas.

Permanecer consciente de la Dimensión espiritual es la realización espiritual.

Saber lo que por naturaleza estoy destinado a hacer y trabajar para hacer eso, es la realización temporal. Estas dos realizaciones deben ir unidas.

Las obras temporales y la realización espiritual no se excluyen, simplemente pertenecen a dos niveles diferentes de la Realidad y, en cada instante, todos los niveles de lo que ES están presentes.

Llevar a cabo las obras de la Naturaleza con la Consciencia inmersa en la Realidad trascendente de lo Divino, tal es la perspectiva de una espiritualidad integral.

Bien comprendidas, todas las aspiraciones individuales son vocaciones temporales.

Por lo tanto, nos damos cuenta de las exigencias individuales que nos empujan a colaborar en la gran obra de la Naturaleza Divina.

En cada uno de nosotros, la Naturaleza desea desarrollar, mantener o transmitir ciertas cualidades específicas. Esto es lo que se revela a quien sabe escuchar en el interior del hombre.

APROXIMACIÓN A DIOS

¿Quién es Dios?

No hay más que un solo y único Ser. Este Ser absoluto, de quien todo procede y en quien todo se reabsorbe, ha sido llamado Dios por numerosas tradiciones. Podemos utilizar la palabra Dios para designar al Ser absoluto, pero antes deberemos purificarla de todas las significaciones erróneas que contiene.

Dios debe distinguirse de las concepciones teológicas elaboradas por la mente del hombre. De Dios no se puede decir nada, pues Dios, que es el Ser Supremo, se encuentra más allá de toda comprensión especulativa. Dios es para la mente lo inefable e inconmensurable. Transciende todas las categorías. Delante de Él, el pensamiento debe callarse, pues sólo el silencio lo puede honrar.

Las concepciones mitológicas y teológicas han pretendido interpretar a Dios. Al hacerlo han creado falsos dioses que son otros tantos ídolos que derribar. Debemos purgarnos de todo antropomorfismo. En lugar de ver en Dios lo Otro, el hombre se ha hecho una representación de Dios según su propia imagen. Ha divinizado a los que enseñaban el camino de la transcendencia, haciendo de estas individualidades dioses con forma humana. Lejos de seguir el ejemplo de los que venían a revelarle la presencia de Dios en el hombre, y tratar de realizar en sí mismos este Conocimiento, han preferido confundir a Dios con la apariencia humana de los Divinos Maestros, rindiéndoles un culto idólatra. Así, los representantes de Dios se han sustituido por Dios mismo.

Comprendamos que Dios, tal y como lo conciben y representan las tradiciones religiosas sólo tiene realidad en el interior de la mente humana. Son simples creaciones del espíritu humano.

En ciertos casos, estas creaciones mentales que son las representaciones religiosas de Dios, pueden ser vitalizadas por una percepción más o menos vasta de la realidad Divina. La percepción trascendente se encuentra, entonces, encajada en las formas objetivadas por la mente. Esto es lo que sucede en el caso de lo que llamamos una aparición. Cuando son verdaderas, las apariciones son, en general, el fruto de una inmensa devoción. Pueden ayudar y guiar al peregrino. Pero lo que importa es darse cuenta de que Dios, en su Realidad intrínseca sobrepasa todo tipo de apariciones. Las apariciones tienen lugar en el interior de la mente, y las formas que éstas adoptan, han sido fabricadas por ella.

La prueba de esto reside en el siguiente hecho: aunque Dios sea único y cada religión adore al mismo Dios (como lo comprenden todos los que no son presa de las estupideces del sectarismo), las apariciones adoptan siempre una forma correspondiente a las creencias del devoto. Esto merece una reflexión, pues es muy significativo que Dios aparezca bajo el aspecto de Cristo a los que así lo adoran y bajo el de Krishna a

los que le adoran bajo este aspecto. Mientras que, para tranquilidad de los creyentes, nunca aparece bajo la forma de Krishna a un devoto de Cristo, o viceversa. La interpretación de esta constatación permite distinguir lo que pertenece al hombre de lo que pertenece a Dios. Dios no tiene ninguna apariencia determinada, pues si la tuviera aparecería de la misma forma a los devotos de todas las religiones. Que Dios no tiene ninguna forma determinada es evidente, pues sabemos que Dios es el Ser absoluto, que se sitúa más allá de toda forma. Las apariencias bajo las cuales aparece Dios no pertenecen a Dios, son una creación de la mente humana, son el reflejo de las creencias del individuo. Lo que pertenece a Dios es la revelación que se manifiesta. Lo que pertenece al hombre es la forma adoptada por esta Revelación transcendente.

Si adoramos a Dios a través de nuestra mente, la iluminación interior que acompaña a toda percepción del Ser Supremo, no podrá manifestarse sino es a través de los contenidos de ésta, tomando así su coloración. De la misma forma que la vidriera colorea la luz solar, nuestras creencias dan color a nuestra percepción del Ser Divino y le dan la apariencia de Cristo, la Virgen María, Krishna, Kali, un Bodhisattva o cualquiera de las múltiples personificaciones religiosas.

El vidente se beneficia de una percepción indirecta de la Realidad Divina. Su percepción está, de manera indisociable, unida y limitada a las fantasmagorías de su mente, la cual, a su vez, está condicionada por la herencia cultural recibida.

Lo que es cierto para la forma lo es también para las revelaciones verbales, estén o no acompañadas de una forma. es siempre la mente la que proporciona las palabras y las formas que acompañan a la percepción transcendente.

Si bien, es cierto que, adorar a Dios a través de la mente, es mil veces mejor que la ausencia total de adoración, es así mismo evidente que, adorar a Dios habiendo superado la mente, es mil veces preferible a la adoración prisionera de la mente. Sobrepasando la mente podemos adorar a Dios sin espejos deformantes, sin intermediarios. Sobrepasando la mente, adoramos a Dios en su misterio, más allá de toda representación humana, de toda visión o revelación sensible. Contemplamos a Dios en su abismo inefable y trascendente.

Para acceder a una contemplación verdaderamente transcendente, sin rastro de representaciones mentales, debemos liberarnos del apego a toda forma de representación teológica. Es al abandonar la devoción particularizada, que alcanzaremos la devoción transcendente.

La teología más elevada es la teología negativa del misterio, no la teología positiva de la descripción. Toda descripción es antropomorfa, pues la Realidad de Dios está más allá de cualquier descripción y las vuelve todas ilusorias. El antropomorfismo más grosero representa a Dios bajo el aspecto de una persona teniendo un cuerpo humano. Pero el antropomorfismo psicológico, que consiste en atribuir a Dios los sentimientos humanos, es igualmente erróneo. Así nace la concepción de un dios bueno, complaciente, poderoso, etc. En realidad, ninguna cualidad puede atribuírsele al Ser Divino, pues las transciende todas. Dios no es amor, bondad, compasión, poder, belleza, etc., ya que Él es mucho más que todo eso. Cualquier calificación, cualquiera que sea,

pertenece al dominio de la Manifestación divina que engendra el universo, y no al dominio del Ser Divino en sí mismo. Dios manifiesta en su creación amor, bondad, belleza, compasión, poder, etc. Pero todas esas cualidades permanecen externas a Él. Dios en sí mismo, en tanto que Ser Puro, no contiene ninguna cualidad particular. Toda cualidad es una manifestación, y Dios se sitúa más allá de toda manifestación. Más allá de todas las manifestaciones que Él engendra.

Sabiendo que Dios es el Ser Absoluto, purguemos nuestra devoción de todas las representaciones religiosas, y de todas atribuciones teológicas. Al hacer esto, no utilizaremos nuestra mente, ella no podrá erigir su pantalla. Al no adorar estas o aquellas concepciones o representaciones de Dios, podremos adorar a Dios en sí mismo. Podremos adorar el misterio inefable e insondable del Ser Absoluto.

APROXIMACIÓN AL PROCESO DE INICIACIÓN

El proceso de iniciación se resume en la adquisición de un dominio de la atención.

Donde hay atención se encuentra la consciencia; y lo que se vuelve consciente se convierte para nosotros en existente; pues aquello de lo que no somos conscientes, no existe para nosotros.

Nuestra naturaleza profunda es consciencia, por lo tanto, donde se encuentra nuestra consciencia, se encuentra nuestra naturaleza profunda. Enseguida comprendemos por qué la iniciación es una disciplina de la atención.

Dominando mi atención, coloco mi consciencia donde quiero y de esta forma, adquiero el conocimiento de aquello hacia lo que he dirigido mi atención.

Aquel que comienza a interesarse por el tema de la espiritualidad y de la iniciación, oye hablar de toda clase de conceptos que le resultan abstractos. Oye hablar de Dios, del alma, del más allá, de la inmortalidad, etc.

Ser iniciado quiere decir ser introducido, introducido en la realidad viva de todas estas cosas que son abstractas para el neófito.

¿Y, cómo esas cosas abstractas, altamente hipotéticas para el materialista, pueden convertirse para nosotros en una realidad experimentada? Por el dominio de la atención.

¿Cómo puedo conocer a Dios en su inefabilidad? Dirigiendo la atención hacia él.

¿Cómo puedo saber lo que es el alma? Dirigiendo la atención hacia lo que soy, más allá del hombre.

¿Cómo puedo experimentar que existe un más allá de todo lo que percibo? Dirigiendo la atención sobre lo que se encuentra detrás de lo percibido.

¿Cómo puedo saber que soy inmortal? Dirigiendo la atención sobre lo que en mí no está unido al tiempo y es independiente del nacimiento o de la muerte.

¿Cómo puedo obtener la paz? Dirigiendo la atención sobre la paz inmutable que perdura en mis profundidades.

Del mismo modo, ¿cómo puedo actuar en el mundo de la manera más efectiva y adecuada posible? Prestando atención al hombre y las circunstancias.

¿Cómo puedo comprender a otro? Dirigiendo mi atención hacia él y a la unidad que me une a él.

¿Cómo puede mi comprensión de otro convertirse en amor? Prestando atención al lenguaje del corazón.

Sería inútil prolongar esta lista. Toda adquisición interior se resume en una disciplina de la atención.

Gracias al dominio de la atención, lo invisible puede convertirse en un objeto de conocimiento para mí.

Por el dominio de la atención, yo puedo aislarme del mundo y hacer de éste una realidad insignificante. Pero de la misma forma, dominando la atención, puedo comprender y amar el mundo, conociendo al mismo tiempo todo lo que está más allá del mundo, del hombre y del tiempo.

Así, ser un iniciado es simplemente aprender a dirigir y dominar la atención.

Quien comprende esto capta lo esencial. Quien capta lo esencial puede eliminar lo accesorio. Eliminando lo accesorio, clarifica el fárrago de interpretaciones y deformaciones sobre la iniciación. Se aleja de todas las prácticas inútiles, evita las trampas que, de una forma inconsciente, han colocado los que no han comprendido lo esencial; entonces, lo que debemos hacer, se nos revela con claridad.

Para que lo espiritual sea objeto de experiencia, una atención vaga o distraída no basta. La atención debe ser sistemáticamente entrenada, perfectamente dominada, es decir, libre de distracciones y dirigida adecuadamente.

Es, este dominio y esta intensidad de la atención, lo que distingue al iniciado del profano.

Convertirse en dueño de su atención, es abrir la puerta de los reinos superiores.

APROXIMACIÓN AL NUEVO HOMBRE

Todo el mundo admite que no hay evolución espiritual sin transformación del individuo. Sin embargo, quedan dos puntos por resolver: ¿con qué criterios construiré esta transformación y qué medios voy a utilizar para realizarla?

El criterio es, generalmente, bastante arbitrario. Un individuo piensa que es esta o aquella cualidad o aptitud la que es preciso cultivar, otro piensa de manera diferente. Preguntad a vuestro alrededor y obtendréis diversas respuestas.

Muy a menudo, el juicio está formado por una amalgama de varias copias. En el curso de su formación cultural y religiosa, de sus lecturas, de sus discusiones, la persona extrae de aquí y allá, a merced de sus preferencias y de sus predisposiciones inconscientes, los conceptos que le parecen válidos.

Independientemente de todo esto, existe la confrontación con la realidad cotidiana. Pues yo puedo cómodamente formular la lista de cualidades cuyo desarrollo es, a mi parecer, sinónimo de progreso espiritual, pero, desafortunadamente, eso no cambia nada. Los buenos consejos apenas tienen influencia sobre mi personalidad. Las buenas intenciones tampoco, y si soy sincero conmigo mismo, constato que todos mis bellos pensamientos, todos los conocimientos y comprensiones que pueda acumular en el terreno espiritual, esotérico o iniciático no producen cambios en mi a lo largo de los años. Vivo con toda mi mediocridad, toda mi avidez, todos mis egoísmos y mis ataduras.

¡Oh!¡Ciertamente, puedo cambiar! Puedo utilizar lo que he absorbido intelectualmente para jugar al “Maestro”, al “discípulo” o al “iniciado”, frente a aquellos que no tienen tanta erudición como yo.

Puedo, igualmente, engañarme a mí mismo, al hacerme una imagen interior aduladora halagadora y, gracias a ella, verme como un ser espiritualmente avanzado.

Es un refugio. Una huida. Todavía soy un pobre tipo lleno de pasiones, de envidias, de ataduras, de egoísmos, de mezquindades, pero yo no lo veo. Por medio del esoterismo, el ocultismo, la filosofía, la tradición tal o cual, me refugio en una pequeña quimera dorada. Pongo a punto un mecanismo de compensación psicológica, gracias a la cual doy una apariencia ventajosa a los otros y a mí mismo.

¡Qué tristeza! Heme aquí, muy lejos de la árida lucidez que constituye la puerta del templo interior en el que se entra con la espalda doblada.

La lucidez es siempre humilde, pues la humildad mana de la objetividad.

El hombre es un monigote burlesco. Si se hincha de orgullo, si a veces se vuelve agresivo, si busca signos exteriores de superioridad, de poder o de sabiduría, es precisamente para evitar la percepción de su propia mediocridad.

Aquel que quiere caminar hacia el conocimiento espiritual debe detener esta huida inconsciente. Debe observar su mediocridad, medir la profundidad total y analizar todas sus características.

Esto no es agradable, es por eso, que abundan los falsos "iniciados" y los falsos "Maestros". Los falsos "iniciados" y los falsos "Maestros" son todos aquellos que han querido adquirir las promesas de la iniciación, sin morir en su pequeño ego. Han añadido una superestructura de apariencia espiritual, que enmascara su mediocridad interior. Hay un gusano en el fruto.

Morir en sí mismo no es realizar una bonita y conmovedora ceremonia ritual. No, no es tan fácil.

Morir a sí mismo es perder toda ilusión de sí mismo, abandonar toda imagen compensadora, verse tal y como se es en nuestra pequeñez.

Aquel que adquiere sobre sí mismo la necesaria lucidez dolorosa y purificadora, hace tabla rasa. Sanea su base. Alcanza la pobreza de espíritu. Pues aquel que ve al hombre tal y como es, con todos sus condicionamientos, sus automatismos, sus ideas recibidas, sus pequeños pensamientos rencorosos, avaros, sensuales, orgullosos y posesivos... Aquel que ve todo eso en su incansable repetición, comprende que todos somos pobres y miserables de espíritu.

Entonces, el misterio de las grandes iniciaciones secretas nos parece una tentativa irrisoria de enmascarar esta realidad.

La multitud de procedimientos, de instituciones, de actividades por las cuales, en múltiples dominios, el hombre intenta darse un ilusorio "valor" e imagina dar un "sentido" a su vida, todo eso se derrumba.

A partir de entonces, al final de todas nuestras ilusiones profanas, sabemos lo que es el desapego.

Comenzamos a comprender que la verdadera iniciación es una ampliación de nuestra consciencia.

Comenzamos a constatar que, alcanzando esta pobreza de espíritu, estamos dando un primer paso sobre el sendero de la Luz. Estamos más lúcidos y conscientes. Hemos abandonado la multitud de engaños interiores, a través de los cuales la personalidad intenta darse importancia. Somos más fuertes. Ahora sabemos lo que es el hombre. Vemos lo que es en su miseria. Lo vemos en nosotros y a nuestro alrededor, y sabemos que eso no puede satisfacernos. Una nueva energía surge de nuestras profundidades. Queremos salir de esta cloaca.

Las ataduras y placeres que ayer buscábamos, nos parecen hoy viles y estúpidos. Se despegan de nosotros y caen como a piel muerta. Un nuevo ser surge en nosotros. Un ser que tiene sed de pureza y de lo Absoluto. Hemos cruzado el portal. Nos hemos vuelto discípulos del Maestro interior. Del único Maestro que hay, es decir, de la presencia de Dios en el hombre.

¿Cuál es el trabajo del discípulo?

Para convertirte en discípulo debes renunciar a tu ser mundano. Para abandonar a ese yo que "se cree" importante, que quiere "parecer" y "poseer", uno debe tomar consciencia de lo que es. Esta toma de consciencia es posible a través de la observación de sí mismo.

El trabajo del discípulo consiste en continuar la disciplina de la observación.

Observarse en múltiples circunstancias, provoca en nosotros profundas transformaciones.

Caminas por la calle y ves a este hombre caminando. Entonces, todo lo que pueda ser negativo en este hombre, se te muestra claramente: su nerviosismo, su estúpida prisa, o quizás, sus miradas cargadas de pensamientos sensuales, o bien sus vanos ensueños o incluso la infructuosa y mecánica resaca de las pequeñas preocupaciones cotidianas, etc., etc.

Cuanto más claramente ves este conjunto de características, más fuerza pierden y poco a poco, desaparecen.

La observación es una toma de consciencia y, contra más vasta e intensa es nuestra consciencia, más se esfuma lo negativo.

La consciencia es una Luz, y contra más Luz haya, menos tinieblas habrá. Entonces comprendes que la iniciación es un viaje que surge de las tinieblas y va hacia la Luz.

Cuando camino y estoy absorto, cautivo y encerrado en mis preocupaciones o mis deseos, soy menos consciente que cuando soy el observador de todo esto. Así, por medio de la observación, voy de una consciencia menos intensa a una consciencia más intensa.

Esto se puede constatar con la experiencia de la práctica.

Es lo mismo para toda clase de circunstancia. Observando al hombre hablar, revelo la mala fe, las malas intenciones, las presunciones, las mentiras… Las revelo y, poco a poco, destruyo la raíz de los impulsos que provocan su aparición.

Lo negativo desaparece gracias a la observación asidua y regular, mantenida durante años. Desaparece porque no puede soportar una consciencia más intensa. Es quemado por ella. Es consumido por la reacción de rechazo generada por la observación.

De la piedra al ÁNGEL, en toda la Creación, la evolución de las formas de vida se caracteriza por una escala que va de formas limitadas y embrionarias de consciencia a formas de consciencia amplias y universales.

El hombre es un ser de transición. Ampliar su consciencia es pasar de un estadio a otro.

Es suficiente tomar consciencia. No hay nada que amenazar, ni reprimir. Gradualmente nos quitaremos la ropa demasiado estrecha para ponernos ropa más ancha.

Renunciaremos a todo lo que nos abandone. Seremos abandonados por todo lo que no pueda soportar la lucidez de nuestra mirada observadora.

Ningún aspecto de nuestra vida debe quedar fuera de nuestra toma de consciencia observadora.

Obsérvate a ti mismo en tu vida profesional, en tu vida sentimental, familiar, sexual, en tu ocio y en tu trabajo, en tus sueños y en tus palabras.

Y poco a poco, en el seno de los escombros del viejo hombre, se formará el nuevo hombre.

El nuevo hombre es aquel que no puede aceptar la mediocridad. Es ese mirar libre, independiente, generoso y puro que no excusa ninguna

de sus debilidades, ni de sus engaños. Esa mirada que progresivamente te obliga a vivir de manera diferente, a pensar de manera diferente, a actuar de manera diferente.

El viejo hombre y el nuevo hombre alternarán en ti durante mucho tiempo.

Cada vez que dejas de estar alerta, atento, totalmente consciente, cada vez que vuelves a caer en tus automatismos, tus deseos y tus preocupaciones, el nuevo hombre ya no está allí.

Será necesario recordar la exigencia de la vigilancia que observa, y este será un trabajo cotidiano.

Cada día se convertirá en el campo de batalla entre el viejo hombre y el hombre nuevo.

Así sabrás que has entrado en la Vía y que la iniciación ha empezado para ti. El camino hacia una transformación interior real y radical habrá comenzado. Sin embargo, no te habrás adherido a ningún dogma, no habrás decidido las cualidades que es preciso cultivar en demanda de tal o cual teoría mental.

Simplemente mirarás; mirarás una y otra vez al hombre que piensa o actúa. Y así bajo tu mirada el hombre se transformará...

El hombre nuevo nacerá en ti bajo el impacto de tu lucidez observadora. Este hombre nuevo manifestará exigencias crecientes sin cesar y será preciso trabajar para satisfacerlas. Habrá que realizar cotidianamente los esfuerzos necesarios para rechazar o abandonar todo lo que el hombre nuevo considere como vil e inferior. Será necesario realizar cotidianamente todos los esfuerzos necesarios para realizar las bellas y nobles aspiraciones del hombre nuevo.

El nacimiento del hombre nuevo constituye el Sendero interior.

APROXIMACIÓN AL EXAMEN DE CONCIENCIA

Cuando una consciencia clara y limpia examina algo, purifica las raíces inconscientes del comportamiento

Para examinarse, se debe estar en paz. Ninguna pasión debe agitar la superficie de la mente. La consciencia debe tener la lucidez cortante de una hoja de afeitar, que expone al desnudo las carnes con la rapidez del relámpago.

Os examinaréis a la luz de la consciencia, cuando al recordar vuestra actitud en tal o cual circunstancia, o serie de circunstancias, os observéis imparcialmente, como haría un observador extraño, cómo ha sido vuestro comportamiento interior y exterior, tal y como se os mostraría en la película de los recuerdos.

Naturalmente, todos tienden a evocar a veces tal o cual fase de su pasado. Se puede hacer con nostalgia, con delectación, cólera u ociosidad. Pero en ese caso, no existe examen a la luz de la consciencia.

Para que tal examen se realice y produzca sus frutos, es preciso que la evocación de los recuerdos posea una forma de lucidez particular. Esta lucidez se manifiesta por un sentimiento de despersonalización. Verdaderamente, en vuestra memoria debéis observaros como a un extraño. Ninguna simpatía o antipatía debería turbar vuestro recuerdo. Sobre la pantalla mental, os miráis como se mira atentamente andar por la calle a una persona desconocida. Evocáis cuáles han sido vuestros pensamientos y vuestros actos, pero estos están afectivamente desapegados de vosotros. Los veis tranquilamente, lúcidamente. Ninguna emoción positiva o negativa os une al pasado. Habéis olvidado la compleja y artificial noción del yo psicológico. Sois una simple consciencia que asiste a la reproducción mental de una vieja película.

Entonces en la fría e incisiva luz de la consciencia, el pasado es analizado y juzgado.

Cuando en momentos de tranquilidad, realicéis un examen de conciencia, insistiréis detenidamente en la objetivación de imágenes y recuerdos. Recordad varias veces la misma escena, el mismo recuerdo, para permitir a la luz de la consciencia penetrar dentro de las capas más profundas de la psique.

Hay muchos que se contentan con un breve relámpago de lucidez. Ahora bien, la lucidez, cuando alcanza su paroxismo, debe mantenerse en el espíritu para que el examen de él sea profundo, benéfico y transformador.

Por lo tanto, intensificad, prolongad y profundizad vuestras evocaciones del pasado. En estas evocaciones se formula una apreciación. Esta apreciación, libre de todo lazo sentimental con el pasado, es de primordial importancia.

Por medio de esta apreciación, sabéis que tal o cual pensamiento, sentimiento o acto, fue bueno. En esta sentencia no hay ninguna especie de adulación. Es una simple e impersonal constatación. Haréis hincapié

en el recuerdo de lo que estaba bien; rememorando varias veces seguidas este recuerdo, vuestro corazón se llena de calor y vuestro espíritu de luz. Es un sentimiento eufórico y eso intensifica las tendencias positivas que os habitan. Alimentáis en vosotros al hombre de luz y eso os ayudará a producir otros actos, pensamientos y sentimientos buenos y generosos.

Pero puede ser, y desafortunadamente es probable que, en alguna evocación del pasado, la apreciación que surge del examen de consciencia sea desfavorable. Entonces, la luz de la conciencia se vuelve cruel y dolorosa. Ella os revela la bajeza, la estupidez, el egoísmo, la mezquindad, la ignorancia o la perversidad del personaje. No hay que huir de este dolor. No es preciso acortar el examen de consciencia. Al contrario, es preciso tener el coraje de prolongarlo y de hacer hincapié ampliamente en el recuerdo, para desinfectar en profundidad vuestra psique.

Que la vergüenza o el remordimiento os queme, es excelente. Contra más intensa y profunda sea esta vergüenza y este remordimiento, más destruiréis las tendencias negativas que os habitan. En este dolor el viejo hombre muere. En él os negáis, os separáis y os purificáis del mal pasado; y eso os ayuda a no ser ya despreciable a los ojos de la consciencia.

Dios es Consciencia. La Consciencia os juzga, es Dios quien juzga. La mirada de Dios quema todas las impurezas, pues ninguna sombra puede subsistir bajo el impacto de su Luz absoluta. Haced descender en vosotros la Luz Divina.

El pasado no purificado está pegado detrás de vosotros como una sombra. Purificad vuestro pasado para transfigurar vuestro presente. Sabed que, por medio del examen de consciencia, a menudo repetido, el pasado negativo se consume. Al ser carbonizado, se separa psíquicamente de vosotros y cae a lo lejos. Liberaros del pasado para vivir un presente integral.

Este es el significado profundo de la realización práctica de la confesión de los pecados, instituida en diversas religiones. La confesión que se vuelve una práctica ritual es un acto vacío, supersticioso. Para ser efectivo, debe ser vivida interiormente. Esta vivencia consiste en reconocer y rechazar las faltas al resplandor de la consciencia.

Tomad la costumbre de convertir todas vuestras evocaciones del pasado en un examen de consciencia. A veces, será un pasado muy próximo, el del día o de los días precedentes, el que se evocará espontáneamente. Otras veces, recordaréis un pasado muy antiguo, que viene de la infancia, o se refiere a décadas atrás.

Cuando vuestra mente se vuelva hacia la evocación del pasado, de manera natural y espontánea, intensificad esta evocación y transformadla en examen de consciencia.

No es por casualidad, que tal o cual fragmento del pasado os viene a la memoria. Todo lo que viene así, tiene necesidad de ser visto bajo una nueva luz. Aprended, pues, a utilizar el recuerdo involuntario de los recuerdos antiguos y recientes.

En algunos períodos de la vida, períodos de gran transformación, los exámenes de consciencia pueden volverse muy largos y frecuentes. No dudéis en recordar con una lucidez y una despersonalización cada vez

mayores, este o aquel recuerdo inquietante; y esto hasta que comprendáis que es un extraño quien ha realizado eso, y que no tenéis ya nada en común con ese hombre.

¡Atención! El recuerdo frecuente de los mismos hechos realizado con una mente apasionada, sin la luz de una consciencia lúcida e impersonal, es nefasto. Tal recuerdo refuerza vuestras turbaciones en lugar de liberaros de ellas.

El pasado se separará de vosotros solo si dejáis de agarraros sentimentalmente a él.

A cada instante, el pasado ha muerto. La psique se aferra a él y da vida a su fantasma. Mucha gente tiene la vida contaminada por los fantasmas de su pasado. ¡Exorcizad vuestros fantasmas!

Buscad en la película de memoria lo que se ha realizado, bajo una mirada extraña. Después de haber contemplado este pasado, comprended y sentid en profundidad que, en este instante, sois completamente diferentes de aquél que realizó eso; esto, es matar el fantasma del pasado.

El pasado puede condicionar psicológicamente o influenciar el presente, solo en la medida en que no haya sido analizado de una manera liberadora por la consciencia; y en la medida en que los lazos emotivos y afectivos que nos unen a él, no hayan sido rotos. Para romper tales lazos, la psicoterapia y el psicoanálisis son necesarios solo en ciertos casos extremos, que se acompañan de un comportamiento verdaderamente patológico. Para todo ser, capaz de llevar una existencia normal, el examen de consciencia tal y como lo indicamos, tiene un efecto liberador frente al pasado.

La práctica del examen de consciencia puede llevarnos mucho más lejos, pues el sentimiento del yo psicológico reposa sobre el pasado. Me percibo psicológicamente como un individuo que tiene tal o cual característica, pues yo hago sin cesar menciones al pasado para tener una imagen psicológica de mí mismo.

Si renuncio a esta imagen, si la siento en este momento diferente de lo que soy, no existe ya el yo psicológico. Comprendo que todo lo que es realizado, es hecho por el hombre, y que yo soy consciencia. Sintiéndome distinto de todo recuerdo, percibo el sentimiento de mi pura existencia; y el sentimiento del yo, al dejar de ser psicológico, me vuelvo ontológico.

Yo no soy éste o aquel individuo, pues la individualidad no es más que el resultado del pasado. Yo soy el que percibe el pasado y el presente. Yo soy el que, en este instante, me siento ser, fuera de toda imagen, fuera de todo pensamiento.

No puedo decir lo que soy, pues soy inmenso, pues soy indiscernible e inexpresable. Yo soy el Ser Unico y Absoluto.

APROXIMACIÓN AL PECADO

Cuando hemos realizado completamente nuestra unión con la Realidad divina, ya no hay pecado. Realizar esta unión de una manera perfecta es permanecer consciente, en todo momento, de nuestra Esencia trascendente.

La Unión mística es, por lo tanto, nuestro objetivo. Nos esforzamos diariamente para avanzar en este sendero. Pero cabe decir que, entre aquellos que con perseverancia realizan el esfuerzo, solo un pequeño número consigue aquí abajo, permanecer unido efectiva y constantemente a la Esencia de todo. Para la gran mayoría de los peregrinos, la unión mística es intermitente.

Esto es así, porque nacimos pecadores, lo que significa que somos criaturas imperfectas. Somos seres imperfectos llamados a ser perfectos, gracias a la unión mística, que no es otra cosa que la realización de la Redención.

Tomar conciencia de nuestro estado, un estado temporal de hombre y de pecador, es importante. Cuando falta tal conciencia, confundimos el ideal hacia el cual debemos dirigirnos con la Realidad.

Solo aquel que está constantemente consciente de su Realidad trascendente, vive sin pecado. Cualquier momento vivido en el olvido de Dios, es un instante vivido en pecado.

El concepto de pecado avergüenza a algunas personas. Este malestar es muy revelador, porque, en verdad, la toma de conciencia del hecho de que somos pecadores, no es una toma de conciencia agradable. ¡Poco importa! Lo que importa es que se corresponde con la realidad.

Con respecto al concepto de pecado, podemos distinguir dos tipos de hombres. Están los que tienen o desean tener, una alta opinión de sí mismos. Estos rechazan el concepto de pecado. Para ellos es una vieja historia religiosa anticuada. Una neurosis origen de la culpa. Si son materialistas, solo piden una cosa: que se les permita expresar libremente todos sus impulsos. Sueñan con una sociedad "permisiva" sin darse cuenta de que la libre expresión de todos sus impulsos, entre los que inevitablemente se incluye un buen número de impulsos negativos y destructivos, conduciría al caos social regido por la "ley de la selva". Si son espirituales, están interesados en una espiritualidad decorativa, similar a "las técnicas para estar en forma". Este tipo de personas constituyen la "clientela" de todas las falsas espiritualidades. A estas personas, debemos decirles que toda espiritualidad auténtica va acompañada de un ascetismo exigente y de un cuestionamiento radical de la persona.

El segundo tipo de hombre se encuentra en las antípodas del primero. Las personas que entran en esta categoría están demasiado convencidas de ser pecadores. El pecado es un artículo fundamental de su profesión de fe. Es algo definitivo e irremediable. Su pesimismo, su rechazo a las alegrías de la vida, su necesidad patológica de sentirse

inferiores, se ampara en el concepto de pecado y se justifica por él. Estas personas crean sociedades puritanas, forzadas, secas y sombrías. Su espiritualidad sabe a cerveza rancia. Desconfían del esoterismo. Cuando se les dice que la Realidad profunda del hombre es Dios mismo, la fuente de toda perfección, se escandalizan y consideran esto como una blasfemia. Su pesimismo visceral sobre la naturaleza humana no puede aceptar tal idea. Para ellos el hombre es y siempre será un pecador. La única vía posible es la humillación y la sumisión ciega a los preceptos religiosos. El hombre es polvo y un abismo siempre lo separará de Dios.

Aquí están los dos extremos de los cuales debemos apartarnos para llegar a una apreciación justa del pecado.

Tomar conciencia de nuestra condición de pecador, consiste en echar una mirada objetiva a lo que somos. Se deduce entonces que las nociones de pecado y humildad son inseparables.

Durante mucho tiempo, la mente se las ha ingeniado para secretar diversos tipos de falsa humildad. La multitud de falsificaciones impide comprender qué es la verdadera humildad. Todas las nociones esenciales de espiritualidad han sufrido múltiples distorsiones con el tiempo. Este es un aspecto fundamental de las "resistencias secretas" del ego.

La falsa humildad consiste en "imitar" la verdadera humildad. Se compone de un conjunto de declaraciones aparentemente humildes, pero en realidad, totalmente hipócritas. "Soy el más insignificante de los hombres", "Soy la escoria de la sociedad", etc., declara el falso humilde. Al hacerlo, trata de copiar e imitar la verdadera humildad de ciertos grandes Santos.

Entre los "falsos" humildes, los hay que simplemente buscan engañar a otros. Su "humildad" es una actitud de fachada. Pero hay otros que, a fuerza de autosugestión, han logrado engañarse a sí mismos.

Si consideráis que la humildad es una "cualidad" que se debe adquirir, os dirigís directamente hacia una humildad falsa, y caeréis en el siguiente dilema: si pensáis que la humildad es una cualidad que se debe adquirir, si lográis adoptar una actitud humilde y cultivar pensamientos de humildad, ¿cómo escaparéis del orgullo que surgirá del reconocimiento de vuestra humildad?

Buscar ser humilde, es imitar automáticamente la humildad adoptando un conjunto de actitudes y produciendo un conjunto de pensamientos.

La verdadera humildad es el resultado de una toma de conciencia. Es humilde aquel que ha observado su mediocridad, su imperfección y sus pecados. Daros cuenta de que el reconocimiento de nuestros pecados, reconocimiento que resulta de la observación atenta del hombre, no tiene nada que ver con la producción verbal o mental de declaraciones sobre la humildad.

La falsa humildad cultiva el concepto de humildad, a fin de apoderarse ficticiamente de esta cualidad; mientras que la verdadera humildad "pone el dedo" sobre la realidad de nuestra mediocridad.

El falso humilde, en el fondo de sí mismo, no cree que sea mediocre, no lo cree, porque no lo ha constatado. Simplemente, intenta parecerse a cierto arquetipo espiritual y, como este arquetipo contiene la noción de humildad, lo imita.

Los que son verdaderamente humildes han tomado conciencia de sus imperfecciones. Una y otra vez han constatado su falta de Despertar, su carácter irascible, su pereza, su propensión a mentir o calumniar, etc. Todas estas observaciones los llenan de insatisfacción y confusión. Cuanto más imperfectos se sienten, más aspiran a la perfección.

En cuanto al orgullo o soberbia que podría surgir del reconocimiento de nuestra humildad, es una ironía que se observa solo en casos de falsa humildad. Solo el que simula la humildad está orgulloso de ella. De hecho, él no es humilde y se regocija secretamente por haberse revestido con una capa de humildad. En cualquier caso, en el caso de la verdadera humildad, si en algún momento apareciese el orgullo, sería "detectado" y simplemente se añadiría la lista de imperfecciones.

Solo las personas que nunca se han observado, pueden ignorar la humildad. De hecho, si empiezas a observar con lucidez y sinceridad los sentimientos, los pensamientos y los impulsos que surgen en el vehículo humano, no puedes hacer otra cosa que constatar la imperfección y la bajeza humanas. Por lo tanto, es la observación del hombre, es decir, lo que somos al nivel de nuestra manifestación temporal, lo que genera la toma de conciencia de nuestros pecados y es la toma de conciencia de nuestros pecados la que conduce a la verdadera humildad.

En esta etapa de reflexión, la primera pregunta que surge es: ¿por qué nosotros que en nuestra Esencia permanecemos inseparables de la Perfección suprema, nos hemos convertido en nuestra manifestación temporal en criaturas imperfectas, con una fuerte propensión a cometer todo tipo de pecados?

La respuesta es la siguiente: para separarnos de la Perfección absoluta tuvimos que convertirnos necesariamente en pecadores. Algo que se expresa con el símbolo del árbol del bien y del mal. Así pues, la imperfección era el precio que uno tenía que pagar, para convertirse en una individualidad. Convertirse en una individualidad, es salir de la indistinción original que es la fuente de toda perfección. Esta salida es una caída en el mundo de la materia y el pecado. Gracias a esta caída, nos hemos convertido en un ser independiente, pero esta adquisición no está acompañada por la terrible pérdida de nuestra Realidad trascendente. He aquí, por qué debemos lograr la Redención, en la cual la individualidad, conservando la individualización adquirida, se fusiona con su propia Esencia al poner fin a la ilusión de separación.

A través del proceso de Creación, Dios, la Realidad única, se convierte en la aparente multiplicidad de las criaturas vivientes. Al hacerlo, da y comparte el hecho de Ser, en una miríada de conciencias de existencia. Este es el Don supremo de Dios. La creación es la Manifestación de la efusión de su amor. Este regalo es al mismo tiempo el sacrificio supremo, por el cual Dios se inmola, para dar a luz a lo múltiple. El que Es todo perfección y todo poder, debe aceptar volverse imperfecto y limitado para que nazca lo múltiple. Debe permitir la aparición del pecado y debe cometer pecados a través de criaturas vivientes. En una palabra, debe perder su Divinidad y descender al nivel de la criatura, convirtiéndose en las criaturas.

El sacrificio de Cristo es el símbolo terrenal del sacrificio de Dios. Es solo el símbolo y no el límite. Porque no es solo en Cristo que Dios acepta la crucifixión de la encarnación, sino en toda criatura viviente. La diferencia entre Cristo y otras criaturas vivientes es que, en Cristo, como en cualquier persona Realizada espiritualmente de una manera perfecta, es decir, constantemente consciente de su Unidad con el Padre Divino, o la Esencia de todo, en Cristo, por lo tanto, la individualidad lleva a cabo un trabajo redentor, mostrando a los hombres el camino hacia la Redención.

En varias tradiciones no cristianas, la noción de sacrificio divino se expresa de manera perfecta, cuando decimos que el universo es la consecuencia del sacrificio o desmembramiento del Ancestro original. Este es también el significado esotérico del desmembramiento de Osiris y Dioniso. Originalmente, dicen los “Vedas”, Dios se sacrifica para que nazca lo múltiple. Es la tragedia cósmica a la que Dios consiente por amor.

En la economía divina, este sacrificio, esta necesaria aceptación de la dualidad, de la separación, del mal y del pecado, es solo una fase gracias a la cual se pueden cumplir las glorias de la Redención. Gracias a la cual lo múltiple puede, mientras sigue siendo múltiple, dejar de separarse del Único que lo generó, y participar en su Beatitud.

Conocer las razones por las cuales existe el pecado no significa aprobarlo. El mal necesariamente existe, pero existe para ser vencido.

Básicamente, el pecado es el resultado de nuestra separación de Dios. Es porque no somos conscientes de nuestra Realidad Divina que su Luz no nos ilumina. Por lo tanto, lograr nuestra Redención consiste en tomar conciencia en todo momento de nuestra Esencia trascendente.

Los códigos morales son solo salvaguardas imperfectas para el uso de hombres sumidos en las tinieblas. No es de ellos de donde proviene la verdadera perfección. La liberación del pecado y el Despertar son inseparables. El Despierto logra espontáneamente todo lo que le dicta la inspiración divina, sin ser tocado por la sombra del pecado.

Al observar que, a pesar de nuestros esfuerzos diarios, a menudo permanecemos alejados del Despertar y, por lo tanto, en un estado de pecado, se deben evitar dos errores:

Primero, es preciso evitar el uso de la noción de pecado para justificar nuestra debilidad. Una aplicación de esta idea sería renunciar a hacer esfuerzos diarios para liberarnos del pecado. Se trata de decirse a uno mismo: "No puedo hacer nada al respecto, porque soy un pecador". Es una posición impía. Cuanto mayor es la conciencia de nuestros pecados, más se intensifica el deseo de liberarnos de ellos. Sin ardor no se obtiene nada. Al observar la imperfección del hombre, debemos aspirar constantemente a la perfección que resulta del Despertar a nuestra Esencia trascendente. La conciencia del pecado debe convertirse para nosotros en un tormento insoportable, y es precisamente porque este tormento es insoportable, que encontramos, con una energía cada vez mayor, la fuerza para escapar, para terminar escapando definitivamente.

El segundo error consiste en desesperarse ante nuestros pecados y nuestra impotencia. El primer error es la pasividad de la pereza, el segundo error es la pasividad del desánimo. Cualesquiera que sean

nuestras faltas e imperfecciones, hemos de saber que estamos hechos para la perfección y que, inevitablemente la alcanzaremos, si, a pesar de todos los obstáculos, sabemos perseverar en el Camino del Despertar. La esperanza en Dios es la clave de la Salvación.

Para comprender la necesidad de la Salvación, se debe tener una visión justa del pecado. El pecado consiste en cometer el mal y el mal en todas sus formas lo vemos en las obras que nos rodean.

Mirad: la mentira, la calumnia, la ira, la ambición, la codicia, la avaricia, el egoísmo, la vulgaridad, la lujuria, el odio, la intolerancia, la dominación, la violencia, el robo, la tortura, el alcoholismo, la depravación, el orgullo, la autosuficiencia... Mira todo esto y comprende que la condición humana es un pozo oscuro del que debes salir a toda costa.

Esta toma de conciencia de la oscuridad del mundo y del hombre es necesaria. Cuanto más fuerte sea, más apasionadamente buscarás los horizontes soleados del Despertar. El ardor espiritual nace de la observación de la abyección.

En verdad, estás inmerso en un charco de inmundicia y no lo sabes. Disfrutas inocentemente en el interior de tus desechos y excrementos.

Muchos de tus pensamientos y sentimientos son basura. En el pozo de la psique humana, el olor a motivaciones, apegos y egoísmo huelen mal. Apestas a las buenas personas: tienes que descender con una lámpara al oscuro pozo de la interioridad psicológica. Tienes que ir allí para hacer una observación de ti mismo, sin concesiones, la cual revelará la bajeza del subconsciente que se halla detrás del escenario.

A causa de tu observación, te disgustarás con la sociedad, te disgustarás con el hombre, te disgustarás de tú mismo. Es excelente, ya que esto fortalece tu desapego. Entonces, cuando la conciencia del pecado esté bien establecida en ti y llegues a amar al hombre tal como es, tu amor será lúcido y verdadero. Cualquier amor que se basa en una idealización sentimental, es un amor de baratija. Es porque el hombre está sumergido en el pecado que debemos amarlo y salvarlo.

Debemos denunciar un cierto uso de la psicología que tiende a disculparlo todo. La explicación de las causas, que dieron origen al pecado, no es excusa. Quien quiera transformarse puede transformarse, eso es algo que nunca debemos olvidar.

Eres débil, entonces, tienes que volverte fuerte. Eres un mentiroso, tienes que volverte sincero. Eres violento, tienes que volverte pacífico. Eres egoísta, tienes que volverte generoso. Eres inquieto, tienes que volverte tranquilo.

El fatalismo es una abyección que golpea el mensaje de todas las religiones. Este se resume en el mandato: "Vuélvete puro, conviértete en perfecto". Si te lo recomiendan, es porque el hombre es un ser inacabado. Eres una larva y las enseñanzas te dicen: "Conviértete en una mariposa". Lo que eres no es importante, lo que importa es en lo que debes convertirte. El fatalismo obstaculiza toda evolución. El hombre debe, con todas sus fuerzas, querer convertirse en un ser de luz. Su aspiración por la belleza y por la pureza, debe volverse más abrumadora

día a día. Debe despertar una energía que terminará siendo irresistible. Este es el motor de la Realización espiritual.

Ciertas expresiones modernas de espiritualidad han prohibido, con preocupación aséptica, la noción de pecado.

"Todo está bien", dicen, "solo tienes que intentar hacer las cosas más bellas, evolucionando". Tales visiones del mundo que han arrojado un velo modesto sobre la noción de pecado, nunca despertarán el ardor que es necesario para la Realización espiritual.

En realidad: "Todo está muy mal, has caído en un mundo de oscuridad, tu caso es desesperado, esa es la verdad". Si no comprendes esto, ¿dónde encontrarás la energía que es esencial para mantenerse despierto en todo momento?

El caso del hombre es verdaderamente trágico. La muerte se acerca. Morirá aplastado, engullido por sus pecados. Él se dirige hacia las tinieblas de la segunda muerte, y ¿qué dice el tentador? Él dice: "No te preocupes, todo está bien". La peor de las tentaciones es la de la tranquilidad. Todos los Maestros espirituales vinieron a la tierra para inquietar a las personas, para tratar de advertirles, para ponerlos en guardia, para despertarlos: "Presten atención, de ahora en adelante cada instante cuenta, la muerte siempre está cerca, es absolutamente necesario buscar la Salvación".

Al eliminar la noción de pecado, los patanes de la espiritualidad pierden toda noción de urgencia. La espiritualidad tibia es una falsa espiritualidad.

El hombre debe conocerse como pecador, para convertirse y encontrar su grandeza y su dignidad.

La conversión es una inversión total del individuo que, al darse cuenta, de repente, del horror del pecado y la inconsciencia en la que vivía, resueltamente se vuelve a la búsqueda del Despertar, a la presencia Divina y hace de esta búsqueda su principal preocupación.

La conversión va acompañada del arrepentimiento. El arrepentimiento no se compone solo de remordimientos y vergüenza. Hay necesariamente arrepentimiento y vergüenza, pero la característica más importante del arrepentimiento verdadero es la producción de una determinación muy firme para el cambio.

Si los pecados son perdonados al hombre gracias al arrepentimiento, es porque el arrepentimiento produce un cambio purificador en el comportamiento. Lamentarse de las faltas cometidas es completamente insuficiente. Hiciste esto y aquello negativo, bueno, ahora haz lo contrario. Esto es arrepentimiento. Esta es la redención de tus pecados. Esta es la expiación.

Las ceremonias rituales de confesión de pecados, y las penitencias rituales, son solo signos externos, cuyo propósito es ayudar a la producción de este movimiento interior que es el arrepentimiento. Los ritos son solo ayudas secundarias, podemos usarlos y podemos prescindir de ellos. Por otro lado, si los ritos reemplazan al arrepentimiento, y si imaginas que este o aquel pequeño ritual llevado a cabo durante tu vida, o en el momento de la muerte, es susceptible de borrar mágicamente tus pecados, caíste en la superstición. Repitamos que los ritos y las ceremonias son solo soportes que probablemente, en el mejor de los

casos, te ayuden a establecer en ti un estado de conciencia espiritualmente válido. Su papel y su función se acaban ahí.

Diversas enseñanzas han dicho que ciertos grandes Maestros vinieron para salvar a los hombres y redimir sus pecados. Esto es cierto para todos los Maestros. Pero los ignorantes se apresuran a entender las cosas mal. Se imaginan, lo que es muy práctico, pero totalmente ilusorio, que van a salvarse sin tener que hacer ningún esfuerzo.

Si un Maestro como Cristo vino a la tierra para redimir los pecados de los hombres, el concepto de "redención" no debe entenderse como la capacidad de borrar las faltas cometidas por los hombres.

La eliminación de los pecados de otros, si fuera posible, sería una violación del libre albedrío. Resulta que muchas personas están muy apegadas a sus pecados y muy deseosas de conservarlos. Borrar los pecados de otros sería reducir a la persona a la condición de un títere del cual se mueven los hilos. Tal concepción es teológicamente insostenible. Nos obliga a concebir un Dios que no creó seres libres. Ahora bien, si el ser no es libre, el mal es generado directamente por Dios, y no como es el caso, por el mal uso del libre albedrío humano.

Hacer que Dios sea responsable del mal y luego declarar que borra los pecados según su capricho es completamente absurdo.

La libertad de Dios se expresa en la creación de las leyes del universo. Sus leyes solo pueden ser justas y equitativas, ya que reflejan su perfección. Una de sus leyes es la de la retribución de los actos, llamada Karma en oriente. Borrar los pecados de una persona sería un acto arbitrario, que contravendría la justicia Divina.

La ayuda redentora que Dios da en sus encarnaciones divinas consiste en darnos los medios para borrar nuestros pecados. No le corresponde a Dios borrar los pecados de los hombres sin pedirles su opinión. Al revelarnos el camino a seguir, Dios elimina virtualmente nuestros pecados. En cuanto a la eliminación efectiva, depende de nuestro trabajo interno.

Como dice el Buda: "Uno mismo hace el mal, uno mismo deshace el mal".

El simbolismo de la redención de los pecados debe entenderse de la siguiente manera: al encarnarse, Jesús de Nazaret, Moisés, Mahoma, Buda, Shankâra y los otros grandes Maestros, vienen a la tierra para acuñar una nueva moneda espiritual, gracias a la cual los hombres pueden redimirse. Al darnos su enseñanza y al verter sobre nosotros su influencia espiritual, simbólicamente nos dan la cantidad que necesitamos para comprar nuestra libertad y dejar de ser esclavos del mundo. Sin embargo, si mantenemos el precio de nuestra Salvación en el fondo de nuestro bolsillo, o si lo malgastamos, permanecemos en nuestra condición de esclavos. Al hacer el sacrificio de venir a la imperfección de la condición encarnada, y al darnos su enseñanza, los grandes Maestros nos trajeron la posibilidad de la Redención, sin embargo, es solo por nuestros propios esfuerzos y aprovechando las enseñanzas de los Maestros que realizaremos esta Redención, y que nuestra salvación potencial se hará efectiva.

Si los grandes Maestros no hubieran venido, y no continuaran inspirando a quienes confiaban en ellos, si los Iluminados no hubieran

enseñado un Sendero, no habría Sendero. Los Maestros deben darnos una redención y una remisión potencial, para que podamos llevar a cabo, de forma efectiva, nuestra redención y nuestra Remisión.

Por lo tanto, entendemos que las doctrinas que insisten en la necesidad absoluta de la gracia, y las doctrinas que insisten en la necesidad de los esfuerzos personales, son en conjunto correctas.

Sin la gracia, nada sería posible, pero sin el esfuerzo individual, las posibilidades de abrirnos a la gracia resultan vanas.

Todos los pecados pueden ser perdonados, es decir, borrados por nuestro arrepentimiento, excepto el pecado contra Dios. El pecado contra Dios consiste en cerrarse internamente a la vía de la inspiración Divina y de sus exigencias. El pecado contra Dios no puede ser borrado, porque al impedir el arrepentimiento, este pecado nos priva de los medios por los cuales podríamos borrarlo.

Es esta inspiración del Espíritu Divino, del Espíritu Santo dirían los católicos, lo que nos muestra el camino de la redención enseñada por los Maestros. Somos guiados externamente por los Escritos de los Maestros, somos guiados internamente por la inspiración.

Para los que se arrepienten, hay remisión de los pecados. Recordemos que el verdadero arrepentimiento contiene el arrepentimiento por las faltas cometidas, pero sobre todo una modificación firme del comportamiento. La remisión de los pecados es, por lo tanto, una consecuencia de la ley del karma, es decir, de la justa retribución por los actos. Al cesar de cometer el mal, gracias a nuestro arrepentimiento, y al hacer el bien, borramos los pecados que determinan nuestro destino futuro. Nuestros actos, sentimientos y pensamientos luminosos borran la huella dejada por los actos, sentimientos y pensamientos tenebrosos.

“Quien haya hecho un átomo del mal, lo verá”, dice el Corán. Esta es la ley que se aplica implacablemente a aquellos que no se arrepienten. Por el cambio radical de comportamiento que implica el arrepentimiento, redimimos nuestros pecados. Estos se eliminan del libro simbólico donde fueron grabados. Ahí reside la clemencia y la misericordia de Dios.

Después de nuestra muerte, solo debemos soportar el peso de los pecados que no nos han sido redimidos aquí abajo. Pesaremos cada átomo del mal que no haya sido redimido.

En el campo de las leyes cósmicas, solo puedes comprar algo a su precio justo. Esto significa que los méritos acumulados solo pueden cancelar una proporción equivalente de pecados.

Dejar la dicha trascendente para venir a una condición encarnada, tal es el sacrificio al que todas las encarnaciones Divinas consienten. En el caso de Cristo, al sacrificio que es inherente al hecho de descender a la condición humana, se agregó el hecho de que Cristo, para cumplir la misión que le fue asignada proféticamente, tenía que asumir un papel que, según la coyuntura histórica, lo condujo inevitablemente al suplicio de la cruz. La realización de la misión de Cristo que, como todas las misiones asumidas por las Encarnaciones Divinas, fue motivada por el amor, no podía separarse de la aceptación de la tortura en uso en ese momento. Es en este sentido, que la crucifixión de Cristo es una prueba de amor. Él dio su vida por nosotros, porque no solo aceptó venir en la

condición humana para enseñar a los hombres sino, además, y para no traicionar su papel y el cumplimiento de las profecías que implicaba, él consintió libremente el suplicio.

La buena comprensión del sacrificio, consentido por Cristo, excluye totalmente la interpretación literal cruda y supersticiosa de la fórmula según la cual la sangre de Cristo habría lavado los pecados de los hombres. Tal declaración es aceptable, si se escucha simbólicamente. En este caso, equivale a decir que, si Cristo no hubiera aceptado la crucifixión, y la historia muestra que sí tuvo la posibilidad de evitar el suplicio, no habría cumplido las profecías, y por tanto, no habría llevado a cabo el trabajo redentor que motivó su encarnación. El contenido de su enseñanza podría haber sido el mismo, pero debido al incumplimiento de las profecías, el impacto de esta enseñanza no habría sido comparable. La sangre de Cristo, que simboliza la consecuencia de la aceptación del suplicio, por lo tanto, nos ha salvado virtualmente, ya que es gracias a esta aceptación que nos ha llegado su enseñanza. Esta es una interpretación correcta. Desafortunadamente, algunos teólogos no hablaron simbólicamente, vieron el valor salvador de la sangre de Cristo con el realismo más burdo. Atribuyeron una especie de valor mágico al flujo de su sangre. Tal concepción está relacionada con las formas más primitivas de religiosidad. Ni siquiera merece ser comentada. Su absurdo es evidente para todos aquellos que poseen un mínimo de intelectualidad. Decir cosas absurdas y, luego, declarar que estas constituyen misterios Divinos, que van más allá de la inteligencia del hombre, tal es el argumento de un teólogo relegado en sus últimas trincheras.

Cristo vino a salvar a todos los hombres. Es decir, vino a ofrecer una enseñanza salvadora a todos los hombres. Este no es solo el hecho de Cristo, como algunos sectarios declaran. Todas las Encarnaciones Divinas, los grandes Maestros y profetas, vinieron a la tierra para salvar a todos los hombres, y sus enseñanzas están dirigidas a toda la humanidad. Múltiples son las voces que nos llaman a la Redención.

La remisión de los pecados, que es la consecuencia del arrepentimiento, requiere la conciencia del pecado como requisito previo. Es una grave inconsciencia espiritual la que hace que, los hombres imperfectos, digan que no saben qué es el pecado.

Solo puede terminar liberándose del pecado aquel que ha empezado a tomar conciencia de ello. Debemos sentir el peso del pecado, en nosotros y a nuestro alrededor, mientras aspiramos a la Luz, para abrirnos a la inspiración Divina, que nos mostrará la exigente vía de la redención. Dios solo guía a quienes buscan ayuda.

La aspiración a la Luz, el deseo de Despertar y la Realización espiritual no son inseparables.

La conciencia del pecado, el sufrimiento del pecado nos impulsa a buscar el Despertar, y en el Despertar somos liberados del pecado.

El pecado original no es más que la identificación al hombre que surge en la primera infancia. He aquí por qué es herencia de toda la humanidad. En la desidentificación que acompaña al Despertar, entendemos que solo el vehículo humano, en su imperfección, es pecador. Por lo tanto, podemos retomar las afirmaciones del libro de los muertos de los antiguos egipcios y decir: "Soy puro, soy puro, soy puro".

Comprendes que "siempre he sido puro", "Soy eternamente puro". Puedes hacer tuyas las palabras de la Virgen María que definen su Inmaculada Concepción. Puedes decir: "Mi concepción fue inmaculada. Lo que realmente soy nunca ha sido tocado por el pecado. “

Tomar consciencia de nuestra pureza y permanecer consciente de ella es volverse efectivamente puro.

En la Biblia, Dios nos dice: "Sé santo, porque yo soy santo". La santidad no resulta del perfeccionamiento del vehículo humano. No hay en el mundo de las cosas temporales, relativas y efímeras, un vehículo humano totalmente perfecto. Si la santidad resultara del perfeccionamiento del vehículo como algunos han creído, las palabras Divinas serían irrealizables. Por otro lado, si dejamos de identificarnos con el hombre, encontramos, en lo más profundo de nosotros mismos, la presencia de la santidad Divina; al reconocer que esta presencia es nuestro Si, nuestro “ATMAN”, nos damos cuenta de nuestra santidad y de nuestra pureza eterna. Cuanto más nos damos cuenta, más la hacemos efectiva.

La Redención y la liberación del pecado se pueden resumir de la siguiente manera: de un instante a otro, sé consciente de la atemporalidad, la eternidad, la pureza, la santidad y la Divinidad de tu naturaleza profunda.

En verdad, en verdad, no eres este hombre imperfecto y pecador, no perteneces a este mundo tenebroso, no eres eso, no eres eso “Neti - Neti”, dicen los Upanishads.

APROXIMACIÓN AL DIÁLOGO INTERIOR

Por medio del diálogo interior, serás dueño del vehículo humano.

Por medio del diálogo interior, constatarás la existencia de los diferentes niveles de la psique.

Pero en esta práctica del diálogo interior, es preciso tener cuidado con la trampa de la identificación.

Lo superior debe ser dueño de lo inferior. Sin embargo, debéis situaros más allá de los dos, en la transcendencia de lo no manifestado.

Unos ejemplos concretos os harán comprender con toda claridad en qué consiste el diálogo interior: supongamos que sentís una brusca irritación a causa de la actitud de uno de vuestros comensales. A pesar de esta irritación, recordándoos el imperativo del Despertar, permaneceréis atentos, lúcidos, plenamente conscientes. Constatáis la brusca subida de la irritación. Hay pensamientos repentinos formulando los motivos de vuestro enfado. Hay cierta crispación en la cara, quizá una tensión o una brutalidad en los gestos, una modificación del ritmo de la respiración, una contracción al nivel del plexo solar. Y, por consiguiente, hay la necesidad imperiosa de libraros a estas observaciones inadecuadas.

Permaneced, simplemente, como espectadores pasivos de ese fenómeno de irritación no es la solución. Existe la necesidad preliminar de una observación consciente y desapegada. Y al hacer esta observación, la irritación permanece. ¿Qué debemos hacer entonces? Será necesario practicar el diálogo interior.

El fragmento psíquico, que expresa la irritación, es de hecho un aspecto de vuestra mente bastante infantil. Es la mente del niño enojado que está contrariado, pues el mundo exterior no obedece a sus caprichos y a sus preferencias.

Este niño caprichoso y enojado que habéis sido, lo sois siempre. La mente se forma por la sedimentación de capas que se van añadiendo sucesivamente las unas sobre las otras. Por lo tanto, habrá siempre en vosotros un aspecto mental infantil. Esto es preciso saberlo.

Nuestro propósito no es explorar el contenido de las sedimentaciones que componen el psiquismo. Este tipo de enfoque es característico del psicoanálisis y de las diversas psicoterapias.

Nuestro objetivo consiste en dominar las manifestaciones que resultan de la activación de las diferentes sedimentaciones del psiquismo.

A menos que se trate de graves problemas, que necesiten de una psicoterapia, es inútil, peligroso y nefasto, traer a la luz los elementos negativos con el fin de analizarlos. Actuar así, es buscar problemas donde no los hay.

Los elementos negativos del psiquismo, cuando se convierten en simples potencialidades virtuales, ocultas en el inconsciente, y que no ejercen ninguna influencia que afecte gravemente al comportamiento, no

deben actualizarse inútilmente y volverlos conscientes mediante métodos psicoterapéuticos. Si bien consideramos que la psicoterapia es a veces necesaria, la psicoterapia para todos es un absurdo demagógico, un proselitismo de mala calidad que se opone al camino espiritual. Este camino es un movimiento hacia lo alto y de ninguna manera una investigación de las raíces del comportamiento.

Lo que importa desde el punto de vista espiritual, es llegar a ser dueño del vehículo humano. Si las causas inconscientes impiden toda esperanza de dominio, entonces aprobamos la práctica de una psicoterapia y lo consideraríamos como una etapa necesaria en vuestro camino de evolución. Por el contrario, si ningún problema grave os impide llevar una vida banalmente normal y equilibrada, esta apertura del subsuelo psíquico, no es solamente inútil, sino también peligrosa. Muchas personas que se han sometido a psicoterapia, cuando no tenían una necesidad real, han sufrido una regresión espiritual.

La práctica del diálogo interior, práctica que debe seguir una toma de consciencia pasiva, se dirige a aquellos que no tienen necesidad de psicoterapia. Es decir, de hecho, a la gran mayoría de personas. Pues la teoría según la cual todo el mundo estaría psicológicamente enfermo, es precisamente una opinión de enfermo, que revela el proselitismo aberrante del que acabamos de hablar.

Terminada esta digresión, volvamos al caso concreto de alguien que siente los fenómenos de enervamiento anteriormente descritos. Para él, el diálogo interior consistirá en razonar con el fragmento psíquico que experimenta la irritación.

Por lo tanto, será necesario establecer un verdadero diálogo. Acabáis de constatar en la mente, la aparición de determinados pensamientos que expresan quejas con relación a la persona que os ha molestado. Enseguida formularéis interiormente otros pensamientos que responderán a los primeros, desarrollando una argumentación contradictoria. Decid interiormente: “Tal persona ha dicho esto o ha hecho lo otro, por tal o cual razón... Su carácter tiene tal o cual característica lo que explica su actitud. Es absurdo culparlo por ello. Lo ha hecho sin mala intención o bien su mala intención ha sido motivada por esto o aquello... Es infantil irritarse por una cosa tan insignificante”. Es preciso dar un paso atrás. Constatar que aquello no tiene ninguna importancia en nuestra vida. Darse cuenta, que mantener la serenidad es una adquisición de alta importancia. Disipar esa irritación inconveniente. Decirse: “¿De qué sirve contaminar la mente al albergar pensamientos rencorosos?” Recordad la necesidad de dominar vuestros gestos y de retener vuestras palabras agresivas. Exhortaros a la calma... Constatad que es mucho más agradable permanecer en un estado de ecuanimidad. Decirse, también: “¿De qué sirve beber el vinagre de la ira?” Practicad la distensión de los músculos de la cara y del conjunto de las tensiones que habitan vuestro cuerpo. Obligaros, después de esta relajación, a expresar una media sonrisa, etc.

He aquí el tipo de sugestiones que se deben hacer con la parte de la mente que se dirigirá a la zona psíquica en la cual se ha experimentado la irritación.

Este tipo de reflexiones no son más que un ejemplo. A vosotros corresponde adaptarlo a la multiplicidad de circunstancias concretas. Lo que acabamos de decir, tomando como ejemplo la irritación, puede repetirse en diversas variantes como el robo, la mentira, la pereza, etc., así como para todas las tentaciones negativas.

Para el robo será necesario sugestionar la parte de la mente que expresa los argumentos, justificando el hurto que uno se propone cometer, explicando que la parte de la rectitud y de la moral irreprochable es mucho más importante que cualquier ganancia material.

Para la mentira: al sorprenderte en flagrante delito de mentir, razonarás de la mente a la mente, recordándole la debilidad, el absurdo, la bajeza que hay en el hecho de exagerar o disimular la realidad. Instaremos a la mente con la mente a practicar la virtud de la veracidad, recordando la fuerza y la serenidad que se desprenden de aquél que dice siempre la verdad. Se pensará igualmente en la importancia de tener una adecuación perfecta entre el mundo interior de los pensamientos y el mundo exterior de la palabra.

Inútil multiplicar los ejemplos, eso nos conduciría a pasar revista a todos los elementos constitutivos de la moral.

En todos los casos, el principio será el mismo: al constatar la presencia de una tentación negativa, se utilizará la mente para razonar y sugestionar, ello desarrollando tantos argumentos como sea necesario e insistiendo también, todo el tiempo necesario para que el impulso tentador sea dominado.

En determinados casos, el razonamiento y la sugestión no tendrán como propósito el reprimir un impulso negativo, sino al contrario animarnos para cumplir ciertos actos.

Así, retomando el ejemplo de la mentira, al constatar demasiado tarde que acabáis de mentir, os exhortaréis a rectificar enseguida delante de vuestros interlocutores, manifestándoles vuestra mentira, vuestra deformación o vuestra exageración de la exacta verdad.

Lo mismo en caso de temor ante una acción a realizar, será preciso razonar con el cuerpo y la emotividad, de tal forma que por medio de la repetición sugestiva, encontréis la seguridad y la fuerza que os haga realizar lo que deba ser hecho.

Respecto a la pereza, nos exhortaremos a superarla, y recordaremos las ventajas que resultan de la acción que uno quiere cumplir.

Una vez más, no podemos multiplicar los ejemplos, pues son muy numerosas las ocasiones en donde el diálogo interior deberá ser orientado de manera que nos incite a hacer esto o aquello, y no a dejarlo de hacer.

Hay una práctica que puede hacernos captar fácilmente la sutilidad y la intensidad del diálogo interior, es el ayuno. Esto con la condición de que no nos encontremos dentro de un grupo practicando esta abstinencia. En ese caso, no será el poder del diálogo interior el que ha de ser determinante, sino el efecto de la sugestión y del condicionamiento colectivo.

Para sentir claramente el mecanismo del diálogo interior gracias al ayuno, es preciso que usted decida ayunar tal o cual día sin ningún

sostén exterior. ¿Qué pasará entonces? Una parte de vuestro psiquismo decidirá ayunar. La jornada de ayuno comienza: después de transcurrido un cierto número de horas y al hacerse sentir el hambre, he aquí que otra parte de vuestro psiquismo tomará la palabra y os explicará que es ridículo o inútil el ayunar.

Tal fenómeno es muy interesante de estudiar, os permite captar claramente la lucha que se opera en vosotros. Es una lucha entre el "sí y el no". Pero en muchos casos, la voz del "sí y el no" no hablan simultáneamente, sino alternativamente. Es en esta alternancia donde reside el peligro, y es de esta alternancia de donde surge la ausencia de autocontrol.

Habiéndose expresado el "sí, es preciso ayunar", cuando aparece el "no, no es preciso ayunar", el "sí" desaparece. El "no" se encuentra solo en la lista, y es por eso, que puede triunfar fácilmente. Todo el problema del diálogo interior consiste en poner el "sí" y el "no" en presencia el uno del otro para que se enfrenten, y pesarlos en la balanza de la tesis positiva hasta que ella gane.

Cuando el "no" aparece, si olvidáis totalmente el "sí", entonces olvidáis vuestro ayuno y cambiáis de parecer, abandonando y lamentándolo después cuando el "sí" reaparezca de nuevo.

Por el contrario, si apareciendo el "no" recordáis al "sí", y lo confrontáis con el "no", sentiréis la lucha entre: "el sí y el no". Esto os enseña mucho sobre el funcionamiento del vehículo humano, pues lo que es verdad para el ayuno, lo es para todos los casos de la consciencia que son una lucha entre dos aspectos del psiquismo.

Habiendo observado la lucha entre el "sí y el no", entrad en el combate mediante una acción voluntaria y reforzad el "sí".

Hacer triunfar lo espiritual es aprender a vencer una tentación. Y cuanto más se refuerce vuestra capacidad de vencer una tentación, igualmente, más se reforzará vuestra capacidad de vencer otras tentaciones. En eso reside la riqueza universal de la práctica del ayuno. Pues del mismo modo que el ayuno, las otras privaciones propuestas de manera recurrente por las diferentes tradiciones, nos permiten entrenarnos y acorazarnos contra las tentaciones. Aprendiendo a vencer la tentación de romper el ayuno, adquiero una fuerza interior que me permitirá vencer más fácilmente la tentación del adulterio, del malhumor, la violencia y de cualquier otra pulsión negativa.

Desde esta óptica, el ayuno, independientemente de cualquier otra justificación de tipo higiénico, es una disciplina preciosa para aquel que comienza en el sendero del diálogo interior. Y repitámoslo, es lo mismo para el conjunto de privaciones episódicas que constituyen la ascesis que está en la base de toda tradición auténtica.

Una pregunta queda en suspenso: ¿Quién es el que dialoga? ¿Quién dialoga con quién? Se puede responder brevemente diciendo: el psiquismo superior dialoga con el psiquismo inferior.

Hay en vosotros un psiquismo inferior. La máxima realización de este psiquismo inferior es eso que las tradiciones han llamado vuestro mal ángel. Vuestro demonio interior. Vuestro tentador. Que no es otra cosa que la fuente de todas las potencialidades negativas que os habitan.

Hay en vosotros un psiquismo superior. La máxima realización de este psiquismo superior es vuestro ángel guardián, vuestro ángel bueno, que no es otra cosa que la fuente de todas las potencialidades positivas que os habitan.

Podemos decir simbólicamente que la vida humana es un combate entre el buen y el mal ángel, los cuales se encuentran en vuestra psicología interior. En el campo cerrado de esta interioridad, incansablemente, como dos héroes de la Edad Media, el buen y el mal ángel se enfrentan, incansablemente, con sus radiantes espadas en un combate titánico.

Innumerables son las mitologías y los simbolismos que expresan la realidad cósmica de ese combate. Siendo el microcosmos el reflejo del macrocosmos, tiene lugar en vosotros mismos el combate entre las dos potencias. En vuestro interior, Ahraman, el espíritu del bien, y Ormuz, el espíritu del mal, libran la batalla.

Así como lo enseña el Mazdeísmo, el Espíritu del bien y el Espíritu del mal, son dos gemelos salidos de la trascendencia. Trascendencia que en esta doctrina es llamada Zarvan Akaran. Desde esta óptica, la realización espiritual se identifica con la victoria, en uno mismo, del Espíritu del bien sobre el Espíritu del mal. Y esta victoria del bien sobre el mal, solo puede materializarse a nivel individual, a través del cultivo del buen pensamiento, de la buena palabra y de la buena acción.

En vuestro interior, el poder del Indra védico, armado con el rayo, debe aterrorizar el poder de Vritra, que es la capacidad de resistencia oscura a lo divino. Resistencia que se aferra a la montaña de apariencias fenomenales, e impide a las Aguas de la Realidad divina fluir en este mundo y nutrir a los seres vivos.

En vuestro interior, el egipcio Horus, dios de la luz, debe vencer y castrar a Seth, el señor del mal, simbolizado por el cocodrilo.

En vuestro interior, San Miguel debe abatir al dragón.

Todas las grandes tradiciones expresan, al nivel cosmogónico y psicológico, la necesidad de la lucha del bien contra el mal. No creáis que podéis evitar esta lucha. Entrad valientemente en el combate interior que no es otro que la gran guerra santa del Islam. Convertíos en un héroe de lo espiritual por vuestras tomas de consciencia de lo negativo, y por medio del diálogo interior que deberá seguir, inmediatamente, a estas tomas de consciencia.

Muchas malas tendencias residen en tu interior en el estado potencial. Sería suficiente cierto tipo de acciones y de reflexiones para hacerlas activas. Además, un cierto número de tendencias negativas se encuentran en vuestras actividades, con intensidades energéticas variables. Es preciso vencer todas esas tendencias negativas.

Ciertas tendencias luminosas están ya activas en vosotros, pero hay muchas otras que permanecen todavía en un estado potencial. Es suficiente un cierto tipo de acciones y de trabajo interior para convertirlas en activas.

El mal ángel y el ángel guardián son pues las dos reservas potenciales de lo positivo y de lo negativo.

El hombre clásico es una mezcla variable de los dos. Aquel que sigue una ascesis demoníaca, acaba por identificarse totalmente a su mal ángel que se convierte en una realidad totalmente activa; mientras que las tendencias que componen el ángel guardián se convierten en él, en simple potencialidades. Aquel que sigue una ascesis luminosa, acaba al término de su evolución individual por identificarse totalmente a su ángel guardián; se convierte en un ángel al nivel psíquico y las tendencias negativas que componen su ángel malo se convierten en él en totalmente potenciales.

El combate espiritual que se expresa en el diálogo interior, es un acto en el cual los dos ángeles se enfrentan.

El diálogo interior es la experiencia de la fricción del libre albedrío.

El diálogo interior es una herramienta, gracias a la cual, hacéis retroceder paulatinamente en vosotros la sombra y el imperio del demonio, para que de una manera siempre más deslumbrante, el ángel que todavía no sois más que potencialmente, se convierta en vosotros en una realidad efectiva y reporte finalmente la victoria.

El yo psicológico del hombre es una mezcla de sombra y de luz. El yo sufre la doble influencia del infrahumano y del superyó angelical.

Ese superyó angélico no tiene nada que ver con el superyó freudiano. El superyó freudiano no puede ser confundido con el superyó angélico, pues, si es verdad que éste último inhibe las malas tendencias, igualmente inspira y enriquece al individuo. Además, en el superyó freudiano, la inhibición es un proceso irracional, mecánico, involuntario e inconsciente. Mientras que, en el superyó angélico, la inhibición de lo negativo es consciente, razonada, lógica y voluntaria. El superyó freudiano está en el inconsciente. El superyó angélico está en el consciente.

Ciertas observaciones del psicoanálisis son, sin embargo, exactas, puesto que es verdad que una educación inhibidora forma una falsificación inconsciente del superyó angélico. Falsificación que es precisamente el superego freudiano. Tened en cuenta que todo despertar auténtico del superyó angélico, hará desaparecer en un resplandor esta falsificación inconsciente que no podría soportar su luz. La práctica que se indica a los adeptos de la espiritualidad es excesivamente simple. Se trata de instaurar en nosotros un diálogo interior, y de día en día, gracias a ese diálogo y a nuestros esfuerzos voluntarios, hacer triunfar lo positivo y lo luminoso. Al hacer esto, sin embargo, debemos evitar caer en una trampa. Esa trampa consistiría en identificarse con la psique superior y angelical. Tal identificación, si bien puede constituir una etapa en el proceso de evolución espiritual, no puede ser considerada como el propósito último. Ese objetivo último, está representado por el camino gnóstico. La ascesis gnóstica supera la luz y las tinieblas, mientras que la ascesis angélica no sobrepasa más que las tinieblas.

Identificarse con el psiquismo superior es hacer el bien pensando: “Yo hago el bien”. “Yo lucho contra el mal”.

Elevarse al nivel de la gnosis es hacer el bien sabiendo que es el psiquismo angelical el que realiza estos actos positivos y el que lucha contra el mal, mientras que nosotros permanecemos más allá en nuestra

trascendencia inactiva, que no es otra que nuestra pura consciencia que permanece testigo del hombre y del mundo.

Lo mismo que el santo, el gnóstico desarrolla el ángel que en él habita, pero mientras que el primero limita su punto de vista a la identificación con su cuerpo de gloria angelical, el segundo considera el cuerpo de diamante del ángel como un simple instrumento de acción, instrumento con el cual no se puede confundir.

APROXIMACIÓN A LAS PASIONES

Todas las doctrinas espirituales nos dicen que debemos liberarnos de las pasiones. Las pasiones nos atan a la tierra y debemos aligerarnos de una pesadez que une nuestra alma a la tierra. Nuestro vehículo físico nace del polvo y debe volver al polvo. El alma apasionada, unida a las cosas de la tierra, es arrastrada después de la muerte a una desagregación que sucede casi inmediatamente después de la desagregación del cuerpo. Esta desagregación es comparable a la de una planta privada de agua. El alma psíquica, habiendo tomado el hábito de beber con pasión las cosas de la tierra, se encuentra después de la muerte, privada de lo que fue objeto de su alimento psicológico. Todo lo que queda es un residuo psíquico que se manifiesta en forma de alucinaciones, cuya intensidad va disminuyendo gradualmente. Así, el hombre apasionado, que muerde con avidez en las cosas de la vida, se encierra, por su misma codicia, en el círculo de las cosas terrenales, y se condena a la segunda muerte, es decir a la extinción gradual de su psiquismo al final de la vida post-mortem.

La lógica implacable de porqué es así, se muestra claramente a aquellos que quieren pensar un poco: el cuerpo psíquico del alma que, debido a la pasión, tomó el hábito de alimentarse de cosas terrenales, se ve privado de ellas en el momento de la muerte. A pesar de esta privación, no desaparece, como creen los materialistas, a causa de su ignorancia. El cuerpo psíquico del alma apasionada sobrevive a la muerte del cuerpo físico, pero solo sobrevive agotando gradualmente las reservas de energía que se habían acumulado en él. Al estar separado de la tierra por la desencarnación, ya no puede encontrar nada para alimentarse en el nivel psíquico y poco a poco se vuelve anémico.

Estas fantasías, estas alucinaciones, que proporcionan el respiro de la vida post mortem, se consumen gradualmente. Se convierte en lo que las religiones antiguas llamaban larva. Sus facultades de visión psíquica, de sensación psíquica, de razonamiento disminuyen, y termina hundiéndose en esta inconsciencia total que los hebreos llaman el "Seol".

En todo esto, el cuerpo psíquico del alma apasionada reacciona de manera similar a una planta privada de agua.

Por lo tanto, se comprende perfectamente que las religiones insistan en la necesidad del desapego. De hecho, no puede haber satisfacción espiritual, si no se obtiene una victoria sobre las pasiones.

En nuestra época, en la que proliferan, sin orden ni concierto, una gran variedad de nuevas doctrinas, se puede afirmar que cualquier sistema, que se llame espiritual y que no proponga explícitamente el dominio de las pasiones, solo puede ser una falsa espiritualidad. Tal criterio es de gran utilidad y puede ayudar a muchos buscadores sinceros, a no extraviarse en las doctrinas predicadas por los charlatanes o los sinvergüenzas.

La victoria sobre las pasiones es una cuestión de vida o muerte. O vences tus pasiones o serás derrotado por ellas. No hay alternativa.

La muerte de la que estamos hablando, no es obviamente la muerte física, porque el hombre apasionado muere físicamente tan bien como el hombre sin apegos. La muerte en cuestión, es la segunda muerte que ocurre al final de la vida psíquica. Liberarse de las pasiones, es superar la segunda muerte, que es la única muerte verdadera. La primera muerte es solo el abandono de un caparazón físico, a menudo desgastado o dañado.

Hemos visto por qué las pasiones llevan al difunto al abismo de la inconsciencia, que es la segunda muerte. Queda por explicar, por qué el desapego, permite evitarla. La lógica de esta ley cósmica se puede resumir en una fórmula: "Si estás apegado a las cosas mortales, te vuelves mortal. Si estás apegado a las cosas eternas, te vuelves inmortal".

La realización espiritual es la conquista de la inmortalidad y esta conquista se logra a través del dominio de las pasiones.

Si el cuerpo psíquico del alma se nutre de las pasiones terrenales, perecerá gradualmente una vez privado del contacto con la tierra, que resulta de la primera muerte. Por otro lado, si el cuerpo psíquico se nutre de la contemplación de la realidad espiritual eterna, no puede marchitarse, ya que se nutre de una inmutabilidad inmaterial e ilimitada, de la que nada puede separarlo.

Que el cuerpo psíquico de los Despiertos se disuelva en lo No Manifestado, o que subsista dentro de la Manifestación Cósmica, en la forma luminosa llamada "cuerpo de gloria" en el cristianismo y "cuerpo de diamante" en el tantrismo, en un caso como en el otro, permanece para siempre, evitando la aniquilación de la segunda muerte.

Es necesario que las pasiones se nos muestren claramente. Debemos subrayar que, este objetivo, inseparable del proceso que caracteriza a toda espiritualidad auténtica, es radicalmente opuesto al "ideal" propuesto por la sociedad moderna.

En la época del materialismo, el "ideal" propuesto a las masas es un "ideal" animal que se reduce a decir: "disfruta de la vida al máximo y sumérgete en el exceso de los placeres". No hay forma más segura de enraizar al hombre en la tierra, de extinguir en él toda posibilidad de elevación espiritual, de consagrarlo a la oscuridad de la frustración.

Desde esta óptica, las pasiones son la sal de la vida. Cuanto más apasionados somos, más mordemos la vida al máximo, más experimentamos una vida intensa y feliz.

De una manera paradójica, aparentemente este ideal conduce al egoísmo, la soledad, la angustia, la revuelta, la violencia, la desesperación y, a veces, al suicidio.

Es así, porque, si hago de mi ideal la búsqueda de placeres, me encierro irremediablemente en un egoísmo, dentro del cual el otro no es para mí, más que un objeto de placer. Tal actitud me condena a la soledad. Además, cuanto más intento agarrarme a las cosas buenas de la vida, más infeliz soy, porque en este mundo todo es impermanente. Nuestro sufrimiento es proporcional a nuestros apegos. El desapego es, por lo tanto, la liberación del sufrimiento psicológico.

Cuanto más apasionadamente me apegue a las relaciones amorosas que tengo, más sufriré con las inevitables separaciones o la muerte.

Cuanto más apasionadamente me apegue al trabajo que hago, más experimentaré amargas decepciones en los fracasos inevitables que salpican toda la vida humana.

Cuanto más apasionadamente me apegue a las posesiones materiales, que me puedan tocar, más temeré con ansiedad el ser privado de ellas, más sufriré al ser efectivamente privado de ellas, más tendré que luchar duro para adquirirlas o preservarlas, más envidiaré a aquellos que tienen lo que yo no tengo y más me rebelaré contra la aparente injusticia de la distribución social.

Cuanto más me apego al hecho de vivir, cuanto más agonizante es la fecha límite de la muerte, más insoportable será la vejez que disminuye mi capacidad de goce.

Si pensamos en todo esto, nos daremos cuenta de que la pasión no es algo que forma parte del orden de la naturaleza, sino, por el contrario, una inclinación antinatural. Y es así, porque las pasiones, en lugar de permitirnos adaptarnos lo más perfectamente posible al mundo exterior, en realidad, constituyen resistencia al orden natural de las cosas. Resistencia que nos empuja a tratar absurdamente de vivir contra la corriente. Aceptar el orden de las cosas, es dejarse llevar por el flujo natural de la vida, y eso consiste en aceptar los duelos, las separaciones, las privaciones y los fracasos inevitables que salpican toda la vida. Cuanto más fuertes sean nuestras pasiones, más difícil será para nosotros aceptar las cosas inevitables y naturales. He aquí por qué, el espíritu apasionado es un espíritu enfermo que se rebela contra el orden de las cosas, y que, en su rebelión contra el orden natural, está llamado a ser quebrantado por el sufrimiento y la angustia.

Al comprender el peligro y la vanidad de las pasiones, en muchas religiones se adoptó la solución radical y restrictiva del ascetismo. Al alejarme o privarme de todo lo que es motivo de apego pasional, puedo pensar razonablemente que será más fácil para mí obtener un desapego verdadero. Esta solución, cuando no causa reacciones significativas de represión e insatisfacción a nivel del vehículo humano, reacciones que se erigen como obstáculos añadidos, es bastante efectiva. Incluso si la conquista del desapego, no se lleva a cabo en esta vida hasta su término, esta solución garantiza la salvación a sus adeptos. La salvación consiste en evitar la segunda muerte y seguir la evolución espiritual en la vida post mortem.

Desde una perspectiva espiritual, la vía del ascetismo es por lo tanto perfectamente justificable. Pero solo en la medida en que corresponde a la especificidad de una vocación y de una predisposición individual. Cuando lo practica una persona que no tiene ni la vocación, ni la predisposición, ni la aspiración, que el ascetismo conlleva, los resultados, debido a las múltiples resistencias y represiones de naturaleza molesta, son a menudo opuestos a los buscados. Queriendo avanzar, el penitente retrocede.

Las vocaciones auténticamente ascéticas son vocaciones excepcionales. En cuanto a las discusiones sobre la superioridad o la inferioridad de quienes aceptan el mundo o lo rechazan, son inútiles. Lo

importante es que cada uno cumpla las condiciones de su vocación individual.

A diferencia de los ascetas, que son puros testimonios de la vía temporal, aquellos en quienes se cumple la finalidad del mundo, están animados por una vocación que llamaremos intramundana. Las características de esta vocación son la aceptación plena y perfecta del mundo en todos sus aspectos.

Tal aceptación no puede, desde un punto de vista espiritual, separarse del requisito esencial del desapego. Por lo tanto, se trata de permanecer en el mundo, de tener una vida familiar, profesional, política, cultural y artística normal, y al mismo tiempo trabajar para lograr un perfecto desapego, que es la garantía del éxito espiritual.

Para aquellos que imaginan que las pasiones son la sal de la vida, este tipo de perspectiva generalmente se entiende mal. Estar desapegados mientras permanecen en el mundo significa para ellos llevar la triste existencia de un profano indiferente a todo, sacrificado e insensible por el sentido del deber.

Por lo tanto, me casaré y procrearé hijos por deber, sin realmente amarlos, porque tengo miedo de apegarme a ellos. Voy a vivir una vida profesional sin gusto, por espíritu de sacrificio. Mis actividades sociales o políticas tendrán el mismo motivo. Tal visión es realmente horrible. Es una distorsión grave de lo que realmente es la finalidad de la vida intramundana. Cada vocación se caracteriza por deseos profundos, entusiasmo, energía expansiva, impulsos y aspiraciones específicas. De esto, no puede escapar la vocación intramundana. En este caso, dirán: ¿Cómo es compatible el cumplimiento de esta vocación con el requisito del desapego?

Para comprender esto, necesitamos analizar con más detalle la naturaleza de las pasiones.

El artista que completa una obra, es impulsado por un profundo deseo. Este deseo constituye, si su vocación es auténtica, una condición existencial. El instrumento humano debe expresarse artísticamente, de lo contrario experimentará una profunda insatisfacción psicológica. El trabajo artístico será una fuente de alegría y satisfacción para él. Todo esto se puede lograr de una manera no pasional. La pasión actuará cuando el artista considere que no puede evitar el practicar su arte, en lugar de contentarse con notar con más calma y objetividad que una parte del instrumento humano se sentiría insatisfecho, si la práctica del arte estuviera prohibida. El carácter exigente, exigencia, aparentemente, más fuerte que la voluntad individual, caracteriza el aspecto apasionado de una actividad. Con la demanda pasional, aparecen el miedo a la privación y el sufrimiento de la privación.

La pasión aparecerá e intervendrá también, cuando al placer de realizar obras artísticas, se sume el deseo de éxito con el público. Con este deseo y este apego a la carrera artística, surgirá la desilusión y el dolor del eventual fracaso.

De ello se deduce que la pasión constituye una superestructura inútil, que es causa de apego y de sufrimiento. Contrariamente a lo que cree la opinión popular, el apego pasional del artista hacia su arte no es necesario en absoluto.

Lo que determinará la calidad o la falta de calidad de un artista son, por un lado, las predisposiciones o los dones depositados en él por nuestra madre Naturaleza y, por otro lado, la intensidad y la seriedad del trabajo, gracias al cual el artista desarrollará y manifestará lo que hay en él en estado germinal.

La actividad artística realizada de manera no apasionada engendrará una profunda alegría que resulta del cumplimiento de una aspiración existencial básica. En ningún caso, se tratará de resignarse a realizar una actividad. Tal resignación solo puede generar arte mediocre. En el cumplimiento de una vocación existencial, la alegría, el entusiasmo, la energía y la intensidad vibrante son inseparables.

El desapego que acompañará la actividad de este artista se materializará por el hecho de que aceptará de antemano y con serenidad, cualquier obstáculo relacionado con el ejercicio de su arte, y que, además, estará completamente libre de las mezquinas preocupaciones que suponen el éxito con el público. El practicar su arte lo mejor posible y la búsqueda de innovación y perfección creciente, será el propósito que bastará para su felicidad. Si es conocido o desconocido para el público, ya sea aprobado o desaprobado, alabado o criticado, le importará poco, porque su alegría no descansará en el éxito social, sino en la práctica artística misma. Sin embargo, no estará apegado a esta práctica, porque si su ejercicio constituye una aventura maravillosa, está listo en caso de que se le impida practicar su arte, para vivir otra aventura existencial.

No hay duda de que tal desprendimiento del artista no dañará de ninguna manera su trabajo. Y eso, por el contrario, lo protegerá de todos los compromisos y de todo el mercantilismo que contamina, con tanta frecuencia, el trabajo de gran número de artistas.

Cuando imaginamos, hasta el punto en que terminamos creyéndolo y sintiéndolo, que no podemos prescindir de tal o cual logro de esta o aquella actividad. Cuando nos aferramos, afectiva y emocionalmente, al éxito o al fracaso de nuestra actividad, esta actividad se vuelve pasional. Por otro lado, cuando realizamos una actividad para la cual sentimos una predisposición o una aspiración profunda, por la alegría simple y gratuita de realizarla, sin preocuparnos del éxito o del fracaso, aunque de manera natural estamos orientados hacia el primero, sin transformar esta actividad en una necesidad dominante, entonces nuestra actividad no pasional, que contiene todas las alegrías que resultan de una acción que expresa las aspiraciones y predisposiciones del vehículo humano, no genera ninguno de los defectos y vínculos que resultan del apego.

Lo que hemos dicho sobre una vocación artística también se aplica a una vocación científica, así como a la realización de cualquier profesión. En resumen, se trata de llevar a cabo nuestro trabajo al máximo de nuestras posibilidades, concentrado por completo en lo que se hace a cada momento, sin preocuparse por el pasado o el futuro, sin aferrarse a las ventajas que se pueden obtener, lo cual no significa que las rechacemos, y sin quejarnos de las ventajas que se pueden perder. La esperanza y el arrepentimiento no añaden nada a la alegría que resulta de la acción. Por el contrario, contaminan la satisfacción diaria. Debemos tomar conciencia de esto, para comprender claramente que la pasión no

es necesaria ni para actuar, ni para obtener la mayor felicidad posible de la acción.

Es lo mismo en el campo de lo que podríamos llamar la vocación familiar. Criar a los niños por el placer de verlos crecer, no incluye un apego pasional a lo que harán más tarde, ni expectativa alguna de reconocimiento.

El amor familiar, si bien, en general, es fuente de pasiones, puede ser cultivado y alimentado de una manera no pasional, como se nos invita a hacer dentro de la espiritualidad intramundana. Para hacer esto no hay que renunciar a nada al nivel de los sentimientos. Amar a los hijos, al cónyuge o a los padres de una manera no pasional, no significa amarlos menos. Amarlos de una manera no pasional es simplemente dejar de considerarlos como objetos de placer que nos pertenecen. El amor da. El apego pasional se apropia. He aquí, por qué confundir el amor y el apego pasional es muestra de una singular falta de lucidez.

El amor es una fuente de alegría. Que amemos a los vivos o los muertos, a los presentes o a los ausentes, el amor vivido es una experiencia interna que ilumina nuestros corazones y no experimenta tristeza.

No es el amor el que sufre con la separación, el que se preocupa, el que está celoso o rebelde, es el apego pasional. Cuando hemos percibido claramente, en nuestra experiencia, la distinción fundamental que existe entre el amor y el apego pasional, tenemos a nuestra disposición una clave para la vida espiritual.

Por lo tanto, sabemos que la pasión es una perversión de los sentimientos. Es una perversión que nos esclaviza. El hombre apasionado no domina su vida, él es esclavo de lo que habita en él.

La perversión pasional es la fuente de todo sufrimiento sentimental. Deposita su fruta envenenada en el amor y destruye su pureza.

Todo sufrimiento sentimental se atribuye falsamente al amor, pero en realidad, el amor puro, despojado del defecto pasional, no conoce el sufrimiento. Porque cuando amamos, podemos amar eternamente, ya sea que quienes amamos estén vivos o muertos, ya sea que su actitud hacia nosotros sea benevolente o maliciosa, siempre podemos amar. Es el apego únicamente el que espera reconocimiento o una actitud específica a cambio. Solo el apego finaliza con la muerte, no el amor.

Todas estas lágrimas derramadas por los muertos, por separaciones, por privaciones, no son lágrimas de amor. Son lágrimas de pasión.

El apego pasional es un deseo de realización o posesión que se aferra con avidez al objeto de nuestro amor, de nuestro placer.

El amor es un sentimiento luminoso e indescriptible, pero perfectamente obvio para quienes lo conocen. En nuestra experiencia del momento, este sentimiento existe, no existe, o ya no existe, el resto no son más que palabras y literatura. Son totalmente diferentes los momentos de amor y los momentos de apego o de sufrimiento, de angustia o de celos, resultantes del apego. Aprende a percibir cuando el amor está ahí, cuando fluye de ti cálido y brillante. Y aprende a reconocer cuando el pensamiento y la emoción están apegados, se

arrepienten, se ponen celosos, sufren, se enojan. Constata que son totalmente diferentes.

Si abandonamos la teoría y nos centramos en el amor, tal como es, descubrimos que cada vez que se manifiesta y en el momento preciso en que se manifiesta, el amor es una fuente de felicidad y plenitud. Habiendo constatado esto, realizamos una importante observación que nos aleja de la opinión mayoritaria. Descubrimos que no hay amor infeliz ni sufrimiento debido al amor.

Esto es una evidencia, ya que cada vez que sentimos amor, somos felices. Lo cual no es necesariamente el caso, cuando pensamos o hablamos del amor. Se deduce que ningún sufrimiento es por amor y que es abusivo que las personas atribuyan al amor atributos que no le pertenece.

Decir que sufrimos porque amamos, es hablar de manera falsa. El amor solo existe en el instante en que se manifiesta en nosotros. Por lo tanto, cuando sufrimos en caso de fracaso, separación o privación, no amamos. Como el amor está indisolublemente ligado a la felicidad, ningún sufrimiento puede ser un signo o una consecuencia del amor. Todo sufrimiento sentimental es el resultado de la pasión y el apego.

La confusión entre el amor, por un lado, y la pasión y el apego por otro, aunque universalmente generalizada, es muy grave porque, gracias a ella, el apego y la pasión se encuentran falsamente justificados.

En realidad, el apego y la pasión son parásitos del amor, que se injertan en él, e introducen el sufrimiento en el seno de la felicidad natural del amor. Lo que es cierto para el amor de los seres humanos, también lo es para el amor a las obras.

El amor y la pasión son dos fenómenos completamente distintos. Si es cierto que el apego pasional tiene el hábito de acompañar al amor, este hábito no es inevitable, y el trabajo espiritual consiste, precisamente, en purificar nuestro amor a los seres, las cosas y las obras, de la contaminación pasional.

Para saber cómo liberarnos de la pasión, debemos analizar la manera en que se forman los sentimientos pasionales: podemos ver que una pasión comienza, se desarrolla y arraiga en la imaginación.

Todos estos arrepentimientos sobre el pasado, todos estos deseos relacionados con el futuro, que constituyen el sufrimiento y la avidez pasional, no son más que divagaciones de la mente. Una mente falta de atención en el momento presente.

Así pues, hemos de hacer las cosas por amor, por gusto, por necesidad o por deber, despojándonos de divagaciones pasionales. Quien observe atentamente su mente verá, en qué consiste la deriva imaginaria en la que se basa la pasión. Cada vez que se encuentre esperando que esto suceda o que no suceda, sabrá: “en este instante cultivo un apego pasional”. Siempre que piense con cariño o amargura en el pasado, sabrá: “en ese instante como los frutos de la pasión”.

Para luchar contra la tendencia pasional de la mente, tenemos dos medios a nuestra disposición. El primero es centrar nuestra atención en el momento presente, instante en el que pasado y futuro son solo fantasías. La segunda forma consiste en frustrar sistemáticamente el desarrollo de las fantasías pasionales.

Frustrar la imaginación pasional significa, que cuando emprendo un trabajo, imagino el fracaso y lo acepto de antemano. No se trata de imaginar el fracaso durante mucho tiempo, ni con una frecuencia, que acabe por generar en nosotros un estado mental derrotista o que pueda atraer al fracaso a nuestra experiencia, por el poder creativo del pensamiento. El fracaso debe ser claramente previsto y esta posibilidad debe ser aceptada con total serenidad. Lo que necesitamos recordar con frecuencia no es la representación del fracaso, sino la representación de nuestra serena aceptación del fracaso y del éxito. Al hacer esto, tomamos la dirección opuesta al proceso mental en el que se basa la construcción de las pasiones.

Las imágenes mentales que tenemos en nuestra imaginación tienen una profunda influencia en nuestro comportamiento. Cuanto más concebimos el fracaso como una catástrofe insoportable o desesperada, más frágiles nos volveremos ante esta posibilidad.

Del mismo modo, cuanto más concebimos el éxito como una apoteosis estimulante, esencial para nuestro desarrollo, más nos convertimos en esclavos y dependemos del éxito.

Debemos actuar de manera que se puedan expresar las aspiraciones profundas de nuestra individualidad, pero nuestra acción debe estar acompañada de representaciones mentales que nos preparen para experimentar el fracaso o el éxito con un corazón neutral. Cuanto más fuertes sean estas representaciones, cuanto más frecuentes y sinceras, más influirán en nuestro comportamiento.

Debe comprenderse que, desde una óptica espiritual, un gran fracaso experimentado con serenidad imperturbable se convierte en un éxito, y al contrario, un éxito material, que nos lleva a una exaltación dentro de la cual perdemos el control de nosotros mismos, es un fracaso. Los eventos de la vida son solo herramientas destinadas a fortalecer y ampliar nuestra alma.

Esto es válido para todas las obras, ya sean estudios escolares, trabajos profesionales, investigaciones científicas, creaciones artísticas, prácticas deportivas…

Al adquirir el hábito de aceptar el fracaso de antemano y no emocionarse al tener éxito, gradualmente os volveréis más y más fuertes y sólidos psicológicamente. La vida con sus pruebas y logros fluirá a vuestro alrededor, mientras permanecéis internamente inalterables.

Lo que dijimos para las obras es válido para las relaciones humanas. Aceptad de antemano la muerte de vuestros padres, de vuestra esposa o de vuestro esposo, de vuestros hijos y de vuestros amigos, aceptad de antemano la muerte, la confusión y la separación. No la deseéis, aceptadla.

Tened siempre presente la naturaleza fugaz de toda vida. De cualquier relación. Apenas casados, la gente imagina que vivirán juntos durante toda la existencia. ¿Pero qué saben ellos sobre la duración de sus respectivas vidas? ¿Qué saben ellos del destino que tienen reservado? No saben nada de todo esto y, sin embargo, depositan sus sentimientos en imaginarias esperanzas. Además, cuando el destino retira la presencia del ser querido, se derrumban llenos de amargura y tristeza.

En esta vida no se adquiere nada: apenas nacido, el niño puede morir. El compromiso y el duelo pueden tener lugar el mismo día. La gloria y el olvido están cerca. La riqueza y la pobreza se suceden. La salud y la enfermedad se alternan.

Esta realidad no es dura, solo lo es para los débiles. Negarse a ver la realidad de la impermanencia. Esconder la cabeza en la arena del olvido. Vivir diariamente, sin tener en mente la realidad de la impermanencia, nos debilita. Cuanto más débiles seamos, más nos golpeará la vida.

Si cada mañana, al besar a tu esposa, a tu esposo, a tus hijos y a tu perro, recuerdas que pronto morirán, esto no te hará amarlos menos. Por el contrario, tan pronto como nos damos cuenta de la impermanencia de todo, cada momento se vuelve importante, rico y precioso.

¿Quién sabe si mañana podremos conversar juntos? Cuando soy consciente de esto, no hay futuro en el que pueda prometerme ser más amable, más comprensivo y amoroso. Es inmediatamente, es hoy que debo reformar, despertar y mostrar mi ternura a aquellos que amo.

Al acostumbrarme a la idea de la impermanencia, al dejar de huir de ella, me adapto a la realidad y dejo de ser desgarrado por ella.

Si el mundo de las fantasías de egóticas no corresponde a la realidad del mundo exterior, el mundo exterior nos lastima.

Al negarnos a que la pasión y el apego germinen en nosotros, al destruir las pasiones y los apegos que ya existen, no dejamos de amar, ni de actuar. Simplemente dejamos de ser seres frívolos y ridículos, que se convierten en el instrumento de su propio sufrimiento psicológico.

Ama y actúa, pero no te aferres al futuro o al pasado. Vive cada día como si este día fuese una vida completa. Sin esperar nada más allá.

APROXIMACIÓN A LA SENSIBILIDAD

Cualquier desarrollo de la sensibilidad debe ir acompañado de un desarrollo paralelo del dominio de esta sensibilidad. Es importante comprender claramente esto y saber que el desarrollo de la sensibilidad por sí solo, no tiene fin en sí mismo.

Vivimos en un mundo inferior duro y oscuro. A tientas, titubeantes por la vida. En una alternancia constante entre la vida y la muerte. Toda la naturaleza está llena de una crueldad manifiesta y constante. Observad la vida salvaje, ved como, sin cesar, las especies se devoran sin piedad. El hombre solo sobrevive gracias a la destrucción incesante. Si vuestro corazón no está protegido frente a esta dura realidad, se romperá.

No idealicéis al hombre, es violento, duro, cruel y egoísta. ¿Puede pasar un día sin matar o hacer matar animales para poder comerlos, sin destruir plantas, sin matar insectos o sin destruir la naturaleza?

Dices que el vegetariano evita la matanza de animales, pero ¿qué vegetariano evita la destrucción de las alimañas que, a pesar de su tamaño, son una forma de vida respetable?, ¿qué vegetariano no se alimenta de la destrucción de gran cantidad de plantas?, ¿qué vegetariano no participa y no se beneficia de una civilización que solo podría construirse sobre enormes hecatombes de animales y vegetales?

Llevamos en nuestro interior una aspiración al amor universal de todas las formas de vida. Esta aspiración atestigua una nostalgia por un mundo superior del cual hemos caído al integrarnos en la materia. Pero la verdad, es que este amor universal que debemos desarrollar, no se puede expresar en este mundo que es el nuestro. Para vivir en él, tenemos que formar un caparazón sobre nuestros corazones, tenemos que volvernos duros.

La vida se volvería imposible para alguien que, al haber desarrollado una gran sensibilidad, fuese incapaz de soportar la más pequeña disputa, el más mínimo malentendido entre los seres humanos. Imposible para aquel que se negara a matar cualquier insecto, para aquel que se negara a destruir las plantas como alimento.

Por lo tanto, el desarrollo de nuestra sensibilidad debe ir acompañado de una capacidad de ser duro e insensible cuando las circunstancias lo requieran. En resumen, nuestra sensibilidad debe ser una sensibilidad controlada.

Debemos, de una manera que no sea paradójica, sino complementaria, poder amar a todos los seres vivos y matar, cuando la necesidad lo exija, a un gran número de hombres y animales, sin dudarlo y sin remordimientos. Cualquiera que no progrese de esta manera, tiene una apertura ilimitada del corazón, pero también una capacidad insensible de cierre. Quien abre su corazón cada vez más y refina su sensibilidad cada vez más, sin cultivar su capacidad de dureza y cierre voluntario a todo sentimentalismo, se vuelve cada vez más frágil e inadaptado frente a la realidad del mundo.

Hay mundos hiperfísicos y superiores en los que el amor ilimitado puede florecer sin obstáculos. En estos mundos, la pelea, el malentendido, la animosidad, el asesinato, el sufrimiento y la destrucción ya no existen. Pero debéis ser realistas, no vivís en uno de estos mundos. Vuestro vehículo temporal debe ser conformado de acuerdo con el contexto en el que vive. Al vivir en un mundo duro, debes ser capaz de ser resistente.

Sin embargo, el mundo de aquí abajo, para vosotros no es más que un exilio. Por eso, a pesar de la dureza caparazón que voluntariamente habéis construido, debéis cultivar un amor ilimitado y una gran sensibilidad. Este desarrollo del corazón es un pasaporte a un mundo mejor después de la muerte. Porque en verdad, después de la muerte, el contenido de vuestro corazón os conduce a una esfera que corresponde a lo que el corazón contiene.

Entonces, ¿cómo cultivar la dureza y el aislamiento, mientras se cultiva el amor?

Es posible gracias al desapego. El que está desapegado, no llora por ninguna criatura. Puede volverse totalmente insensible e indiferente.

El amor y el desapego son, por lo tanto, complementarios. A través del amor, abrimos nuestros corazones. A través del desapego, podemos cerrarlos a voluntad.

Por lo tanto, el precepto final es el siguiente: "Ama todo, pero no te apegues a nada".

El mero amor, si no se compensa con el desapego, se convierte en una debilidad.

Amar sin apegarse es la clave que abre la puerta al dominio existencial.

APROXIMACIÓN AL AMOR PURO

El Amor que debéis sentir por los demás, debe estar libre de todo apego. Sólo pueden confundir Amor y apego, o bien creerlos indisociables, aquellos que carecen seriamente de introspección. Observad lo que ocurre en vuestro interior. Constatad que cuando sufrís debido a una separación, por tal o cual actitud de un ser amado, o bien cuando deseáis que esto o aquello ocurra o que no ocurra, no es el Amor lo que se manifiesta, sino la inquietud, el deseo o la frustración, y que todas estas manifestaciones no son más que movimientos de la mente. Movimientos absorbentes y pasionales que, de forma abusiva, confundís con el Amor.

El Amor en sí mismo es un flujo silencioso, que encuentra su felicidad y su recompensa en su propia expresión. La distancia geográfica, la muerte o la separación, la conducta del otro, por muy negativa que sea hacia nosotros, no son, en absoluto, obstáculos para el Amor. En verdad, esta actitud es diferente a lo acostumbrado, sin embargo, quien conoce el puro Amor, pronto es capaz de extenderlo a todas las cosas.

Sin duda, en una primera lectura, algunos encontrarán que el puro Amor, libre de los movimientos mentales de apropiación, codicia, inquietud y frustración, es imposible de practicar. Y, sin embargo, ¡qué puede haber más sencillo! Basta con despojar al Amor de todo lo que no le pertenece y que se esconde furtivamente tras esa palabra. Basta con ver claro en uno mismo. Tened el valor de observar y constatar, sin mentiras, la diferencia que existe entre el Amor y la codicia, entre el sentimiento de amor y el sentimiento de frustración, entre la plenitud del Amor y el orgulloso placer de la apropiación, entre la crispación inquieta y el flujo cálido y generoso del Amor. No se trata de aceptar convencionalmente una diferencia evidente. Es necesario repasar y analizar, por medio de una intensa observación de uno mismo, todas las características que lo diferencian de manera irremediable. En la total percepción de esta diferencia, el Amor y los sentimientos mencionados se revelan pertenecientes a dos órdenes de realidad totalmente diferentes. Sólo la falta de interiorización y los abusos generalizados del lenguaje y de la literatura, han permitido confundirlos.

Aprended a descubrir en vosotros mismos que hay momentos en los que amáis y otros en los que os inquietáis, otros en los que codiciáis y os apropiáis y otros, aún, en los que añoráis y sufrís. El contenido de estos momentos es totalmente diferente, incluso si, a veces, los unos se suceden a los otros muy rápidamente. Admitidlo y constatadlo.

Los momentos de Amor, de Amor verdadero, no van acompañados de ningún sentimiento inferior. Dejad de engañaros con la palabra Amor, de justificar cualquier cosa con Él, de cubrirlo todo, púdicamente, con su manto. Cuando sepáis por medio de la observación de vosotros mismos, que el hecho de Amar es completamente diferente del hecho de

inquietarse, desear o sufrir, dejad de decir: “Me inquieto, deseo o sufro porque amo”. Esta justificación es falsa. Es como si os decís: “Hablo, porque no me callo”.

A cada instante, tenéis la posibilidad de Amar en vez de inquietaros, ansiar o lamentar. Sed honestos: inquietud, ansia o lamento no son Amor ni vienen del Amor. Provienen del ego. Es el ego quien quiere poseer, quien sufre por la privación de la posesión y la teme. El Amor no toma nada, el Amor da. No conoce ninguna privación posible, pues nada os impide Amar. Ni la separación, ni el tiempo afectan al Amor verdadero, al Amor despojado de toda la escoria del ego, al Amor eterno.

¿Cómo Amar a nuestro enemigo, al que nos insulta, al que nos denigra, al que nos agrede, al que perjudica a los que nos son próximos, al que nos traiciona?

Es una simple cuestión de entrenamiento, y el principio de este entrenamiento, es el Amor a los objetos. Por medio de este Amor, tal y como ha sido descrito, aprendéis a amar voluntariamente, cosa que os era desconocida. Desde ahora las llaves del corazón están en vuestro poder. Abrís las puertas escarlatas cada vez que lo deseáis. Aprendéis a Amar por placer, sin esperar nada a cambio, y de esta forma vuestro Amor se despoja del egoísmo. Aprendéis a Amar a los objetos anodinos y feos, y vuestro Amor no depende ya de atracciones psicológicas. Cuando se consigue esto, el paso que hay que dar para lograr Amar a vuestros enemigos de una manera efectiva, ya no es un paso de gigante. Es un pequeño esfuerzo suplementario. Un esfuerzo que al repetirlo destruye las barreras del ego. Cuando las barreras egóticas han caído, la espontaneidad en el puro Amor se instala. En cualquier instante, podéis pensar en alguien o mirarlo y Amarlo en silencio. Es el hombre quien codicia, se apropia, se lamenta... Todos estos movimientos de la mente humana no son Amor. No son más que lástima del ego por sí mismo o avidez.

Eso no tiene nada que ver con el Amor, que es el don de una efusión, que no espera nada a cambio. Discriminad para distinguir bien los movimientos de sufrimiento, angustia, avidez o deseo de la mente, del Amor en sí mismo. Distinguid por medio de la observación introspectiva en el seno de la vida cotidiana: esto es una pura efusión Amorosa; esto otro es una efusión Amorosa acompañada de pensamiento; esto es un simple pensamiento utilizando la palabra amor... El día en que, gracias a vuestros esfuerzos de discriminación, distingáis claramente lo que es el Amor puro, despojado de todo movimiento de la mente, comenzaréis a comprender que el Amor supera al hombre. Es algo que lo atraviesa sin pertenecerle.

Conocer el Amor puro, es aprender a Amar sin causa ni razón, sin exigir, esperar, codiciar o lamentar nada. Sin preocuparse siquiera, de la forma que sea, del hecho de que nuestro Amor sea compartido o no lo sea, percibido o no por el otro. Amar sumergiéndose enteramente en la beatitud que resulta del echo de Amar.

Para comprender bien en qué consiste este Amor supremo, es preciso plantearnos la cuestión fundamental: ¿qué es el Amor?

Quien trabaja para abrir su corazón según el método indicado, se da cuenta poco a poco que el Amor es más que un pensamiento. Es posible que, en sus primeros balbuceos, el neófito confunda pensamiento y Amor. Para él, por ejemplo, amar un objeto, significará pensar con una carga afectiva más o menos grande: "yo amo este objeto". Tal equivocación es muy frecuente y a veces inevitable en el debutante, ella se disuelve, no obstante, por medio de una práctica perseverante. Al principio, el pensamiento puede ser el ujier que llama a la puerta del corazón. Pero quien trabaja a nivel del corazón, se da cuenta bastante rápidamente que el pensamiento "yo amo" y el hecho de amar son dos cosas muy diferentes. Cuando pensáis "yo amo" no hacéis más que formular algo mental con más o menos sinceridad. Pero cuando Amáis, se acompañe o no de pensamiento, algo muy diferente se produce: una corriente indescriptible fluye de vosotros. Un frescor vivificante, una fuerza envolvente, un calor protector, una luminosidad invisible, un bálsamo relajante, una alegría comunicativa... Algo, algo maravilloso sale de vosotros, y eso, ciertamente, no es un pensamiento. El pensamiento puede suscitar, recubrir, acompañar al Amor o destilar de Él, pero el pensamiento no es el Amor. El Amor es un flujo indecible y silencioso que corre a través del hombre.

Aquel que progresa en el sendero del corazón se da cuenta que el pensamiento, que al principio podía constituir una ayuda, se vuelve un obstáculo. Comprende que el pensamiento traiciona al Amor, lo limita, lo ahoga. Constata que, en ausencia de todo pensamiento, su Amor es más fuerte, más amplio, más verdadero, más sutil y luminoso. Así, poco a poco, aprende a Amar en un silencio interior total, y al hacerlo, supera la mente.

El Amor, por medio de una decantación sutil, debe liberarse del pensamiento. Por medio de esta decantación, aquel que no conocía más que los pensamientos afectivos, llega a la expresión de una pura afectividad, virgen de toda formulación mental.

Aprender a Amar sin pensar. Aprender un Amor en el que se apagan las formulaciones mentales, constituye el súmmum del Amor. Iniciaros en este misterio: mirad al otro o bien evocad mentalmente su existencia, después abandonad el pensamiento y poned toda vuestra atención en lo inefable que, de vosotros, emana hacia el otro.

Enviar hacia el otro la paz, la luz espiritual y la beatitud que brilla en vosotros, eso es el supremo Amor. No penséis en la paz, en la luz o en la beatitud, sentid que más allá de las formulaciones mentales "Eso" va hacia el otro, esté o no, físicamente presente.

Aquel que se Despierta a la percepción de la presencia en sí mismo de la Consciencia Divina. Quien permanece a cada instante como el Testigo eterno, universal, trascendente, libre e inafectado por los pensamientos y las percepciones del hombre. Aquel que sabe que su propia Consciencia, independiente de todo lo que atraviesa el campo de su percepción es indisociable de la Unica Consciencia Divina, conoce la suprema Beatitud. Cuando esta Beatitud corre hacia el otro, el supremo Amor se manifiesta. Este Amor supremo no es indisociable de la Gracia divina. He aquí, por qué, aquel que aprende a Amar sin pensar, se vuelve

un canal de la Gracia divina, que vierte su luz sobre el mundo y trabaja en la Redención universal.

Mientras que penséis: “amo”, “amo como esto o como aquello”, “por esto o por aquello”, sois un hombre que experimenta sentimientos egóticos y los proyecta hacia el exterior.

Pero, cuando abandonéis el pensamiento y sólo dejéis al Amor inefable atravesaros, es Dios quien, a través de vosotros, Ama al hombre y a la Creación entera sin ninguna posibilidad de exclusividad.

APROXIMACIÓN A LAS OBRAS DEL AMOR

Cuando se haya cultivado la capacidad de amar gratuitamente a todo ser viviente, por el simple placer de Amar ¿qué podéis hacer?

El mundo está lleno de horror y de purulencia. ¿Qué podéis hacer frente a todos estos sufrimientos?

No podéis hacer gran cosa. El mundo es lo que es y no tenéis el poder de cambiarlo. La humanidad, esa prolongación evolutiva de la animalidad, está inevitablemente llena de violencias y de egoísmos animales. El psiquismo de la humanidad emerge de la animalidad. En ella el hombre lucha y se debate en sus propias contradicciones. La individualización balbuceante, oscura e inferior, el comienzo de individualización egoísta, violenta y voraz, obtenida en algunos animales superiores, debe ser depurada y debe emprender el camino de convertirse en una individualidad libre e independiente de los instintos y pulsiones de la especie o del colectivo. El nacimiento de una individualidad superior y luminosa es el cumplimiento de la condición humana.

Quien lo consigue no regresa más aquí abajo, salvo excepciones, a menudo motivadas por la compasión y la necesidad, que existe de educar espiritualmente a los hombres. Los mejores se van. Y después del hombre, el ángel o el dios, éste es el futuro individual del psiquismo. Los psiquismos que aún no pueden purificarse lo suficiente para superar la condición, humana, regresan incansablemente a esta condición, de vida en vidas sucesivas. En consecuencia, la humanidad, esa balsa de decantación, ese caldo atormentado en el que se operan las indispensables transmutaciones, ¿cómo podría ser diferente de lo que es?

Sin embargo, incluso si entendemos esto, nos seguimos preguntando: ¿qué podemos hacer?

Esta es una primera respuesta. Una respuesta muy simple, que será necesario llevar a la práctica de una manera efectiva antes de querer ir más lejos. Esta respuesta es la constatación siguiente: podéis extender el Amor a vuestro alrededor. Podéis establecer una zona de Amor en el círculo de vuestras relaciones. Después de haberlo cultivado, podéis manifestar el Amor. Ninguno de nosotros puede cambiar el mundo, pero cada uno de nosotros es responsable de un pequeño mundo.

Podéis llevar vuestro afecto a vuestro cónyuge y a vuestros hijos, a vuestros padres y amigos. Es un programa concreto. Quien no lo aplica se queda en una espiritualidad verbal. ¡No oséis hablar de iniciación! ¡No oséis, sobre todo, el tomaros por un iniciado, si no sois capaces de hacer esto! La iniciación no es el resultado de grandes discursos. La iniciación se realiza por medio de una práctica humilde y sincera, en el secreto de la interioridad. Desarrollad, profundizad, iluminad vuestro Amor hacia todos aquellos que os rodean. Haced de lo que quizá sólo era un sentimiento egoísta y apegado, un Amor amplio, desinteresado, despojado de todo espíritu posesivo. Aprended a Amar por el placer de Amar, después sembrar los frutos del Amor efectivo, del Amor que se

traduce en actos. Debéis instaurar a vuestro alrededor el reino del Amor por medio de numerosas atenciones, solicitudes y abnegaciones. Instaurad este reino en vuestra familia, en vuestras relaciones, en vuestro trabajo y vecindad.

Es una obra de larga duración, que necesita una voluntad cotidiana, que compromete la totalidad de vuestras actitudes. Pero es la obra que nos incumbe.

Mientras que el Amor no os sea tan natural y espontáneo como la respiración, será necesario hacer esfuerzos por Despertar el corazón y transfigurar vuestra conducta con su luz.

Comprended que podéis aportar la felicidad a algunas personas y que eso es grandioso en sí mismo. Estad atentos, no os contentéis con sentimientos generales, tratad cotidianamente de manifestar vuestro Amor a los que están a vuestro lado. No utilizando absurdas y grandilocuentes declamaciones verbales, sino con la preocupación cotidiana de aquello que les hace feliz.

No os proyectéis sobre el otro. Permaneced atentos, ya que el otro es diferente y sus aspiraciones no son necesariamente las vuestras.

El verdadero Amor da, respeta la independencia y ayuda a crecer todo lo que es bello. El falso amor, polucionado por la proyección egótica, se apropia de una visión ficticia del otro, busca darle su forma e imponerle su forma de ver las cosas. Del falso amor provienen todos los sectarismos. Libraros de su error. El amor falso sirve como pretexto a una voluntad de poder del ego, que utiliza engañosamente la palabra Amor. Aunque el desarrollo espiritual sea el destino final del hombre, no pueden llegar a él más que los que están maduros. El hombre, ese vicario de Dios, solo puede ayudar a fomentar en otros, el cumplimiento de lo que la Providencia ya ha depositado en él. Comprender esto, es dejar de proyectarse en los otros, depositando sobre ellos el reflejo de nuestras propias aspiraciones, y después, imaginarse estúpidamente que la mejor cosa que puede sucederle es el realizarlas. Comprender esto es reconocer la necesidad de permanecer extremadamente atentos frente a los otros para discernir lo específico de sus diferencias. Aceptad y respetad las diferencias, incluso de los que os son muy próximos. Introducid en la vía espiritual, compartid vuestra espiritualidad con quien se encuentre predispuesto para ella y Amad a los otros tal como son, sin buscar convertirlos; pero ayudando al crecimiento de las características positivas que le son individualmente propias.

Aunque la expresión concreta del Amor alrededor de uno mismo, constituye la base indispensable de todo auténtico Despertar del corazón, no podemos quedarnos ahí. No podemos limitar nuestro Amor por los hombres a la pequeña y cálida área de nuestras relaciones. Es imposible permanecer indiferentes a lo que pasa en el mundo. Henos aquí, pues, sensibilizados con el sufrimiento, con cualquier categoría de sufrimiento que el hombre pueda sufrir. ¡Ahora cuántas injusticias y atrocidades nos hacen estremecer interiormente! Nuestro corazón se ha abierto, hemos roto el pequeño capullo delicado de las preocupaciones personales y egocéntricas. Los sufrimientos de la humanidad son nuestros sufrimientos. Ninguna noción de raza, de patria, de religión, de clase

social o étnica confina nuestro Amor. Amamos a todos los hombres y sufrimos con ellos.

Teníais un corazoncito mezquino, hipócrita y sombrío, y he aquí que vuestro corazón se ha vuelto cálido, luminoso, amplio y generoso, alcanzando las dimensiones del mundo. ¡Qué fuerza!, ¡Qué alegría!, ¡Qué éxtasis!, ¡Qué peso!, ¡Cuanta angustia!, ¡Cuántos tormentos os traspasan! Aceptadlos y después superadlos. La Luz absorbe siempre las tinieblas. Vuestro corazón que era el campo de batalla de alegrías y sufrimientos personales, se ha convertido en el espacio donde se enfrentan el éxtasis y las miserias colectivas. Abrid vuestro corazón a las dimensiones de la humanidad. Nada os es extraño. Todo resuena en vosotros. Abrid vuestro corazón a las dimensiones de la humanidad. Atreveros a hacerlo sin miedo y haced triunfar el Amor en vuestro corazón que se ha vuelto universal.

El sufrimiento es una llamada y el Amor responde incansable. Quien llega a ser torturado por los sufrimientos de la humanidad, ha alcanzado la receptividad, pero no el Amor perfecto. Su sensibilidad, antes encerrada en el ego, engloba ahora la tierra entera. Es una extensión del yo, pero el yo existe aún y es por eso por lo que sufre. Con la superación del yo llega el fin del sufrimiento.

Cuando hayáis comprendido que los sufrimientos de la humanidad son vuestros sufrimientos, cuando resuenen en vosotros, cuando hagáis cuerpo con ellos, os daréis cuenta, como si fuera un desgarro, que el hecho de sentir pesar, de resentirlos, de enumerarlos, es una forma de complacencia para con vosotros mismos, hacia ese vosotros mismos, ensanchado sentimentalmente a las dimensiones de la humanidad. Es por esto por lo que la etapa del hombre que sufre, no es más que un preliminar de la del hombre de Amor.

Sufrís porque no Amáis lo suficiente. Quien Ama supera completamente los sufrimientos personales y colectivos. Es absorbido por la efusión de su Amor. Los movimientos de su mente se disuelven en el resplandor silencioso de su amor. Cuando los movimientos de la mente se detienen, no existe ya nadie para sufrir, pues el ego, constituido por un conjunto de pensamientos de identificación, de apropiación, de codicia y frustración, ha desaparecido. Sin ego no hay sufrimiento. ¡Que podáis retener esto y sacar todas las conclusiones que se derivan!

Del interior de aquel, que se desinteresa del ego histérico, llorón, vanidoso y posesivo, para sumerge su atención en el Amor; ese torrente inalterable que surge de él, que guía su conciencia y, contra más Ama, menos distrae su atención en el hecho de detallar mórbidamente, la naturaleza del sufrimiento individual o colectivo.

Cada vez que vuestra atención se hunde en el sufrimiento, la codicia o la angustia, sacadla de la cloaca psicológica y sumergidla en la silenciosa efusión Amorosa.

Quien sufre es pasivo, él sufre. Quien Ama es activo, él da. El sufrimiento del otro motiva la compasión, pero quedarse impotente en su contemplación es una actitud estúpida. Es preciso ahogar vuestro yo en un río de Amor. Apartad vuestros pensamientos de deseos y sufrimientos. En todas vuestras relaciones reales o imaginarias con los otros, contentaros con Amar. Cualquier otro sentimiento no es más que

una distracción y un debilitamiento del Amor. Amad y olvidad el resto. Que todos vuestros actos y todos vuestros pensamientos, dirigidos a los demás, estén impregnados de Amor. Con el desinterés y el rechazo de todo lo que no está impregnado y es portador de Amor, viene el fin del ego y el comienzo de la plenitud.

Volveros parte integrante del bálsamo eterno que corre por las heridas de la humanidad. Entonces, aunque los sufrimientos de la humanidad fueran tan altos como diez mil montañas, absorbidos en vuestro Amor, conoceréis la paz interior; mientras que exteriormente vuestra inserción en la trama del tiempo tendrá como objetivo realizar las obras del Amor.

Hay que actuar y el destino de cada uno designa el lugar que puede asumir para contribuir concretamente, según sus posibilidades, al alivio de los sufrimientos de la humanidad. Con el Despertar del corazón, la vida individual toma sentido. Quien busca participar en la labor colectiva encuentra su lugar.

Las obras del Amor se ordenan en dos categorías. Las obras inferiores consisten en participar en la mejora de las condiciones de vida. Siendo las condiciones ideales aquellas en las que todas las aspiraciones humanas pueden desarrollarse. Las obras superiores consisten en difundir el conocimiento espiritual. Con las obras inferiores, una mejora y un alivio momentáneo puede conseguirse. Con las obras superiores, una liberación definitiva del sufrimiento es obtenida. Ayudando espiritualmente a alguien, lo situáis en el camino de la Eternidad. Es por eso por lo que el don de la Verdad espiritual, que consiste en abrir el camino hacia la Verdad, sobrepasa cualquier otro don. Descuidar las obras temporales es sin embargo un error, pues el hombre debe vivir en las mejores condiciones de existencia posibles, para que ninguna vocación se pierda. Pero, dejarse absorber por las obras temporales y descuidar lo esencial es, igualmente un error. Amar integralmente al hombre es Amar estos dos aspectos: su aspecto temporal y su aspecto eterno. Quien sabe esto, equilibra en su acción las obras inferiores y superiores.

Cuando el corazón se ha despertado, los poderes que yacen en él se levantan. Os convertís en ese torrente de Amor eterno que se derrama en el mundo, sobre todos los seres y sobre el hombre que está leyendo. Vosotros sois Eso. Lo sois cada día de una forma más profunda. Contra más se desarrolla e intensifica en vosotros el sentimiento de que sois el Amor mismo, más sabéis, con un conocimiento seguro e indiscutible, que no sois ese hombre con el que os identificabais antes; y que, para vosotros, no es más que un objeto de percepción sobre el cual se derrama vuestro Amor; un objeto de percepción entre miles.

El Amor a este hombre, cuando la consciencia encerrada en el psiquismo se identifica con él, es la causa de la esclavitud temporal. Pero cuando el Amor engloba a todo el universo, el hecho de Amar a este hombre como un simple elemento del conjunto, elemento hacia el que no queda la menor identificación, este Amor entonces es liberador.

En vuestra consciencia de existir, o bien sois un hombre que ama, y en ese caso es una sombra y una corriente de Amor lo que se expresa; o bien sois el Amor que Ama al mundo y a este hombre, a través del cual

percibís el mundo. Tal Amor liberador no contiene ningún apego al hombre, simple instrumento momentáneo utilizado para realizar las obras y el juego del Amor. Este es el último estadio del Amor. Es el Amor último, que implica una total superación del hombre.

Dios es Amor, y por el Amor Supremo os volvéis una parcela de este Dios de Amor. A partir de entonces dejan de existir para vosotros nacimiento o muerte, pues eternamente el Amor se derrama por los universos sucesivos, y vosotros, que en el Supremo Amor, habéis perdido vuestra identidad humana, os derramáis sobre los mundos. Fundiros con el Amor, sed uno con Él. No seáis ya el hombre que capta más o menos mediocremente el Amor, sed el Amor que utiliza al hombre. Ser uno con el Amor, es ser eterno en la Consciencia de amor. Vuestra consciencia permanece con aquello que la envuelve. Si el egoísmo humano la envuelve, ella se apaga con la segunda muerte que cierra la vida post-mortem; pero si la consciencia individual se funde en el Amor eterno, permanece eternamente en Él.

Hemos visto lo que en nosotros era el animal: esa bestia voraz, movida por diversos instintos. Preocupada por el alimento, el sueño o la copulación. Ese macho o esa hembra, orgulloso o temeroso de las reacciones y gozos corporales y viscerales. Apegada a su territorio doméstico o nacional, manteniendo relaciones de fuerza, y a veces, de violencia con los otros animales. Una vez percibido claramente lo que era el animal en nosotros, hemos aprendido a Amarlo y a dominarlo. Tenemos ahora una clara visión del hombre que hay en nosotros: el hombre es ese psiquismo presente en el cuerpo y separado del cuerpo en el momento de la muerte física. No es el aspecto inferior de este psiquismo, habitado por las pulsiones y los instintos animales. Es su aspecto superior que piensa, que razona, que analiza, que se emociona, crea las artes y las técnicas, que conoce el mundo por medio de la ciencia y de la filosofía.

Quien percibe claramente lo que es en él el hombre y el animal, sabe que él no es ni lo uno ni lo otro. Él es lo que percibe al animal y al hombre interno. ¿Y quién percibe todo eso? Es la consciencia. Sin consciencia, no hay percepción. La constatación de esta evidencia lleva a comprender: “Yo soy consciencia pura”

Por medio de esta consciencia conocemos todas las percepciones internas o externas, así como toda ausencia de percepción. Ya que todas las limitaciones que nos convierten en criaturas, se encuentran al nivel de las percepciones. La Consciencia pura en ella misma es infinita, única, universal. Esta Consciencia pura, presente en todas las formas de vida, y presente en nosotros mismos, no conoce ni el nacimiento ni la muerte. Ella transciende el tiempo y el espacio. Es Dios mismo. Por lo tanto, mientras que nuestra consciencia se identifique, a través del pensamiento, con la criatura que percibe, estamos sujetos al nacimiento y a la muerte. Pero, cuando esta identificación cegadora desaparece del pensamiento, la consciencia percibe su propia naturaleza y, gustando el néctar de la indisociabilidad que la une a la Consciencia absoluta de Dios, ella participa de su gloria y de su eternidad.

De la Consciencia pura e infinita que permanece en la beatitud de su reposo inalterable, surge el sueño del mundo fenomenal. En este

sueño la Consciencia infinita se refleja, como la luna que se refleja en las múltiples olas de un estanque.

Por medio de la multiplicación de su propio reflejo, la Consciencia única se encuentra insertada en la trama del movimiento fenomenal. Así, la Consciencia única se convierte, en el mundo, en una multiplicidad de consciencias individuales. El Único se vuelve el múltiple, para permitir al múltiple, así creado, participar en su beatitud. He aquí por qué la Creación es un acto de Amor.

¿Cómo el Único puede atraer hacia sí al múltiple y permitirle participar de su Gloria? Derramando sobre él la Gracia de su Amor.

Por Amor, Dios ha creado el mundo; por el Amor que derrama sin cesar sobre el mundo creado, poco a poco, conduce a las individualidades que lo pueblan, a la inefable unión mística. He aquí, por qué Dios en su Manifestación es Amor, mientras que, en su No Manifestación, permanece en la Transcendencia inmaculada de su Consciencia pura.

Toda Realización Espiritual integral contiene dos aspectos complementarios: el primer aspecto consiste experimentar la inefabilidad, que resulta del hecho de sentirse existir como Consciencia pura y eterna. El segundo aspecto, resulta de la irradiación hacia el exterior de la Inefabilidad Divina.

Es posible aumentar en nosotros la capacidad de irradiación del Amor Divino, al mismo tiempo que ignoramos que esa irradiación emerge de la Beatitud transcendente, que mora en nosotros como Consciencia pura. De la misma forma, es posible absorberse en la Transcendencia de la Consciencia única e infinita, que permanece tras la mente humana, sin hacer del hombre un polo de irradiación de la beatitud así obtenida. Estas dos vías son incompletas y una realización integral es el resultado de un doble trabajo, que podemos resumir de la siguiente forma: Consciencia trascendente en lo No Manifestado, Amor en lo Manifestado.

APROXIMACIÓN A LA CARIDAD

La realización o no realización efectiva de obras caritativas, constituye una prueba muy interesante, que permite juzgar la validez de la espiritualidad profesada por algunos.

En efecto, hay personas que se consideran evolucionadas espiritualmente porque han leído muchas obras y practicado un conjunto de disciplinas contemplativas, pero si se les propone ayudar a la gente necesitada, si se toca su cartera, siempre se escabullen, justificándose con variados argumentos.

Los argumentos importan poco, pues la mente es lo suficientemente inteligente como para justificar o excusar cualquier cosa. Lo que cuenta son los hechos y los hechos son, que estas personas no aportan ninguna ayuda caritativa al prójimo. Además, cuando se les pide que lo hagan, como por ejemplo hacemos en este texto, rechazan pasar a la acción concreta.

Observad las reacciones de vuestra mente, al leer lo que hemos escrito. Si no practicáis ninguna beneficencia activa, si delante de esta orden terminante: “sed caritativos”, sentís una oscura resistencia, un rechazo obstinado y deliberado, dispuesto a utilizar diversos argumentos para justificarse. Si sentís eso, podéis inquietaros sobre la validez de vuestra espiritualidad.

La negativa a ser concretamente caritativo, prueba que el núcleo de vuestro ego permanece bien sólido, y en este caso, toda realización espiritual es aleatoria.

El ego adora las espiritualidades decorativas que, con poco esfuerzo, permiten darse una buena opinión de sí mismo.

La mente puede jugar con todo un conjunto de nociones espirituales. Cultivando la expresión mental de estas nociones, se formará la ilusión de estar espiritualmente muy avanzado. Amará a todos los hombres, sentirá su unidad con ellos y con el cosmos. Pero, si se le propone ayudar concretamente al prójimo, eso no le interesa.

Así, la caridad activa constituye una dificultad imprevista, que nos permite juzgar la validez de ciertas bellas declaraciones, pensamientos o sentimientos. Si rechazáis a traducir en actos, lo que pretendéis sentir, eso prueba, indudablemente, que lo que sentís no es auténtico. Se trata de una falsificación del ego.

Si sentís una resistencia interior, si existe en vosotros algo que se niega a sacrificar tiempo y dinero para ayudar a los desfavorecidos, analizad lúcidamente la naturaleza de esta resistencia, observadla cuando se manifieste, y descubriréis un egoísmo profundo y visceral en el fondo de la mente.

En el caso en que hayáis comprendido que la realización espiritual requiere el borrado de las estructuras egóticas; ahora sabéis que la caridad concreta es una ayuda preciosa en el camino de la realización.

Tal forma de hablar de la caridad puede parecer paradójicamente egoísta. Pero voluntariamente la preferimos, pues el ego igualmente puede hincharse con una facilidad grandilocuente sobre el tema: “soy generoso, ayudo a los otros”. De hecho, esto se trata de otro tipo de trampa.

El egoísmo es la manifestación de un ego cerrado, replegado en sí mismo. El altruismo es la manifestación de un ego hinchado, radiante, fariseo. Ciertamente preferimos los egos altruistas a los egos egoístas, pero nuestra meta reside en borrar el ego. Las redundancias altruistas no tienen ninguna relación con borrar el ego. Ellas fortalecen al ego de la misma forma que el egoísmo, aunque de una manera inversa.

Por eso os decimos: “abandonad el egoísmo y abandonad el altruismo”.

Impedid que el ego que se repliegue sobre sí mismo y mantenga la avaricia. Pero impedid, igualmente, la hinchazón orgullosa del que se dice y se prueba a sí mismo, que es generoso y altruista.

Si decís: “yo practico la caridad para romper mi ego”; tenéis una justa visión de las cosas. Saber que todo lo que hacemos por los demás, es una bendición que recae sobre nosotros. No somos egoístas, ya que damos, y no caemos en la trampa de las teorías y los sentimientos altruistas.

Mientras vuestro corazón no esté abierto, tal actitud será válida. Es cuando se abre el corazón que aparece la verdadera caridad.

Cuando el corazón se abre, el egoísmo se destruye y las teorías altruistas no se utilizan. Ayudamos a los otros naturalmente, espontáneamente, porque su sufrimiento es nuestro sufrimiento. No ayudarles, sería una terrible privación para nosotros.

Muchas personas pasan por alto los fundamentos de la vida espiritual, y es por eso, que su elevación a la cima sigue siendo inconstante y problemática. La caridad activa y concreta es una base indispensable para todo progreso espiritual.

¿Cuántos falsos esoteristas de corazón cerrado que descuidan completamente la acción caritativa, se ven? Algunos llegan incluso hasta ver en la caridad una actividad inferior, buena para los profanos.

¡Qué estupidez! Si vuestro ego no se anula, no comprenderéis nunca la primera palabra de la Realidad esotérica.

Por medio de la caridad el ego se anula y el corazón, libre de su caparazón, se abre. Sin embargo, la verdadera caridad proviene espontáneamente de la apertura del corazón. Eso no es nada paradójico. Comenzaremos por una caridad voluntaria e imperfecta, que abrirá nuestro corazón, para luego conocer una caridad perfecta y espontánea, que resultará de esta apertura.

La caridad es, pues, a la vez medio y consecuencia de la apertura del corazón.

Hay muchas organizaciones humanitarias y de caridad en las que podéis participar. No esperéis más. De manera concreta, puntual o mensualmente, ayudad a los otros en la medida de vuestros medios, con dones financieros y de voluntariado.

Si no hacéis eso, la espiritualidad no será para vosotros más que una teoría.

Cuando vuestra caridad se vuelva efectiva, ¿cuáles serán los límites?

Pues será preciso darle unos límites. No puede permitirse una caridad sin límites excepto aquel que, renunciando al mundo, no guarda para él más que lo estricto y necesario para comer y vestirse.

Una vocación intramundana no puede acomodarse a tal perspectiva. No se trata de ser menos caritativo. Se trata de una caridad diferente.

Vuestra caridad debe obedecer a un cierto orden. El edificio social, todo edificio social, está fundado sobre un orden. Si aceptáis el mundo y permanecéis en él, vuestra acción en su conjunto y, por tanto, vuestros actos de beneficencia, deben igualmente obedecer a un orden predeterminado.

El orden al que debe someterse la caridad es el del deber. Para aquel que permanece en el mundo existen tres círculos concéntricos de deber. En el centro y en primer lugar se sitúa el deber hacia sí mismo, en segundo lugar, el deber hacia la familia y finalmente, el deber hacia la humanidad.

“La caridad bien ordenada comienza por uno mismo”. Es una falsa caridad la que hace decir con un desapego y una humildad, a menudo hipócrita: “yo me pongo el último”. Debéis poneros el primero. No comprender eso es no saber por qué habéis nacido.

Habéis descendido a la tierra para hacer descender la luz al vehículo físico y psicológico, en el cual y por el cual os encarnáis.

Este es un primer punto que es preciso comprender de una forma integral.

Vuestro primer deber y vuestra primera caridad, deben ejercerse en este hombre en el que estáis encarnados.

Este vehículo humano es algo impuro, vil e ignorante. Es necesario, pues, instruirlo y purificarlo. Se deduce, que el primer deber de todo hombre consiste en realizarse espiritualmente. Se trata de un deber esencial. Es principalmente, para realizar este deber, que habéis venido a la tierra.

La caridad hacia el vehículo humano debe ejercerse según tres grados jerárquicos. El primero y más elevado de estos tres grados es el de la realización espiritual. El segundo grado, el de la expansión psicológica. El tercer grado concierne a la salud fisiológica.

Tal es la triple comprensión que debe regir la caridad hacia el ser humano. Primero la realización espiritual. Nada debe sustituir este imperativo. Todo lo que se oponga a ello debe ser eliminado.

La expansión psicológica debe subordinarse a la realización espiritual. No debe haber en ello confusión de valores. No es posible imaginarse que una cierta creatividad artística, por ejemplo, constituye la realización espiritual. La realización espiritual indica un dominio de la consciencia; la expansión psicológica, indica un dominio de la acción. La realización espiritual es una toma de consciencia inactiva. Aunque el resultado espiritual es una conciencia inactiva, el camino espiritual, que se efectúa por el cumplimiento de un conjunto de lecturas, de diálogos, ejercicios contemplativos u otros, indica igualmente un dominio de la acción.

El desarrollo psicológico consiste en cumplir nuestras vocaciones, o las vocaciones temporales, determinadas por nuestras predisposiciones y aspiraciones personales. Llevar a cabo tal o cual trabajo, realizar tal o cual estudio, fundar un hogar, cultivar tal o cual tipo de relaciones humanas, dedicarse a tal o cual actividad cultural, literaria o artística, etc.... eso proviene de las vocaciones individuales. Tales actividades son independientes de la Realización espiritual. La Realización espiritual se refiere al estado de conciencia con el que nos involucramos en estas actividades.

La subordinación del cumplimiento psicológico a la realización espiritual es doble. De una parte, las actividades que contribuyen al desarrollo psicológico, no deben invadir nunca el tiempo que debe reservarse a la búsqueda de la realización espiritual. El orden de los valores existenciales debe ser respetado. Por otra parte, el grado de Realización espiritual orientará e impregnará nuestras elecciones existenciales.

Vuestro primer objetivo en la existencia, en general y en el contexto de cada jornada, debe ser Realizarse espiritualmente. Cuando la búsqueda concreta de este primer objetivo, que constituye la más alta caridad que se pueda ejercer con relación al vehículo humano, se haya establecido y arraigado en vuestra vida cotidiana, el conjunto de vuestras actividades debe tender hacia la expansión psicológica.

La búsqueda del desarrollo psicológico consiste en intentar, en la medida de lo posible, permitir al hombre realizar las aspiraciones que él desea. Esta búsqueda de la expansión psicológica determinará el estilo de vida que llevamos, el género de trabajo que realizamos y la manera en que organizamos nuestro ocio.

Todo eso se efectuará en la medida de lo posible, y en la medida en que nuestras aspiraciones sean razonables, sanas y positivas.

Es preciso comprender bien, que al pasar de la búsqueda de la Realización espiritual a la de la expansión psicológica, hemos descendido del terreno de las cosas primordiales a la de las cosas contingentes y relativas.

Por esto, la realización espiritual debe efectuarse a cualquier precio; mientras que la expansión psicológica debe ser buscada en la medida de lo posible.

El último grado de la caridad es hacia el uno mismo humano, es decir a lo que nosotros somos en tanto que manifestación temporal, y esto independientemente de lo que somos. En el nivel esencial y ontológico, el último grado de esta caridad debe ejercerse con relación al cuerpo.

El yo corporal debe ser el servidor del yo psicológico, este yo psicológico debe, a su turno, servir al trascendente, que constituye la Realidad espiritual.

Al ser el cuerpo el instrumento más exterior, su sumisión a lo que le es superior debe ser total. Una vida basada en la bebida, la comida, el dormir y el copular, no es una vida humana, es una vida que se sitúa a nivel animal. La vida se vuelve humana con la búsqueda de la expansión psicológica, que determina la creación y el conocimiento de las ciencias

y de las artes. La vida se vuelve sobrehumana con el Despertar a la Realidad divina.

Una vez establecida la relación jerárquica entre los diferentes aspectos de nosotros mismos, el cuerpo debe estar dispuesto, en todo momento, a afrontar la muerte y a ser sacrificado, si la defensa de la Causa de las causas, es decir, la búsqueda espiritual, así lo exige.

El cuerpo es un servidor, pero no debe ser un esclavo. Si la sumisión del cuerpo frente a lo espiritual y a lo psicológico debe ser mantenida sin concesiones, con el fin de que la satisfacción de las necesidades corporales no se vuelva nunca una preocupación desmesurada, cuya importancia eclipsaría o relegaría a segundo plano a lo espiritual o a lo psicológico, ello no impide que la búsqueda de la expansión fisiológica sea un deber.

El desprecio del cuerpo es un error cometido por numerosas personas animadas de una fuerte vocación espiritual; así como por otros, animados de una vocación de menor importancia, científica o literaria.

Despreciar el cuerpo es construir un edificio sobre unos cimientos defectuosos. El cuerpo insatisfecho se venga disimuladamente, haciendo aparecer múltiples obstáculos en el sendero espiritual. La base debe estar en armonía con la cima.

Dos extremos se deben evitar: la supremacía de las necesidades corporales y la vejación de éstas.

Satisfacer y controlar, de una manera razonable, las necesidades del cuerpo a nivel de alimentación, del sueño y del sexo, constituye la mejor política para no ser molestado por las exigencias corporales y poder consagrar nuestra vida a lo esencial, que es la búsqueda de Dios.

Tener un cuerpo sano y fuerte es estar en posesión de un vehículo en buen estado. La búsqueda de la salud corporal, por medio de la medicina y del ejercicio, está evidentemente sujeta a los imperativos del destino. Es, pues, en la medida en que sea posible, que debemos buscar el obtener un cuerpo sólido y saludable. Pero, si el vehículo es irremediablemente malo o se vuelve defectuoso, nos contentaremos con él sin lamentaciones pueriles.

Después de estudiar los tres grados de la jerarquía, a través de la cual la caridad debe ejercerse con relación a nuestro vehículo humano, vamos ahora a examinar el ejercicio de la caridad con relación a nuestra familia.

Es preciso recordar previamente que la caridad que ejerzamos en relación con nuestra familia, estará subordinada a la caridad que debemos ejercer con relación a nosotros mismos.

En primer lugar, debemos estar dispuestos a romper toda especie de ataduras familiares, cuando éstas constituyen un obstáculo patente en relación con la Realización espiritual. Quien no esté dispuesto a dejar a sus padres, su mujer y sus hijos por Dios, no conocerá a Dios.

Las cosas deben estar claras en vuestro espíritu: el propósito de vuestra existencia debe ser la Realización espiritual, y todo lo que se interponga ante la obtención de este fin, debe ser apartado. Ningún tipo de consideración, ninguna sensiblería afectiva debe impediros apartar lo que constituye un obstáculo sobre el camino espiritual.

Si este no es el razonamiento que sustenta vuestro camino, no sois un soldado de Dios y no entraréis en ciudadela del Sí.

Contra más débil se es, más oprimido se está. He aquí lo que deben comprender los que sufren un medio familiar espiritualmente desfavorable.

Deje que sus seres queridos lo tengan claro: permanecéis con ellos en la medida en que no intenten desviaros de la búsqueda espiritual. Sin embargo, si se interponen voluntariamente a la concreción de vuestro trabajo espiritual, estad preparados a dejarlos inmediatamente y sin mirar atrás.

Si vuestra actitud es cerrada y determinada, no tendréis "problemas familiares" que sean obstáculo a vuestra espiritualidad.

Es absolutamente necesario que vuestra familia, si no lo comparte, respete vuestro trabajo espiritual. De la misma forma que vosotros les respetaréis, si no se interesan por la espiritualidad. Este respeto debe, en sus manifestaciones concretas, incluir vuestro derecho al aislamiento, para entregaros a la quietud de la contemplación y al estudio de las obras espirituales. Quien no puede profundizar en la espiritualidad a causa del medio familiar, debe abandonarlo.

No es posible una profundización espiritual en un ambiente familiar hostil a la espiritualidad, excesivamente ruidoso o pendenciero. Tenéis derecho a momentos de calma, de silencio y de aislamiento. Organizad, pues, vuestra vida familiar en consecuencia, o bien, romped con este obstáculo.

Sin embrago, vuestro gusto por el aislamiento y el silencio no deberá, ser excesivo. Sabed diferenciar las cosas y consagrad una parte de vuestro tiempo a las relaciones familiares. La vía intramundana es siempre la del justo medio.

La caridad es indispensable, pero su ejercicio debe seguir un orden riguroso. La caridad desordenada engendra una mortal confusión. Poner la caridad familiar antes que la caridad que se debe a uno mismo, y que consiste en primer lugar en Realizarse espiritualmente, es cometer una falta muy grave. La falta de caridad hacia la familia es una falta contra la humanidad. Pero si, no queriendo faltar a la caridad hacia vuestra familia, os sacrificáis o comprometéis vuestra Realización espiritual, cometéis un pecado contra Dios. Es la presencia Divina que yace en vosotros mismos la que matáis, si no os Realizáis espiritualmente. La caridad no debe confundirse con la sensiblería.

La sensiblería es un impulso instintivo que no conoce ningún orden. Al contrario, la verdadera caridad se identifica en su ejercicio con el Orden del universo, y en este Orden, la supremacía de lo espiritual sobre lo temporal y lo humano permanece como un principio inalterable.

El mal no es más que una forma del desorden individual y Cósmico. Algunos solamente han comprendido la noción del Orden interno y Cósmico: su visión del mundo y del hombre se ha vuelto fría. Otros no han comprendido más que el aspecto de la caridad, pero por falta de jerarquizar su expresión, han nivelado las cosas desde abajo. La caridad es una potencia transformadora, que debe colorear las estructuras del Orden Divino, que es intrínseca en la creación.

El deber de caridad hacia uno mismo, tal como ha sido expresado en el orden jerárquico: la Realización espiritual, la expansión psicológica y la expansión física, tiene prioridad sobre el deber de caridad hacia la familia, por tanto, debéis pensar primero en vosotros mismos y después, en los demás. Esto puede parecer extraño a los que creen que la virtud consiste en olvidarse de uno mismo.

Una pequeña reflexión nos hace comprender fácilmente, lo absurdo de una moral y de una caridad fundadas sobre el olvido de uno mismo. Es en la medida en que uno se posee que se puede dar. Así pues, es Realizándoos espiritualmente como podéis ayudar a los demás a Realizarse espiritualmente. Es, al estar psicológicamente satisfechos y equilibrados, que podréis ayudar psicológicamente a los otros. Y finalmente, si tenéis un cuerpo sólido, éste será un instrumento de acción dinámico y utilizable para el bien de los demás.

Dicho esto, todo es una cuestión de equilibrio. Entre pensar en sí mismo, para realizar los deberes que tenemos hacia el vehículo humano, y pensar en sí mismo de una manera excesiva, que descuida a los demás y se reduce al egoísmo, solo hay una diferencia de medida. Esta medida no habría de fijarse de una manera rígida, pues es algo móvil.

Para que el equilibrio entre las obligaciones personales y los deberes familiares encuentre un justo medio, es suficiente con que sea realizada una doble toma de consciencia, que englobe a la vez lo que debo realizar con relación al vehículo humano y lo que debo aportar a la familia. Existe desequilibrio, si falta una de estas tomas de consciencia.

Falta una toma de consciencia en aquellos que cultivan la caridad errónea del olvido de sí mismo. Estas personas se dejan absorber, comer y vampirizar por el medio ambiente, ya sea social o familiar. Ciertamente tienen “muy buen corazón”, como se dice comúnmente, pero haciendo esto, cometen un grave pecado hacia ellos mismos, ya que no realizan lo que Dios espera de ellos.

Otra toma de consciencia falta cuando el individuo se encierra en él mismo y se desinteresa de las relaciones familiares, profesionales o amistosas. Cuando no comprende que toda adquisición personal, debe conducir a un aumento de nuestra capacidad de dar.

Cuanto más realizados espiritualmente estemos, más podremos ayudar al otro a realizarse. Cuanto más hayamos estudiado una ciencia o arte, más podremos aportar a los otros de este dominio. Tal es el fundamento de las relaciones humanas.

Debemos amarnos a nosotros mismos. Este amor no incluirá ninguna identificación limitativa en relación con el hombre, pues sabemos que nuestra Realidad, aunque engloba al hombre, lo supera infinitamente. El hombre somos nosotros mismos en tanto que manifestación temporal individualizada, pero lo que somos en nuestra globalidad metafísica, es la totalidad del Mundo manifestado y la totalidad de lo no Manifestado.

Si no nos amamos, hay algo amargo, herido en nosotros. Es preciso ser conscientes de nuestras debilidades e imperfecciones humanas, pero a pesar de eso, es preciso amarse a sí mismo. Es preciso que nos amemos al nivel de nuestra manifestación humana. Si no nos amamos a nosotros mismos, nuestro amor por el otro será necesariamente incompleto.

El amor a uno mismo y el amor a los demás dependen el uno del otro. Es un gran y maravilloso misterio: los demás no son fundamentalmente diferentes de nosotros. Y es por esto que, si desprecio algo en mí mismo, lo despreciaré en los otros.

El orgulloso no tiene ninguna dificultad en amarse. Se ama a sí mismo porque se sobreestima. Pero, si sois lúcidos con vosotros mismos, si habéis observado atentamente los pensamientos y sentimientos del vehículo humano, en una palabra, si andáis por el sendero del Despertar, constatáis, que se precisa mucha indulgencia para amar lo que somos, en tanto que manifestación humana.

Por medio de nuestra observación, por la comprensión y la lucidez que ella engendra, conocemos todas las debilidades, todas las imperfecciones, todas las mezquindades del vehículo humano. Las conocemos e intentamos remediarlas. Amarse a sí mismo es, pues, aceptar la mediocridad humana y aceptarla totalmente, con indulgencia y compasión.

Hay mucha humildad en tal aceptación. Esta humildad es una humildad verdadera, es verdadera puesto que es objetiva. Constatamos que somos poca cosa. Y si llegamos a amar la pequeña cosa que es este hombre, en el que nos hemos encarnado, entonces nos será fácil amar a todos los hombres.

El orgullo no es más que una máscara con la cual se disimula la realidad. Los hombres son criaturas mediocres e imperfectas. Es un hecho evidente. Es suficiente observarse atentamente para darse cuenta de ello. De esta toma de consciencia resulta la humildad. Como la humildad es algo desagradable para el ego, muchos se preocupan por intentar probarse que en tal o cual terreno son superiores. Tal sed de superioridad esconde un miedo profundo. Este miedo es el de una visión objetiva y lúcida de sí mismo, en la que se vea tal y como es, en la mediocridad que es inherente a la naturaleza humana.

Cuando habéis constatado vuestra mediocridad, dos posibilidades se ofrecen a vosotros: podéis estar hastiados de vosotros mismos y quizá acabar por odiaros. En este caso, no llegaréis nunca a amar profunda y generosamente a los otros hombres, pues toda esta mediocridad constatada en vosotros mismos, la encontraréis en los demás. No amaréis a los hombres tal y como son, en todo caso, podréis amar a un hombre ideal inexistente. Seréis un censor siempre criticando y condenando. No conoceréis la caridad.

La otra posibilidad consiste en aceptaros y amaros tal y como sois. No sin buscar evolucionar, sino tal y como sois verdaderamente, sin confundiros con el ideal al que queréis llegar. Aceptarse es verse como criatura imperfecta, aspirante a la perfección. Este amor a uno mismo, que ve al hombre como un ser en formación, contiene una gran indulgencia, que no es justificación pasiva de lo inferior, sino aceptación del Orden evolutivo de las cosas.

No hay caridad sin indulgencia. Sin comprensión profunda, no hay caridad. Los otros son el espejo de nosotros mismos. Para amar a los otros tal y como son, es necesario amar nuestra propia condición humana.

Aquel que se fija en un ideal espiritual, no se ama a sí mismo tal cual es, en su imperfección evidente, y no podrá nunca amar verdaderamente a los otros. Aceptarse y amarse tal como se es, en nuestra temporal manifestación humana, exige una gran indulgencia. Cuanto más me desprecie a mí mismo, más despreciaré al prójimo. Todos los defectos que pueda encontrar en mí mismo, los encontraré en los demás. Si bajo el pretexto de mi ausencia de conformidad a tal o cual ideal, no amo al hombre que soy en mi manifestación temporal, mi ausencia de indulgencia, que no es más que una consecuencia de mi ausencia de amor, se reflejará en los demás. Estaré siempre dispuesto a criticar, sermonear y reformar al otro: amar, es amar al otro tal y como es. Eso no quiere decir que no debamos ayudar a los demás a evolucionar. Eso significa que toda ayuda eficaz presupone la comprensión y la aceptación de lo que es al nivel de sus características individuales.

Nuestro amor familiar estará, pues, teñido de comprensión indulgente. No se puede ser una especie de déspota religioso que impone a los otros su espiritualidad. En la familia, como en otra parte, la enseñanza no debe darse más que a los que la buscan. Querer convertir, es una falta de respeto y de amor hacia los otros.

Aunque esté despojada de toda voluntad de conversión forzada, nuestra caridad familiar obedecerá el mismo orden jerárquico que la caridad hacia nosotros mismos.

Nuestro primer deber caritativo hacia los miembros de nuestra familia, consiste en enseñar espiritualmente a los que presenten predisposiciones espirituales. En relación con los niños eso quiere decir: en la primera infancia abrirlos a la dimensión espiritual y, a partir de entonces, respetar las características de su individualidad, enseñando a los que lo deseen y dejando a los otros tranquilos.

Nuestro segundo deber caritativo hacia los miembros de nuestra familia se relacionará con la expansión psicológica. Lo que significa, según nuestros medios, intentar ayudarlos a desarrollar sus virtualidades positivas.

En tercer lugar, debemos preocuparnos del confort fisiológico. Lo que incluye una justa repartición del alimento, de los cuidados, de la educación, etc.

El mismo orden jerárquico será respetado con relación al conjunto de la humanidad.

En primer lugar, deberemos preocuparnos del florecimiento espiritual de la humanidad. La realización de este deber obliga a toda persona que ha recibido una enseñanza espiritual a transmitirla a los otros, o bien, si no es capaz de ello, a ayudar a los que la transmiten. Siendo esta transmisión una manifestación de caridad, no sería lógico hacer pagar una enseñanza espiritual. La comercialización de lo espiritual es uno de los envilecimientos de nuestra época, que es preciso denunciar con todo el vigor requerido.

En segundo lugar, debemos preocuparnos de la expansión psicológica de la humanidad. Lo que significa que es preciso favorecer las estructuras sociales que permitan la expansión de las potencialidades humanas positivas. A este respecto, observamos que toda especie de

dictadura, ya sea capitalista, marxista o religiosa, tiene por característica, en el nombre de una ideología limitada, el vejar la expresión de todo un conjunto de vocaciones humanas positivas.

En tercer lugar, debemos preocuparnos de la comodidad fisiológica. Lo que incluye una justa repartición del alimento, cuidados, educación, etc...

El hecho de que una parte de la humanidad acapare la riqueza, mientras que otra carece de alimento, constituye una vergüenza que pesa gravemente sobre la humanidad.

Quien no intenta, en la medida de sus posibilidades, ayudar a los países en vías de desarrollo, convierte su corazón en una piedra. Si luego esta persona habla de espiritualidad, se trata de una broma inconsciente.

El amor hacia la humanidad nos impulsa a participar en la política. Y se puede decir que toda persona espiritual, encerrada en una torre de marfil apolítica, sencillamente carece de caridad. Esto es independiente de algunas vocaciones particulares y, se podría decir, especializadas.

La bajeza de la mayoría de líderes políticos no es una excusa, pues, aunque se deba escoger entre varias malas soluciones, habrá siempre una solución menos mala que las otras.

Nuestra caridad, que no puede limitarse a la especie humana, se extenderá a toda la creación. Ella se ejercerá igualmente con relación a los animales. ¡Cómo no preocuparse de las condiciones de vida de nuestros hermanos inferiores! De igual manera, se extenderá al reino vegetal y al conjunto de la naturaleza.

Es cierto que la vida se mantiene gracias a la muerte, y que debemos matar plantas y animales para sobrevivir. Toda sensiblería a este respecto no es más que una debilidad. Pero, por otro lado, todo sufrimiento ejercido inútilmente sobre un animal o una planta es un crimen.

La manifestación concreta de nuestra caridad global y emocional, debe concretarse en actos, en tiempo y en dinero.

La caridad debe ejercerse hacia nuestra manifestación humana por medio de actos concretos. Debemos consagrar el tiempo y el dinero necesarios para nuestra realización espiritual, nuestra expansión psicológica y el mantenimiento de nuestro cuerpo.

La caridad debe ejercerse hacia nuestra familia por medio de actos concretos. Debemos consagrar el tiempo y el dinero necesarios para ayudar a los miembros de nuestra familia a realizarse espiritualmente, a expansionarse psicológicamente y a dar a sus cuerpos los cuidados necesarios.

La caridad debe ejercerse hacia la humanidad por medio de actos concretos. Debemos consagrar tiempo y dinero en contribuir a la expansión espiritual, psicológica y física del conjunto de los hombres.

La jerarquía caritativa presupone que, en todo terreno, se debe afirmar la prioridad de lo espiritual.

La primacía de lo espiritual no significa olvidar o descuidar los aspectos psicológicos y físicos.

La ordenanza de nuestra caridad presupone, que los deberes hacia la humanidad o la familia nunca tienen prioridad sobre el deber hacia uno mismo. Así se eliminan los falsos sacrificios. Quien se ocupa más de

su familia o de la humanidad que de sí mismo, peca contra su deber esencial.

Si la realización de nuestro deber hacia nosotros mismos pasa a primer lugar; el deber hacia nuestra familia tendrá prioridad sobre el deber hacia la humanidad en su conjunto.

Sería estúpido descuidar a nuestros hijos bajo el pretexto de preocuparnos del tercer mundo.

El orden jerárquico que acabamos de establecer puede ser pervertido en cualquier momento por el ego. Es fácil, en efecto, bajo el pretexto de que los deberes hacia sí mismo tienen prioridad, tener una actitud pura y simplemente egoísta en relación con la familia y la humanidad. De igual forma, bajo pretexto que la familia tiene prioridad sobre la humanidad, es fácil justificar cualquier egoísmo familiar. Se requiere lucidez para denunciar las trampas del ego.

Aquel que ama verdaderamente, siente el Orden caritativo como una limitación. Limitación inherente a la condición humana. No puedo ayudar espiritual, psicológica y físicamente más que a un número de hombres limitado, pues yo mismo, poseo un vehículo humano limitado. Aceptar la condición humana, es aceptar sus limitaciones y el orden de valores que la caracteriza.

Aunque mi primer deber sea realizarme espiritualmente, no puedo consagrarme exclusivamente a esta búsqueda, pues esto me arrastraría a descuidar mi deber hacia mi familia y hacia la humanidad.

Aunque mi deber hacia mi familia tiene prioridad sobre mi deber hacia la humanidad, no puedo limitar mi acción caritativa dentro del estrecho círculo de mi familia y, necesariamente, debo ayudar al conjunto de la humanidad dentro de mis posibilidades.

La aplicación de la ordenanza caritativa reside enteramente en la noción de medida y equilibrio. Esta medida y este equilibrio no poseen ninguna norma fija, ella resulta de una creación permanente en el seno de cada jornada.

Para quienes practican la caridad, toda su vida se vuelve una expresión de la caridad, en todos sus aspectos. Así se cumple el dicho según el cual: “Sólo el amor debe motivar nuestros actos”.

Si el Amor no está gobernado por la Razón, su expresión se expone a degenerar en simple sensiblería y quedar atrapado dentro de las identificaciones y posesiones egóticas.

¿Qué relación tiene todo esto con el Despertar?

El Despertar no se sitúa al nivel de la acción. Sin embargo, la caridad hacia uno mismo, la familia y la humanidad, proviene del ámbito de la acción.

Nuestros actos deben resultar de una armonía entre el Amor y la Razón. En cuanto al Despertar, concierne al estado de consciencia en el que se realizan los actos.

Contra más intenso, profundo y constante sea nuestro Despertar, más se adueñará y regirá automáticamente todos los aspectos de nuestra vida. En consecuencia, Amor y Razón se convierten en instrumentos de expresión para el Despertar.

Habiendo comenzado por impregnar nuestra vida de una caridad que resulta de la armonía entre el Amor y la Razón, llegamos, con el advenimiento del Despertar, a una caridad espontánea.

Al ser natural y espontánea, nuestra actividad deja de llamarse caritativa. Bajo la luz del Despertar, actuamos según la inspiración del momento, sin hacernos preguntas, sin darnos reglas u obligaciones. Razón y Amor se han fundido en la espontaneidad inspirada del Despertar.

En nuestra experiencia, dejamos de utilizar el concepto de caridad. Mirando en nosotros mismos no vemos nada que corresponda a lo que se llama caridad. En nosotros sólo existe el Despertar y la espontaneidad que de él fluyen. Eso es todo. Al observar nuestra actitud la gente dice: “Eres caritativo”. Pero nosotros, en nuestra experiencia, no conocemos ninguna formulación de esta noción de caridad. La espontaneidad es la espontaneidad. Toda definición o todo razonamiento, que tiende a determinar tal o cual tipo de espontaneidad, destruye la espontaneidad.

El camino no debe ser confundido con su resultado. Mientras que no estéis Despiertos, estaréis aún en el camino. Mientras estéis en el camino: practicad la caridad. Cuando estéis Despiertos: olvidad el camino, olvidad la noción de caridad, contentaros con permanecer en el Despertar y dejaros guiar por la inspiración del momento.

Esta es la suprema rendición del yo al Señor.

En su actividad, el Despierto no conoce nada que se relacione a la palabra caritativo. Ignorando la virtud de la caridad, realiza la suprema caridad.

Esto es verdad para todas las virtudes. Existe la virtud del “buen hombre”, que se esfuerza en ser virtuoso, que es consciente de su virtud o bien de su falta de virtud. Esta virtud es una virtud inferior.

Además, existe la virtud del Despierto, este último no se esfuerza por ser virtuoso, no tiene consciencia de la expresión de ninguna virtud, ni de ningún pecado. Actúa en todo momento “como mejor le parece”, completamente lúcido y atento. No sigue ninguna Regla, ninguna norma, ningún principio. Su espontaneidad es una inspiración perpetua, y es porque él solamente expresa la Virtud superior.

Comenzad por la virtud inferior, para luego elevaros a la Virtud superior.

APROXIMACIÓN AL DESPERTAR DEL CORAZÓN

Todos buscan la felicidad, pero la felicidad no se encuentra en las posesiones materiales, ni en las obras, ni en las relaciones con los demás. La felicidad se encuentra en el corazón, en el tranquilo y poderoso esplendor del corazón.

Este esplendor del Amor extiende su calidez en las obras, en las relaciones con otros y con el mundo. Quien busca la felicidad fuera de sí mismo, se pierde. Corre de aquí para allá y sólo conoce la desolación. La adquisición de cada uno de sus deseos no le proporciona sino una felicidad momentánea, que pronto se esfuma.

Alejaros de este camino erróneo.

Es en vosotros mismos, en lo más profundo de vosotros mismos, donde se encuentra la felicidad del Amor.

Creéis tener un corazón pequeño, pero debéis descubrir cuán grande es.

Tan grande como la Tierra, mayor que el Universo. Creéis poseer un corazón cerrado, pero descubriréis que siempre está dispuesto a abrirse, siempre dispuesto a acoger.

Vuestro corazón se ha dormido y vosotros debéis despertarlo. Vuestro corazón vegeta y vosotros debéis expandirlo.

Debéis descubrir en vosotros una propensión inagotable a derramar olas de calor amorosas.

Erais riachuelos, pero con el Despertar del corazón, os convertiréis en océano.

¿Cuáles son los primeros pasos para Despertar al corazón?

Diversas pueden ser formas de llamar a la puerta escarlata. Nosotros describimos una, trabajadla y, después, dejaros llevar libremente por lo que brote.

Mirad un objeto, cualquier objeto, bello o feo, detalladlo, palpadlo…, recorred con emoción sus características…, su vida…, su existencia... La atención que le habéis prestado, ha hecho que dejéis de mirarlo con indiferencia. El habla a vuestros ojos, a vuestras manos, a vuestro corazón... Es entonces, cuando os dais cuenta de que es posible, por un movimiento interior muy simple y difícilmente descriptible, abrir vuestro corazón a este objeto. Abrid vuestro corazón para enviarle un flujo de Amor y ternura.

Comprended este secreto: os es posible, de manera voluntaria y deliberada, emitir y expresar Amor, en silencio, por el objeto más humilde.

No es necesario que este objeto os haya seducido por su belleza, ni que os evoque algún recuerdo. Si queréis podéis Amar cualquier objeto. Para ello, basta con que lo miréis en silencio y después, gracias a una especie de movimiento interior, proyectéis Amor hacia él. Al hacerlo, sentís como vuestros sentimientos se escapan del centro del pecho para rodear, acariciar e impregnar ese objeto.

Cuando esto es vivido como una experiencia interior auténtica, se establece una comunión amorosa entre él y nosotros. A partir de entonces, he empezado el Despertar de vuestro corazón.

¡Cuántos discursos sobre el Amor, cuántas palabras malgastadas para nada! Siendo conscientes de la cantidad de palabras dichas inútilmente, no es nuestro deseo proponeros que adoptéis una nueva teoría sobre el Amor. Lo único que decimos es que es necesario entrenarse, en concreto, en la efusión amorosa en la vida cotidiana y de esta forma transfigurarla.

Comenzad pues, por aprender a Amar los objetos. Comenzad repitiendo muchas veces lo que acabamos de describir. A pesar de su aspecto banal, este tipo de práctica puede enseñaros mucho. Puede enseñaros a emitir vuestros sentimientos amorosos de manera voluntaria. Voluntariamente, es decir, sin que intervenga un reclamo o valoración exterior particular. Mucha gente ignora que puede amar sin ninguna razón sentimental, por medio de una simple decisión, de un simple afecto. Aprender a Amar los objetos de esta manera, es seguir las órdenes de nuestro corazón y cultivar deliberadamente lo que no era más que una manifestación al azar. Dar este paso desarrollará vuestra capacidad de otorgar amor. Así como los músculos crecen con el ejercicio, el corazón se ensancha en aquellos que cultivan el Amor. Gracias a esta práctica aprenderéis a Amar sin razón, por el simple placer de Amar.

Hay un verdadero placer en Amar los objetos por simples que sean; en hacer de ellos, no simples instrumentos anónimos, sino compañeros que resuenan en nuestro corazón.

Cuando habéis aprendido a Amar por el simple placer de Amar, es cuando, quizá, sin daros cuenta habéis dado un paso gigante en el sendero de la iniciación. Este es el resultado de la práctica, aparentemente anodina, que os aconsejamos.

Lograr Amar por el simple placer de Amar, sin esperar nada a cambio, es algo que se consigue cuando de manera deliberada nos esforzamos en Amar los objetos. En efecto, ¿qué podemos esperar de un objeto a cambio de nuestro afecto?

Amar por el placer de Amar, sin cálculos ni egoísmos, ¡esta es la nueva forma de Amor que hay que aprender! Comenzad la educación de vuestro corazón con los objetos familiares; luego extended la nueva forma de Amar aprendida a toda la Creación. Quien comienza poco a poco, se arraiga concretamente.

Después de haber aprendido a Amar los objetos de forma deliberada, debéis practicar y conservar esta nueva forma de Amor. Haced de ella un aspecto del arte de vivir que vais a cultivar.

Es natural que vuestro Amor por los objetos se ejerza preferentemente hacia aquellos que manipuláis cotidianamente. Sin embargo, no limitéis vuestra capacidad amorosa a lo que constituyen vuestras posesiones personales. Constatad, en vuestra experiencia, que el objeto desconocido y extraño, compañero de una pequeña fracción de la vida, es digno de Amor. La expresión de vuestro Amor por las cosas no debe estar supeditada al concepto de propiedad. Si así fuese, reforzaríais las estructuras del ego, en vez de liberaros de él. Pues, cuanto más fuerte

es el ego, más ligados estáis al sufrimiento. Toda posesión es impermanente. Quien liga su Amor a la posesión, se condena a sí mismo, y se encadena al universo de lamentos y privaciones. Comprended esto.

Lo que es cierto para los objetos, lo es también para todo lo que podemos Amar; y de allí en adelante, habrá que generalizar este Amor, libre de ataduras de la posesión. Sin embargo, es importante no saltarse las etapas, trabajar sistemáticamente es la mejor forma de progresar. Comenzad de manera efectiva la reforma total de vuestro sentimentalismo egoísta y erróneo. Comenzad por lo más simple e id, poco a poco, progresando hacia lo más difícil. Comenzad por reeducar vuestro Amor frente a los objetos. Aprended a Amar con la misma alegría lo que os pertenece y lo que no os pertenece, los objetos que utilizáis constantemente y aquellos con los que no tenéis más que una relación momentánea. Aprended esto y habréis aprendido mucho. No hagáis de ello una teoría o una comprensión intelectual. Aprendedlo en vuestra experiencia, a través de repetidas pruebas y errores, a través de una práctica regular.

Quien hace de lo anónimo un objeto de Amor, ilumina el instante. Nuestra civilización de la abundancia ha desvalorizado el objeto cotidiano. Demasiado fácil de adquirir, en seguida dejamos de prestarle atención y muy poco Amor. Ya no es un compañero receptáculo de los efluvios de una porción de vida, es simplemente un cacharro anónimo y prefabricado. ¡Qué importa pues! Sois vosotros los que debéis encontrar una complicidad afectiva con los humildes servidores que manipuláis. Prestad atención a los objetos que utilizáis y al utilizarlos enviadles afectivos efluvios.

Quien realiza concretamente esta práctica, ve que su entorno material cambia. Siente que su hogar, su taller, su despacho se impregnan, poco a poco, de Amor. Percibe la reverberación afectiva de los sentimientos que difunde cotidianamente sobre las cosas inanimadas que lo rodean. Ya no se encuentra en un universo anónimo y mecánico, se encuentra en un mundo familiar, afectivamente cargado, afectivamente vivo. De esta forma, comprende intuitivamente que la materia, en una dimensión no comprendida por la ciencia, es permeable al Amor.

Hacemos evolucionar todo aquello que Amamos. Esto es verdad a todos los niveles de la Creación. Al respetar y Amar los objetos, acelero la evolución de la oscura consciencia que los habita, hacia formas más elevadas de consciencia.

La Consciencia se filtra por aquello a través de lo cual se difunde. Una forma más elevada de Consciencia es un filtro más fino; ya que la Consciencia, siempre idéntica a sí misma en su naturaleza, toma la forma de aquello en lo que reside. De las montañas a los dioses, pasando por el reino vegetal, el animal o el hombre, asistimos a un refinamiento progresivo de los filtros a través de los cuales, con una fuerza cada vez mayor, se expresa la Luz de la Divina Consciencia que impregna toda la Creación.

En la experiencia final del Amor, sentimos la unidad que nos une, sin confundirnos, con aquello que Amamos. Acabaréis por comprender, intuitivamente, la afinidad profunda que os conecta con las cosas del mundo exterior. Los objetos son una prolongación del hombre. Una

prolongación de vuestro cuerpo. No hay más que una sola y única apariencia substancial. Quien vive esta comprensión percibe, poco a poco, a un nivel muy sutil, su propia presencia en todas las cosas. El universo se convierte así en un inmenso organismo y la idea de estar separado de aquello que manipulamos se desvanece como una extraña quimera.

Ser incapaces de Amar la naturaleza, de observarla, escucharla y admirarla, es estar falto de savia.

Reservad un espacio para la naturaleza en vuestra vida. A través de la comunión amorosa, sumergiros psíquicamente en la inagotable fuente de la vitalidad vegetal, aprended del árbol y de la caña.

Comprended intuitivamente que actitud psíquica corresponde a las diferentes formas de vida vegetal.

Comunicaros con la vegetación, con su silencio, con su paz, con su majestuosidad, su paciencia, su obstinación, su tenacidad... Sentid en vosotros la consciencia vegetativa y comprended que esta forma de consciencia corresponde al estado de consciencia del vegetal. Percibid a nivel corporal, lo que en vosotros participa de la naturaleza de los vegetales. Sentid como a veces, vivís como una planta que tiene sed de agua y de luz.

Convertiros en el amigo fiel de ciertos árboles, de ciertos lugares como bosques, montañas, valles que hablan a vuestro corazón. Frecuentad ciertas montañas, ciertos desiertos, ciertas llanuras y ciertas costas. Participad interiormente en los ciclos de las estaciones. Llenaros de gozo con el brote de una nueva planta. Sentid los olores, tocad las cortezas de los árboles, palpad la tierra, escuchad el viento. Purificaros con la lluvia. Cargaros de poder con el huracán. Amad, admirad y comunicaros interiormente con todas las manifestaciones y todos los aspectos de la naturaleza.

Quien teme al viento o a los rayos, rechaza su propio poder. Quien los Ama, exalta en él el mismo poder. ¿Cómo es posible no Amar la lluvia? Sólo una persona con algún bloqueo interior, puede no Amarla.

Dejad que las gotas sobre vuestra cara se conviertan en una fiesta y algo se despertará en vosotros. Quien aborrece la aridez del desierto demuestra ser insensible al espíritu que de él se desprende. Quien teme los abismos no conoce su propio abismo, y no sabe que es un abismo... Para qué seguir con más ejemplos, contentémonos con repetir que todas las manifestaciones y todos los aspectos de la naturaleza deben ser Amados. Debemos vencer las insensibilidades y las repulsiones eventuales. Observar, abrirse, comprender, sentir, participar y comunicarse con todo. De esta forma, vuestra personalidad se universalizará. Quien Ama la naturaleza, vibra con ella y descubre en sí mismo todos los poderes que en ella se expresan.

Hacedlo. Abrid vuestro corazón a la naturaleza. A lo largo de vuestra vida, conservad y desarrollad una profunda relación con la naturaleza. Numerosas son las repercusiones interiores que se desprenderán de ello.

El Despertar del corazón no se limitará a los objetos y a la naturaleza, sino que su resplandor se extenderá a todos los animales.

Mirad un animal y Amadlo. Así, sin razón, por el mero placer de Amarlo. Comprended la vitalidad y la voracidad que lo habitan. Comprended, sin juzgar. Ved su rareza o su belleza. Respetad y Amad a los animales. Sentid en ellos el empuje vital que se expresa a sí mismo, y lleva a la consciencia hacia la individualización. Individualización del psiquismo balbuceante, a veces obtuso y a veces violento y encarnizado. Ved en el animal el comienzo del hombre. Comprended esto y Amadlo.

Constatad por medio de la observación, aquello que psíquicamente tienen en común el hombre y los animales.

Distinguid claramente lo que en el hombre es específicamente humano, de lo que todavía es animal.

Más allá de las palabras, aprended a contactar con los animales. Que vuestro silencio, lleno de Amor, salga y se derrame sobre el animal.

Aprended así, que el silencio es la más alta forma de comunicación. No limitéis vuestro Amor a los animales domésticos o familiares. Vivid la alegría de Amar al animal encontrado por breves y únicos instantes.

Desarrollad en uno mismo el animal que os habita, sin dejarse dominar por los instintos que lo animan. Que el animal que habita en vosotros sea el fiel servidor del hombre que hay en vosotros. Cuando el animal domina en el hombre, éste deja de ser hombre. Ser un hombre verdaderamente, significa haber dominado perfectamente, en su psiquismo, su naturaleza animal. Dominar es ordenar, no despreciar o torturar. No haber comprendido en sí la belleza del animal, tal ha sido el error de los ascetas. Que, en vosotros, la consciencia que razona y reflexiona sea la única dueña. Que ella dirija todas las pulsiones animales. Que, como juez soberano, frente a cada una de ellas, dé su consentimiento o su prohibición. Que el hombre que hay en vosotros, no sea nunca arrastrado por las pasiones y los instintos animales. Que, por medio de su voluntad inflexible, por los esfuerzos de dominio incansablemente repetidos, por la sugestión frecuente en la que el hombre se dirige al animal y le dicta su conducta, que por tales medios, que son la base de todo camino iniciático auténtico, el animal que hay en vosotros esté perfectamente adiestrado, y acabe por obedecer en todo, sin tardanza ni resistencia, lo que el hombre decida. Abandonad el error del profano que se deja llevar, falto de todo dominio de sí mismo, y no es más que un títere animado por fuerzas infrahumanas. Sed hombres auténticos, pero no caigáis en el error contrario que consiste en denigrar al animal que hay en vosotros. Vosotros sois el reflejo de la Creación. Quien no Ama su propia animalidad, no puede Amar auténticamente a los animales del mundo exterior. Todo está unido. Todo está en todo. Habiendo domado al animal que hay en vosotros, Amadlo. Estad orgullosos de sentiros un animal. Entrenad el cuerpo. Conoced la alegría de percibirlo fuerte y vigoroso. Apreciad los placeres del esfuerzo físico, de la alimentación, del sueño y de la somnolencia.

Exaltaros con vuestra propia vitalidad. En la medida de lo posible, sed como un animal vigoroso y alerta.

No descuidéis el cuerpo. Amadlo. Contra más Améis vuestro aspecto corporal, como se Ama a un animal familiar, dándole el ejercicio y los cuidados necesarios, menos tendencia tendréis a identificaros con

él. La consciencia de ser distinto al animal, que el hombre cabalga y utiliza, será cada vez más clara y con ello un grado importante del sendero interior se habrá superado.

El hombre que hay en vosotros debe ser Amado. Amándolo, no de una forma exclusiva, lo cual es algo negativo, sino al mismo nivel que al resto de las criaturas, comprenderéis que no sois este hombre en vuestra Esencia y Realidad profunda. De esta forma, gradualmente, veréis en este hombre un simple instrumento de acción y de percepción en el mundo. Este hombre, como todo lo que es percibido, es para vosotros el objeto de vuestro Amor y vosotros sois el que Ama.

Habiendo aprendido a Amar al animal que hay en vosotros, Amad al hombre que os habita, y comprended que el que ama es por fuerza distinto de lo que él Ama. ¡Que esto no sea una teoría, sino una Realidad vivida día a día y cada vez más intensamente!

"La Caridad bien entendida comienza por uno mismo". El Amor por el hombre que lee, y la búsqueda de su desarrollo al nivel de la temporalidad, os hará comprender lo siguiente: es en la medida en que el instrumento humano se desarrolle, que podrá ayudar a otros hombres a desarrollarse a su alrededor. Es por esto por lo que el Amor a los otros, no debe nunca acompañarse de una pérdida de Amor por uno mismo, en tanto que hombre. Hombre contenido en nuestra Realidad englobante. La pérdida de Amor por el hombre que nos habita, tiene como consecuencia el cese de la voluntad y de la búsqueda del desarrollo de la personalidad; esto puede ir acompañado de una mortificación errónea del hombre. Quien mortifica al hombre, puede superarlo, pero no desarrollarlo. Quien Ama al hombre sin apegarse o identificarse con él, lo supera y lo desarrolla. Se difunde lo que se posee, y sólo aquel que ama al hombre en sí mismo, puede ayudar a los demás a Amarse como hombre, y a encontrar el desarrollo temporal juntamente con la Realización espiritual.

Que el Amor por los otros no sea una huida fuera de vuestra humanidad individual. Amaros, desarrollaros, extended a vuestro alrededor vuestro Amor y esplendor, ayudando a cada uno, a su nivel individual, a realizar sus potencialidades. El Amor a los otros que se acompaña del desprecio de uno mismo como hombre, es un Amor falto de substancia. La substancia amorosa es el hecho de aceptar la encarnación. Amando al hombre que está en nosotros, damos a la Esencia inmaterial del puro Amor una base substancial. Amar al hombre que hay en nosotros es aceptar el mundo y no considerar la espiritualidad como una emigración fuera de él. Amar al hombre que hay en nosotros, es adoptar la vía intramundana, que no rechaza ascéticamente lo que es propio a la condición humana, que tiene por fin el realizar el designio de Dios en el seno del mundo, y no únicamente refugiarse en Dios.

Aceptar vuestra propia encarnación, es Amaros en vuestro aspecto psíquico y corporal, no limitante. Es igualmente y por repercusión, volverse capaz de ayudar a los otros a aceptarse y a asumirse integralmente.

Amad a los hombres que pueblan la superficie de la tierra. Constatad por medio de la experiencia, que podéis Amar a todos los

hombres. Hasta que el Amor, engendrado por el Despertar del corazón, os sea espontáneo y natural, entrenaros a difundir sentimientos de Amor en presencia de toda clase de individuos. Haced eso, aunque os encontréis en presencia de personas que encarnan psicológicamente valores o características que os son contrarias. Comprended, por medio de la experiencia, que no es necesario simpatizar exteriormente con la gente para Amarla. Experimentad que es suficiente con mirarlos atentamente y difundir silenciosamente vuestros sentimientos hacia ellos. Sentid vuestro corazón abrirse y extenderse por encima de todo aquello que, quizás, os separa psicológicamente. Constatad la plenitud inefable que en ese instante os habita.

No dejéis que el aspecto negativo de algunas personalidades os detenga u os haga rechazarlas. Ved, ved verdaderamente a los hombres y Amadlos. Convertiros en un ojo, un ojo atento y lúcido, libre de todo pensamiento y todo juicio. Ved a quien está enfrente de vosotros, vedle verdaderamente, y para ello, debéis retirar la pantalla deformante de vuestro propio ego. Vedlo con un espíritu puro, tranquilo y lúcido. Constatad que, cuando el pensamiento se calla, una comprensión superior surge. Una comprensión despojada de prejuicios y de juicios personales. Percibiréis, sin palabras, la prisión en la que está encerrada la consciencia del otro. Es a través de esta comprensión, como se ve verdaderamente al otro. Es a través del propio silencio mental, que estáis disponibles para la percepción de lo que el otro es. Con la comprensión profunda, la compasión y el Amor.

Ved a los hombres y Amadlos. No los Améis por esto o por aquello. Amadlos simplemente, naturalmente porque están ahí, sin otra razón. Son hombres y eso basta.

Aprended este arte. Aprended el arte del Amor sin causa, ni razón. Un Amor que no es el fruto de una simpatía, de una atracción o de una seducción. Aprended el arte del Amor puro.

La búsqueda voluntaria de la apertura del corazón no se revela necesaria más que al principio. Después, se Ama de una forma espontánea y natural todo lo que entra en el campo de nuestra atención. Pues por muy paradójico que parezca, el trabajo voluntario lleva a la espontaneidad.

Tal es el secreto de la apertura del corazón.

APROXIMACIÓN AL RESPLANDOR ESPIRITUAL

Existe el mundo de las cosas y el mundo de los pensamientos. Los pensamientos son una realidad que influye y condiciona el mundo material.

En el estado encarnado, estamos encerrados en un cuerpo físico y, por lo tanto, conocemos todas las limitaciones de la materia. El desplazamiento en el espacio es muy lento y torpe. Mientras que el desplazamiento en el tiempo, se realiza en una sola dirección. Nuestro pensamiento, que no es tan limitado, se desplaza de un punto a otro del universo concebible y retrocede en el curso del tiempo para explorar el pasado, tan fácilmente como se lanza a explorar el futuro.

Existen en nosotros dos hombres: el hombre físico y el hombre pensante. Estos dos hombres son los receptáculos de la conciencia. Después de la muerte, seremos únicamente pensamiento. En el presente, a causa de la encarnación, el pensamiento nos parece una realidad secundaria, y como resultado de este prejuicio, en muchos individuos, el infravalorado pensamiento no se utiliza en todas sus capacidades.

La gente reflexiona sobre sus pequeños problemas cotidianos. Inventan máquinas y crean obras de arte, sueñan para no aburrirse, pero muy a menudo no saben cómo actuar con el pensamiento. Su pensamiento está subordinado a la materia. Reflexionan para ordenar su acción física y actuar sobre la materia. No conocen el arte de la acción puramente mental. Ignoran la comunicación de espíritu a espíritu. No comprenden que somos espíritus encerrados en cuerpos, y que el mundo de los pensamientos es más importante y más amplio que el mundo físico.

Aprended, pues, a desarrollar en vosotros al hombre pensante. Dejad de ser un cuerpo y volveros un espíritu vestido de un cuerpo.

Comprended con todas las consecuencias que esto implica, que en vuestro pensamiento no estáis limitados espacialmente. Antes de verificarlo, creed que pensar en una persona o en un lugar, es estar psíquicamente cerca de esa persona o de ese lugar. Sabed que podéis enviar pensamientos a alguien y que esta persona los recibe en su espíritu. Lo que se entiende normalmente por telepatía, no es más que la recepción consciente de pensamientos enviados de una persona a otra. Pero en realidad, todo pensamiento enviado a otro le llega, ya sea consciente o no. Los pensamientos así recibidos por otro son adoptados, asimilados o rechazados inconsciente o conscientemente por su psiquis, pero ningún pensamiento podrá perderse en un improbable éter. Todo pensamiento alcanza infaliblemente a su destinatario.

Fuera de todo contacto físico, tenéis pues la facultad de estar en relación constante con las personas que conocéis, ya estén vivas o muertas, es decir, encarnadas o desencarnadas. Esta relación no es pasiva, podéis ayudar, instruir y sostener espiritualmente a los otros por medio del pensamiento transmitido a distancia. Tomad consciencia de eso y aprended a utilizar las posibilidades que se os ofrecen.

Evidentemente, existen insensatos que buscan perjudicar al otro utilizando el poder de su pensamiento. Las ceremonias de magia negra no son más que un soporte que favorece la concentración y la intensidad del pensamiento, que se proyecta así con la intención de perjudicar.

Otros espíritus mezquinos, utilizan el arte del pensamiento para influenciar al otro según sus intereses. Hay quienes intentan provocar un sentimiento de amor en la pareja que desean. Este género de personas débiles, no han comprendido la belleza de los sentimientos compartidos de forma mutua y espontánea. Existen, igualmente, los que intentan influir a su patrón por medio de su pensamiento y así, subir de rango. O bien los comerciantes que se esfuerzan por sugestionar a distancia tal o cual clientela, etc., etc.

Abandonemos todas estas mezquindades y digamos que debéis, abandonar con decisión esta clase de prácticas. El arte del pensamiento no debe desperdiciarse así. Utilizadlo para cosas bellas y nobles.

Dejad al hombre físico encontrar y amar físicamente a quien le es destinado. Dejad que el hombre físico realice sus tareas físicas con competencia, se gane la vida y tenga el lugar social que merezca. No rebajéis al hombre psíquico a tales obras.

Psíquicamente debéis convertiros en un hombre de Luz. Exento de toda preocupación servil y material.

Elevaros. Creced. Irradiad.

Tomad la costumbre de enviar cotidianamente pensamientos de amor espiritual, de luz y de paz, a las personas de vuestra familia, a vuestros amigos cercanos, a vuestros seres queridos. A las personas que conozcáis que estén en estado de búsqueda espiritual, y a aquellas que atraviesan tiempos difíciles. Hacedlo espontáneamente en diversos momentos de la jornada, representándoos mentalmente una o dos veces sus nombres. A veces de una forma breve y otras de una forma prolongada, enviad vuestros efluvios espirituales. Dejaros guiar por vuestra intuición para determinar quién necesita particularmente ayuda en la actualidad. No hagáis diferencias entre los vivos y los muertos, ayudad tanto a los unos como a los otros.

Enviad, dijimos, pensamientos impersonales de amor, de luz, de paz, de fuerza y de alegría. No enviéis nunca pensamientos precisos, intentando influenciar el comportamiento. Aunque sea con la mejor intención del mundo, no sabéis lo que realmente es bueno y beneficioso para el otro, aceptad este hecho con humildad. Vosotros no tenéis ninguna percepción del destino de los demás, tampoco hagáis caso de la mente racional que pretende saberlo todo y decidir arbitrariamente lo que deberían hacer los otros. Sugestionar al otro por medio del pensamiento para que deje de hacer esto, o para que haga aquello, o para que adopte tal o cual comportamiento, es actuar mentalmente de una forma errónea. Incluso si estáis convencidos de tener razón, es erróneo.

Vuestra acción mental debe ser impersonal. No debe mancharse con ningún juicio, ninguna apreciación emitida por la personalidad. Al renunciar a influir en los demás, de la manera precisa que creéis que es la mejor para ellos, al contentarte con derramar pensamientos positivos sobre ellos, os convertís en un canal impersonal de la Gracia divina.

Así pues, enviad, al otro, pensamientos de amor, de alegría, de fuerza, de luz, de paz, de sabiduría, de conocimiento y desarrollo espiritual. Hacedlo sin preocuparos de la forma en que el otro los utilizará. Derramad sobre él una ola de pensamientos luminosos, sin querer influenciar en su comportamiento de una manera particular. No queráis saber, ni verificar si vuestra acción mental es eficaz. ¿Qué sabéis vosotros del misterio de la interioridad de los seres? Contentaros con irradiar vuestros pensamientos y colmad espiritualmente a los demás. Volveros un sol espiritual y, como un sol, alimentad a los seres. Impregnaros de alegría en la exaltación de esta obra. No busquéis ningún resultado, ni esperéis ningún reconocimiento. Guardad en secreto vuestra acción. Conoced la alegría de ser una manifestación impersonal y benéfica de la Luz divina.

Derramad vuestra Luz sobre el mundo. La forma en que la gente capte o se cierre a esta Luz, no os concierne. Ellos son libres. Aceptad y respetad su total libertad. Dar la Luz, no es imponer la Luz.

De la misma manera impersonal, en otros momentos, irradiad pensamientos de amor y paz sobre la humanidad entera. Desead ardientemente que todos los hombres sean transformados por la Gracia y que se sumerjan en una inalterable unión con el Absoluto. Ved la Luz espiritual derramarse sobre ellos e iluminarlos. Acompañad mentalmente este flujo. Convertiros en un instructor oculto de la humanidad. Participad en la realización de la Redención general.

Dirigid vuestros efluvios a los espíritus desencarnados para que, en su vida post-morten, evolucionen hacia lo Divino.

Haced lo mismo con los animales y el reino vegetal. ¡Irradiad sobre ellos fuerza, crecimiento y desarrollo! Igualmente, en el reino mineral, portador de la conciencia. ¡Que la Luz espiritual descienda cada vez más profundamente en el seno de las oscuridades de la materia! Ved la materia llenarse de Luz. Sentid su presión rechazando la densidad de la oscuridad de la inconsciencia. Que vuestro pensamiento en esta irradiación englobe la totalidad de las galaxias.

Enviad pensamientos de amor y paz a los demonios y a los seres inmateriales vueltos hacia el mal. Objetivad su horrible forma y desead aliviar su tormento. Sentid su hostilidad y su resistencia a la Luz. Luchad contra ellos para permitir que la Gracia penetre en sus dominios y así, los que lo deseen, puedan elevarse hacia el arrepentimiento.

Dirigid pensamientos de amor y de luz a los seres angélicos absortos en la contemplación de la Gloria divina. Sentid que se establece una benéfica comunicación con ellos. Entre estos seres, igual que entre los hombres, los hay quienes están espiritualmente Realizados. Los efluvios que os enviarán de vuelta serán una delicia que iluminará y guiará vuestro camino. Pero constataréis que numerosos seres angélicos están atrapados en una beatitud formal. Ayudadles y animadlos a superar las bellezas formales y a fundirse en el infinito informal.

He aquí el panorama del trabajo espiritual al que estáis invitados. Tomad la costumbre de realizar este trabajo en momentos de libertad, que anteriormente, quizá, no eran más que momentos de ocio.

Quien ayuda a otros, se ayuda a sí mismo y esto por varios motivos: debido a la unidad que une a todos los seres, los cuales no

están separados más que en apariencia. Debido al mérito que se acumula y que fructificará en el destino del porvenir. Y finalmente, debido al Poder que desarrolla cada tipo de don. Así, ayudar mentalmente a los hombres, los desencarnados, los seres demoníacos y los seres angélicos, es en cada caso adquirir un Poder de realización personal correspondiente.

Todo Poder puede ser recuperado por el ego. Es recuperado cuando se utiliza para fines personales. Todo Poder, de cuya función se apropia el ego, se vuelve incapaz de servir a la evolución espiritual de la individualidad. Por lo tanto, velad siempre para ayudar de una manera impersonal.

Convertiros en un salvador de la humanidad. Sin falsa humildad. Creer en los pecados, es reforzarlos. Negad vuestras imperfecciones para volveros perfectos. Sois potencialmente un ser perfecto, y lo seréis de manera efectiva. Deciros: "Yo soy puro y perfecto". Creer en la perfección, es crearla y ser capaz de hacerla brillar. Toda imperfección no es más que una sombra pasajera. Despertad los tesoros del Amor y de la Luz que lleváis dentro de vosotros.

Tomad la costumbre de frustrar cualquier pensamiento negativo que surja en vosotros, formulando inmediatamente y de manera voluntaria, un pensamiento que le sea contrario. Volveros mentalmente un ser radiante.

Cuando tengáis o hayáis tenido una diferencia con alguien, perdonadlo lo más rápidamente posible y enviadle pensamientos de amor. Aunque la persona sea malévola y os haya hecho el mal más grande, es preciso vencer en vosotros la resistencia oscura y forzaros a perdonarle sinceramente y a amarlo. Si se trata de desconocidos, haced lo mismo. El cultivo de los pensamientos luminosos debe acompañarse de la represión de todo acto mental negativo. Es preciso atrofiar en vosotros toda capacidad de odio, de rencor, de celos o de mala intención.

Aun siendo conscientes de todo el trabajo que os queda por hacer, trabajad por realizarlo. Cultivad una alta idea de vosotros mismos y esforzaros por no caer presos en ella.

Sois un ser de luz. Sois lo Divino, encarnado en un cuerpo de hombre. El recordar la propia Divinidad, es redescubrir la perfección que la acompaña. Mientras que os toméis por un hombre, sed humildes. Pero cuando el alba del conocimiento se levante y acabéis por comprender verdaderamente que sois el Dios único y absoluto, el tiempo de la humildad, resultado de la identificación con el hombre, se acabará y empezará el tiempo del resplandor.

Afirmad vuestra Divinidad y despertadla en los otros.

Habiendo tomado consciencia de vuestra Divinidad, volveros un redentor de la humanidad. Vuestra encarnación, desde ahora, ya no tiene otro fin que el de llevar la Luz a la humanidad. Guardaros de todo discurso grandilocuente y de todo proselitismo verbal intempestivo. Hablad sobre espiritualidad solo con aquellos que quieren que habléis de ella. La Luz que se da verbalmente, a quienes en su interior no están dispuestos a recibirla, puede desviar a estas individualidades del Sendero. No debéis convertiros en un misionero alborotador que no ha comprendido más que el aspecto exterior de la Verdad. Sed un Sabio

oculto que, en el silencio de su interioridad, instruye impersonalmente a la humanidad entera.

Habiendo practicado todo lo que acabamos de decir, id más allá. Superad el cultivo y el resplandor de los pensamientos positivos e impersonales. Remplazadlo con la difusión del silencio.

Iniciaros en el silencio interior, cuya influencia resplandece en todas direcciones hacia la creación. En este silencio ya no hay pensamientos formulados, es un efluvio espiritual puro, informal e inefable.

La emisión de pensamientos positivos e impersonales os guiará hasta este resplandor del silencio, el cual contiene la quintaesencia de todos los pensamientos y todas las influencias positivas. En el silencio radiante de la Luz del Despertar, si formáis mentalmente la imagen de una persona o de varias personas, éstas recibirán un influjo benéfico en el momento adecuado. Si no formáis ninguna imagen, la difusión se efectuará hacia toda la humanidad.

A través del silencio, es la plenitud de vuestro Despertar la que proyectáis en una poderosa bendición. Quien conoce este silencio dinámico y fecundo, es verdaderamente un Sabio oculto.

Sin pensar en nada específico, el Sabio oculto, que se ha convertido en un catalizador puro de la Gracia, permite que la inefabilidad de su Realización espiritual se derrame sobre el mundo.

Cuando está sentado, resplandece en todas las direcciones del espacio.

Cuando se mueve, purifica la tierra al recorrerla. Tal es su sentimiento, siempre y cuando, crea que el mundo es exterior a él mismo; y cuando se da cuenta de que el mundo, proyección de la mente única, está en él, ve que la Luz divina impregna la totalidad de los fenómenos percibidos.

APROXIMACIÓN AL AMOR UNIVERSAL

La verdadera pregunta no es: “¿Cómo se puede amar a todos los hombres?”, sino “¿Cómo se puede no amar a todos los hombres?”

El amor es algo tan natural como la respiración.

Solamente una persona muy gravemente enferma, al borde de la muerte, con los pulmones completamente bloqueados, puede preguntarse: “¿Cómo es posible respirar naturalmente a cada instante?”

Las personas están muy enfermas, están atrofiadas espiritualmente, están muriendo y por eso se preguntan: “¿Es realmente posible amar a todos los hombres?”

No solo es posible, sino que es completamente natural. En realidad, es totalmente anormal no amar a todos los hombres.

Cuando estéis sentados en un lugar público, a cierta distancia de una persona desconocida para vosotros, miradla con una apacible intensidad y preguntaros: ¿Por qué no la amo?

Plantearos esta pregunta y escuchad la respuesta de la mente.

Es posible, que en primer lugar surja el concepto del extraño: “No la conozco y por eso no puedo amarla”

Si os continuáis cuestionando, preguntando: “Independientemente del hecho de ser un extraño, ¿por qué no la amo?” Pueden surgir apreciaciones del género: “No me gusta”. Entonces, es importante preguntarse: “¿Por qué esta persona no me gusta?” Después de haber formulado esta pregunta, escuchad las respuestas de la mente.

Al practicar este tipo de ejercicio, gradualmente comprenderéis que es la pesadez de vuestra estructura mental la que os impide amar espontáneamente a todos los hombres.

Cuando miráis a alguien, no lo miráis con una mirada nueva. Es una vieja mirada la que posáis sobre él. Una mirada cargada con todos vuestros condicionamientos, vuestra educación, vuestras concepciones, vuestros prejuicios y vuestras preferencias de carácter.

En consecuencia, os será fácil comprender que para liberar el amor, es suficiente abandonar vuestro caparazón mental.

Al abandonar este caparazón mental, encontraréis la mirada inocente del niño.

Un niño, si aún no está deformado por la educación, si ha aprendido a tener relaciones libres y de confianza con los adultos, va con seguridad y amor hacia el primer desconocido.

Es esta inocencia de amor espontáneo lo que es preciso volver a encontrar.

El caparazón mental, que se interpone entre vosotros y vuestra visión del otro, es lo que comúnmente se llama el ego.

Este ego, este yo psicológico, está compuesto por un conjunto de pensamientos específicos que manan sin cesar.

Estos pensamientos tienen como base la identificación con el hombre, esta identificación con el hombre, que nos aleja de los demás, se expresa de esta forma: “Yo soy un hombre, yo soy el Sr. o la Sra. Tal, yo soy tal o cual tipo de individuo”. A partir de este nudo de ignorancia que es la identificación, se construye la superestructura del yo psicológico.

La estructura psicológica reposa sobre el sentimiento de diferenciación: “Yo soy así, por lo tanto no soy de otra forma”. “Soy una mujer, por lo tanto no soy un hombre”. “Yo soy un europeo, por lo tanto no soy un africano”. “Yo soy un obrero, por lo tanto no soy un patrón”. “Yo soy cristiano, por lo tanto no soy budista”.

El sentimiento de diferenciación genera la formación de un conjunto de juicios de valor: “Estoy a favor de esto, por lo tanto, estoy en contra de aquello”.

A través de este conjunto de procesos, el ego se forma y se alimenta desde la infancia y a lo largo de la vida.

Para que brote el amor universal, y para que el ego desaparezca, los pensamientos y sentimientos de identificación física y mental, así como los pensamientos y sentimientos de diferenciación, deben ser disueltos. Esta disolución no implica ninguna detención definitiva de la mente, significa solamente el fin de la creencia que nos hace decir: “Yo soy una individualidad humana separada de las otras”. El resultado es que, al dejar de identificaros con el cuerpo y el psiquismo del hombre, se abren las puertas del amor. No puede haber egoísmo en aquel que deja de identificarse al cuerpo y al psiquismo humano.

El egoísmo consiste en encauzar todo hacia los intereses de la individualidad humana, por lo tanto, no puede existir egoísmo cuando sabéis que no sois una individualidad humana.

De la desidentificación con el hombre, surge la identificación con la Realidad única.

Identificarse con el hombre, es creer que se es una pequeña individualidad aislada. A causa de esta creencia ilusoria que es la identificación con el hombre, pensamos que estamos separados de la Realidad única.

Psicológicamente experimentamos lo que creemos, por lo tanto en el estado de identificación con el hombre, tenemos la experiencia de ser una individualidad separada. Aunque esta creencia no tenga ningún fundamento, nos lleva a experimentar el ego. Experiencia que se caracteriza por una ignorancia de la Realidad única, de la cual somos inseparables.

Debemos, pues, dejar de identificarnos con el hombre, para después identificarnos con la Realidad única.

Al hacer esto, disipamos la ignorancia para experimentar el Conocimiento.

El Conocimiento total engloba lo manifestado y lo no manifestado. A través de él, sabemos que somos a la vez la Eternidad inmutable de lo no manifestado y la fenomenología cambiante de lo manifestado.

No somos eso en su totalidad, claro está. Pero nuestra realidad es inseparable e indisociable de esta Realidad única que todo lo abarca.

Somos uno con Dios y con el Cosmos.

Tal Conocimiento pone fin al sentimiento de separación y, por lo tanto, está directamente relacionado con el surgimiento del amor universal.

Al establecer este Conocimiento, que no es otro que la toma de consciencia de la Realidad, cuando miráis a alguien lo veis como una parte de vosotros mismos.

Si es evidente que estáis presentes en un vehículo humano y que otra persona constituye otro vehículo humano, percibiréis que, el conjunto de todos los vehículos, de todos los individuos, de la naturaleza y del Cosmos, forman un todo orgánico indisociable.

En consecuencia, lo que hacéis a los otros, os lo hacéis a vosotros mismos.

Amar espontáneamente a todos los seres que nos encontramos, es pues, el resultado de la desaparición del ego.

Es el ego quien nos hace creer que estamos separados de los demás. Es el ego quien, a través de todo un conjunto de juicios de valores, nos aísla de los otros. Es el ego quien nos impide amar de una forma universal y espontánea.

Quitar el velo del ego es muy simple: es preciso comenzar tomando consciencia de este velo. Después, darse cuenta de que, si hacéis abstracciones de todas las apreciaciones del ego y permanecéis frente a los otros en un estado de atención receptiva, de ello resulta natural y espontáneamente, la efusión del amor.

Si alguien está frente a vosotros: miradlo sin que vuestra mente juzgue, hay que estar muy receptivo... Esta receptividad os lleva a una comprensión profunda del otro y, con esta comprensión llega el amor.

Es tan simple, tan natural y tan evidente que es triste estar obligado a explicar esto. El hombre se ha vuelto tan artificial y tan egótico, que ha perdido el sentido del amor.

El amor universal no tiene nada que ver con una especie de sentimentalismo estúpido, que intenta hacernos creer que todo el mundo es bueno y gentil.

Somos totalmente conscientes del egoísmo, de la estupidez, de la bajeza, de la vulgaridad, de la vanidad y de otros sentimientos tan extendidos.

Pero los vemos en los demás, como formando parte de nosotros mismos, ya que no hay nada separado de nosotros.

Los aceptamos como algo inevitable dentro de este nivel de evolución que es la condición humana.

Antes no estábamos Despiertos y ahora, lo estamos. Los otros no están Despiertos y su vehículo, en esta vida o en otra, acabará por volverse un vehículo del Despertar.

La constatación de todas las inconsciencias y todas las imperfecciones no pueden llenarnos de desprecio, ya que somos inseparables, y el desprecio implica la separación con el objeto de nuestro desprecio.

Contra más negativa es la persona que tenemos delante, más compasivo se vuelve nuestro amor.

La amamos a pesar de sus defectos y la compadecemos por la existencia de ellos.

Aunque una persona nos parezca enteramente negativa, la amamos por la presencia de la Consciencia que está en ella. Esta Consciencia única vibra silenciosamente en nosotros, como también vibra en esa persona. Esta Consciencia divina que es nuestra consciencia, permanece encerrada en su oscuro vehículo.

No es y no pueden ser los defectos de los demás lo que amamos, es la esencia consciente del otro lo que amamos y su manifestación individual, indudablemente llamada a la perfección, cualquiera que sea su oscuridad actual. Todo vehículo humano está llamado a perfeccionarse por medio del juego de encarnaciones sucesivas.

El amor universal no implica ninguna pasividad. Si debemos matar a varios torturadores para liberar a las víctimas, lo haremos sin vacilar. En toda circunstancia, haremos lo que nos dicte nuestra consciencia moral.

Si lo que nos dicta la consciencia moral, en algunas circunstancias, nos puede llevar a oponernos firmemente a los demás e incluso a matar su cuerpo físico, eso no significa de ninguna forma que no amemos a quien matamos.

En esta acción violenta, dictada por la voluntad Divina, que se expresa en nosotros por medio de la consciencia moral, somos un instrumento del destino.

Lo que debe ocurrir, ocurrirá, pero esto no tiene ninguna relación con el hecho de que nuestro corazón permanezca abierto. Amamos a aquel al que estamos obligados a matar, lo amamos antes de su muerte y después de esta.

Dado que nuestro amor permanece entero, no tenemos necesidad de perdonar a nuestros enemigos, pues, aunque a veces estemos obligados a tener enemigos, nunca serán para nosotros objeto de odio.

Amamos a quienes debemos oponernos por el deber moral, y por este hecho, en cuanto las circunstancias lo permiten, podemos de nuevo establecer los lazos fraternales con ellos.

Estas consideraciones pueden parecer abstractas a aquellos cuyos sentimientos están encerrados en la argolla del ego, pero en realidad no tienen nada de abstracto. Constataréis por vosotros mismos que tal clase de amor brota, en cuanto dejéis de amar a través de las estructuras deformantes del ego.

El amor es un sentimiento, y el hecho de oponerse a ciertas personas, es un acto. Si la acción se realiza de forma no pasional, con el simple sentimiento de cumplir con vuestro deber moral, es completamente normal que améis a los que estáis obligados a considerar, momentáneamente, como enemigos al nivel de la acción.

Así, nos damos cuenta de que el desapego en la acción está igualmente en relación directa con el amor universal. Si nuestra acción es pasional, nos será imposible amar a todos los hombres, pues cualquier tipo de acción encuentra siempre opositores. Es únicamente la pasión que mancha la acción, la que impide amar a los enemigos, y no la acción

de oponernos a ellos. Si comprendemos esto podremos, al mismo tiempo, oponernos a ciertas personas con un rigor extremo, al nivel de la acción, mientras que los amamos al nivel de los sentimientos.

Tal actitud no debería provocar en nosotros ninguna especie de dualidad desgarradora, pues amamos a los otros sin apego. El mal que combatimos en nuestros enemigos, bajo la inspiración de la consciencia moral o de la espontaneidad, que mana del Despertar, es el mal universal, del cual estos personajes no son más que el instrumento pasajero.

Este mal universal es la oscuridad de nuestras propias tinieblas, que son intrínsecas a la manifestación cósmica. Aunque debamos destruir el cuerpo físico de algunos enemigos, al hacerlo, les hacemos el mayor bien. Debemos oponernos al mal para evitar su propagación, pero combatiendo a aquellos en quienes el mal se manifiesta, no esperamos más que una cosa: que tomen consciencia del mal que está en ellos, con el fin de que a su turno se vuelvan, junto a nosotros, los enemigos del mal.

Con quien está habitado por el amor universal, la reconciliación es siempre fácil. Es suficiente que el individuo que ha sido vuestro enemigo cese su actitud negativa, para que el adepto pueda, con alegría y de manera inmediata, manifestarle concretamente el amor que nunca ha dejado de sentir por él, a nivel de los sentimientos.

Ahora nos queda precisar una última cosa: al ser el amor inefable, hablar del amor es siempre una cosa artificial, que, si vamos al fondo del problema, se revela inexacta.

Hablamos del amor porque, al fin de cuentas, es la única manera que tenemos de mostrar el sendero al debutante.

Sin embargo debemos añadir esto: cuando el verdadero y universal amor se despierta, ya no importa la palabra amor.

Queremos decir con esto que aquel que ama de una manera universal, no dice “yo amo”. Decir “yo amo”, es formular un pensamiento a propósito del amor. Es una simple producción del mental que busca vestirse y apropiarse del amor.

Para aquellos que conocen al amor en su inefabilidad, este pensamiento ya no brota más. El amor es para el adepto tan natural como la respiración, e igual que el que respira, no declara constantemente: “Yo respiro, yo respiro”, el adepto no piensa o dice constantemente: “Yo amo”.

En el silencio del amor inefable, no existe ninguna afirmación mental del amor.

Es importante decir esto, pues aquel en quien se despierta el amor universal caería en un laberinto construido por la mente, si se imaginase que amar consiste en pensar “yo amo”. Imaginándose esto, se esforzaría constantemente en pensar “yo amo”. Tal manera de actuar, constituye un callejón sin salida que nos aleja radicalmente del verdadero amor.

No podemos decir lo que es el verdadero amor, ya que el amor es inefable.

El único camino, una vez se ha comprendido y, sobre todo, sentido interiormente lo que designa la palabra amor, una vez que se han quitado los obstáculos mentales que impiden el florecimiento del amor, consiste en dejar que se instale esta cosa inexpresable, que es imperfectamente llamada amor.

Cuando pensáis “yo amo”, estáis dentro del pensamiento. Cuando amáis, no pensáis “yo amo”.

Así, pues, aquel que ama con el más alto amor, no piensa “yo amo”. Si habla del amor, siempre es para designar el camino a los demás. En efecto, al comparar su estado de espíritu con el del profano atrapado en su ego, no encuentra ninguna palabra mejor que la palabra amor, para distinguir la diferencia entre las dos perspectivas interiores.

La palabra amor es la llave del castillo, no es el castillo.

Es necesario utilizar la palabra, para ayudar a experimentar lo que supera a las palabras.

De igual manera, todo lo que hemos hablado sobre el sentimiento de unidad, que nos enlaza a los demás, sobre la desidentificación y el desapego, todo esto no debería situarse más que al nivel de las palabras.

En las primeras experiencias de amor, existe la palabra amor, igual que en la primera experiencia de unidad cósmica, existe el pensamiento: “Los otros forman parte de mí mismo”. Paralelamente, en la primera experiencia de desidentificación y de desapego existe una formulación mental a este propósito. Pero luego, cuando el Despertar realmente se instala, todo esto: amor, desidentificación, conocimiento trascendente, unidad cósmica y desapego se vuelven espontáneos y naturales, ya no existe ningún pensamiento a este propósito, y es por esta razón, que el Despertar es totalmente inexpresable.

Repitámoslo: “Es únicamente en sus relaciones con el no despierto que el Despierto utiliza las palabras para designar, de una forma necesariamente inadecuada, la inefabilidad silenciosa, simple y natural de su estado”.

APROXIMACIÓN A LA CONSCIENCIA SAGRADA

Aunque Dios esté presente en todo, su presencia enseñante y su poder se hacen sentir con una intensidad muy particular en algunas circunstancias, en algunos lugares, en algunas personas o en algunos objetos.

Uno debe estar extremadamente atento, apaciguar los torbellinos de la mente y cultivar una nueva forma de sensibilidad, para ser capaz de sentir los momentos, los lugares y los objetos en los que el poder Divino vibra con una intensidad particular.

Para percibir este poder Divino, sus manifestaciones y sus modalidades, es preciso despertar en uno mismo una consciencia sagrada. Esta consciencia sagrada reposa sobre un conjunto de intuiciones, que el pensamiento y la mente racional tienen el hábito molesto de sofocar en muchos espíritus. Es preciso, pues, encontrar en uno mismo una percepción que es natural en los pueblos primitivos. Por esta percepción intuitiva, quizás podamos sentir, de manera confusa e inexplicable, que tal lugar es un lugar sagrado, cargado de efluvios espirituales que pueden ejercer sobre nosotros una influencia positiva y específica.

Tal impresión no se siente sistemáticamente en todos los templos y en todas las iglesias, pues hay templos e iglesias que están vacíos de toda carga de poder sagrado. Dios está presente en ellos como lo está en todo, pero su poder no se manifiesta particularmente en estos lugares.

Lo que hemos dicho para los templos y las iglesias, sirve también para ciertas ruinas, para ciertos sitios en plena naturaleza, cuya función sagrada sea o no señalizada por signos exteriores.

Aquel cuya intuición sagrada está bien desarrollada, puede así, en ausencia de toda información exterior, saber que un lugar ha sido en otro tiempo un sitio de culto o de retiro, y por eso lo siente cargado de efluvios espirituales.

Es verdad que tal persona puede sentir lo sagrado de un lugar, y que otra persona, generalmente sensible a lo sagrado, puede no percibir nada en el mismo lugar. Esto se explica por el hecho de que no hay armonización entre el espíritu de la persona y el tipo de influencia que se desprende del lugar en cuestión. Sin embargo, observamos que contra más vasta e intensa es la intuición mágica, mayor será la posibilidad de captar las influencias más diversas. Al contrario, la misma intuición, en otras ocasiones, nos hará sentir que un lugar es maléfico, pues está cargado de influencias psíquicas negativas. De igual forma, algunos objetos se nos revelarán interiormente, como portadores de una influencia positiva o benéfica; mientras que otros se nos mostrarán, como portadores de influencias negativas. Esto, independientemente de la multitud de objetos neutros que no desprenden ninguna influencia perceptible para nuestro grado de desarrollo sensitivo, pues dicha influencia es demasiado débil o demasiado anónima. El mismo fenómeno de percepciones sensitivas se producirá frente a personas o animales. Algunos seres vivos, independientemente de su aspecto físico, desprenden una buena influencia y otros una mala.

De todo esto se desprende que debemos buscar, mantener contactos y abrirnos a todo lo que contenga efluvios luminosos y positivos; y al contrario, debemos evitar y, a ser posible, cerrarnos interiormente, frente a todo lo que difunde una influencia negativa.

Así, en el curso de nuestra vida, podremos descubrir templos, iglesias o monasterios, que pertenecen a una religión actual o a una religión desaparecida, con una influencia benéfica que nos ayudará considerablemente. Tendremos que mantener una relación episódica con ellos. Y allí, en la calma y el silencio, abrir nuestro espíritu a lo que se desprende de ellos. Cuando tales lugares están alejados del sitio donde vivimos, ir a reanudar el contacto con ellos, es realizar un peregrinaje en el más alto sentido del término.

Hay lugares cuya santidad es mundialmente conocida, podéis ir allí, pero no os dejéis sugestionar nunca, permaneced lúcidos y atentos, no consideréis como sagrado y benéfico para vosotros, más que los lugares que vosotros sentís interiormente como tales.

Dejaros penetrar por lo que emana del mundo vegetal y mineral. Sentid el “manas”, el poder que reside en algunos lugares u objetos.

Un árbol nos sorprenderá por su aspecto, permaneceremos durante bastante tiempo contemplándolo y, de tiempo en tiempo, volveremos para contemplarlo. El difundirá en nosotros una influencia que marcará nuestra alma. Esto será igual para un claro en el bosque, un desierto o cualquier otro lugar donde la naturaleza está particularmente cargada de efluvios. Para cualquier lugar de poder.

Una montaña nos atraerá, y su ascensión constituirá una iniciación imborrable a los niveles más sutiles. Las abluciones en una fuente o en un río nos purificarán de una manera inolvidable...

Una comunicación estrecha y positiva se establecerá entre nosotros y algunas obras de arte. Tener determinado objeto artístico cerca de uno, constituirá una verdadera bendición. Pero a veces, un simple guijarro encontrado en el camino, un trozo de madera o cualquier objeto, aparentemente banal, nos sorprenderá por lo que de él se desprende, y sin caer en el fetichismo, guardarlo y llevárnoslo constituirá una fuente de enriquecimiento.

La misma intuición nos impulsará a frecuentar a unas personas y a evitar a otras; a adoptar a tal animal, o a no hacerlo; a escoger una casa o apartamento y rechazar otra; a determinar en una habitación cual es el lugar más propicio para nuestro espíritu, y a utilizar este lugar para nuestras reflexiones y contemplaciones.

No es necesario multiplicar los ejemplos. Quien desarrolla su intuición sagrada, ve su vida entera enriquecida, dirigida y protegida por esta intuición.

No creáis que toda la sabiduría está en los libros. La sabiduría, en sus formas más elevadas e incomunicables, se descubre en el silencio de los lugares en donde vibra lo sagrado.

Tal es la etapa que es preciso vivir, antes de comprender que todo es sagrado. Antes de saber percibir lo Divino en trasfondo de las cosas, que en su apariencia se muestran las más opuestas a Él. Pues lo Divino está en todo, a veces vibrante y radiante, a veces silencioso y potencial, esperando la hora de su revelación.

Empaparos de lo Divino allí en donde brilla. Percibid lo Divino allí en donde se oculta.

Y en todo, dejaros guiar por una intuición que se abre hacia lo alto.

APROXIMACIÓN A LA DIVINIZACIÓN

El universo en su conjunto es la manifestación de Dios. Pero, aunque Dios es distinto de su manifestación, es indisociable de ella. Igual que un individuo es distinto de los actos que realiza, pues existe el individuo y existen los actos; los actos no pueden estar disociados del individuo, pues es el individuo quien realiza los actos y sin individuo no habría actos. De igual forma, Dios en su Transcendencia es distinto del Cosmos, pero el Cosmos, que es su manifestación, no puede estar separado de Él.

La distinción se refiere a los dos aspectos de Dios, el aspecto Transcendente y el aspecto Manifestado. Estos dos aspectos son dos aspectos del Dios único.

De la misma forma que el hombre que duerme y el hombre que actúa son el mismo hombre. Shiva y Shakti (Dios y la Energía cósmica), parecen separados, si se consideran las cosas desde el punto de vista de la ignorancia humana, pero en realidad son Uno. Esta verdad es simbólicamente expresada cuando Shiva es representado de manera andrógina, pues Shiva y Shakti son eternamente coexistentes.

Dios y su creación parecen separados, pero en realidad la creación es la manifestación de Dios, pues es imposible disociar lo manifestado de quien se manifiesta. Es por eso por lo que, en última instancia, el Samsara (el mundo de la transmigración) y el Nirvana (la pura Transcendencia) son Uno.

Comprender esto es comprender que todos los fenómenos del universo son Divinos, en su Esencia y en su Manifestación. Comprender esto está muy bien, pero lo que importa es vivirlo.

Como muchas otras cosas, la adoración de los ídolos es susceptible de una buena o mala comprensión. Sobre esto, el Judaísmo, el Islam y los Iconoclastas tienen razón en la medida en que combaten y rechazan una deformación, pero se equivocan, cuando su enfoque los aleja de la comprensión de una Verdad.

Se puede adorar una piedra, un árbol, un animal, una forma humana o cualquier otra cosa, pues todo es Divino, ya que todo es la manifestación de Dios. Adorar este o aquel ídolo con exclusividad puede, pues, constituir un camino hacia una percepción en la cual el universo entero se ve como siendo Dios mismo.

No es cuestión el aconsejar el culto a los ídolos, sino el de elevarlo hasta la comprensión de la Verdad exotéricamente designada por este culto.

Vivir el panteísmo es tomar, poco a poco, la costumbre de establecer relaciones sagradas con todo. Saber que todo es Dios manifestado, es modificar radicalmente nuestra actitud con relación al mundo. Los buenos consejos de la moral son a menudo ineficaces, siempre y cuando, el individuo se imagine que en el mundo existen cosas despreciables o insignificantes. Pero cuando el corazón y la intuición

ven todo como una manifestación de Dios, el comportamiento, de manera muy natural y sin esfuerzo, se modifica radicalmente.

Trabajad, pues, en divinizar vuestra percepción del mundo. El mundo no es más que apariencia y se nos muestra tal y como lo concebimos. Quien concibe el universo como una obra del demonio, acaba por verlo así y se encuentra sumergido en la más perniciosa de las ilusiones. Sin embargo, quien lo percibe tal cual es, es decir, como la manifestación del Ser Unico, acaba por acceder a la percepción del panteísmo.

Trabajad cotidianamente para ver a Dios en todo. Las montañas, los astros, las plantas y los animales son Dios.

Para empezar, realizad esta toma de consciencia con una atención particular al hombre. Comprended que la forma del hombre es, en ella misma, divina.

Contemplad las representaciones mitológicas de diferentes religiones, antiguas o contemporáneas, y daros cuenta de que cada una de sus formas humanas o fantásticas es una representación de Dios. Dios puede manifestarse bajo el aspecto de cualquier dios o diosa. Dios es así, pero también es así, o incluso como aquello, pues Él es todo. A cada instante, en su libertad suprema, Él sueña innumerables formas y aspectos. Dios se manifiesta en los panteones y también en la humanidad. Dios juega a ser sabio e ignorante, bueno y malo, donador y tomador de vida. Este es el último mensaje de la mitología.

Habiendo comprendido esto, haced de vuestra mujer un ídolo y rendidle culto. Haced de vuestro marido un ídolo y rendidle culto. Haced de vuestros padres ídolos y rendidles culto. Haced de vuestros amigos ídolos y rendidles culto. Haced de todo hombre un Dios encarnado y veneradlo.

Un ídolo, dicen los musulmanes, se interpone entre Dios y vosotros. Si esto es así, debéis, como los musulmanes, rechazar los ídolos. Pero, si el ídolo se concibe como manifestación de Dios, entonces todo ídolo está bendecido, constituye un camino hacia Dios. Haced de vuestro cónyuge, de vuestra familia, de la humanidad y de la naturaleza entera un camino hacia Dios. Este es el fin que os proponemos.

Quien asocia algo a Dios, dicen los musulmanes, es un idólatra. Es cierto, cuando nos referimos a la Realidad transcendente, es necesario no asociar nada a Dios.

Con relación a la Transcendencia divina, toda representación es una traición. Frente a la Transcendencia divina, todo concepto teológico es una traición. Frente a la Transcendencia divina, toda palabra es una traición.

Todo esto es pura verdad en relación a la Transcendencia, sin embargo, cuando nuestra mirada se vuelve hacia la Manifestación cósmica, todo es una teofanía. Dios se manifiesta en las representaciones simbólicas de todas las religiones. Dios se muestra en todas las letras del alfabeto.

Commenté [JS1]:

Comprended bien estos dos puntos de vista y habréis resuelto un gran desacuerdo entre las diferentes religiones. Toda representación y, en principio, toda representación antropomórfica de la Transcendencia es

impía. Sin embargo, todos los símbolos religiosos y todas las formas del cosmos son sagradas, ya que son la expresión de la manifestación Divina.

Por lo tanto, debéis divinizar vuestras relaciones cotidianas. La mujer y el marido no son simples seres humanos. Solo los profanos, sumergidos en la ignorancia, creen eso. El esposo y la esposa son Dios. Sea que vuestro cónyuge siga o no una vía espiritual, sea que esta transformación de vuestra percepción, permanezca oculta en el secreto de vuestro corazón, o bien sea conocida y compartida mutuamente, debéis habituaros a considerar a vuestro cónyuge como una manifestación Divina.

Que la mujer vea a Dios en su marido, y que el marido vea a Dios en su mujer. Es realmente Dios quien se manifiesta a vosotros bajo la forma del cónyuge. Comprended eso. Permaneced conscientes de eso en todas vuestras relaciones cotidianas. Amad y adorad a Dios bajo la forma del cónyuge. Haced esto y vuestra vida conyugal será sagrada. Es por medio de la transformación de vuestra percepción que la presencia de lo sagrado y de lo Divino se vuelve efectiva.

Los padres son Dios, tomad consciencia de eso. No adoptéis una concepción, sed conscientes de la Divinidad de vuestros padres. Y lo demás, respeto, amor, servicio, vendrá por sí mismo.

Los niños son Dios, en cada niño Dios crece y se manifiesta. Volveros conscientes de eso en el seno de las relaciones cotidianas que mantengáis con ellos. Educad vuestra mirada, aprended a ver su Divinidad. ¿Podéis, entonces, ser injustos, egoístas, tiránicos frente a Dios? ¿Osaríais serlo? Amar a tu hijo, viendo en él un ser humano, es mantener un amor impío. Es a Dios, bajo la forma del niño, a quien tenéis en vuestros brazos, a quien educáis y veis crecer. Comprended esto. Vividlo día a día.

Los amigos son Dios. Es Dios bajo la forma del compañero quien se revela ante vosotros: amadlos, servidlos. En verdad, sabed que, cuando el amigo está bajo vuestro techo, es Dios quien os visita. Recibirlo es realizar un acto sagrado.

Todos los desconocidos que os cruzáis por la calle son Dios. Tened consciencia de su divinidad. En toda chica o mujer joven, ved a Dios bajo su aspecto de gloriosa y juvenil diosa. En toda mujer madura, ved a Dios bajo su aspecto de madre eterna y compasiva. En todo hombre joven, ved a Dios bajo su aspecto de héroe solar. En todo hombre maduro, ved a Dios bajo su aspecto de Padre celeste, arquitecto Cósmico. En todo anciano, ved a Dios bajo su aspecto de Sabiduría encarnada.

En la multitud, en los transportes públicos, en cualquier ocasión en que estéis frente a desconocidos, ved a Dios en ellos. Iluminad vuestra mirada.

La percepción de Dios en el hombre purifica la mirada del iniciado. La belleza de cualquier mujer que no sea vuestra esposa, ya no constituirá una tentación que os haga volver vuestra mirada. Disfrutaréis y os extasiaréis delante de su forma Divina. Ningún deseo sexual os rozará, pues, para vosotros, ella será la radiante diosa inaccesible.

Tocarla sería profanarla. La amaréis y la admiraréis platónicamente, llenando vuestra mirada de su Luz.

Toda belleza será para vosotros una ocasión de éxtasis religioso. Contra más bella sea la joven, interior y exteriormente, más intensa será la manifestación de Dios en ella. Contra más bello, interior o físicamente, sea el hombre, más claramente se revela Dios ante vosotros.

La belleza del hombre que no es vuestro marido ya no constituirá una peligrosa tentación. En él veréis al Señor mismo. Este Señor único y eterno os ha consagrado uno de sus aspectos en vuestro esposo, y es por eso, que vuestra sensibilidad sabe muy bien que toda relación sensual extraconyugal es profanadora.

En el cónyuge, el Señor se entrega y se da a vosotros en la estrecha intimidad de una de sus manifestaciones físicas. Buscar en otras personas la misma intimidad, es traicionar la gracia que se os ha concedido. Es destruir a un nivel sutil, un lazo de naturaleza religiosa. Una sola infidelidad altera la transparencia del vínculo religioso. Contra más infidelidad haya, más opaco se vuelve el lazo. Este es, igual para el hombre como para la mujer, el sentido profundo del matrimonio.

Consideramos como casada a toda pareja que vive junta, haya o no, documentos oficiales o ceremonia religiosa. Las leyes son útiles a nivel de la organización social, pero la realización espiritual, que es el punto de vista a través del cual nos expresamos, no depende, afortunadamente, de ningún documento, ni de ningún rito.

Desde este punto de vista, toda unión duradera entre el hombre y la mujer constituye un matrimonio, y todo matrimonio debe ser vivido como un sacramento.

La sacralización de todas nuestras relaciones humanas no debe conducir a la pasividad frente al mal. Este es un punto importante que es preciso comprender claramente.

Pues, si es cierto que todo hombre es Dios manifestado, es también cierto, que, por medio de los hombres, Dios puede agredirnos o tentarnos. Eso forma parte de su pedagogía existencial.

Las tentaciones, las pruebas, las dificultades, las agresiones que pone en nuestro camino son necesarias para nuestro crecimiento interior. Es decir, a su propia expansión en nosotros, que somos una faceta de El mismo.

Cuando Dios nos tienta con el cebo del dinero, no espera que sucumbamos. Y es por eso que el que dijera: “Es Dios quien me propone esto, y, por lo tanto, debo obedecerle”, caería en un error fundamental, que extinguiría en él toda realización espiritual.

Dios nos tienta para permitirnos resistir y superar la prueba, y así crecer en fuerza y potencia. Por eso, Dios nos tienta siempre que necesitemos adquirir, a través de la resistencia a la tentación, la fuerza del alma que nos falta. Incluso, si Dios nos agrede bajo la forma de un hombre, es para permitirnos desarrollar nuestro coraje. Pues Dios es el amante, la amada, el amigo, pero también el tentador, el ignorante y el alborotador.

Por esto, aunque todo hombre sea Dios, sólo algunas manifestaciones humanas de Dios son dignas de adoración. He aquí por qué las circunstancias pueden obligarnos a castigar a Dios, manifestado

bajo la forma de hombre o de niño. He aquí por qué podemos matar una manifestación corporal de Dios. He aquí por qué, si el matrimonio es posible, la separación del divorcio también lo es. He aquí por qué es preciso rechazar lo que constituye las tentaciones o las influencias negativas.

Al aplicar una sentencia o una corrección merecida a una manifestación humana de Dios, no hacemos más que dar a Dios una réplica en el seno del juego teatral de la existencia. Dios adopta un papel y nosotros, a su vez, debemos cumplir el papel que nos dicta el escenario circunstancial. En todo momento, de manera constante, Dios es nuestro compañero en el gran teatro cósmico. Allí donde miréis, es la faz de Dios lo que contemplaréis.

Ninguno de nuestros amigos o adversarios humanos es un personaje real. Nosotros no somos un personaje real. No existe más que una Realidad, Unica, Transcendente y Englobante, que nosotros llamamos Dios. Nosotros mismos, así como todas las personas humanas, no somos más que una serie de máscaras, colocadas en el seno de las apariencias sobre las facetas de la Energía única, que es indisociable y eterna junto a la Transcendencia inmutable e infinita.

Dios pone en juego, en el seno de la temporalidad, las diferentes manifestaciones de Él mismo, para extraer de ellas una gloria creciente.

Permanezcamos vigilantes. Adoremos las manifestaciones Divinas que Dios nos da como objeto de adoración y resistamos o combatamos las Manifestaciones divinas que Dios coloca para este propósito en nuestro destino.

Que su nombre sea bendecido en todas las cosas, pues en todas las cosas busca nuestro mayor bien.

No es difícil constatar que se evoluciona tanto por las pruebas como por los dulzores de la vida. Por lo tanto, es fácil comprender que, en sus manifestaciones humanas, Dios debe suscitar pruebas para nosotros.

Para quien es consciente de la Divinidad de cada hombre, el enemigo no es un enemigo más que cuando nos agrede. Cuando la agresión cesa, no puede haber rencor. Dios nos ha probado. Dios nos ha obligado a combatir una manifestación de Él mismo para fortalecernos. Dios cesa la prueba. Dios es siempre amado y adorado en todas sus manifestaciones.

Es preciso corregir, reprender, educar, combatir o aislarse de ciertos hombres, en ciertas ocasiones. Pero, es siempre frente a una situación precisa que nosotros actuamos o reaccionamos de esta forma. No es frente a un hombre o un grupo de hombres, eso sería imposible ya que todo hombre es Dios.

Por este hecho, sabemos que ningún hombre es malo en sí. En algunos hombres, Dios asume un papel negativo y necesario, pero el hombre en sí es siempre una manifestación de Dios. Dios asume un papel negativo, para dispensar, en su pedagogía existencial, las pruebas y sufrimientos necesarios para la evolución de las almas, que son manifestaciones individuales de El mismo.

Ver a Dios en todos los hombres, no es ver a todos los hombres como buenos. El mal es el velo con el cual Dios esconde su Divinidad.

Así, en todo hombre que miramos, lo que es negativo no es más que el velo con el que Él se recubre.

¿Qué es la evolución del Cosmos, sino la revelación progresiva de Dios? Al manifestarse, Dios se envuelve con una serie de velos sucesivos, esto es la involución, en el seno de la cual se muestra lo múltiple. Por medio de la evolución, Dios, vuelto múltiple, revela progresivamente la deslumbrante Luz de su desnudez.

Y ahora, he aquí la revelación de un secreto sublime: contra más veáis a Dios en los hombres, más ayudaréis al hombre a revelar a Dios en él.

Cada vez que miréis a un hombre y veáis a Dios en él, ayudaréis al hombre a divinizarse.

Una influencia muy sutil pasa de vuestro espíritu al suyo, y contribuye a revelar en él la divinidad adormecida.

Los hombres son Dios, pero lo ignoran. Tan pronto como lo saben y este conocimiento los impregna de una manera total, se vuelven perfectos.

Por esto es por lo que solo con su mirada, el Sabio contribuye a la evolución de los seres y de las cosas.

Volveros ese Sabio, y para llegar a serlo de una manera integral, plantearos una última pregunta: ¿Si todos los seres y la totalidad del Cosmos son la manifestación de Dios, podéis vosotros mismos ser alguna otra cosa que no sea la encarnación de Dios?

Es totalmente evidente que no se puede estar separado de Dios. En consecuencia, al mirar vuestro cuerpo o bien al asistir al resurgir de vuestros pensamientos y sentimientos, veis en ellos una manifestación Divina.

Mantener esta toma de consciencia, destruye todas las imperfecciones, las cuales se disuelven como las tinieblas a la llegada del alba.

No os quedéis al nivel de las palabras y de la comprensión intelectual. Realizad, por medio de una toma de consciencia muy simple, la Omnipresencia de Dios.

Volveros un profeta, volveros un Sabio, volveros un Buda, volveros un ser perfecto.

Revelad lo que ya sois potencialmente en vuestra profundidad suprema.

Contra más intensa, profunda y constante es vuestra toma de consciencia, que impregna cada uno de vuestros días, de no ser distinto de Dios, más efectivamente os uniréis a Dios.

Retirad el velo de la separación y la Luz de la Unión brillará.

APROXIMACIÓN A LOS SÍMBOLOS DEL POLITEÍSMO

El estudio comparativo de los diferentes panteones politeístas nos enseña que hay un solo Dios, y que este único Dios ha engendrado diferentes Potencias. A su vez, estas potencias diferentes han engendrado otras. Algunas potencias se han opuesto a otras, mientras que otras han formado alianzas.

Las diferentes Potencias han engendrado el mundo, y su constante actividad produce los diferentes fenómenos.

Este es el mensaje que se desprende de las diferentes mitologías, cuando las reducimos a lo esencial, que se muestra bajo una profusión de símbolos.

El rechazo del politeísmo por parte de las religiones monoteístas, no es más que un malentendido sectario. El único politeísta condenable es aquel que ha perdido de vista el hecho de que las diferentes potencias son engendradas por un único Dios. Este error se ha cometido en ciertas tradiciones, pero no muestran el rostro del verdadero politeísmo, que siempre ha permanecido consciente de la preeminencia original de un único Dios.

El politeísmo corresponde a una realidad y el conjunto de las tradiciones monoteístas, al mismo tiempo que lo rechazan, aceptan su mensaje en forma de la doctrina de los ángeles. Los ángeles son ciertas Potencias o Dioses del politeísmo.

La profusión de símbolos del politeísmo no es una simple invención. Hay una razón de ser para su existencia. A través de los símbolos atribuidos a los diversas Potencias Cósmicas, los sabios nos han dado un medio para comprender estas Potencias.

Así, cuando le damos a una cierta Potencia el fuego como símbolo, se indica al hombre que, al contemplar el fuego y meditar sobre él, puede aprehender la Potencia, de la cual el fuego es solo una de las manifestaciones.

Del mismo modo, al declarar que una Potencia, sea el que sea el nombre que se le dé, tiene como expresión el viento, permitimos que el hombre, al contemplar y escuchar la acción del viento, capte intuitivamente la naturaleza de la Potencia, de la cual el viento es la manifestación más grosera y externa.

Al deificar la tierra, indicamos que es la expresión material de una Potencia Cósmica; y que la aprehensión poética e intuitiva de la tierra nos dará acceso a la comprensión de esta Potencia.

Es lo mismo para el sol, la luna, la lluvia, las fuentes, la vegetación, el agua, la montaña, la piedra, la tormenta…

Las intersecciones entre la tormenta, la lluvia, la tierra y la vegetación, o bien entre el viento, el fuego, la vegetación y el sol pueden ser objeto de una inmensa meditación. La sutileza de las diferentes relaciones entre los símbolos es la expresión de las relaciones que se tejen entre las diferentes Potencias.

Aquél que penetra en esta práctica meditativa, se da cuenta de que el culto a la naturaleza no es un acto primitivo. Es una red compleja de alta meditación, gracias a la cual el espíritu se precipita hacia la percepción de la Realidad Cósmica.

No os equivoquéis reduciendo la naturaleza de las Potencias mencionadas, a la naturaleza de los símbolos que los representan. El dios de la tormenta no es la tormenta, es el dios que preside las tormentas, es decir, la Potencia Cósmica de la que vislumbramos una de las manifestaciones, cuando ocurre una tormenta. No limitamos la expresión de la Potencia a la expresión de su símbolo. La tormenta es solo una manifestación de esta Potencia; aquella que para nosotros es la más invisible y, por lo tanto, la más burda y más exterior de estas manifestaciones. Funciona así para cada símbolo.

El bestiario simbólico se puede usar de manera idéntica. Cuando se atribuye un animal a una Potencia, esto significa que contemplar la vida de este animal, probablemente, os permitirá comprender intuitivamente una de las facetas de la Potencia en cuestión.

Es lo mismo cuando se trata de objetos que se atribuyen a una Potencia. La función del objeto evoca alegóricamente las manifestaciones de la Potencia. Cuando las estrellas son atribuidas una Potencia, también significa que la contemplación de esta estrella, puede permitirnos comprender la naturaleza de la Potencia, ya que es cierto que todas las estrellas expresan bien la luminosidad de las Potencias Cósmicas, y la multiplicidad de estrellas representa la multitud de Potencias arquetípicas.

Es importante para cada uno de nosotros, vivir la Revelación contenida en los símbolos del Politeísmo.

Al contemplar la lluvia, el viento, la tormenta, el sol, la luna, la tierra, la montaña, la fuente, el árbol, el cielo estrellado... Ves en ellos la manifestación de las Potencias Cósmicas, a través de ellas, comprendes la naturaleza de estas Potencias. Todas estas Potencias remiten a la manifestación del único Dios, y así, en la naturaleza, ves la actividad divina. Tomad el mensaje alegórico y analógico de estas actividades y penetrad en los misterios de la Manifestación divina. Haced lo mismo con los animales y los objetos simbólicos. Para ello, es suficiente vivir con extrema atención, y a través de lo visible, elevarse a lo invisible.

Estableced una relación real con el fuego, el viento, el sol, la tierra, la vegetación, el agua, la luna, las estrellas, la montaña y toda la naturaleza. A través de largas y silenciosas contemplaciones. Mediante reflexiones frecuentes sobre la naturaleza de los símbolos con los que entráis en contacto, eventualmente estableceréis una relación viva con las Potencias Cósmicas de las cuales proceden todas las cosas.

Entonces, para vosotros, el mundo entero será un libro abierto.

APROXIMACIÓN A LA ANDROGINIA

Más allá del mundo fenomenal, más allá de la dualidad, la Consciencia pura, eterna y vacía de contenido, permanece en su inmutabilidad absoluta.

La Consciencia pura no es ni masculina ni femenina, virgen de toda cualificación, de toda producción, de todo movimiento, permanece en su Transcendencia total.

De Ella no se puede decir ni pensar nada adecuado. ¡Es indescriptible!, ¡Es inconmensurable!, ¡Es inefable!

Al meditar sobre el cosmos que surge del vacío transcendente, constatamos que éste es engendrado, regido y producido por dos manifestaciones antitéticas.

Existe la Energía y existe la Substancia, ésta es la pareja Divina.

Dios en su manifestación se separa en dos para crear el universo; y su creación es la constante interrelación entre la Energía y la Substancia.

El universo es la gran meditación del Ser Único. El pensamiento del Ser es la Substancia del cosmos. Este pensamiento es pasivamente contemplado por la Consciencia del Ser. Pero, es necesario que una Energía dé el primer impulso y saque al pensamiento de su sueño. El pensamiento del Ser desarrolla el reflejo de sus formas ante la Consciencia eterna, pero es necesario que haya una Energía que empuje al pensamiento a desarrollarse, a crear y a mantener su actividad incesante.

La Energía es el Eterno masculino.

La Substancia es el Eterno femenino.

Sin la Energía, la Substancia permanecería amorfa y potencial, sin la Substancia, la Energía permanecería sin concretización.

La Substancia es pasiva.

La Energía es activa.

Debido a la pasividad de la Sustancia, algunos han creído que lo Femenino era inferior a lo Masculino. Otros, a causa de la impotencia de la Energía pura que no encuentra ninguna Substancia, han declarado que lo Femenino es superior al Masculino. En realidad, no hay ninguna superioridad o inferioridad en las relaciones que rigen lo Eterno

femenino y lo Eterno masculino. Son esenciales el uno para el otro, y sin el uno o el otro, el universo no podría existir.

La Substancia, cuyo principio no debe limitarse solo a las apariencias materiales, es ella misma una forma de Energía. Existe una Energía potencial que se vuelve activa, y existe un aspecto de la Energía que se vuelve pasivo. Al volverse pasivo, es manipulado por la Energía activa, y de esta manipulación resulta, entre otras cosas, el aspecto substancial de los fenómenos.

La Energía es, pues, fundamentalmente una. Es por eso que ciertas doctrinas solo hablan de dos Principios fundamentales: la Consciencia intemporal y transcendente por una parte, y la Energía de la que procede el universo, por otra. En algunas tradiciones, la Consciencia intemporal ha sido considerada masculina y la Energía creadora femenina. No utilizamos el simbolismo sexual de esta manera, pues nos parece erróneo el atribuir una cualidad sexual a lo Transcendente, sin embargo, hay que señalar, que esta atribución simbólica, tiene la ventaja de enfatizar la complementariedad que existe entre la Transcendencia y la Manifestación cósmica. Efectivamente, Transcendencia y Manifestación son comparables a esposo y esposa. Se aman, se buscan y se unen el uno con el otro, aunque en definitiva sean Uno. Comprender esto, es ver el error de todo rechazo y de todo escape deliberado respecto al mundo.

El simbolismo es solo una manera de expresarse y como toda expresión, pertenece al terreno de las cosas relativas y cuestionables. Ningún simbolismo tiene un valor absoluto. En este texto, utilizamos un simbolismo sexual, que no designa metafóricamente la relación que existe entre la Transcendencia de Shiva o de Purusha, y la Manifestación de Shakti, de Prakriti o de Maya. Nuestra utilización del simbolismo sexual designa la dialéctica que se establece en el interior de la creación entre Rajas y Tamas, o el Ying y el Yang.

Hablar de Substancia y Energía como lo hacemos, es pues, una manera de expresar que en el seno de la Energía primordial única, se produce una polarización. Esta polarización, que se efectúa en el interior de la Manifestación divina, es decir, de la Energía primordial, está simbolizada y expresada por el arquetipo Masculino y Femenino.

De ello se deduce que la Energía, en su aspecto no dual, es simbólicamente andrógina, y que la creación es la separación del principio masculino y del principio femenino, así como la multiplicación interactiva de esta separación.

En el hombre, este microcosmos tiene un reflejo externo del principio masculino, mientras que el principio femenino está oculto. En la mujer, ese microcosmos tiene un reflejo exteriorizado del principio femenino, mientras que el principio masculino está oculto.

De ahí procede la atracción y la complementariedad sexual.

El principio masculino engendra lo femenino, y por esto, es el Padre. Pero, a su vez, el principio femenino engendra lo masculino de nuevo, y por esto, lo femenino es la Madre. Substancia fecundadora y substancia aún no fecundada, el principio femenino es perpetuamente Madre y Virgen. Energía procreadora y Energía engendrada, el principio masculino es perpetuamente Padre y Hijo.

Los Dioses y las Diosas de las diferentes mitologías, no hacen más que representar las diferentes facetas de lo Eterno femenino y de lo Eterno masculino.

La naturaleza entera es el reflejo simbólico de los dos principios cósmicos.

La tierra es femenina, pues representa lo substancial, lo concreto, lo tangible, lo fecundo; y el cielo es masculino pues representa lo no substancial, lo abstracto, el fecundador de la tierra. El sol es masculino, pues su energía despierta la tierra. La luna es femenina, pues recibe pasivamente la luz del sol. El agua es femenina, pues abraza a todas las formas. El fuego es masculino, pues produce calor y energía, destruyendo las formas existentes...

Así, para quien sabe ver, la naturaleza es un libro en el que la interacción de los dos principios está presente. Estos dos principios son complementarios. Sobre su armonía, su alternancia y su equilibrio, reposa la perennidad cósmica. Podemos, sin embargo, constatar que a veces se produce una oposición. El fracaso más total es el de la más alta discordia.

Es en la mujer en quien el hombre encuentra la concretización del Eterno femenino, más cercano a él y más sensible. Es en el hombre, en quien la mujer encuentra la concretización del Eterno masculino, más próximo y más sensible.

Como hombre, debo evocar en mi lo Masculino y adorar lo Femenino. Como mujer, debo evocar en mi lo Femenino y adorar lo Masculino.

Al evocar a lo Masculino, entro en la Energía universal. Me abro a esa Energía, me convierto en su receptáculo y en la manifestación consciente. Aspiro mentalmente al poder eterno de lo Masculino. Conozco mi afinidad con el sol, sé que soy un sol, y hago que un sol brille en mí mismo. Conozco mi afinidad con el fuego, sé que soy fuego y hago crepitar en mí una brasa inextinguible. Conozco mi afinidad con el cielo, sé que soy cielo y tomando mi lugar en el espacio, me vuelvo espacio. Conozco mi afinidad con el viento, sé que soy viento y expreso los poderes y caricias del viento. Soy un león, soy un toro, soy un águila... Soy todos los héroes y todos los dioses de las mitologías.

Evocando en mí lo Masculino, absorbiendo todas las fuerzas masculinas del Universo, identificándome con todos los símbolos de lo Masculino, cultivando y desarrollando mi virilidad, hago de mi vida un ejemplo de fuerza, de poder y plenitud viril.

La fuerza y la energía, así cultivadas, las pongo al servicio de lo Femenino. De lo Femenino que amo con admiración. De lo Femenino con el que entro en contacto a través de la mujer.

Al evocar a lo Femenino, entro en la Substancia universal. Me abro a esa plasticidad fértil, en ella me convierto en su receptáculo y en la manifestación consciente. Aspiro mentalmente al eterno poder del Femenino. Conozco mi afinidad con la luna, sé que soy una luna y hago brillar en mí mismo la dulzura de este astro. Conozco mi afinidad con el agua, sé que yo soy agua y vierto un flujo de agua inagotable. Conozco mi afinidad con la Tierra, sé que soy una tierra rica y fecunda y entro en las fuerzas de la tierra, echo raíces y me alimento de su jugo. Conozco mi afinidad con la vegetación, sé que soy un bosque y como bosque ofrezco frescor, abrigo y protección. Soy una cierva, soy una vaca, soy una paloma... Soy todas las hadas y todas las diosas de las mitologías.

Evocando en mí lo Femenino, absorbiendo todas las fuerzas femeninas del universo, identificándome con todos los símbolos femeninos, desarrollando y refinando mi feminidad, hago de mi vida una concretización de la dulzura, de la sensibilidad y de la plenitud femenina.

La feminidad que desarrollo, la ofrezco a lo Masculino. A lo Masculino que amo y delante del cual me admiro. A lo Masculino con el cual entro en contacto por medio del hombre.

Comprender lo que acaba de decirse, es desarrollar la propia naturaleza y hacer del sexo opuesto un objeto de adoración.

La mujer es el espejo de la Substancia divina eterna.

El hombre es el espejo de la Energía divina eterna.

Y el hombre dice: “En mí cultivo un aspecto de lo Divino, y en mi esposa adoro el otro aspecto de la Manifestación divina”.

Y la mujer dice: “En mí, cultivo un aspecto de lo Divino y en mi marido adoro el otro aspecto de la Manifestación divina”.

Cultivando lo Masculino, el hombre ejerce una influencia masculina, y recibe de la mujer una influencia femenina que equilibra su desarrollo. Cultivando lo Femenino, la mujer ejerce una influencia femenina y recibe del hombre una influencia masculina que equilibra igualmente su desarrollo.

En la mujer, el hombre bebe la feminidad. En el hombre, la mujer bebe la virilidad.

La mujer debe absorber la virilidad del hombre y así, despertar su virilidad latente. El hombre debe absorber la feminidad de la mujer, para despertar su feminidad latente.

Pues el hombre debe ser hombre, es decir, haber desarrollado su virilidad, pero debe ser también mujer después de beber de la feminidad. Y la mujer debe ser mujer, es decir, haber desarrollado su feminidad, pero debe ser hombre después de beber de la virilidad.

Esta necesaria absorción de la polaridad sexual contraria, no debe confundirse con un exceso de absorción que conduzca a una inversión sexual o psicológica. El invertido sexual no es un ser completo, es un ser deformado. La absorción de la polaridad sexual contraria, presupone el desarrollo normal y armonioso de la polaridad que nos es propia. En cambio, una mujer que no absorbe virilidad, se encuentra desequilibrada por un exceso de feminidad y las cualidades del arquetipo femenino se convierten en defectos en ella. Un hombre que no absorbe feminidad se encuentra desequilibrado por un exceso de virilidad y las cualidades del arquetipo masculino se convierten en defectos en él.

Absorbemos y despertamos en nosotros mismos lo que amamos y admiramos. Esta es la razón por la cual la primera absorción y el primer despertar de lo femenino en el hombre, se realiza frente a la madre, mientras que la primera absorción y el primer despertar del masculino en la mujer, se realiza frente al padre.

No existen cualidades psicológicas específicamente reservadas a los hombres, ni cualidades o características específicamente reservadas a las mujeres. Al contrario, para volverse un ser completo, el hombre o la mujer deben volverse psicológicamente y psíquicamente andróginos. Es posible volverse andrógino, evocando y cultivando las potencias arquetípicas de su propio sexo, y adorando y abriéndose a las potencias arquetípicas del sexo opuesto, tal como son reveladas en la relación matrimonial, y en la ósmosis psicológica y espiritual que engendra. Para la mujer, el hombre es un maestro espiritual que le revela lo que le falta; y para el hombre, la mujer es igualmente un maestro espiritual, que le revela lo que le falta.

El hombre es un ser psicológicamente incompleto, que se vuelve completo por medio de la androginia. Algunos seres psíquicos no tienen sexo porque estén privados de él, como es el caso de los ángeles, sino porque son andróginos, ya que no todos los seres psíquicos carecen sexo, La sexualidad física es una puerta por la que se puede acceder a la androginia psíquica. Aquel que es psíquicamente andrógino, efectivamente o virtualmente, ha superado la necesidad del sexo. Observad que siempre hablamos de la androginia psicológica y psíquica, y no de la androginia física.

La mujer debe aportar la feminidad al hombre. El hombre debe aportar la virilidad a la mujer.

Quien comprende esto hace del acto sexual un sacramento. En el acto sexual, el hombre en su virilidad rendirá un culto a la mujer. Sus caricias, sus besos, el goce que buscará dar y recibir, serán un acto de adoración al Eterno Femenino. Es la gran Diosa cósmica, en la que se fusionan todos los símbolos femeninos a quien estrechará entre sus brazos. Por el éxtasis del goce será proyectado a su abismo trascendente.

La mujer en el acto sexual rendirá culto al hombre. Sus caricias, sus besos, el goce que buscará dar y recibir, serán un acto de adoración al Eterno Masculino. Es el gran Eros cósmico en el que se fusionen todos los símbolos masculinos a quien ella abrazará. Por el éxtasis sensual ella será proyectada a su abismo transcendente.

Por esta comprensión, por esta extensión de la sensibilidad, por este movimiento del corazón que no se detiene en la individualidad, sino que va más allá uniéndose al Principio divino, del cual el individuo es una manifestación. Por medio de esta devoción mantenida durante los preliminares y a lo largo de todo el acto sexual, fuera de todo ritualismo, el acto sexual se vuelve sagrado.

Aunque sea muy deseable que la sacralización sexual sea vivida conjuntamente por los dos, no es una necesidad absoluta. La sacralización es un acto interior, por tanto un solo miembro de la pareja puede sacralizar sus relaciones sin que el otro lo sospeche. Esto es posible cuando no hay acuerdo espiritual en el seno de la pareja.

Para la homosexualidad, que proviene de la no aceptación y de la no comprensión ya de su propio sexo, ya del otro sexo, la puerta de la androginia está definitivamente cerrada.

Algunos se han imaginado que la androginia se realiza por medio de la fusión espiritual de dos individualidades. Han creído que cada alma era, de alguna forma, la mitad de un alma; y que al hombre le era preciso encontrar entre las mujeres la otra mitad de su alma, y viceversa. Estas personas durante mucho tiempo han soñado con la individualidad única, que perdida en el cosmos constituía la otra mitad de su alma. Metafísicamente esta teoría es absurda, procede de la deformación de una verdad. Es cierto que cada alma es originalmente y potencialmente femenina y masculina. Pero la mitad femenina que el hombre ha perdido no se debe buscar en una mujer exterior, se encuentra en sí mismo, y viceversa.

Las mujeres exteriores representan para el hombre una relación reveladora, que le permite despertar en él su feminidad latente. De igual forma, los hombres exteriores permiten a la mujer encontrar en ella su virilidad latente. La androginia no es, pues, la fusión de dos

individualidades, es la fusión de dos mitades de una individualidad. Es la reunión de lo que en una individualidad era manifiesto y consciente, con lo que estaba latente, inconsciente y oculto. Los casos de inversión, que son caso aparte, representan la misma cosa pero en sentido inverso. El hombre es un ser incompleto, cuya feminidad está oculta en su inconsciente. Y la mujer es igualmente incompleta, al estar su masculinidad oculta en su inconsciente. Ser andrógino es encontrar en nosotros mismos nuestra mitad perdida.

Las mujeres representan para el hombre el reflejo manifiesto de lo que ellos llevan dentro pero ignoran. La mitad de ellos mismos que les falta y de la que tienen nostalgia. Los hombres, representan para la mujer el reflejo manifiesto de lo que ellas llevan en sí mismas de una forma oculta, y de lo que persiguen de forma inconsciente.

Por medio del amor dado a la mujer, si este amor se acompaña de una receptividad interior, el hombre despierta en sí su parte femenina y accede poco a poco a la androginia. Por el amor dado al hombre, si este amor se acompaña de una receptividad interior, la mujer despierta en ella su parte masculina y accede poco a poco a la androginia.

La pareja espiritualmente realizada, aunque está formada por dos individualidades distintas, llega a formarse gracias al intercambio psicológico y psíquico que se efectúa en la profundidad de su amor, eternamente indisociable. Esta unión con el cónyuge es el preludio de la unión con el universo entero y conduce a él. La unión limitada de la pareja se encamina así hacia la unión con lo ilimitado.

Es por medio de la comunicación y el intercambio mutuo al nivel más profundo, que cada cónyuge se convierte en un ser completo.

El asceta, ya sea hombre o mujer, debe igualmente en esta vida o más allá, acabar de encontrar la mitad secreta de sí mismo. La ausencia de relación con el sexo opuesto pone la cosa más ardua. Aunque a veces lo consiguen gracias a una relación profunda, desprovista de unión carnal, con una persona del sexo opuesto. Es lo que se ha llamado el matrimonio espiritual entre dos almas. Igualmente se puede acceder a ese encuentro por medio de la adoración de una representación religiosa, que contenga las cualidades simbólicas del sexo opuesto. También se puede acceder, por medio de un descenso en sí mismo, a la revelación de la integridad andrógina de su psiquis.

En la vía no ascética de quien permanece en el mundo, la monogamia es la forma de relación más segura que permite realizar en sí la androginia. Pues hacen falta años para llegar a un verdadero conocimiento y comprensión del cónyuge. Son necesarios años para que la pareja llegue a una perfecta armonía. Son necesarios años de vida en común, para realizar un intercambio y una influencia mutua a nivel más profundo. Poligamia y poliandria nos condenan a unas relaciones

superficiales. La monogamia permite, idealmente, a los cónyuges el llegar a la mutua transparencia necesaria.

La monogamia en cuestión debe ser una monogamia real y no simplemente institucional. Requiere que toda clase de relación sexual esté exclusivamente limitada al mismo cónyuge. No es una prescripción puritana. Esta regla resulta de sacralizar nuestras relaciones sexuales. Tener relaciones superficiales con una compañera de paso, es en verdad profanar al hombre o a la mujer con quien hemos tenido estas relaciones. El acto sexual espiritualizado exige un compromiso integral de uno mismo. No se puede limitar a una simple relación física. No podemos realizarlo de una manera espiritualmente despierta y sagrada sin amar a la persona y a través de ella, a su Principio Divino. Pues amar, rechazando el plantearse la búsqueda de una duración de las relaciones físicas y psicológicas, no es amar. Lo que piense el otro no debe influirnos, pues si acepta profanarse con relaciones sin profundidad y sin duración, eso no justifica que lo profanemos y que nos profanemos a nuestra vez. En cuanto a mantener varias uniones al mismo tiempo, es igualmente imposible. Pues, aunque dejemos de lado la hipocresía y el engaño que a menudo acompañan a estas situaciones, no podemos en tanto que individuos, entregarnos integralmente a varias personas. Es cierto que podemos amar a varias personas, pero el amor carnal solo se vuelve sagrado y se eleva a un nivel superior, si va acompañado del don integral de uno mismo, de la adoración del otro y de la constante preocupación por su felicidad, pues es materialmente evidente que todo esto sólo puede ser realizado con una persona.

Para aquellos que santifican su relación con el otro sexo, la fidelidad monógama es una regla y el resto, no es más que tentación! Por medio de la fidelidad, una fidelidad formal, que no tolera ni siquiera los sueños infieles, todas las potencias carnales se encuentran polarizadas sobre el cónyuge y apaciguadas en él. Sin polarización, no hay profundización real, ni una comprensión profunda.

Permanecer fiel no quiere decir volverse insensible al encanto del sexo opuesto ¡Cómo sería eso posible! Es la misma Mujer fundamental quien está presente en todas las mujeres, y el mismo Hombre fundamental quien está presente en todos los hombres. La fidelidad debe ser el resultado de una toma de consciencia de nuestra incapacidad de tener relaciones satisfactorias con varias personas. Una vez hecha esta toma de consciencia, renuncio a las relaciones extra conyugales porque son obras imperfectas del amor, y mi amor profundo por la Mujer o por el Hombre eterno, no puede acomodarse a esta imperfección.

No permanezco fiel porque yo no ame más que a la mujer o al hombre con quien vivo. Permanezco fiel, pues siento en mí una capacidad de amor demasiado amplia para todos los hombres y mujeres que encuentro. Si diera una expresión carnal y concreta de esta inmensa capacidad de amor que vibra en mí, pronto sería despedazado por las contradicciones y los dilemas, que resultarían de mi imposibilidad

material de expresar plenamente mi amor y de dar felicidad, simultáneamente, a todas las personas con las que hubiera entablado una relación carnal. Es, pues, una plenitud de la capacidad de amor, la que motiva mi fidelidad monógama.

Limitando la expresión carnal de mi amor a la relación monógama, y adoptando frente a esta limitación una actitud firme y expresiva frente al otro, no dejo que haya ningún equívoco. Me desembarazo de todas las maniobras psicológicas cuyo fin es el gustar o seducir a las personas del sexo opuesto. Mi corazón deja de estar impedido por el egoísmo sexual, y está disponible para amar a todos los hombres y todas las mujeres de una manera desinteresada. En mi relación monógama, espiritualizo el desarrollo de mi sensualidad, y fuera de esta relación, despojo mi amor de todo acaparamiento del egoísmo sexual, y así consigo un verdadero amor universal.

Formar una pareja es emprender una obra espiritual. El objetivo de esta obra es la realización de la androginia mutua y, además, la procreación de hijos. La procreación, independientemente de su papel como una extensión de la obra creadora de Dios, participa directamente en la formación de la androginia. La androginia perfecta necesita de la presencia de niños, pues al educarlos la mujer desarrolla otros aspectos de su feminidad y el hombre otros aspectos de su masculinidad.

Toda obra puede conocer el fracaso. Es por eso que hacer que la pareja sea indisoluble institucionalmente, es un error. La indisolubilidad de la pareja es un fin a alcanzar, pues la pareja perfectamente unida es indisoluble para la eternidad. Pero, hacer de la indisolubilidad una regla obligatoria no es un medio adecuado, en nuestra época, para conseguir el fin.

Cuando el fracaso es evidente, es preciso tener la fuerza para reconocerlo y realizar una separación sin rencor. Debemos hacer todo lo posible para llegar a la unión perfecta, pero cuando la pareja está, de hecho, desunida y todo encuentro a nivel profundo es imposible, no se debe prolongar, de manera artificial y convencional, una unión que se ha vuelto maldita.

Dios nos enseña con nuestros fracasos y nuestros triunfos. En definitiva, cualquiera que sea el número de uniones, es siempre la misma Mujer arquetípica y divina la que el hombre amará a través de las diferentes mujeres humanas. Y es siempre el mismo Hombre arquetípico y divino el que la mujer amará a través de los diferentes hombres humanos.

La exaltación romántica que hace creer que tal o cual mujer particular es la única compañera que nos estaba predestinada, o que tal o cual hombre particular es el solo y único compañero que nos estaba predestinado, es completamente errónea. Es un delirio sentimental. Esta o aquella persona nos parece la única posible en razón de una fijación

sentimental. Pues parece extremadamente nefasto el identificar la manifestación del arquetipo Femenino o Masculino a tal o cual mujer u hombre particular. Hay confusión entre lo efímero y lo eterno. Nuestro amor debe superar lo particular y alcanzar lo Eterno. Es necesario amar a la Mujer Divina y arquetípica a través de una o varias mujeres; es preciso amar al Hombre Divino y arquetípico a través de uno o varios hombres. Quien se para en el individuo, en lugar de amarlo en tanto que manifestación significante, se apega a él. Así amaremos al cónyuge, pero sólo estaremos apegados a Dios. El cónyuge no debe ser más que una ocasión de expresión de nuestro amor, pero no el objeto profundo de nuestro amor.

La formación de una pareja solo debe llevarse a cabo después de maduras reflexiones y de un conocimiento mutuo suficiente. En la mayoría de los casos, un período de prueba y vida en común se revela como una experiencia prematrimonial recomendable.

Son necesarios cuatro factores para conseguir formar una pareja armoniosa: amor sentimental, cordialidad de carácter, convergencia ideológica y armonía sexual. Si los cuatro factores no están presentes, vais directos hacia el fracaso. No debéis dejaros arrastrar ni por pasiones únicamente sentimentales, ni por atracciones puramente físicas. Mantened el control. Aceptad el sufrimiento de la separación, cuando una relación no sea susceptible de llevar a la armonía verdadera. El simple amor sentimental no es suficiente. Tener únicamente cordialidad de carácter es insuficiente. La simple convergencia ideológica no basta. La mera atracción física no permite el formar una pareja. La conjunción de los cuatro factores es necesaria.

Buscad, buscad atentamente el espejo de las cualidades divinas complementarias. Después de haberlo encontrado o de pensar que lo habéis encontrado, adorad el todo sin dejar de ser vosotros mismos. Lo que significa que lo adoréis sin perderos en él, sin aniquilar vuestra personalidad. La receptividad no es la abdicación. Recibir es enriquecerse, abdicar es aniquilarse. El cónyuge debe ser una fuente, no un estanque que os sumerja. El intercambio debe ser mutuo, y uno no debe dominar sobre el otro. Amar no es renunciar a lo que se es. Quien renuncia en la abdicación sumisa, ya no puede aportar nada al otro. Sed vosotros mismos y respetad al otro. Respetar es aceptar que el otro no es de nuestra propiedad. El cónyuge es un ser libre, no es una propiedad carnal o sentimental. Respetad, pues, vuestra libertad mutua, y desterrad las preocupaciones, preguntas o dudas celosas. La unidad real reposa sobre la confianza y no sobre la vigilancia. Intercambiad vuestras sombras como dos grandes árboles plantados a alguna distancia, pero no pegados el uno al otro, y luego entrelazad vuestro ramaje.

No os detengáis en el camino. La unión de una pareja es algo que se construye y se reconstruye sin cesar, hasta el fin de la vida. Es necesario evocar constantemente en uno mismo lo Femenino o lo Masculino. Es preciso, sin cesar, adorar y buscar el colmar al otro. Los

cuatro factores de unión: amor sentimental, cordialidad de carácter, convergencias ideológicas y armonía sexual, no se adquieren de una vez para siempre; es preciso mantenerlos por medio de una acción constante y deliberada. Día tras día construid vuestra unión y estaréis unidos.

En su creación, Dios se ama a sí mismo. Es para amarse a sí mismo por lo que se divide en dos. De esta pareja original y primigenia, procede toda la creación, por una multiplicación y una proyección infinita de cualidades correspondientes a la Energía, es decir, el Esposo Divino, y a la Substancia, es decir, la Esposa Divina. El hombre y la mujer constituyen en su microcosmos el espejo de la pareja divina.

Comprender esto y vivirlo, convertir la realidad sexual en espiritual y cósmica. Siendo en mi conciencia trascendente el eterno espectador de todo lo que existe, veo la búsqueda, el encuentro y la unión, a nivel humano, de los dos principios cósmicos de la Manifestación Divina.

¡Que lo Divino sea glorificado en el cuerpo y más allá del cuerpo!

Que el amor de Dios manifestado como Mujer u Hombre Cósmico, permanezca libre de todo apego al hombre o a la mujer humana. No os entretengáis en lo humano, no améis más que a Dios. Amad la Manifestación femenina de Dios. Amad a la Mujer Eterna a través de la mujer humana. La mujer humana no es más que una ocasión que os permite expresar vuestro amor a la Mujer Divina. Si la mujer humana deja de ser transparente, y de introduciros en la contemplación y el amor a Dios en su Manifestación Cósmica, vuestro amor no es sagrado y estáis sumergidos en la creación.

Amad la Manifestación Masculina de Dios. Amad al Hombre Eterno a través del hombre humano. El hombre humano no es más que un intermediario que os permite expresar vuestro amor al Hombre Divino. Si el hombre humano deja de ser para vosotros límpido, y deja de conduciros a la contemplación y al amor a Dios en su Manifestación Cósmica, vuestro amor es profano y os ata a la tierra.

En la condición encarnada, jugad el juego del amor, de la eterna búsqueda y encuentro de las dos formas y de las dos polarizaciones de la Manifestación Divina. Manifestación eternamente contemplada por la Esencia Transcendente, que es vuestra pura Consciencia.

Para jugar el juego cósmico, es preciso permanecer libre, y para permanecer libre es preciso estar desapegado. Romped vuestras ataduras y cultivad vuestro amor por el Único.

El desapego frente a lo terrestre y el apego solo a lo Divino, son las dos caras de una misma necesidad.

El amor de la mujer o del hombre si es profano, si se apega a la personalidad humana, constituye el espejismo y la tentación más peligrosa para alejarse de lo Divino. Es debido a este riesgo, por lo que los ascetas lo han rechazado. Sin embargo, cuando este amor se vuelve sagrado, transparente y, a través de la mujer o del hombre es a Dios a quien amáis y adoráis, entonces ya no existe tentación, ya no existe

peligro, pues es hacia Dios a donde vais, y es con Dios con quien os unís.

Solo apego a Dios, ¡esta es la exigencia de la sacralización conyugal! Comprended que todo apego a una individualidad humana la vuelve opaca; por lo tanto, a partir del momento en que vuestro amor se detiene en la criatura, ya no alcanza a Dios.

Haced sagrada vuestra vida conyugal. ¡Que el hombre llegue a Dios a través de la mujer y que la mujer llegue a Dios a través del hombre!

APROXIMACIÓN A LA MANIFESTACIÓN DIVINA

La totalidad del universo es la manifestación de Dios, comprender esto es conocer la suprema manera de vivir.

Cuando el espíritu experimenta que todo lo que la mirada percibe es Dios manifestado, el universo se convierte en un templo.

La relación que tenemos con los seres y las cosas se modifica. Toda relación se vuelve una relación sagrada.

Ver en todo, una manifestación de Dios, es tener la revelación de la Realidad englobante de Dios.

En la percepción del vacío y del silencio inmaterial, que permanece inalterable más allá de todo, conozco la Transcendencia. En la percepción del mundo, percibo la Manifestación Cósmica de Dios.

Dios está presente en su propia Manifestación y esto constituye su Inmanencia. Para aprehender la Inmanencia, es preciso vivir con una extrema atención. Todo contiene a Dios y, es gracias a la atención que pongo en las cosas, que Dios se revela a través de ellas.

Realizar los actos más cotidianos con una consciencia intensa, y tener presente en el espíritu la relación con lo Divino, que se efectúa a través de ellos, ese es el comienzo de la suprema manera de vivir.

Vestirse, comer, beber, dormir, mirar por la ventana, encontrarse con alguien, todo eso se convierte en sacramentos que lo Divino nos otorga.

Con la comprensión de la Inmanencia, vemos que el universo está enteramente impregnado de la presencia de lo Divino.

Con la comprensión de la Inmanencia, todos los objetos se vuelven compañeros, compañeros de un instante, o bien compañeros de años, o de meses sucesivos. No existe un objeto indiferente. Todos están cargados del inefable misterio. Una nueva sensibilidad nos une a ellos. En el silencio se establece un diálogo y nos entregan su mensaje. Mensaje incomunicable para quien no está despierto a la Inmanencia.

Dios no solo está en los templos y las iglesias, está en vuestra habitación, está en el corazón del bosque y sobre las pendientes de las montañas, está en la plaza pública y en la calle.

Aquel que conoce la Manifestación cósmica de Dios y la Inmanencia Divina, ya no tiene necesidad de templos ni de lugares santos. Ve a Dios en todo. Entonces, ¿por qué tendría que buscarlo aquí o allá?

Ver a Dios en todo, es la suprema manera de vivir.

Reverencia a Dios en los templos de todas las religiones. Pero no creáis que Él se deja encerrar en los edificios o circunscribir en lugares específicos. Aprended a verlo y a sentir su presencia en todas partes. Todo lugar en el que seáis sensibles a la invisible presencia de lo Divino se volverá un lugar sagrado. Todo lugar en el que seáis sensibles a la invisible presencia de lo Divino, será un terreno sagrado. Toda actividad en el seno de la cual permanecéis conscientes de la omnipresencia de lo Divino, se volverá un acto sagrado. Será un rito en el más amplio sentido

del término. Un rito no estereotipado. Un rito vivo, despojado de toda superstición. Un rito religioso, que os unirá a Dios, que establecerá una comunicación con Él, y se convertirá en un canal para el arraigamiento de su gracia santificante.

En vuestro Despertar a la Inmanencia, múltiples actos cotidianos, hasta ahora oscuros, grises y rutinarios, se volverán sacramentos de los que recibiréis la bendición.

La naturaleza os abrirá el libro de sus misterios y os otorgará sus iniciaciones. Para quien conoce la Inmanencia, caminar en la naturaleza, sentarse en su seno y permanecer en silencio, conduce a altas experiencias espirituales.

En la percepción de la Inmanencia todo hombre se muestra como vehículo de Dios. Ya sea consciente de ello o no, el hombre es un receptáculo de Dios. El receptáculo, es decir, la personalidad puede ser más o menos pura, más o menos transparente, más o menos digna o indigna de Dios, pero no por ello deja de ser un tabernáculo sagrado.

Así, por medio de nuestro Despertar a la Inmanencia, superamos la corteza de la personalidad, y en todo hombre contemplaremos a Dios. Con todo hombre estableceremos una relación Divina.

Lo que es verdad para los hombres lo es para los animales. Dios está idénticamente presente en el hombre y en el animal. Sin embargo, en el hombre, en general, incluyendo necesariamente excepciones, tiene la posibilidad de conocer a Dios, mientras que, en el animal, esta posibilidad no existe más que en una proporción mucho más baja. Hay animales espiritualmente realizados, así como hay plantas, árboles e incluso montañas.

Lo cual, por cierto, justifica ciertos cultos animista y totemismos, sin justificar, sin embargo, las costumbres supersticiosas resultantes de una distorsión de esta comprensión. Sin embargo, debe notarse que la proporción de entidades animales, vegetales y minerales, que viven en un estado de Realización espiritual, es actualmente muy baja. Por otro lado, es relativamente fácil encontrar animales más avanzados espiritualmente que los hombres.

La comprehensión del hecho de que todo está en Dios y de que Dios está en todo, genera respeto, admiración y devoción hacia todo y hacia todos los seres vivos. Cuando cualquier objeto es para mí una manifestación de Dios, utilizo los objetos con amor y sensibilidad. Cuando sé que cada ser vivo es una Manifestación de Dios, me acerco a los seres vivos con amor, respeto y comprensión. A través de esta experiencia interior, vivimos en constante alegría. Vivimos con gozo y amor. Realmente ésta es la suprema manera de vivir.

La contemplación del silencio y del vacío infinito hace que nos retiremos del mundo, nos hace olvidar lo Manifestado y nos sumerge en la Transcendencia. Sin embargo, la búsqueda exclusiva y constante de esta forma de Despertar constituirá una negación insultante lanzada a la faz del mundo, a la Manifestación de Dios.

Por medio del Despertar a la Manifestación Cósmica de Dios, salimos del Vacío sublime para entrar en la fantasmagoría fenomenal y volver a encontrar allí a Dios.

Quien conoce las dos formas de Despertar permanecerá siempre consciente de Dios. En el mundo y en el más allá de todo, discernirá constantemente la misma presencia indecible y su corazón será colmado.

El mundo es un sueño ilusorio y oscuro, si lo consideramos separado de Dios; pero se vuelve una realidad poderosa y gloriosa cuando en él se ve Su Manifestación.

Al Despertar a la Realidad englobante y omnipresente de Dios, comprendemos que lo Divino nos rodea por todas partes. Nos sentimos envueltos y llevados por Él. Estamos en Él, como un niño está en el vientre de su madre. Respiramos lo Divino, gustamos lo Divino, miramos las formas y los colores de lo Divino. Esta constante percepción mística da lugar a una extensión extática de la consciencia.

Quien ama a Dios, se exalta y se embriaga de verlo y de conocerlo bajo los mil aspectos en que se revela en la vida cotidiana. Todo este maravilloso universo es el Señor bien amado. Las sensaciones, las percepciones, los pensamientos, son su Manifestación. Quien comprende esto y lo contempla se purifica. El mal se aleja de él; ¿dónde podría el mal tener sitio en aquel que está animado de tal devoción? La visión de Dios aparta todas las impurezas, pues allí donde Dios está, no permanece la sombra. Ver a Dios en todo, es purificar su ojo. El mundo se percibe tal y como se lo concibe. Concebid el mundo como un lugar de desesperanza y vuestras percepciones estarán llenas de tristeza. Contemplad el mundo como Manifestación de Dios, y vuestra percepción de la existencia estará llena de luz y de felicidad.

De ahora en adelante solo resta comprender y vivir una cosa: sois Uno con el Dios adorado. Sois Uno con la inefabilidad de su no Manifestación y la gloria de su Manifestación.

APROXIMACIÓN AL CUERPO CÓSMICO

Solo hay una conciencia. Pero también hay un solo cuerpo. La individualidad que vive, es un fragmento de este cuerpo único, que engloba a todo el Cosmos. Este cuerpo único, en su apariencia, es una proyección de la mente única. Está el cuerpo, es decir, la materia en su apariencia y está el contenido de la mente universal en su realidad.

Comprended que todo es Uno y, cuando veáis el aspecto material de todas las cosas perceptibles, decid: "Este es mi cuerpo". Al ver la vitalidad que anima a la vegetación, que corre por las venas de todos los seres y los hace moverse, decid: "Esta es mi vitalidad". Al ver la consciencia presente en todas las formas de vida, decid: "Esta es mi consciencia o mi espíritu".

Libraros de toda idea de separación. Aprended a sentir vuestra presencia en la roca, en la tierra, en el agua, en el aire, en el fuego, en la planta, en el animal, en el hombre y en los seres invisibles cuya presencia sentimos. A cada categoría corresponde un estado de consciencia, es decir, un tipo de percepción, y todos los estados de consciencia están en vosotros. Contemplar un objeto o un ser, es suficiente para que una simpatía se establezca entre los dos. Entonces, llevado por esta simpatía, dejad que vuestra consciencia vaya hacia el objeto de contemplación y descubrid su presencia en vosotros. Tal es el proceso que es preciso realizar de una forma deliberada hasta que la percepción de la unidad sea espontánea y natural.

Sois esta consciencia única que vibra en el otro. Ved a todos los seres humanos como una parte de vosotros mismos.

Tomad el hábito diario de sentir la unidad con los demás. Tratad de vibrar interiormente en el mismo tono. Permitid que vuestra sensibilidad participe en la del niño, en presencia del niño. Compartid el estado de espíritu y las percepciones del adolescente, del hombre, de la mujer y de los ancianos. Sentir interiormente lo que siente el otro, no quiere decir aprobar automáticamente su estado de espíritu. Debes seguir discriminando, lo negativo, lo bestial y lo ingenuo deben sentirse como tales. Permaneced como consciencia pura, extraña a todo espectáculo y no influenciable. No os identifiquéis con el otro, pues no sois el otro, ya que sois, conjuntamente, lo Transcendente no manifestado y el cosmos manifestado. Identificarse con el otro, sería reducirse de nuevo a las dimensiones de una individualidad. No os reduzcáis, pero absorbed al otro en vuestra realidad englobante del momento.

Para eso, silenciad la mente, permaneced totalmente silenciosos, atentos y receptivos. Perfectamente abiertos al otro. Entonces, en esta apertura total frente al que tenéis delante, vuestra sensibilidad se expandirá y participaréis de su estado de consciencia, al principio confusamente, después con una claridad creciente.

Es la barrera de los pensamientos la que impide a las consciencias comunicarse. Retirad vuestra barrera personal y lo que experimenta la consciencia del otro, os será conocida.

Solo hay una Consciencia. Esta Consciencia toma la apariencia de la fragmentación y se convierte en un conjunto de consciencias egóticas. Pero, ¿qué es el ego, sino un conglomerado de pensamientos? Por lo tanto, es el pensamiento individualizado el que crea una multiplicidad ilusoria de egos en el seno de la Consciencia universal y global.

Y es por esto que, en el silencio del pensamiento y, por tanto, en la abolición del ego, la separatividad e individualidad ilusoria desaparecen. Dejad de encerraros en esta estrechez de la consciencia que representa la consciencia individual. Volveros cósmicos e infinitos. Dad a la consciencia su verdadera grandeza sin límites. No os identifiquéis más, por medio de un proceso mental de apropiación ilusoria, con el hombre que es percibido. Identificaros con la Consciencia pura que impregna todo el universo y lo transciende.

La mente no puede explicar adecuadamente esta noción. Si lo intenta, la traiciona y la distorsiona. La unidad cósmica se capta correctamente en el silencio de su superación. Cuando es la mente la que capta la noción de la unidad cósmica, se produce una hinchazón orgullosa y desproporcionada del ego. Es el ego quien de forma absurda y estúpida piensa: “Yo soy todo eso”. Tal comprensión es falsa. En verdad, yo soy todo eso, pero si lo soy, es porque no hay más que un “yo”, y ese “yo” es el de Dios. Dios es el que es. Es decir, el único que es. En otros términos, si yo soy Dios, es porque el yo personal es ilusorio. Así, la identificación transcendente tiene la aniquilación personal por inseparable corolario. Yo me aniquilo cuando comprendo que sólo existe el Todo. Cada personalidad está formada por la combinación de ciertos elementos del Todo, pero en realidad no existe más que el Todo que se manifiesta en forma diversa. Como hombre nada me pertenece. Al mirar la personalidad física, mental y sentimental, sé que no existe en ella más que el juego de las fuerzas impersonales de la Naturaleza; que ninguna característica del individuo físico soy yo; que ningún sentimiento particular y ningún pensamiento específico soy yo; cuando en cada manifestación individual veo una manifestación de lo Cósmico, entonces el yo se ha aniquilado y estoy maduro para la identificación con lo Transcendente, que no es otra cosa que el reconocimiento y la comprehensión de nuestra verdadera identidad.

Llegad a este estado de unidad universal por medio de etapas sucesivas. Utilizad todos los contactos con los otros para profundizar en vuestro sentimiento de unidad.

Esforzaros, en el silencio del pensamiento y la intensidad de la receptividad atenta, en compartir mental y corporalmente el estado de consciencia de la gente con la que tenéis relación. Que ninguna posible repulsión os detenga. Aceptad la percepción de sensaciones mentales y corporales impuras de los otros. No os dejéis ni impregnar, ni influenciar por ellas. Aceptad su percepción en toda quietud.

Cuando miréis a alguien, miradlo como una parte de vosotros mismos, y observad lo que este aspecto de vosotros mismos os revela. Cuando el otro ya no sea considerado como algo separado de vosotros, disfrutaréis con la belleza y el amor que os encontraréis en los demás. Vuestros corazones vibrarán al unísono y reforzarán mutuamente su luz.

Sufriréis en presencia del mal, de la perversidad, del egoísmo y de la ignorancia. El hombre individualizado se rebela contra el mal, pero aquel que ha superado su individualidad y encuentra su unidad con el Todo, no puede rebelarse. Pues, ¿contra quién podría rebelarse? En todo no encuentra más que a sí mismo. Los aspectos tenebrosos del cosmos son como una llaga infectada y el único bálsamo cicatrizante es el del amor. ¿Quién, sintiéndose enfermo, no buscaría curarse? Es por eso por lo que, siendo consciente de la unidad universal, sentiréis que en vosotros se despierta una compasión sin límites; y cada vez que os encontréis el mal, sentiréis una ola de amor y de luz derramarse sobre el otro para sanarlo.

Para que el Cosmos alcance la perfección, el amor debe derramarse incansablemente sobre él.

Todos los hombres tenebrosos son aspectos de vosotros mismos que no han sido tocados por la luz. Difundid la luz y el amor sobre ellos. Amad vuestro cuerpo cósmico. Tened compasión de él, y con una infinita dulzura, sanad sus llagas con el silencio del amor secreto que se irradiará fuera de vosotros.

Todo no creyente es una célula del cuerpo cósmico a la que le falta calor. Todo sádico y todo criminal es una célula enferma de vuestro cuerpo cósmico.

Sois el cuerpo de Dios y vuestra consciencia es el Espíritu de Dios.

No os creáis puros y aislados. Ved todas las ignorancias, todas las tonterías, los egoísmos y todas las crueldades humanas, como parte integrante de lo que sois.

No hay más que una mente que genera el sueño del universo; ¿y de dónde vienen todas las cosas negativas, si no es de esta única mente, que es tu mente como la de todos?

Todas las enfermedades, los pecados y los horrores del mundo, son las de vuestra mente. Es lo que aparece en el campo de vuestra consciencia. Es la pantalla de vuestras percepciones. Es lo que vosotros sois en vuestra manifestación mental. Aceptad este hecho doloroso. Sentid que sois inseparables de todo lo que es feo.

Dejad de ver el mal, lo impuro y lo negativo como separados de vosotros. Reconoced en él vuestros propios contenidos mentales. ¿Quién percibe esto, sino vosotros?

Vuestra Esencia es pura consciencia, y ¿qué es vuestra manifestación, sino lo que es percibido por vuestra consciencia?

Sois eso en vuestra manifestación. La idea de la separación y del individualismo os hace creer que estáis separados de lo que percibís, pero no lo estáis. En vuestra manifestación sois lo que percibís, mientras que en vuestra Esencia Transcendente sois el Testigo de todo lo percibido.

Al comprender esto, ya no sois una individualidad que realiza su salvación y su pequeña liberación personal, sois inseparables del mundo, y el peso del mundo reposa sobre vuestros hombros.

Alcanzáis el estado de consciencia crística, en la que cargáis todos los pecados del mundo. Os cargáis con ellos al asumir que son vuestros pecados y que sois inseparables de ellos.

Entonces, crece en vosotros un poderoso deseo de Redención. Queréis que vuestro cuerpo que sufre, identificado con el universo, se vuelva puro y acceda a la unión Divina.

Vuestra aspiración crece y crece sin parar. Todos los dolores, los horrores y las injusticias del mundo sangran en vosotros. Y este caudal de sufrimientos, esta carne cósmica tumefacta, aspira a la luz y grita hacia la paz y la claridad Divina. Y en vuestro esfuerzo de elevación espiritual arrastráis con vosotros al universo, ya que el mundo os ha revelado que era inseparable de vosotros. Vuestra realización espiritual es la del mundo entero. Ya no sois una individualidad, sois una manifestación del único catalizador, del único Redentor, que levanta el mundo y lo lleva hacia Dios, del cual es la manifestación. Mientras que la totalidad del cosmos no esté unida a Dios en su Transcendencia, no estaréis en paz y sufriréis. Mientras que el universo esté separado de Dios, porque no tenga consciencia de su unidad con lo Inefable, existirá en vosotros un dolor, una grieta que deberéis intentar cerrar y apaciguar.

En este estado no es sólo el dolor que os es dado, existe, también, una alegría inmensa, pues en lugar de tener como meta mezquina la realización espiritual de una individualidad, es por la realización espiritual del universo entero, del cual sois inseparables, por la cual trabajáis. Sois un Bodhisattva, habéis renunciado a una realización espiritual separada. Vuestra realización personal no se cumplirá sino después de sumas de tiempo inconmensurables a escala humana, cuando la realización del universo entero se realice. Y esto es así, porque en vosotros está el universo.

Sentid al cosmos evolucionar hacia Dios. Sentid el trabajo de la Gracia en todos los seres, y participad en este trabajo. Sed indisociables de su realización. ¡Qué alegría indescriptible!

Sois la luz en cada ser, sois la alegría, la felicidad y la beatitud que impregna el cosmos. Sois todas las alegrías, todas las beatitudes y todos los amores. Pues no hay más que un amor que es paz y beatitud. No hay más que un amor diversamente presente en todos los seres, este amor es el vuestro.

Esto es lo que os será otorgado, si aceptáis superar los límites del cuerpo individual, para identificaros con el cuerpo cósmico.

APROXIMACIÓN A LA REALIDAD

Id a la naturaleza, preferiblemente a la cima de una montaña, de una prominencia rocosa o de una colina. Sentaos en un lugar donde os sintáis cómodos. En un lugar mágico. Habéis llevado comida y bebida con vosotros. Es verano y tenéis lo necesario para protegeros del sol. Una vez instalados, permaneced inmóviles la mayor parte del día. Vuestra mirada vagará libremente sobre el paisaje cercano y lejano. Al observar las bellezas de la naturaleza, siempre tendréis en cuenta la siguiente idea: "Esta es una manifestación de Dios".

Poco a poco, el concepto de Manifestación Divina se convertirá en una visión y una experiencia vivida. La llanura o montaña distante se convertirá en una manifestación de Dios. Habiendo comenzado por pensar: "Es una manifestación de Dios", terminaréis sintiendo: "Es una manifestación de Dios". Se convertirá en una emoción, un sentimiento y una beatitud particular. Contemplaréis el color de Dios. Contemplaréis la forma de Dios. El sol será la luz y el calor divino. El viento y su frescura son la fuerza de Dios. El agua, el néctar de Dios. La comida, la sustancia de Dios. La piedra, la quietud Divina. La vegetación, la profusión de Dios. El pájaro que pasa, la mosca que zumba, los posibles caminantes serán todos manifestaciones de Dios. En cada forma de vida, sentirás la presencia y el juego de la Conciencia universal. Y vosotros, que permanecéis sentados en silencio, sois una parte integral de esta totalidad. También sois en vuestros aspectos corporales y psicológicos, una manifestación de Dios. Sentidlo, vividlo. Comprended el extraordinario juego de lo Divino que se ha multiplicado dentro de las apariencias fenomenales.

Maravilloso milagro. Extraordinaria maravilla. Este Dios que has estado buscando en todas partes. Este Dios que has estado buscando en libros complicados, en asociaciones inusuales, en ritos extraños o en complicados métodos de meditación.

Este Dios que es el objeto de tu búsqueda y de tu amor, ahora lo contemplas en todo.

Tus ojos contemplan sus formas y colores. Tus oídos escuchan su rumor. Tu cuerpo siente sus contornos. Tu corazón se desborda de amor y gratitud. Tu copa está llena.

Permaneced así en vuestro silencio, en vuestra quietud, en vuestro asombro.

No os contentéis con leer, id a la naturaleza, haced lo que hemos dicho. Que la percepción de Dios en todo, sea el único objetivo de estos días de retiro campestre y solitario. Dejad que esta sea la única preocupación de cada uno de vuestros instantes. Dulce, pacífica y beatífica preocupación.

Todo lo que se adquiere en el aislamiento, debe descender a la vida activa y comunitaria.

El aislamiento, el silencio, la inmovilidad hacen que el olvido de Dios sea menos prevalente. Al tener como único objetivo el contemplar a

Dios, esta contemplación se vuelve fácil. Después de haber aprendido a permanecer días enteros de retiro, inmerso en la percepción de la manifestación Divina, será más y más fácil para vosotros continuar viendo en todo la manifestación de Dios. Así que permanecéis conscientes de que todo es Dios, porque solo Dios existe. Hacedlo en la calle, en la fábrica, en la oficina, en vuestra casa, sean cuales sean las circunstancias.

Quien permanece constantemente consciente de Dios está Realizado espiritualmente. No hay duda al respecto.

Cuando te mantienes tan consciente de que todo es Dios, un maravilloso sentimiento de armonía se apodera de vosotros. En verdad, sois una parte integral y armoniosa del Todo. El grito del pájaro, el movimiento de la nube, los ladridos del perro... hablan el lenguaje del Inefable.

No busquéis ver ningún signo adivinatorio en las manifestaciones de la naturaleza. El significado que debéis percibir es el de la inefabilidad. Entendéis y sentís más allá de las palabras y de los pensamientos. Y este conocimiento es increíblemente más hermoso y más elevado, que las bajas preocupaciones de la mente en busca de la adivinación. Quienes se han aislado en la naturaleza para adquirir conocimiento adivinatorio en la contemplación de lo percibido, solo han conocido una degradación y una perversión materialista del Conocimiento verdadero. Así pues, abandona los caminos de degradación y asciende a la cima del Conocimiento silencioso. Conocimiento sobre el que no se puede decir ni transmitir nada.

Ver únicamente a Dios en todas las cosas, es poseer el verdadero Conocimiento. Vivir en perfecta armonía con el mundo y la naturaleza es vivir en el verdadero Conocimiento.

Cuando sabes que toda vida es una manifestación de Dios, tienes un inmenso respeto por todas las formas de vida. Matar un insecto es destruir una manifestación de Dios. Comprender eso es volverse perfectamente no violento. Algunos que han alcanzado esta etapa de comprensión, se han negado a matar animales para comerlos. Los Jainistas llegaron a barrer el suelo delante de ellos para no arriesgarse a aplastar un insecto. Esta no violencia es un bálsamo de amor.

Sin embargo, debemos protegernos contra tales excesos; debemos protegernos contra ellos por dos razones, una superior y una inferior.

La razón inferior es una constatación pragmática: no es posible vivir sin violencia. El vegetariano mata las plantas que también son una manifestación de Dios. El que se cura a sí mismo mata microbios que también son una manifestación Divina. Las alimañas y las plagas deben ser destruidas, esta es la realidad de la condición humana.

La razón superior se deriva del siguiente razonamiento: en el interior de la Realidad Divina no se pierde nada. No puede dejar de ser. La muerte no es una desaparición, es una transformación. Si entendéis eso, la ley de la aniquilación que rige toda la naturaleza deja de ser algo horrible. De hecho, no hay ningún asesinato. Todo es solo transformación. Quien crea que puede matar o ser asesinado es ignorante. La manifestación Divina es una manifestación en movimiento que se transforma de manera incesante. Un aspecto de esta

transformación constante es lo que los hombres llaman muerte. Se apegan a una forma particular de existencia. Al poner, de la manera más tonta, sus emociones en tal o cual forma de existencia particular, los hombres conciben la muerte como una tragedia, una terrible pérdida. Sobre la base de este concepto falso, se llega a conclusiones erróneas. Algunos han llegado hasta decir que Dios fue el primer asesino, puesto que la creación en la que se manifiesta se basa en la ley de la violencia y el asesinato. Todo esto son solo divagaciones. Nada desaparece, todo se transforma. Quien comprende esto sabe que nadie muere y que nadie puede matar en el sentido popular de estos términos. Lo que desaparece aquí, aparece allí. Nada se pierde en la naturaleza. De lo invisible, viene lo visible. Lo visible vuelve a lo invisible, luego vuelve a ser visible. El mundo que no es otra cosa que la manifestación de Dios y está en constante transformación. Esta es la Verdad.

Una vez entendido esto, ejerceréis la violencia cada vez que las circunstancias lo requieran; y sin embargo en toda vuestra actitud, vosotros permaneceréis sin violencia.

Este es el mensaje de la Bhagavad Gîta, en el que se le prescribe, a la vez, a Ajurna que no sea violento y, al mismo tiempo, que acepte su deber como guerrero matando a sus enemigos.

Este es el mensaje de la Biblia en el que se dice “No matarás”, y en cambio, se describen numerosas guerras realizadas bajo el mandato de Dios.

Porque hay guerras santas, como dicen los musulmanes. Guerras en las que se defienden los valores divinos de la existencia humana.

Por lo tanto, no sois violentos. Observáis al más ínfimo insecto con simpatía. Sin embargo, cuando se trata de matar alimañas, lo hacéis con un espíritu sereno. Del mismo modo, si debéis luchar contra animales u hombres para defenderos, para proteger a otros o incluso para salvaguardar los valores espirituales, lo haréis manteniendo el sentido de unidad que conecta todo, y viendo en la muerte solo una simple transformación.

En vuestro estado cotidiano de armonía con el mundo y de no violencia hacia los elementos del mundo, experimentáis una beatitud constante.

No hay nada en este universo que no sea tu amigo. Incluso el perro rabioso, que debe ser sacrificado, sin duda y sin sensiblería, sigue siendo tu amigo antes y después de su sacrificio.

Dios os habla en todo. A través de todo suceso. Dios se manifiesta ante vosotros en todas las formas de vida. Ahí reside la amistad suprema.

Este sentimiento de armonía es similar a una sinfonía. El azul del cielo o la lluvia que cae, el frío o el calor, la energía, la fatiga o el dolor corporal, la compañía o la soledad, el trabajo o el ocio, la satisfacción o la carencia, todo esto forma una sinfonía majestuosa en la que Dios se manifiesta.

Ver en todo la manifestación de Dios es perder el punto de vista egocéntrico que siempre busca el placer y la posesión para huir del dolor o la pérdida. Para aquel que se vuelve constantemente consciente de Dios, la vida entera es una sinfonía. Una sinfonía atravesada por el silencio, por notas ligeras y resonancias musicales. Están los metales del

dolor corporal y las flautas de la belleza, pero no hay nada que lamentar. Lo que a nivel humano corresponde a la felicidad y a la infelicidad se funde en una armonía cósmica y divina, que abraza el corazón del devoto con una emoción inexpresable en la que se mezclan la admiración y el reconocimiento.

En la primera etapa, Dios es percibido como diferente de nosotros: está Dios y estamos nosotros. Se puede adorar a Dios como la fuente invisible de todo, el creador del mundo. Comprender que el creador se manifiesta en su creación es franquear un escalón importante. A partir de entonces, puedo ver el rostro de Dios en todo. Adoro a Dios en sus dos aspectos: Trascendente y Manifestado. La profundización en la adoración a Dios manifestado bajo la forma del cosmos, es una etapa fundamental, que se debe vivir con intensidad y profundidad antes de proceder a la siguiente etapa. La siguiente etapa surge de esta reflexión: si todo es una manifestación de Dios, el cuerpo y la psique de este hombre no pueden ser excluidos de esta manifestación. Son necesariamente una parte integrante de ella. Por lo tanto, este hombre que lee, es también, en su doble aspecto físico y psicológico, una manifestación de Dios. Este es el razonamiento.

La experiencia sobreviene cuando, al prestar atención a esta verdad, uno percibe realmente el cuerpo y la psique del hombre que lee, como una manifestación de Dios.

De esta experiencia resulta la purificación espontánea. El razonamiento no produce purificación, solamente la experiencia vivida tiene este poder. En vuestra experiencia, descubriréis que cada vez que permanecéis conscientes de que los gestos, las palabras y los pensamientos de este hombre son una manifestación de Dios, los gestos, las palabras y los pensamientos son puros y Divinos.

La impureza puede manifestarse solo en el seno de la inconsciencia de esta Realidad, ya sea que esta inconsciencia vaya o no acompañada de un razonamiento engañoso. Pensar que soy una manifestación de Dios y actuar de manera extraña es posible. Sentir y vivir profundamente el hecho de que somos manifestaciones de Dios, y luego actuar de manera impura es imposible.

La pureza o la impureza no es necesariamente tal como la describen los hombres en sus libros. No hay acciones que en sí mismas sean impuras. Es la forma en que se realizan los actos la que es pura o impura. La pureza se confunde con lo sagrado. La sacralidad se asimila a la conciencia de Dios. Donde hay conciencia de Dios, hay pureza y sacralidad. La pureza no se define, se vive a cada instante, y resulta de la conciencia de la omnipresencia englobante de Dios.

Al percibir que Dios es englobante, deja de haber Dios y vosotros. Solo queda Dios. No existe separación. Es perfectamente ilusorio decir que esto es Dios, esto es individualidad. Solo Dios existe y el resto de las palabras son vanas. Solo la Realidad existe y todas las demás palabras son inútiles. Esta Realidad es innombrable, indefinible, inconmensurable. Sois esta Realidad, todo es esta Realidad.

El ateo niega a Dios y declara que el cosmos existe. Pero, ¿que es Dios? Es simplemente una palabra que designa la Realidad. Una Realidad de la cual el cosmos es inseparable.

Hablar de Dios es, en cierto modo, ser idólatra. Se idolatra un concepto. Es inevitable para el principiante. Pero, cuando entendéis que Dios es inefable y que lo engloba todo, ¿de qué os sirve la palabra "Dios"? Ya no sirve para nada.

Dios, como los hombres lo piensan, es solo una creación de la mente humana. Esta comprensión constituye vuestro ateísmo metafísico. Lo que existe no puede ser descrito por ninguna palabra. Os enfrentáis a un misterio impronunciable e indescriptible. Vivís vuestra unión con el misterio y ahí reside vuestra Realización espiritual.

El ateo tiene razón: Dios no existe, solo existe la Realidad, esta Realidad que puedes llamar Dios. Pero el ateo no tiene experiencia de la inefabilidad de la Realidad. Lo que formula es un razonamiento simple y su razonamiento, aunque correcto, no conduce a nada. El Realizado, experimenta lo inefable. Al tener esta experiencia, él sabe que todas las palabras son señales. Él sabe que todas las definiciones doctrinales son solo creaciones de la mente humana. Dentro de estas religiones, algunos llegan a experimentar la inefabilidad de la Realidad. Otros permanecen encerrados en los conceptos y la idolatría de los conceptos.

Un ídolo representa lo Divino, pero lo representa de manera inadecuada. Representa lo Ilimitado de forma limitada, lo informal de forma concreta.

Decir "Dios no existe" y no tener la experiencia de la Realidad inefable, es ser ateo. Decir "Dios no existe" es solo un concepto mental, y la experiencia de la Realidad inefable que la palabra "Dios" designa torpemente, es estar espiritualmente Realizado.

Declarar que Dios es esto y eso, es dar forma a un ídolo. Decir que Dios es la única Realidad inefable, es usar la palabra Dios correctamente. La palabra Dios es muy peligrosa, ya que puede designar, al mismo tiempo, a un ídolo conceptual inexistente, moldeado por la mente humana, a la Realidad percibida inconscientemente por todos y a la Realidad percibida conscientemente por el Realizado.

Hay, sin embargo, otra diferencia fundamental, que separa al ateo de aquel que se ha realizado espiritualmente. Para el ateo, la Realidad es solo lo que perciben los sentidos. Para el Realizado, la Realidad es tanto la infinidad del vacío informal, como la totalidad del cosmos.

Cuando permanecéis sentados y miráis con calma a vuestro alrededor, siendo conscientes de que la totalidad de lo percibido es una manifestación de la Realidad única; cuando vuestra mente deja de deambular de un lado a otro, para permanecer solo consciente de esta Verdad y esta evidencia, entonces, en lo lleno percibís el vacío, en el ruido percibís el silencio, en lo manifestado percibís lo no manifestado, porque los dos se interpenetran.

Existe el ruido percibido por los oídos y existe el silencio interno del perceptor. Existe la gravedad de las formas percibidas y la inmaterialidad del perceptor. Existe el movimiento de las percepciones y la inmovilidad del espectador. Entonces, más allá de cualquier concepto, por vuestra experiencia, sabéis que lo perceptible proviene de lo imperceptible. Esa plenitud y este vacío son dos aspectos paralelos e inseparables de la Realidad.

El ruido no excluye el silencio. El ruido vuelve al silencio. El silencio precede al ruido.

La Conciencia inmaterial precede a las percepciones y las percepciones, finalmente, desaparecen en la conciencia inmaterial.

Eres inseparable de todas estas percepciones que constituyen lo que se llama el mundo. Eres inseparable de esta conciencia sin forma e ilimitada que percibe el mundo.

Esta es tu experiencia de la Realidad inefable. Esta es tu Realización.

Tu espíritu se ha vuelto atento gracias a la afirmación: "Dios es todo lo que percibes". En cierto grado de atención hacia lo percibido, olvidáis la noción de Dios, olvidáis todos los conceptos filosóficos o místicos. Solo lo queda vuestra atención. Una atención pura, despojada, simple y perfecta, que excluye todos los pensamientos y consideraciones parásitas.

Entonces, lo que se percibe, adquiere un resplandor y una intensidad especiales, vuestro Despertar se vuelve intenso y profundo.

Veis el mundo, los pensamientos, los sentimientos y las sensaciones del hombre como un río de percepciones, que fluye incansablemente ante vuestra quietud interior.

Conocéis el Despertar y todas las palabras son falsas.

APROXIMACIÓN A LA SUMISIÓN A LA VOLUNTAD DIVINA

Cuando hemos comprendido que la vida humana es una especie de película, proyectada por el divino pensamiento creador del Ser delante de nuestra consciencia intemporal, aceptamos enteramente el escenario concebido por la Divina Sabiduría Creadora. En tanto que hombre, actuamos según la ocasión y el propósito del momento, pero no esperamos intensamente nada y no lamentamos profundamente nada. Guerra, paz, éxito, fracaso, placeres, sufrimientos, duelos, nacimientos, encuentros y separaciones, no son más que elementos del escenario que observamos con sensibilidad, pero sin apegos. Pues nuestra finalidad no está en desear que ocurra esto o aquello, o que no ocurra, sino en observar la película, apreciarla y comprender el mensaje que nos ofrece.

Con respecto a la significación de lo vivido, diremos que a partir del momento en el que un individuo hace acto de sumisión con respecto a la imprevisibilidad de los acontecimientos, aceptándolos como la expresión de la sabiduría divina, y pensando que dicha sabiduría ejerce sobre él, así como sobre todos los hombres, una pedagogía destinada a hacer evolucionar espiritualmente a las individualidades humanas, en la medida en que éstas participan en esta acción o, en otras palabras, aprenden correctamente las lecciones de la existencia. Dichas lecciones deber ser, por razones educativas, unas veces dulces y otras amargas. De esta forma, desde el momento en el que un individuo acepta esta visión de la existencia, su interpretación subjetiva de los acontecimientos se modifica poco a poco, y la observación de múltiples hechos le confirma que es realmente guiado por una fuerza cósmica, impropiamente llamada azar, cuyo fin es, por medio de un encadenamiento de circunstancias, ayudarle a espiritualizarse.

La vida de quien se ha sometido, deja de ser percibida como una vida ciega, regida por la fatalidad. Todo adquiere sentido, las pruebas y las bendiciones de la existencia tienen significaciones precisas que le resultan fáciles de interpretar en el cuadro de su búsqueda espiritual.

En cuanto a la rebeldía en contra de las llamadas injusticias de la existencia, no es más que el fruto de la ignorancia. Ignorancia de la coherencia inteligente y particularizada del destino de cada individuo. Este conocimiento sólo puede ser adquirido por el proceso psicológico de la sumisión, cosa fácilmente comprensible, pues para conocer hay que percibir y para percibir, hay que mirar. Y someterse es, precisamente, dejar de considerar las cosas a partir de las limitaciones de las ambiciones y de los deseos egocéntricos de la personalidad humana para llegar a ser capaz de verlas a partir desde un punto de vista más amplio, que nos revele la voluntad cósmica, expresándose a través de los acontecimientos.

El fin de cada uno debe ser pues al nivel de la personalidad humana, el de llegar, gracias a una sumisión atenta, a comprender el porqué del destino que le es individualmente propio, para cooperar a la

realización de las potencialidades que detenta. Y esto, tanto en las grandes líneas generales, como en los pequeños detalles cotidianos. Todo puede instruirnos, fortificarnos, guiarnos o aclararnos, si sabemos sacar una lección positiva.

El hombre que vive bajo las pasiones, en lugar de contemplar la película de la existencia con la tranquilidad interior requerida, se identifica al personaje principal, grita, gesticula, llora, se excita, se enfada y se exalta, en función de las peripecias del escenario. No estamos aconsejando la indiferencia total. La indiferencia total no es buena, pues la película no está proyectándose para que estemos indiferentes. Debemos prestarle atención, tal es, por otra parte, el movimiento al que estamos inclinados. Pero, por medio de nuestro conocimiento metafísico y de la integración profunda de este conocimiento en todos los aspectos de nuestra vida cotidiana, dejamos de identificarnos y de excitarnos estúpidamente con el escenario existencial. Someterse a la voluntad divina, es aceptar el destino que el pensamiento Divino creador moldea para nuestra personalidad humana. Cualquier otra actitud es equivocada y estúpida a la vez.

Si la sumisión es la única actitud inteligente, no hay que olvidar que es al nivel humano donde hay sumisión a la voluntad Divina. El hombre es una manifestación del pensamiento Divino y es aberrante que esta manifestación del pensamiento Divino, se imagine que el escenario general de su existencia está diseñado según sus pequeños deseos personales. Someterse a la voluntad Divina, es pues, tomar Consciencia de que todo lo que le sucede al hombre, está regido por la fuerza de la que él es una manifestación.

Mientras que al nivel humano la sumisión nos aparece como algo bien fundado, al nivel transcendente e intemporal, nivel en el que somos uno con Dios, no hay ni voluntad Divina, ni sumisión, ni universo, ni hombre.

Es exteriormente a la Pura Conciencia del Ser, donde el pensamiento Divino y la voluntad o designio que la dirige, se manifiesta bajo el aspecto fantástico de la película existencial.

Por medio de la sumisión a la voluntad Divina, la personalidad se armoniza con el universo, del que ella es una fracción.

Rechazar la sumisión es identificarse a nuestra personalidad humana, es encontrarse obligado a compartir las angustias y los deseos que ella segrega. Es olvidar que Dios, en su manifestación cósmica, es el autor de todos los acontecimientos vividos. Si permanecemos conscientes de esto, nuestra actitud se modificará radicalmente. A partir de entonces, desear intensamente esto o lamentar exageradamente aquello, será ofender al Dios manifestado. Será perder nuestra receptividad hacia él. Será ponerse en contra de la corriente del orden cósmico.

Debemos estar plenamente atentos a los acontecimientos vividos, pues en ellos, Dios manifestado habla al hombre y le transmite un mensaje: cada instante es, en su temporalidad, una creación del pensamiento Divino. Desear o temer exageradamente, deplorar, revelarse, es ser incapaz de comprender el sentido Divino de los acontecimientos que la existencia despliega delante de nuestros ojos. Pues para comprender la significación secreta de las cosas, hay que

silenciar el pensamiento, nuestros deseos y nuestras lágrimas. Hay que pasar a otra cosa. Hay que dejar de ver la existencia con la mirada limitada de la personalidad egoísta, tristemente aprisionada por lo que le parece agradable o desagradable, tristemente encerrada en sus pequeños proyectos, es sus pequeñas esperanzas. Hay que mirar la existencia con el ojo de una personalidad amplia, fuerte e intemporal.

Para esta individualidad que es nuestra naturaleza profunda, ningún acontecimiento de la película existencial puede representar una ganancia o una pérdida. No hay nada que ganar o que perder, tan sólo hay todo a contemplar.

Cuando miramos la existencia con un ojo transcendente, la existencia se convierte para nosotros, más allá de lo que para la personalidad humana aparece como positivo o negativo, en un diálogo con la manifestación cósmica de Dios. Así, por intuición, nos comunicamos directamente con Dios en su inefabilidad transcendente y por medio de la intuición dialogamos con las manifestaciones de su pensamiento. Tal es el sentido de la vida para quien sabe someterse y para quien, sabiendo someterse, es capaz de ver.

Por la sumisión, por la aceptación integral y sin reservas de la imprevisible y cambiante ilusionismo existencial, una paz inmensa y profunda se instala en nosotros. Nos damos cuenta de la dulzura de no desear nada, de no lamentar nada apasionadamente y de aceptarlo todo. Desde entonces, sabremos que lo que vendrá estará bien, será bueno y estará bendecido para nosotros.

La personalidad humana considera las cosas a partir de una escala dimensional y un punto de vista mucho más estrecho y limitado. De ello se deriva que, es incapaz de comprender el sentido de la marcha colectiva de las cosas, incapaz de captar la finalidad de su propia vida. Ahogándose en consideraciones superficiales, aferrándose a lo negativo, cuya finalidad positiva no sabe comprender, la personalidad humana se angustia. Busca desesperadamente soluciones, actúa febrilmente, se enerva cuando otras personalidades no comparten su opinión sobre algo que le parece vital. Sólo la vasta individualidad atemporal que reside en nosotros, sólo la Consciencia inmaterial, es capaz de ver lo bastante lejos.

Vivir al nivel de nuestra verdadera naturaleza que es la consciencia intemporal, es percibir el designio de la voluntad Divina expresada en los encadenamientos circunstanciales, así como someter nuestra personalidad humana a la aceptación gozosa de todos los acontecimientos.

Someterse al destino, que es una expresión de la voluntad Divina y una manifestación del pensamiento Divino, no significa adoptar una actitud perezosa en la existencia. No quiere decir no emprender nada, no luchar contra nada, no resistir a nada, utilizando engañosamente el argumento de la sumisión. No se trata de decirse: “Todo es el producto de la voluntad Divina, por lo tanto, yo no tengo nada que hacer, basta con dejar que las cosas se hagan solas”. Pues, si todo lo que existe material y psíquicamente es el producto del pensamiento Divino, dicho pensamiento Divino obedece a un determinismo bien preciso. Debido a esto, la pereza produce unas consecuencias bien precisas, mientras que la

actividad determinada produce otras. En cuanto a la voluntad Divina, si bien es cierto que nos empuja en una dirección determinada y que se manifiesta en múltiples acontecimientos, permanecemos libres de acompañar o de resistir la dirección marcada por la voluntad Divina y seguimos siendo responsables de nuestra interpretación correcta, de los avatares de nuestro destino.

Depende de nosotros distinguir las tentaciones de los signos que revelan la dirección a seguir. El distinguir lo que constituye un obstáculo que debemos superar para enriquecernos, de lo que representa una advertencia con respecto a un falso camino por el que nos hemos metido. El distinguir lo que tiene como fin probar nuestra determinación, de lo que tiene por objeto arrancar ciertas ataduras de nosotros.

Por lo tanto, es necesaria una cierta clarividencia espiritual. Esta clarividencia es proporcional a nuestro grado de sumisión.

El aprendizaje de la sumisión consiste en esforzarse, en toda circunstancia, por no decidir, juzgar o interpretar las cosas a partir del punto de vista del ego.

Pon todas las cosas en las manos de Dios y acepta por anticipado su veredicto. En todas las decisiones, sitúate ante la exigencia espiritual y haz de ella tu criterio. Permanece interiormente atento a la presencia Divina en cualquier acontecimiento y actúa según lo que ella te inspire.

Vemos pues, que la sumisión a la voluntad Divina no puede ser utilizada para justificar una pasividad resignada frente a la existencia.

Presupone interiormente un ejercicio de libre albedrío y una actitud activa, pues hay que ser activo para someter al ego y abrir la personalidad al influjo de la voluntad Divina.

La cuestión del libre albedrío debe ser comprendida claramente, porque es gracias a él, que podemos someternos: en tanto que hombre, somos un pensamiento de la mente Divina, pero este pensamiento no es un pensamiento estático, es un pensamiento dinámico que posee una autonomía relativa, enmarcada en los límites determinados por las leyes precisas, que gobiernan los movimientos internos de los contenidos de la mente Divina, Por lo tanto, depende de nosotros, por un lado, actuar con lucidez y desapego en lo que respecta a los acontecimientos cuya responsabilidad nos incumbe. Pero, por otra parte, debemos aprender a aceptar con sabiduría todo lo que no depende directamente de nosotros; ya se trate del resultado aleatorio de nuestras acciones o de la imprevisibilidad de los acontecimientos. Dos definiciones pueden aclarar esta actitud.

Contar con uno mismo para realizar tan bien como podamos lo que estemos haciendo y por otro, remitirse a Dios en su manifestación en lo que se refiere al éxito global de nuestro esfuerzo. Y esto sin prejuzgar lo que es realmente deseable, ya que un fracaso material puede constituir, en el marco de nuestra búsqueda espiritual, una cosa buena, ya sea porque nos impide tomar un mal camino, ya sea porque la asimilación de esta prueba constituye la posibilidad de una ganancia espiritual interesante.

Hacer de la adaptación a todos los acontecimientos nuestro principal objetivo y en el interior de cada contexto eventual, fijarse un designio particular.

Por otra parte, la aceptación de “todo lo que no depende de nosotros”, debe acompañarse de una actitud de receptividad expectante y clarividente, gracias a la cual, poco a poco, nuestro destino nos aparecerá como obedeciendo ocultamente a un querer iniciático con el cual tendremos a bien cooperar.

Tal es la actitud general, gracias a la cual el ejercicio consciente del libre albedrío, la aceptación pasiva del destino y la sumisión activa a la voluntad divina, forman una completa armonía.

Que quede bien claro que, en la sumisión a la voluntad Divina, la personalidad humana debe continuar actuando, emprendiendo, luchando y resistiendo, en función de lo que se le muestre como justo y necesario, desde una perspectiva espiritual.

Pero las acciones realizadas por la personalidad humana forman parte del escenario existencial contemplado por nuestra consciencia. Someterse es observar las acciones, los éxitos y los fracasos de la personalidad humana, con una mirada serena y desapegada.

La acción pertenece al dominio de la personalidad, la contemplación, al dominio de la consciencia. Somos actores y espectadores. Actores en nuestra apariencia, espectadores en nuestra realidad profunda. El actor debe jugar su papel y realizar las tareas que conlleva dicho papel. Por su lado, el espectador no debe identificarse con el actor, ni dramatizar su historia. Debe mirarlo con atención, vigilancia, simpatía y comprensión profunda. El espectador no debe preocuparse por el futuro del actor, hacerlo es estar identificado. El espectador permanece feliz con todo lo que sucede, su objetivo no es asistir a un tipo determinado de espectáculo, sino descubrir con asombro maravillado lo que el Divino autor del espectáculo le revela por medio del escenario existencial. Esto es la sumisión.

La sumisión no es una actitud innata. Es una actitud que debemos adquirir. No se trata de comprender o admirar dicha actitud, sino de trabajar diariamente para adquirirla. Quien se esfuerza, lo consigue.

APROXIMACIÓN A LA ILUSIÓN CÓSMICA

El mundo no tiene ninguna Realidad en sí mismo.

Vemos una silla. La silla es percibida por nuestros sentidos y la mente. Pero, en realidad, no existe una silla. Es una simple alucinación. Todo el mundo que percibimos es una creación de los sentidos, de la mente individual y de la mente Cósmica. El mundo es solo una fantasía puesta en el vacío. El mundo es una proyección alucinante, comparable a una sesión de cine. Percibimos cosas que creemos que son reales, pero que de hecho carecen de realidad. Todo esto, todo lo que se percibe es un engaño. Esta es la primera cosa que hay que entender.

Cuando hayamos comprendido esto y cuando esta comprehensión haya calado en nuestra sensibilidad y en nuestra vida diaria, alcanzaremos un profundo desapego. Es imposible apegarse a las cosas y a las personas cuando tienes el hábito de verlas como simples elementos de un sueño desprovisto de realidad. Es porque creemos que las cosas son reales, que nos apegamos a ellas. Cuando nuestra vida cotidiana se nos presenta como una fantasía alucinante desprovista de realidad, se instala en nosotros un inmenso vacío, el vacío del desapego integral.

Ya nada nos interesa. ¿De qué sirven todos estos gritos, todas estas palabras, todas estas formas y colores, todas estas sensaciones y sentimientos? ¿Para qué todos estos pensamientos? Nada de esto es real. Es solo una fantasía superpuesta al vacío de la Conciencia.

El mundo es ilusorio. Nosotros también, como hombres, somos ilusorios. La única Realidad es la Conciencia Testigo que percibe el cuerpo y los pensamientos del hombre. La Realidad es el vacío infinito de la Conciencia.

Nuestra vida, nuestros amores, nuestras decepciones y nuestras ambiciones, nuestra búsqueda espiritual, todo esto no tiene realidad. Es, simplemente, el escenario de la fantasía alucinante que percibimos. No hay verdad en todo esto. La única Verdad es lo que realmente somos, la única Verdad es la Conciencia eterna que es el espectador de esta fantasmagoría ilusoria que llamamos vida humana.

Debemos vivir esta comprensión. Debemos sentir como se derrumban todas nuestras esperanzas, todas nuestras ambiciones, todos nuestros deseos, todas nuestras creencias. Es una etapa importante que nos hace conscientes de una gran repugnancia y de una gran renunciación. Esta es la muerte del viejo hombre.

Cuando sabemos que todo lo que percibimos es ilusorio. Que todo lo que podamos pensar es inútil. Somos proyectados al vacío de la Consciencia que es lo único que permanece.

Tienes que sentir que la Consciencia es la única Realidad. La Consciencia infinita que siempre permanece idéntica a sí misma, y que no puede perder ni adquirir nada. Todo lo demás es solo una ilusión y una fantasía coloreada, que cruza transitoriamente el campo de esta Consciencia eterna. Debemos sentir que somos esta Consciencia Única,

vacía de todo tipo de contenido. Sentir eso es un nuevo nacimiento. Es la resurrección que sigue a la muerte del viejo hombre.

No pienses que puedes evitar la dolorosa etapa en la que abandonarás tu comprensión de todo lo que existe. Tienes que saberlo por experiencia: el vacío de la Consciencia es la única Realidad, el mundo es solo una ilusión, que está muerta ante a ti.

Cuando sabes que el vacío es la única Realidad. Cuando sabes que eres el vacío sin fin. Cuando nos hemos acostumbrado a contemplar este vacío, que es nuestra verdadera naturaleza, y que permanece inmutable tras los fenómenos evanescentes del mundo. Estamos muertos frente a nuestras viejas ilusiones y nuestras identificaciones erróneas.

Habiendo entendido esto, podemos preguntarnos de dónde viene esta fantasía ilusoria que llamamos mundo. Le hemos negado al mundo cualquier realidad, hemos dicho que el mundo es solo una ilusión, pero no hemos dicho que esta ilusión no exista. Hay una fantasía alucinante y una ilusión en este mismo momento en el que percibimos la forma del cuerpo del hombre y del mundo.

Al declarar que el mundo es una ilusión, analizamos la naturaleza del mundo. No estamos diciendo: "El mundo no existe". Lo que decimos es: "La naturaleza del mundo es ser una ilusión, en cuanto a esta ilusión, ella existe como tal".

El mundo es ilusorio porque no tiene naturaleza propia. Es, como hemos dicho, una simple alucinación producida por la mente y los sentidos individuales. Lo que percibimos es una mentira. Los árboles, los ríos, el sol y las personas que vemos no tienen realidad aparte de la alucinación dentro de la cual los miramos.

La pregunta ¿de dónde viene el mundo?, ya no significa para nosotros ¿de dónde viene esta realidad que llamamos mundo?, sino ¿de dónde viene esta alucinación e ilusión que llamamos mundo?

La respuesta es la siguiente: es el pensamiento divino el que da forma a la alucinación del mundo. El mundo no tiene realidad en sí mismo, porque es una proyección subjetiva de la mente divina. La mente divina engendra la mente cósmica, que a su vez engendra la mente individual.

No podría ser de otra manera. Dios es Puro Espíritu. Ahora bien, un puro Espíritu no puede materializar el sol, si esta materialidad del sol no existe, el sol es solo un elemento de la alucinación colectiva engendrada por el pensamiento Divino.

La mente Cósmica piensa el sol y el sol es percibido. Pero el sol no tiene existencia en sí mismo, no tiene realidad aparte del pensamiento que lo produce y que lo convierte en una alucinación para nosotros. Por lo tanto, el mundo es solo un ensueño, una fantasía del pensamiento Divino puesto sobre el vacío.

El primer pensamiento Divino es el pensamiento del Verbo, es el pensamiento de la Energía Divina. Todo lo demás, que se nos aparece como el Cosmos, es solo el desarrollo de este primer pensamiento.

Dios en su Trascendencia y el Verbo son Uno e inseparable, como la cara y el reverso de una moneda.

El Verbo brota del vacío de la Pura Conciencia. El Verbo es el pasaje de lo no manifestado a lo manifestado. En el Verbo, Dios que en su estado de Consciencia Pura estaba inactivo, se vuelve activo.

El mundo es, por lo tanto, la manifestación de Dios. Esta manifestación es real. El mundo es irreal.

Esta manifestación es real, porque, de hecho, existe una alucinación llamada mundo, generada por el pensamiento Divino.

El mundo es irreal porque nada de lo que percibimos realmente existe. Todo no es más que una producción ilusoria del pensamiento Divino.

Entonces tenemos dos formas de ver el mundo. Podemos considerarlo como una ilusión desprovista de realidad, y podemos considéralo como una manifestación de Dios. Las dos formas de ver son complementarias, porque el mundo es una ilusión y esta ilusión es una manifestación de Dios.

Este maravilloso universo no es otra cosa que una fantasía gratuita e ilusoria formada por el pensamiento Divino, cuyo pensamiento es Dios manifestado.

Dios en su aspecto manifestado es la totalidad de las cosas que vemos. Lo que vemos no tiene una realidad objetiva, es una simple producción subjetiva del pensamiento Divino. El pensamiento Divino es pensamiento consciente, por lo tanto, todo lo que Dios piensa está impregnado de Consciencia. La presencia de esta Consciencia trascendente en todas las formas imaginadas por el pensamiento Divino, constituye la inmanencia Divina o la presencia en todo de la Realidad trascendente de Dios.

Por lo tanto, debemos llegar a una doble comprehensión. El mundo es tanto una manifestación, como una ilusión de Dios.

La naturaleza del mundo es ser una ilusión. Esto debe ser comprendido para lograr el desapego. Pero, esta ilusión es una Manifestación de Dios. Debes entender esto para aceptar el mundo y al mismo tiempo permanecer desapegado.

Durante el tiempo que me queda de vivir en la tierra, acepto percibir la totalidad de las fantasías que llamamos una vida humana, lo acepto, porque sé que estas fantasías son la manifestación de Dios.

Esta aceptación es una aceptación alegre y asombrada. Aquí es donde termina nuestra búsqueda.

APROXIMACIÓN AL CONOCIMIENTO DE DIOS

Es a través de Dios que Dios puede ser conocido.

Como humanos, nos es imposible conocer a Dios, sino es a través de los espejos deformantes y limitantes de la mente.

Como pura Consciencia, nos es posible conocer verdaderamente a Dios.

La pura Consciencia, que constituye la quintaesencia de nuestra individualidad, es la pura Consciencia del Ser Divino. La naturaleza de estas dos consciencias es idéntica, pues sólo existe una única consciencia, que impregna la Creación y la transciende. Para imaginar esta verdad, se ha dicho que estamos hechos a imagen de Dios. Y en efecto, es por la presencia de Dios en nosotros, por lo que Dios puede ser conocido. Es por la pura Consciencia individual, que se puede conocer la Conciencia del Ser Universal.

Nuestra esencia, que es pura Consciencia, es idéntica a la naturaleza de Dios, que es la pura Consciencia del Ser. Al nivel de la Esencia somos uno con Dios. Al nivel de la manifestación cósmica, somos un foco de consciencia individual, encendida en la Consciencia del Ser.

Dado que no hay más que una Consciencia, la del Ser Divino, y que esta Consciencia es de una forma fragmentaria nuestra Consciencia, Dios puede ser conocido por el hombre.

Cuando la Consciencia individual establece su atención en la percepción del mundo, de una forma exclusiva en relación con la Transcendencia, estamos en estado de pecado, y nos encontramos separados de Dios.

Cuando la Consciencia individual establece su atención en la contemplación de Dios, estamos liberados del pecado, entramos en el reino de Dios y participamos de su gloria en una unión beatífica.

En consecuencia, debemos concentrar nuestra atención en la omnipresencia del Ser Divino. Esta concentración de la atención en Dios debe llevarse a cabo en todo momento, en la vida cotidiana. Debemos instalar esta concentración como un hábito estable, una práctica regular sin sufrir grandes interrupciones. Esta concentración de la atención en Dios no requiere aislamiento. Su realización no debe impedirnos llevar a cabo nuestras tareas habituales.

No confundamos la concentración de la atención, con la concentración del pensamiento. Se trata de orientar la atención hacia la Realidad Transcendente, para provocar el estado de consciencia particular que acompaña la percepción de esta Realidad. Concentrar el pensamiento en Dios sería pensar en Dios, es decir, mantener de manera fija o, de lo contrario, repetir indefinidamente esta o aquella concepción de Dios. Evidentemente, no se trata de eso.

Concentrar la atención en Dios es, independientemente de las acciones realizadas, y más allá de las palabras y de los pensamientos,

contemplar silenciosamente la inefable y constante presencia del Ser en sí. Contemplar, es decir, permanecer consciente de esta Suprema Realidad. Debemos permanecer Despiertos a esta presencia y no sucumbir en la inconsciencia de la Transcendencia. Esta inconsciencia sobreviene cuando la atención, cautivada por la fantasmagoría del mundo fenomenal, le vuelve la espalda a Dios.

Mediante la desidentificación y el desapego rompo los lazos que encadenan mi atención a la individualidad humana y al mundo en el que ésta evoluciona. Por medio de la concentración de mi atención en lo inefable, que se encuentra detrás de la manifestación fenomenal de las que me desidentifico y me desapego, arraigo mi individualidad en la percepción disolvente de la Realidad Divina.

Cuanto más intensa y lúcidamente percibo a Dios, más fácilmente olvido mi individualidad. Cuanto mayor es el olvido de mi individualidad, más se disipa la ilusión sobre la que descansaba su existencia.

Sólo después de haber sobrepasado completamente la noción del yo individual, podremos unirnos místicamente con Dios.

Cuando Dios se nos aparece como la única Realidad, todo el resto no es más que un sueño pasajero. Entonces, cuanto más conozco a Dios, más me doy cuenta de la inexistencia de una realidad individual. En verdad, existe la ilusión de una entidad individual, pero no existe la realidad de una entidad individual.

Por lo tanto, conocer a Dios es perder nuestra vida individual. Es perderla al disipar la ilusión de su existencia, y al darnos cuenta de que solo Dios ES.

Perder nuestra vida individual a través del Conocimiento de Dios, es vivir en Dios. De esta forma, intercambiamos la tierra por el oro. Perdemos lo individual y lo impermanente, para encontrar lo universal e inmutable.

Quien pierde por Dios el sentimiento de su vida terrestre, encuentra en Dios la percepción de la vida Divina.

Percibid el mundo fenomenal, pero no dejéis que vuestra atención quede atrapada por las percepciones, las sensaciones, los sentimientos y los pensamientos que surjan. Contemplad a cada instante el extraordinario milagro y la fantástica maravilla de la Divina presencia. Que la muerte sea para vosotros el fin de una limitación y un aumento de la eterna percepción transcendente en la que quedará sumergida tu atención.

En el silencio, ve hacia el silencio.

En la alegría, ve hacia la alegría.

En la intemporalidad, ve hacia lo intemporal.

En el más allá de todo, ve hacia el más allá de todo.

APROXIMACIÓN A LA UNIÓN MÍSTICA

El ser humano está compuesto de una personalidad que no es más que un conjunto temporal de componentes materiales y psíquicos, y además, de una consciencia individual, es decir, de un alma inmutable, que es el Yo supremo de cada uno, y que participa plenamente en la intemporalidad bienaventurada del Absoluto, de quien es una faceta inafectada por las vicisitudes de la existencia.

El hombre se encuentra inmerso en la ignorancia, ignorancia que le hace creer: soy este hombre que vive, que piensa, que actúa. Al identificarse con el hombre, la consciencia se ata a los goces efímeros que éste experimenta. Por esta atadura, esta sed de vivir, este miedo a la muerte, el hombre se encuentra encadenado al ego y desconoce su verdadera naturaleza. Por lo tanto, la realización espiritual consiste en romper las ataduras que aprisionan la consciencia, en disipar la ilusión de la que es presa y en conocer nuestra unidad con el Absoluto.

Es fundamental comprender que no somos el hombre. Nuestro verdadero yo, nuestro yo supremo, es parte indisociable del Absoluto, del Espíritu Divino, eterno contemplador y Señor del universo. Por lo tanto, debemos llegar a trascender la consciencia del ego, para vivir al nivel de nuestra verdadera naturaleza, que es la Consciencia Divina.

Tal es el objetivo de la realización espiritual, hacia el cual tienden todas las religiones y por la cual conoceremos las inmensidades de la beatitud.

Las pasiones y los temores encadenan nuestra consciencia a la condición humana. Debemos lograr un desapego completo de las cosas terrenales.

Cuanto más poderosas son las pasiones, los deseos y los apetitos del individuo, más fuertemente se identifica la conciencia al ego, más se adhiere a la materia, ciega a las realidades supremas, y más difícil es para ella lograr la unión transcendental con el Absoluto. El camino de la unión mística, por lo tanto, empieza con el desapego, pero el desapego por sí solo no es capaz de resolver el escollo más temible, el egoísmo. Es a través del amor, el amor del Señor, el amor a los demás y el don de nosotros mismos que podemos disipar la nube negra del egoísmo. Es inútil pensar en liberar nuestra consciencia de las ataduras del ego, mientras este ego siga conociendo la inflamación pletórica que es el egoísmo.

¡Y qué decir del orgullo! Al igual que el egoísmo, es una obesidad del yo. Esto se entiende fácilmente: en el orgullo la individualidad no se contenta con identificarse erróneamente con el ego humano, ¡se glorifica de esta identificación! Así se alcanza el colmo de lo absurdo.

Debemos desprendernos de los contenidos del ego para poder superarlo y dejar de identificarnos con él, para identificarnos con nuestra verdadera naturaleza que es la consciencia intemporal del Ser Divino. Al identificarnos con nuestra verdadera naturaleza, descubrimos el carácter transcendente de nuestra esencia.

Un grave error que puede cometerse cuando se ha percibido intuitivamente el carácter transcendente de nuestra naturaleza última, consiste en considerarla como una especie de superego en el que se encontraría nuestra personalidad magnificada e inmortalizada. Aquél que se imagina esto puede acabar en un culto a un yo deificado, y atribuirse dialécticamente las prerrogativas del Espíritu Eterno, declarando: "Yo Soy Dios". Nada mejor para hinchar el ego humano con una importancia desmesurada y bloquear todo camino hacia la verdadera realización espiritual. La cual no consiste en sentarse sobre un trono teológico, sino en avanzar hacia el renunciamiento interior progresivo, gracias al cual lo superficial deja de ocultar a lo original.

Es cierto que somos Dios, o más bien, nuestra verdadera naturaleza es idéntica e inseparable de la de Dios. Pero nada de lo que somos en tanto que hombres es Dios. Todos los elementos que componen el yo humano son la resultante de diversos procesos que derivan del dominio de la naturaleza, y todos ellos son impermanentes.

Esto es así, no sólo para los aspectos físicos, sino también para los elementos psicológicos y psíquicos, para los pensamientos, los sentimientos y las aspiraciones. La personalidad no es más que un ensamblaje pasajero que no contiene nada que sea eterno, y está absolutamente vacía de nuestra verdadera naturaleza. En nuestro yo supremo ningún rastro del yo humano, ningún rastro del que escribe, del que lee. Ningún rastro de las tendencias, gustos, aspiraciones y actitudes características que componen la personalidad.

En la Transcendencia de nuestra verdadera naturaleza, no queda sitio para una especie de personalidad sobrehumana, dotada de poderes y de atributos extraordinarios. Transcendencia significa más allá de toda clase de calificación y, por lo tanto, más allá de todo individualismo, sea sobrehumano o super-sobrehumano. Precisamente porque nuestra naturaleza individual última, supera toda calificación personalizada, que ella es una con la naturaleza eterna, universal, intemporal y trascendente de Dios.

Unidad no quiere decir equivalencia. Nuestra consciencia es indisociable de la Consciencia de Dios. Su naturaleza es idéntica, pero nuestra consciencia no es la consciencia Divina en su totalidad. Nuestra consciencia es Dios en tanto que fragmento. La naturaleza de un fragmento es idéntica a la naturaleza de la Totalidad, pero Dios engloba y sobrepasa la totalidad de los fragmentos de consciencia, o si se prefiere, la multitud de focos de consciencia individualizados que contiene intrínsecamente.

La prueba de esta no equivalencia se encuentra en el razonamiento siguiente: si mi consciencia fuera la de Dios, en lugar de ser simplemente indisociable de la consciencia Divina, yo percibiría la totalidad del universo. Pero lo que yo percibo, de lo que yo tengo consciencia, no es más que de un fragmento del universo. Yo soy pues consciencia individualizada, mientras que Dios, que percibe la totalidad del universo, es consciencia universal.

Yo soy uno con el Ser divino al nivel de mi esencia, pero soy distinto de Él al nivel de mi individualidad.

En nuestra esencia transcendente, somos el Ser Divino y no lo sabemos.

Debido a esta ignorancia metafísica estamos separados de Él, inconscientes de su Realidad.

La iniciación y el trabajo espiritual de cada uno disipa esta ignorancia. Por la disipación de la ignorancia, la inconsciencia transcendental es reemplazada por la Consciencia transcendental. Por la disipación de la ignorancia, la separación metafísica, a causa de la cual el hombre estaba de alguna forma exiliado de su origen, es reemplazada por la unión mística, y así, la grieta que separaba a la parte del todo, se encuentra colmada.

Desde otro punto de vista, nuestra unión con Dios es algo ya realizado. Estamos, estaremos y siempre hemos estado unidos a Él, ya que todo es inseparable de Dios.

Por lo tanto, realizar la unión mística no es crear un nuevo estado de ser. Realizar la unión mística, es tomar consciencia de la existencia de esta unión inalterable. Ahora bien, al tomar conciencia de su existencia, a nuestro nivel, la hacemos efectiva. Pues, si no somos conscientes de la indisociable unión que nos une con Dios, esta unión no existirá para nosotros.

APROXIMACIÓN A LA PROFUNDIDAD INTERIOR

En todo momento, percibes, pero te confundes con lo percibido. Despertarse, es sentir interiormente que eres el que percibe el mundo, el cuerpo, los pensamientos y los sentimientos.

Si en el mismo instante sientes a aquel que en ti percibe los contenidos del momento, experimentas la Consciencia vacía de contenido.

Los contenidos de la Conciencia aparecen, desaparecen y cambian constantemente sobre la superficie de uno mismo. Así, la superficie de la Consciencia contiene las percepciones del mundo y del hombre, mientras que la profundidad de la Consciencia permanece siempre vacía de contenido.

Sentir la profundidad de tu Consciencia es sentir lo que permanece en silencio en tu interior, mientras hablas. Sentir lo que permanece intangible mientras caminas, te sientas o coges algo con las manos. Sentir lo que se esconde detrás de las agitaciones del pensamiento. Sentir lo que es sin forma, sin olor, sin sabor, sin color y sin ruido, mientras que percibes el mundo exterior.

La profundidad de tu Consciencia es tu "YO" trascendente, distinto del yo psicológico compuesto de pensamientos, sensaciones, impulsos, aspiraciones...

En cada instante, puedes sentir "yo soy". Este "yo soy" es Dios que se define a sí mismo como "El que es". Este "yo soy" es la profundidad de la Consciencia pura y vacía de contenido.

Para experimentar el Despertar, olvida la palabra Dios, ya que solo puede molestar trayéndote al dominio del pensamiento y no al dominio del sentimiento interior. No pienses en Dios, ni en todos los conceptos evocados por esta palabra. Solo siente por el momento "yo soy". Percibe tu presencia, tu existencia. Es una sensación sutil, pero accesible para todos.

Después de sentir “yo soy”, añade: “Yo soy el espectador de todo lo percibido". No lo digas solo mentalmente, siente que, de hecho, en este mismo instante, percibes el mundo exterior, el cuerpo sentado y el hombre que piensa...

Después de sentir esto, concentra tu atención en la presencia del que percibe. Así desembocarás en la frescura interior de las profundidades vacías, silenciosas e inmateriales de la Consciencia.

La profundidad de la Consciencia es el Testigo eterno del mundo. En el mismo instante, instálate en la posición de Testigo.

Una y otra vez, en el interior de cada jornada, instálate en la posición de Testigo, mientras el hombre continúa actuando.

Cuando tengas la costumbre de hacer esto, te darás cuenta de que la Consciencia Testigo permanece por siempre inmutable. Entre tu despertar actual y el despertar que tuviste hace tres días o hace un mes, no hay ninguna diferencia.

Lo que eres en tu profundidad inmaterial, en este instante, siempre permanece idéntico. Sientes esta profundidad hoy, la sientes mañana: siempre hay la misma plenitud inmaterial.

Es importante hacer esto: constata día a día, donde sea que esté el cuerpo, que permaneces sin forma y sin movimiento. Esto es así, porque cualquier modificación se relaciona con lo percibido que llena la superficie de la Consciencia, y no con la profundidad inmutable de esta Consciencia eterna.

Día a día, recuerda tus despertares anteriores y constata que la profundidad permanece inmutable. No aceptes el concepto de inmutabilidad, constata la realidad interior de tu inmutabilidad.

Habiendo constatado esto, analiza lo que sucede en el sueño profundo. Después de soñar, dejarás de soñar y no habrá nada. Esto significa que la superficie ha desaparecido. Solo la profundidad vacía de contenido permanece.

Cuando te duermas, mantente muy atento. Mira como entras en los sueños, que no son más que una modificación de los contenidos de la superficie. Mira cómo se detienen los sueños…

Tan pronto como te despiertes, presta mucha atención. Siéntate en tu cama y recuerda el vacío, el agujero del sueño profundo. Hazlo hasta sentir que el vacío del sueño profundo permanece dentro de ti en este momento. La única diferencia es que ahora, en la superficie, se añaden las percepciones del mundo y del hombre.

Cuando hayas logrado sentir esto regularmente, el sueño profundo ya no será una ruptura para ti. Sentirás que tu Ser profundo permanece igual en la vigilia y el sueño profundo. Todas las modificaciones solo existen en la superficie.

A partir de entonces, puedes abordar el problema del nacimiento y la muerte. ¿Qué es el nacimiento? La aparición de la superficie que continúas percibiendo en este momento. Por lo tanto, lo que se llama nacimiento humano no es otra cosa que la aparición de un tipo específico de percepciones en la superficie de la Consciencia. De hecho, la Consciencia nunca nació. Lo que tiene un nacimiento son las percepciones específicas que constituyen lo que se llama la condición humana. Esta condición no existe fuera de estas percepciones. La condición humana no es una realidad como condición de existencia. Hay una especie de percepción especial llamada vida humana, punto. Nadie se encarna. Eres eternamente el espectador y la Consciencia inmaterial. Es dentro de estas percepciones que constituyen una vida humana, donde aparecen las nociones mentales de ignorancia y realización espiritual. Por lo tanto, nunca naciste, nunca intentaste realizarte espiritualmente, nunca dejaste de ser la Consciencia vacía de contenido.

La muerte es el final de un tipo específico de percepciones y el comienzo de otro tipo de percepciones. Sin embargo, lo que eres es el Testigo de todas las formas de percepciones que desfilan en la superficie de tu Consciencia.

Como Cristo, puedes decir: "Antes de que Abraham fuera, yo era". Para Abraham, el hombre que lee estas líneas y el mundo entero, no son más que secuencias específicas de percepciones, que aparecen en

diferentes puntos de la inmensidad inconmensurable de la pura Consciencia, que es tu Naturaleza real.

Date cuenta de tu atemporalidad y deja que el resto se derrumbe.

APROXIMACIÓN A LA PROMISCUIDAD DIVINA

Dios habita en mi, pues es mi consciencia. Esta consciencia inalterable y sin límite, que en mi percibe los tres estados de vigilia, de sueño y de sueño profundo, es Dios. Yo en tanto que hombre, soy el cuerpo, los sentimientos y los pensamientos percibidos por esta Divina Consciencia Testigo. La devoción que no puede cumplirse más que con el cuerpo, los sentimientos y los pensamientos del hombre, es una actividad que el hombre dirige a la consciencia que mora en él. Esta Consciencia Testigo inafectada por los actos, las percepciones, los sentimientos y los pensamientos del hombre, permanece por siempre accesible, bienhechora e inactiva, pues si bien ella percibe todo, ella no participa en nada. Ninguna percepción o acción humana la contamina o la refuerza en su esplendor. Esta consciencia que en mi percibe todo, es la Consciencia de Dios que penetra y habita todas las formas de vida. De esta forma, Dios es lo más cercano a mí, puesto que Él es mi propia consciencia. Él es mi existencia misma, porque sin consciencia no existo. Es en Él y por Él, que yo existo. Si Él me retirase su Consciencia, me hundiría en la nada, porque al no percibir nada más, dejaría de existir. Si el hombre siente que existe, es porque percibe el mundo gracias a su cuerpo, y percibe el cuerpo mismo, así como sus pensamientos y sus sentimientos, pero todas estas percepciones solo son posibles gracias a la Consciencia, por lo tanto, gracias a la presencia de Dios en él, el hombre tiene la sensación de experimentar su existencia. Sin Consciencia, la individualidad viviente no existe. Toda percepción, todo acto, todo pensamiento, todo sentimiento se experimenta solo gracias a la presencia Divina en nosotros. Toda experiencia reposa sobre esta Presencia Consciente. Si la Consciencia se retira, en seguida se desvanece el sentimiento individual de existencia, las percepciones del mundo, del cuerpo, de los sentimientos y de los pensamientos. El hombre debe, pues, comprender el estado de dependencia total en el que se encuentra en relación con Dios.

Se dice que la Consciencia Divina no solamente percibe en nosotros los estados de vigilia y de sueño, sino también el estado de sueño profundo, si bien el sueño profundo es para el hombre un estado de inconsciencia, pues esta inconsciencia no existe más que a nivel humano. Ella es la consecuencia, al nivel del hombre, de una ausencia de percepción del mundo, del cuerpo, de los sentimientos y de los pensamientos. Para la Consciencia Divina que nos habita, esta ausencia de percepción es la percepción de un vacío. Así pues, la Consciencia Divina que nos habita, es el testigo de las percepciones del estado de vigilia, del sueño con ensueños, y del vacío del sueño profundo. Estos tres estados de consciencia desfilan delante de su inmutabilidad inafectada. Para nosotros, los hombres, el sueño profundo es semejante a la nada, pues no se encuentra en él ninguno de los elementos que conforman nuestra existencia. No hay cuerpo, que permita la percepción del mundo, ni sentimiento, ni pensamiento. Así, este estado, que es una

nada para nosotros, no afecta a la inmutable Consciencia que en él contempla el vacío, de la misma manera que contemplaba los sueños, el mundo, así como nuestros pensamientos y nuestros sentimientos en los otros dos estados. Por lo tanto, es absolutamente exacto que Dios me ve en todo momento, pues en verdad es gracias a Él, a su Consciencia, que yo mismo me veo, percibo y conozco toda cosa.

La Consciencia Divina que está presente en mí, es la forma en la que Dios manifiesta su inmanencia. Porque Dios no solo se contentó con crear el mundo, también llenó el mundo con su Presencia. Pero sería un error limitar la Realidad Divina a la inmanencia, pues si la Consciencia Divina habita todas las formas de vida, también permanece más allá de todas las formas de vida. En verdad, el universo es comparable a una gran esponja arrojada en el océano. Cada alvéolo de la esponja es una forma de vida, y el agua del océano representa la Consciencia Divina. Esta Consciencia en su aspecto transcendente, es la inmensidad del agua alrededor de la esponja. Esta misma Consciencia en su aspecto inmanente y omnipenetrante, es el agua que se encuentra en el interior de la esponja y de todos los alvéolos que ella contiene.

Es pues la misma agua de la Consciencia Divina la que constituye el océano de lo Absoluto y la Consciencia Testigo presente en todas las formas de vida.

Así pues, Dios no es omnisciente porque almacene en alguna parte la Totalidad de los Conocimientos. Es omnisciente porque Él es la Consciencia Testigo presente en cada ser, y esta Consciencia Testigo conoce todo lo que es conocido en todas las formas de vida de todos los universos.

Para comprender lo que es la presencia Divina en nosotros, es importante no confundir la Consciencia Divina, que, aunque testigo de todos los contenidos, es en ella misma Pura Consciencia vacía de todo contenido, con la consciencia de esto o aquello. Cuando se dice: “Yo soy consciente de esto o aquello”, se indica, con esta forma de hablar, que se percibe esto o aquello, pudiendo ser la percepción sensorial o psicológica. ¿Por quién se realiza esta percepción? Se lleva a cabo por la Consciencia. Pues esta Consciencia es distinta de lo que ella percibe. Es siempre la misma Consciencia que es testigo de un flujo cambiante de percepciones diversas. Tener consciencia de un sonido, es pues percibir un sonido gracias a la Consciencia. Pero la Consciencia y el sonido siguen siendo, de hecho, dos realidades distintas, el sonido es impermanente, mientras que la Consciencia existía antes y después del sonido. Es la misma Consciencia la que percibe la multiplicidad evanescente de todas las categorías de percepciones. Es por eso por lo que, aunque no es posible la percepción sin la Consciencia, la Consciencia, en ella misma, está virgen de toda percepción. Además, en esta virginidad desnuda y esencial permanece en el estado de sueño profundo. Es en esta misma vacuidad que ella está por siempre en su aspecto Transcendente, más allá de las percepciones del mundo. Siendo la Consciencia una totalidad homogénea e indivisible, nada separa la Consciencia inmanente presente en una forma de vida de la Consciencia Transcendente en su Totalidad. Hay entre estos dos aspectos de la Consciencia Divina, la misma relación que hay en un lago, entre la

superficie y la profundidad. La Consciencia Testigo que nos habita es una ola, en un punto del tiempo y del espacio sobre la superficie sin fin del océano de la Consciencia Divina.

Esta Consciencia, que en este mismo instante percibe este libro, ¿de quién es? El hombre dice: “Es mi consciencia”. Al decir esto, se apropia ficticiamente de lo que le pertenece a Dios. Por esta apropiación ilusoria, niega la Realidad Divina en él y, erróneamente, se apropia abusivamente del lugar de Dios. Habiendo negado la presencia Divina en ellos mismos, algunos extraviados son, en seguida, conducidos a buscar a Dios fuera de ellos. En realidad, la consciencia que percibe este libro, es la Consciencia Divina, que es la sola y única Consciencia. Esta única Consciencia es la Consciencia del Ser en sí, que no es otro que Dios.

Hemos dicho que el hombre no es otra cosa que el conjunto formado por el cuerpo, los sentimientos, y los pensamientos. ¿Cómo este conjunto puede atribuirse la propiedad de la Consciencia que los percibe? Consciencia que es el sujeto que percibe, y para el cual son simples objetos de percepción. Tal es, sin embargo, el absurdo que se comete, cada vez que alguien dice o piensa: “Mi consciencia”. ¿Por quién es cometido este error de atribución? Por el pensamiento. Es pues el pensamiento, simple objeto de percepción para la Consciencia que atribuye ilusoriamente la propiedad de la Consciencia al yo humano. Sobre esta atribución absurda e ilusoria descansa la existencia del ego, que consiste en imaginarse que es una entidad autónoma e independiente, dotada de Consciencia. En realidad, lo que somos al nivel humano, es simplemente el conjunto formado por el cuerpo, los sentimientos y los pensamientos. Este conjunto está desprovisto en sí mismo de consciencia. La Consciencia que revela y manifiesta la existencia del compuesto humano, es la Consciencia Divina.

El compuesto humano está pues en un estado de dependencia absoluta de la Consciencia Divina. Es de ella, por ella y en ella que, de segundo en segundo, obtiene su existencia. Pues en la ausencia de Consciencia, ¿cuál sería nuestra experiencia del mundo y de nosotros mismos como hombres? La humildad, que resulta de una visión justa de la Realidad, consiste en decir: como hombre no soy nada más que este cuerpo, estos sentimientos y estos pensamientos. Es gracias a la Consciencia de Dios, que permanece en mí, que yo conozco mi propia existencia y la del mundo. Es el soporte de toda mi vida, y si este soporte desapareciera por un momento, me hundiría en la nada. Gracias a él, yo existo. Por él son dadas mi propia vida y todas las experiencias del mundo. Atribuirse la Consciencia es para el hombre un acto luciferino por el cual se imagina ser independiente de Dios.

A la pregunta: ¿Quién soy yo como hombre? La respuesta metafísica correcta es: “Nada más que el conjunto impermanente del cuerpo, los sentimientos y los pensamientos”. Pero si me hago la pregunta: “Yo que en este mismo instante me siento existir, ¿soy el cuerpo, los sentimientos y los pensamientos?”. La respuesta que surgirá será: “Yo no soy ni el cuerpo, ni los sentimientos, ni los pensamientos, pues ellos son para mí simples objetos de percepción”. El contenido de esta respuesta resulta del hecho de que, al hacer este tipo de pregunta, uno se identifica automática e implícitamente con la Consciencia

Testigo, pues es de esta Consciencia Testigo que proviene el sentimiento de existencia, que no es otro para la Consciencia que la sensación de existir en tanto que Consciencia que percibe. Entonces, ya que el hombre no es más que el cuerpo, los sentimientos y los pensamientos, el alma humana está compuesta por los pensamientos y los sentimientos, pero mi identidad real no es el hombre, sino la Consciencia Testigo que percibe, Consciencia Testigo que no es otra que la Consciencia Divina.

Es necesario distinguir con claridad el "yo" humano que se refiere al cuerpo, a los sentimientos y a los pensamientos, del "Yo" o "Sí" Transcendente que es nuestra verdadera identidad, identidad que es la de Dios.

En la medida en que me identifico al hombre o considero que el cuerpo, los sentimientos y los pensamientos humanos son míos, una distancia inconmensurable me separa de Dios. Él es el Maestro y el Creador, yo soy el servidor y la criatura. Pero en la medida en que sé y siento, con todas las consecuencias y la constancia que esto implica, que no soy ni el cuerpo, ni los sentimientos, ni los pensamientos, entonces soy indisociable de Dios. Mi Consciencia es Su Consciencia, mi Sí, mi identidad, son Su Identidad. Mi naturaleza y mi realidad es Su Naturaleza y Su Realidad. En el primer caso, mi vía es la devoción; en el segundo, mi finalidad es la del Conocimiento metafísico, de la Gnosis. Algunos se limitan a la devoción, otros pasan de la devoción a la Gnosis, y otros incluso, acceden a la Gnosis sin pasar por la devoción.

Una vez que la Gnosis es adquirida, ¿es posible la devoción? ¡Lo es! Pues el Conocimiento que resulta del hecho de sentirse ser la Consciencia infinita y eterna no suprime la existencia del cuerpo, de los sentimientos y de los pensamientos de este hombre. Por lo tanto, está claro que la devoción, la sumisión y el servicio son para el cuerpo, los sentimientos y los pensamientos que componen este hombre; mientras que el Conocimiento Eterno es para nosotros, que somos la única Realidad y la única Consciencia, permanecer en su eternidad dichosa. Al mismo tiempo, es posible sentirse ser el Maestro que observa el trabajo del servidor. En el mismo instante, es posible sentirse ser la Consciencia Divina que contempla la oración del hombre. Realizar a la vez la Gnosis y la devoción, tal es la Realización integral que engloba la Transcendencia y el hombre.

Para el hombre no hay nada más elevado que la sumisión, el amor y el servicio de Dios. Pues el hombre jamás se convierte en Dios. Por siempre, el hombre compuesto de cuerpo, sentimientos y pensamientos es una criatura minúscula. Es totalmente erróneo imaginarse que el gnóstico es un hombre que se convierte en Dios o se identifica con Dios. El gnóstico es alguien que disipa un error y una ilusión, dándose cuenta de que nunca ha sido un hombre, y que, desde siempre y por siempre, ha sido la Consciencia única presente en el hombre.

¿Pero quién es ese "alguien"? ¿Quién es el gnóstico? ¿Es un hombre o es un Dios? ¿Y dónde se sitúa la Gnosis? ¿Dónde se sitúa su contrario, la ignorancia, en el hombre o bien en Dios?

Hablar de un gnóstico es forzosamente hablar de una criatura. Hablar de la obtención de la Gnosis, es forzosamente hablar de algo que está unido a la historia individual. Así, la Gnosis y la ignorancia se

sitúan en el hombre. Lo mismo que el pensamiento humano puede identificarse con el hombre y atribuir falsamente al hombre la Consciencia que lo percibe, el mismo pensamiento humano puede desidentificarse del hombre e identificar el "yo" a la Consciencia Testigo. Sin embargo, la Gnosis no es solo el resultado del pensamiento especulativo, el pensamiento especulativo es solo un soporte que permite un sentir y una experiencia humana que es el verdadero Conocimiento. Observemos además que algunos, más orientados hacia la práctica de la interiorización y del recogimiento, dando preferencia a la búsqueda de lo "sentido", no hacen más que añadirle un pensamiento especulativo; mientras que otros, dando preferencia al pensamiento especulativo, el cual hemos comentado, tiene por objeto desembocar en lo "sentido". Que el pensamiento nos conduzca a una experiencia, o bien que de una experiencia se derive un pensamiento específico, esto se observa idénticamente en el proceso que engendra la Gnosis y en el proceso que conduce a la ignorancia. Del hecho de identificarse con el pensamiento del hombre, resulta una experiencia particular que es la de la ignorancia metafísica; y del hecho de sentirse ser el cuerpo, resultan pensamientos de identificación erróneos.

En definitiva, Conocimiento e ignorancia metafísica son fenómenos que se sitúan al nivel humano. Y esto es, además, por lo qué se dice que la Realidad de la Conciencia Divina, tal como es en sí misma, está más allá del Conocimiento y la ignorancia. Lo que es una manera de decir que permanece inmutable más allá de lo que pasa al nivel humano.

En algunos hombres se manifiesta la incredulidad, en otros se manifiesta la devoción, y en otros incluso es la Gnosis la que se manifiesta. Todas estas manifestaciones provienen de la misma Energía Divina que engendra el universo. No hay más que una energía y todos los fenómenos no son nada más que la manifestación de esta energía. La creación de las galaxias es una manifestación grosera de esta energía y el camino hacia la Gnosis, su realización plena, es una manifestación superior de esta misma energía. Las cosas percibidas y los seres vivos, no son más que títeres manipulados por esta energía, la cual delega una parcela de sus poderes en algunos seres vivientes, para darles este pequeño margen de maniobra que se le llama libre albedrío.

Esta energía creadora de la cual la Gracia Divina es uno de los innumerables aspectos y manifestaciones, es indisociable de la Consciencia Divina. No es la inmutable Consciencia Divina quien engendra el universo. ¿Pues cómo podría crearse el universo y permanecer inmutable? Es la Energía Divina radiando en el seno del espacio infinito de la Consciencia Divina quien engendra el universo. Así como el cielo no se ve afectado por las nubes, la Consciencia Divina no se ve afectada por los fenómenos engendrados en Ella por su Energía. Si bien podemos distinguir la Consciencia de la Energía Divina, no podemos, sin embargo, separarlas. Se trata de dos aspectos indisociables de la Realidad Divina.

¿Por qué motivo la Energía Divina despliega la fantasmagoría del universo en el seno de la Consciencia Divina? Dios no necesita nada, ya que es la plenitud perfecta de la Pura Consciencia inalterable, no puede

tener ninguna necesidad de su despliegue. El hecho de que no haya ninguna necesidad, indica que se trata de una actividad gratuita, realizada sin razón; por simple juego, ni la Consciencia ni la Energía Divina ganan ni pierden nada en este despliegue. No es más que la belleza de una diversión que atraviesa efímeramente los abismos del vacío y del silencio Divinos.

En cuanto a la Gnosis, si existe al nivel del hombre, no existe al nivel de Dios. Para la Consciencia Divina presente en cada hombre no hay nada que realizar, nada que obtener, nada que alcanzar, ninguna ignorancia que disipar, ningún conocimiento que instalar. Conocimiento e ignorancia no existen más que en la mente humana. La Consciencia Divina está idénticamente presente en todos los hombres, ya se trate de Sabios o ignorantes. Nada de lo hecho por el hombre la acrecienta o la disminuye. Es por eso por lo que, cuando sé por experiencia que mi "yo" es el único "yo" de la Consciencia universal, entonces no hay nada más que pueda hacer, porque yo sé que nunca he hecho nada. Sé que, para mí, la Realización espiritual o la ignorancia no existen. Yo he sido desde siempre y seré por siempre esta Consciencia única, siempre presente y transcendente. Nada de lo que pueda hacer el hombre de impío o de espiritual me afecta, y nada cambia para mí. Estoy más allá de la ignorancia espiritual y del Conocimiento metafísico, que se manifiestan al nivel humano. El Despertar o la ausencia del Despertar no me conciernen. Todo esto pertenece para mí a la superficie del espejismo efímero de lo que se percibe.

La Realidad que eres y que todo el mundo es, se encuentra más allá de la experiencia humana. Por ello, ¿qué es lo que el hombre podría hacer para alcanzar lo que está fuera de su alcance?

Quien sabe esto, nada tiene que hacer, pues sabe que es eternamente no actuante y que el HACER pertenece a lo que el hombre ve en el dominio de las apariencias.

APROXIMACIÓN A LA IDENTIFICACIÓN CON DIOS

Estáis realizados cuando sabéis, una vez disipada toda sombra de duda, que ya estáis realizados y que de hecho siempre habéis estado realizados.

Está realizado aquel que está unido a la Realidad. Pero, en verdad, nadie está separado de la Única Realidad que lo engloba todo. En la mente humana aparece la ilusión de separación; el remedio a esta ilusión se llama Realización de la unión mística.

La Realización es, pues, el fin de una ilusión, no es la adquisición de un nuevo estado. Al realizaros no os convertís en algo, simplemente comprendéis lo que sois desde siempre. Es por esto, que si os preguntan desde cuando estáis realizados, no podéis más que encontrar absurda esta cuestión. Siempre habéis sido así, mucho antes del origen del mundo. Nunca habéis llegado a ser lo que sois. Lo que ocurre, a nivel humano, es simplemente esto: os habéis imaginado no estar realizados, es decir, ser otra cosa que lo que sois y después, al disipar esta funesta ilusión, os habéis Realizado a nivel humano, lo que significa que habéis recordado la naturaleza de vuestra verdadera identidad.

Así, se podría decir que la Realización, comprendida correctamente, no es un llegar a Ser, sino un Recordar.

A nivel humano, ha habido olvido de la Realidad, después, siempre a nivel humano, ha habido recuerdo de la Realidad.

Tal definición de la Realización puede parecernos exacta al principio del recuerdo transcendente, pero más tarde, en su momento, se revela errónea. En efecto, a medida que el recuerdo de nuestro estado original se afirma, volviéndose más y más claro, comprendemos que, de hecho, nunca hemos olvidado realmente. Todo esto no era más que un juego. Hemos fingido ser ignorantes, como los niños que, cerrando los ojos, fingen ser ciegos.

Tal es, probablemente la situación de quien lee esta obra: el lector es, como todas las cosas, la Única Realidad que parece olvidar lo que es.

Al igual que un niño que en el jardín familiar, jugando a estar perdido en el bosque y a imaginarse perseguido por un lobo, tiene miedo de repente ante la sombra que huye proyectada por las nubes; así lo Eterno, jugando a tomarse por hombre se asusta ante la sombra de la muerte y aspira a Realizarse espiritualmente.

La condición humana es comparable a un brebaje alucinógeno que nos sumerge en un mundo de fantasías y nos hace creer que somos una individualidad aislada, perdida en un universo hostil.

De hecho, jugamos a asustarnos. El profano es una individualidad perfectamente satisfecha de su ilusión. Es importante, por eso, no molestarle en su ensueño. El buscador espiritual es una persona que comienza a descubrir que el sueño ya no es de su agrado. Sus propias imaginaciones lo angustian y quiere liberarse de ellas.

Si ya estáis artos del Sueño humano, sueño en el que decís: “Yo soy el Señor Tal, o la Señora Tal”. ¡Despertaos ya! Nada os lo impide.

Uno se Despierta en un instante, cuando comprende: “Yo soy la Eterna Realidad inefable y transcendente”. Esta experiencia puede ser vivida por todos en el mismo instante en que leéis estas líneas.

Deteneros unos instantes. Levantad vuestra mirada de esta hoja de papel y deciros interiormente: “Yo soy el Ser único e inmutable”.

No digáis esto de una manera mecánica. Acompañad esta afirmación de una toma de consciencia... Entonces, a un nivel muy sutil, sentiréis que algo se clarifica, una nube se disipa, un velo se desgarra...

Habéis salido del sueño de la identificación humana. Vuestros ojos están abiertos...

Algunos titubean al pensar: “Yo soy Dios”. Un pudor les retiene. Una oscura amenaza de blasfemia. El miedo al orgullo. Es absurdo.

Dios es el que ES. Es decir, el Ser Único que engloba todo. En el Único no hay división, ni partes. Asociar algo a Dios, en el sentido musulmán, es dar forma a un ídolo. El monoteísmo, en el sentido más elevado, implica que nada debe ser puesto al lado de Dios. Nada debe ser puesto al lado de Dios, pues solo Él ES. Él es el Único, el único que existe.

Decir: “Estoy separado de Dios”, es la peor blasfemia. Es el pecado supremo, el de Lucifer. Al creer: “Yo estoy separado de Dios”, creamos un ídolo con cara humana, uno de esos ídolos proscritos por Moisés. Este ídolo es el ego. Toda persona que se cree separada de Dios, es un idólatra que adora su ego. La vida egótica es un culto perpetuo rendido al ego. Se le honra buscando satisfacer sus pasiones, se le decora con múltiples posesiones, se le alaba con múltiples adulaciones. Y ved al ego que se pavonea con la lengua y el pensamiento, que cuenta sus hazañas y se glorifica a sí mismo.

Dentro de la creencia en la existencia de un alma individual, separada de Dios, asociamos algo con Dios. Ya no hay: “Él, el Solo y el Único”. Existe Dios y yo. Creer que hay una multiplicidad de individualidades es un politeísmo metafísico, así como lo afirma el esoterismo musulmán. Si el politeísmo, en el sentido exotérico, no se opusiera al monoteísmo exotérico, los dioses cósmicos aparecerían como criaturas de Dios. A nivel metafísico, el politeísmo consiste en decir: “Existen varios”.

Mientras que el monoteísmo declara: “No existe más que Uno”. Este politeísmo se opone radicalmente al monoteísmo. Así decir: “Yo soy Dios”, es ser monoteísta, en el sentido metafísico y esotérico de este término.

El orgullo consiste en hinchar el ego de manera presuntuosa. Cuando declaramos: “Yo soy Dios”, y vivimos interiormente esta declaración, el ego no se hincha, sino que desaparece.

El ego o el yo individual, se basa en la creencia de “Yo soy algo separado y distinto. Estoy yo y los demás”. Los frutos de esta creencia son el deseo de dominación, la violencia, el orgullo, la pasión, el espíritu de posesión y el apego.

Es debido a que me creo diferente de los otros, por lo que quiero dominarlos, me opongo a ellos, soy arrogante de mi superioridad y de

mis victorias, reales o imaginarias. Es debido a que pienso que soy algo limitado, por lo que soy impulsado a querer adquirir, poseer, guardar...

Al declarar: “Yo soy Dios”, afirmo: “Yo soy el todo y más allá del todo”. En consecuencia, el ego o la creencia en la existencia en un yo individual, distinto, separado y limitado, desaparece.

La aniquilación del yo reside, pues, implícitamente en esta afirmación: “Yo soy Dios”. Como se trata de una verdadera aniquilación, y no de una parodia, cuando esta afirmación es realizada, no subsiste ningún “yo” que pueda decir: “yo me he aniquilado”. En un instante, el “yo” que era el ego se ha vuelto el “Yo” único de Dios.

Esto no significa, evidentemente, que seáis idénticos a Dios en tanto que manifestación creadora y totalidad inmutable. Esto quiere decir que vuestra naturaleza profunda, vuestra identidad verdadera, vuestro Sí, es Dios. Una burbuja de agua que revienta en la superficie de un estanque, no tiene ninguna existencia, ni realidad, ni esencia fuera de la del agua.

Vuestra naturaleza es divina, sois Dios, no tenéis ninguna existencia, ni realidad, ni esencia fuera de Dios.

Si es justo decir que la realidad de la burbuja es idéntica e indisociable de la realidad del estanque, sería, sin embargo, erróneo declarar que la burbuja equivale al estanque. De igual forma, si es verdad y esencial afirmar que vuestra realidad es idéntica e indisociable a la del océano de la Realidad Divina, sin embargo, sería absurdo afirmar que sois Dios en su totalidad.

Vuestra naturaleza es indisociable de Dios, pero no sois más que una parcela de Su Manifestación.

Despertarse es, pues, volverse consciente de nuestra Esencia.

Decir: “Yo soy Dios, pues mi esencia y mi identidad es la de Dios”, no es orgullo, es la suprema humildad. El ego que dice: “Yo soy Dios”, declara implícitamente: “Yo, el ego, no soy nada”. No soy nada, pues el “yo” que creía ser, es en efecto, el “Yo” de Dios que solo existe. Comprender “Yo no existo”, es la suprema humildad.

Al ser esta humildad, una humildad real, ella no deja subsistir a nadie que pueda enorgullecerse del hecho de ser humilde. En el momento en que el ego, en un acto de suprema humildad, comprende: “Yo no existo, pues solamente Dios existe”, se desvanece como las tinieblas delante de la Luz.

Yo no puedo decir: “Solo Dios existe”, o bien: “El ego no existe”, si simultáneamente no declaro: “Yo soy Dios”. Así, el reconocimiento de la Única Realidad, la aniquilación del ego y la afirmación de nuestra identidad transcendente, son facetas inseparables de la misma Realización.

Declarar: “Solo Dios existe”, sin afirmar: “Yo soy Dios”, sería una contradicción, ya que esto supondría, que continuaría existiendo un “yo” separado de Dios y por tanto que Dios no es el único existente.

No declarar: “Solo Dios existe”, es decir que Dios no es el Ser cósmico. Si Dios no es el Ser único, fundamento, raíz y origen de todo esto, Dios no es Dios, lo cual es absurdo.

Declarar: “Es preciso aniquilar al ego”, sin afirmar: “Yo soy Dios”, contiene una imposibilidad, pues una vez el ego aniquilado, ¿a

quién pertenecería el “yo” que, tal como nos mostraría la experiencia, continuaría existiendo?

El “yo” del ego, simbolizado en la alquimia por el plomo, debe transmutarse para volverse el “Yo Soy” eterno de Dios, simbolizado por el oro.

El ego resiste a la transmutación. Disipad, pues, todas las resistencias y en este mismo instante comprended: “Yo soy Dios”.

Si interrumpís vuestra lectura, si dejáis descender esta comprensión en vosotros, ¿qué sucederá?

Vais a comprobar que toda la búsqueda ha acabado. Es el fin del viaje. Se os muestra claramente que todos vuestros ruegos, todas vuestras lecturas, todas vuestras meditaciones, todos vuestros trabajos y disciplinas espirituales, tenían por fin encaminaros hacia este instante.

Este instante que vivís al leer estas líneas.

En adelante, ya no hay nadie a quien rezar, ya que vosotros sois el Único. Ninguna meditación, ninguna disciplina necesaria. Podéis abandonar todas las prácticas espirituales o bien continuar realizándolas por juego. Ya nada tiene importancia. Podéis quemar todos vuestros libros de filosofía y de espiritualidad, ya no tenéis nada más que aprender.

Si verdaderamente comprendéis esto, si no tenéis miedo de comprender eso, ¿qué sucederá?

Se va a producir una inmensa liberación de energía.

Toda esta energía que a lo largo de los años de vuestra búsqueda espiritual se había acumulado, va a encontrarse liberada.

Al estudiar, al rezar, al meditar, al someteros a diversas disciplinas con el fin de realizaros espiritualmente, habéis acumulado en vosotros una inmensa fuente de energía. El día en que comprendéis: “Yo estoy Realizado, no queda nada que hacer o que buscar”. La Energía se libera. “Kundalini” se eleva y se disuelve en el “Samsara”.

Esta energía no provoca ningún fenómeno. No hay abertura estruendosa de “chakras”. Abertura estruendosa, fenómenos paranormales y visiones no son el verdadero y último Despertar. No son más que una vía psíquica, seguida por algunos. Cuando el fruto está maduro, la energía sube silenciosamente. No se la oye, no se la siente, nada le resiste y ella alcanza su meta.

Todo está tranquilo, idéntico al momento anterior. La vida sigue... ¿Qué ha ocurrido? Nada, simplemente esto: “La vida individual se ha fundido en la Vida Cósmica”.

Quien no ha buscado a Dios, no puede comprender: “Yo soy Dios”. No existe en él acumulación de Energía, ni Despertar de la “Kundalini”. Es preciso que la Energía se acumule, suba, se excite, para que un día traspasando el último velo, se absorba en el Silencio Infinito.

“Yo soy la Única Realidad sin límites”.

Todas las ilusiones se han derrumbado. Basta de búsqueda, basta de actos, nada hay que alcanzar o rechazar.

Vivid eso.

Constatad: “Todo está obtenido, no hay nada más que hacer”.

Si vivís el fin del viaje, la Energía liberada se invertirá en el presente, en esta parcela de Eternidad.

Nada más allá, nada más acá. Todo está en el instante que pasa.

Estabais mirando hacia el futuro, agarrados al pasado. Ahora eso se ha acabado. En ese instante, sabéis lo que habéis deseado por toda la eternidad, y esto es igual para todos los instantes.

No hay nada que obtener. Nada que alcanzar. La vida humana no es más que uno de los juegos que atraviesa vuestra eternidad. Cuando comprendéis esto, vuestra energía deja de perderse en el futuro. Ella se invierte enteramente en el presente. Cada instante se vuelve una perla inestimable.

La gente está constantemente mirando al porvenir, querer obtener algo es volver la cabeza hacia el porvenir. Cuando caminan, piensan en el lugar de donde vienen, en lo que han hecho, en lo que harán. Cuando trabajan, desean el reposo; cuando reposan, piensan en el trabajo. Todas sus codicias son tensiones hacia el futuro, todas sus angustias lo mismo.

Cuando ya nada tiene importancia, la energía se absorbe en el instante presente y esta atención nueva, que nos lleva hacia el presente, participa integralmente en el Despertar.

La ausencia de esperanza es una gran liberación. Esperar es pretender eso o aquello. Cuando sabéis que sois el infinito, no hay nada más que pretender o esperar. Poseéis todo. No en el presente, ya que habéis jugado a recubriros de la limitación humana. Pero, en vuestra eternidad, poseéis todo, y es por esto, que ya no pretendéis nada, no esperáis ya nada. Una ausencia total de deseos se ha instalado y en ella conocéis la Paz.

Ya nada tiene importancia, pues la vida humana, así como todas las condiciones de existencia posible, no son más que los juegos gratuitos que habéis fabricado.

Sois lo Eterno que juega a ser una mariposa, a ser una oruga, a ser un hombre, a ser un ángel o un demonio, a hacer saltar las galaxias. Sois el Único, revestido de apariencia múltiple.

Ahora sabéis eso, y lo vivís de instante en instante. Este conocimiento transforma radicalmente la mirada que lleváis a los seres y las cosas.

Podéis jugar a actuar de tal o cual forma, pero en ningún caso, vuestro fin puede ser ganar u obtener algo. De ahora en adelante, sois un diletante. Dejáis de tomar las cosas en serio.

Lo que los hombres llaman “el éxito” o “el fracaso”, en el sentido individual y social, no son más que diferentes posibilidades del juego humano. Es evidente que, para vosotros, “el fracaso” es tan interesante como “el éxito”. Esto es igual para la pobreza, el bienestar o la riqueza, la guerra o la paz, el hambre o la abundancia...

Encontraréis a gente, después esta gente se irá o morirá, y todo eso formará parte del juego. El infinito no puede atarse a algo. En el vacío interior, no existen manos para agarrar.

El sufrimiento no es más que una fase áspera y tortuosa de nuestro juego cósmico.

La muerte no es más que el fin de una representación teatral.

Sabéis que nada tiene importancia y por esto sois totalmente libres.

Ya no hay ninguna obligación, ningún deber, ninguna de estas cosas creadas por la mente. Todo se hace según una inspiración espontánea, imprevisible en el instante anterior. Los hombres víctimas de la ilusión de la dualidad, dicen que nuestra voluntad se ha fusionado con la Voluntad Divina y es por esto por lo que ya no existe, a nivel individual, deber y obligación. La realización de la inspiración, es decir de la comprensión espontánea que brota en el seno de la claridad de un mirar Despierto, se ha convertido en nuestro sólo y único deber.

¿Qué importa lo que haréis o no haréis en esta vida? Aceptaréis lo que la inspiración os impulse a realizar. Lo haréis de forma natural y espontánea. Ninguna clase de acto es superior a otro. Todo no es más que un juego. Lavar los platos o meditar es lo mismo.

Sois totalmente libres, y esta libertad implica la posibilidad de olvidar momentáneamente la visión de unidad, para, adoptando de nuevo el punto de vista de una individualidad separada, conocer: el placer de rezar y amar a Dios.

Retomando el punto de vista de la unidad: “donde vuestros ojos se dirijan, no veréis más que el reflejo infinitamente multiplicado y diversificado de vuestra propia manifestación”.

No hay otras personas con las que entrar en contacto. Todos no son más que tú y tú estás en todos ellos. Este sentimiento de unidad engendra una fraternidad profunda en nuestras relaciones con las diferentes formas de vida. En esta fraternidad, hay una comunión y un calor que se ha llamado amor. Pero no sentís ninguna necesidad de utilizar esta palabra desgastada. Cuando se habla de amor, éste se muestra como algo misterioso que os une a los otros, que no son más que aspectos de vosotros mismos. Es todo lo que se puede decir.

No os suscribís a ninguna regla moral, a ningún código de conducta, pero en vosotros hay un sentido de la belleza que os impide hacer actos feos. Las nociones de virtud o de pecado han desaparecido para vosotros. Estas nociones son el lote del ignorante que, identificándose al hombre, quiere conseguir la virtud y huir del pecado. En verdad, la fuente de toda perfección está en vosotros. Es suficiente dejar brotar esta agua al exterior para que vuestros actos expresen la Luz. Actuando según la inspiración no decís: “Actúo virtuosamente”, actuáis, es todo. Libre y espontáneamente. Sin razones o justificaciones morales. Por el placer, únicamente por el placer.

No os apasionáis por nada, no rechazáis nada. Ningún signo de imperfección en vosotros. Todas vuestras limitaciones son los juegos de vuestro total poder. Este cuerpo es el receptáculo de vuestra encarnación. Pues sois Dios encarnado y este cuerpo es vuestro templo.

No deseáis nada, y sin embargo, los deseos juguetean libremente en vosotros. No tenéis deseo pasional, no tenéis más que deseos superficiales. La ausencia total de deseo, sería el resultado de una insensibilidad y de una coacción ascética. Los deseos se expresan libremente en vosotros, pero vosotros no os agarráis a ellos. La manifestación de un deseo es una expresión de vuestro juego existencial. La satisfacción de un deseo es una expresión de vuestro juego existencial. La no satisfacción de un deseo es una expresión de vuestro juego existencial. Fundamentalmente no tenéis preferencia entre la

satisfacción y la no satisfacción. He aquí, por qué, a pesar de la total libertad de vuestros deseos, permanecéis desapegados. Este desapego es el resultado de la percepción intuitiva de vuestra Naturaleza verdadera.

Los hombres son como jugadores de cartas que han olvidado completamente que se trata de una diversión. Sus caras están crispadas, la ausencia de triunfo en el destino de una vida les angustia. Perder o ganar reviste una importancia suprema. Al contrario, aquel que juega a las cartas para distraerse, considera que es tan interesante perder como ganar. Igualmente, la vida humana, pura diversión de Dios, adquiere una intensidad dramática a causa de la estupidez de los hombres.

La comparación de los jugadores de cartas es buena, pues resulta que muchos de los jugadores de cartas son malos jugadores. De hecho, ellos no juegan, para ellos es una actividad en extremo seria, existen concursos, apuestas y medallas. Su amor propio es exacerbado. Están orgullosos o decepcionados, relajados o crispados por el éxito. Hay algunos que tienen sudores fríos. Exclaman bulliciosamente cuando ganan, ponen mala cara cuando pierden. Algunos hacen trampas, otros se jactan...

Observando a los jugadores de cartas, comprendemos claramente como un juego puede volverse una lucha áspera y salvaje. Mirando a los hombres agitarse en el seno de su actividad cotidiana, constatamos exactamente lo mismo. El juego de la vida, en el que lo Inmortal juega a ser mortal, lo Ilimitado a limitado, lo Beatífico a experimentar el sufrimiento, deja de ser un juego y se vuelve una tragedia. Y es así porque la gente ha olvidado lo que son.

Aquel que se Despierta, al constatar la angustia de los hombres, se aproxima a ellos, y dándoles una palmadita en la espalda, les dice: “La vida no es realmente importante, no es más que un juego. Nada grave os puede suceder. Sois inmortales y divinos, relajaros, desconectaros. Tomad consciencia de lo que sois y aceptad la vida tal cual es. No es más que un juego sin importancia real. Comprended esto y sed libres”.

Al escribir este texto, nosotros os damos un toque en la espalda y os decimos eso. Mirad a vuestro alrededor con un ojo nuevo y tomad consciencia de lo que expresan nuestras palabras.

En la realización interior de la afirmación: “Yo soy Dios”, está todo contenido. En esta afirmación hay desapego total, amor universal, paz profunda, espontaneidad y acción luminosa, inversión de la Energía en el presente y disipación de todas las ilusiones, dudas y preocupaciones humanas.

Si la comprensión “Yo soy Él” no se acompaña de las cualidades descritas, se trata de una simple afirmación mental, sin toma de consciencia real. En este caso, no habéis salido de la alucinación en la que os identificáis al hombre. No habéis hecho más que añadir un elemento intelectual al seno de esta alucinación.

La afirmación: “Yo soy Dios” no es una especie de medalla teológica que os debéis atribuir, para pavonearos en el espejo de vuestro narcisismo. Esta afirmación tiene por fin haceros comprender de una manera definitiva, que no hay nada que buscar y nada que alcanzar. Habiendo comprendido: “Yo soy Dios”, es evidente que toda búsqueda y todo deseo de obtención, al nivel que sea, se vuelve absurdo.

Con el fin de la búsqueda, llega el descubrimiento. Al afirmar la Realidad de nuestra naturaleza Divina, ponéis fin a la búsqueda de Dios.

"Vosotros sois Dios". Comprendiendo esto, sabéis que la Verdad está en vosotros. Todo movimiento fuera de vosotros mismos es, en consecuencia, un movimiento que va tras la ilusión de la exterioridad.

Por esta comprensión: "Todo está en mí y no hay nada que alcanzar", la búsqueda se detiene y la energía que estaba enfocada en la búsqueda, se invierte en el presente. Esta inversión genera una atención al Sí mismo que provoca la Realización. Así la afirmación: "Yo soy Dios", no es prueba de Realización o testimonio de Realización, es el medio de Realización. Es por esto por lo que no está reservada a una élite de grandes Sabios. Todos los medios acaban por ser abandonados y cuando la afirmación ha provocado la inversión de la energía en el presente, la mente se calla, lo que implica la superación de la afirmación.

Por lo tanto, el mensaje es este: "Vosotros sois Dios, y cada instante es un instante de vuestra eternidad. No hay nada que buscar en el pasado o el futuro, nada que investigar fuera del instante presente".

En cuanto al mandato supremo, se resume en: "Volveros atentos, plenamente atentos". Con la atención se descubre el silencio interior, mientras que la vida humana se vuelve nuestro juego gratuito.

Aquel que se Despierta no se contenta con afirmar una fórmula, con repetirla ritualmente, con especular sobre ella. Bruscamente, como un desgarro silencioso, constata que todo lo que motivaba el sentido de su vida en el instante anterior, se derrumba y desaparece. La mente se calla. No hay nada que decir. El instante se vuelve inmenso...

Paz, el desapego, el amor, la libertad son también indisociables del Despertar, como la claridad lo es de la luz.

Son sus signos, testigos y pruebas.

APROXIMACIÓN A LA DIGNIDAD

El ego busca los honores. Está ávido de consideración. Quiere que se le reconozca su valor y sus méritos. Adora sentir su importancia.

El desprecio, el rechazo, la impotencia, el sentimiento de inutilidad o de incapacidad, le traumatizan y pueden crear un complejo de inferioridad en sus estructuras inconscientes.

Para el que se desidentifica, el orgullo del ego adquiere un carácter bastante burlesco. De hecho, ¿qué es un ego?: un conjunto de tendencias psicológicas, más o menos conjuntadas, bastante mediocres, impermanentes y resultantes de una serie de leyes de causa con efecto ciego, moldeadas por el condicionamiento múltiple. Que tal conglomerado pueda sacar orgullo de uno u otro de sus componentes, manifiesta una evidente y grave pérdida de lucidez.

El ego es el fruto de un error. Este error es el hecho de identificarse con el hombre físico y psicológico.

El error egótico no reside en el sentimiento del yo, sino en la dirección dada a este sentimiento.

Lo que distingue un Sabio de un no Despierto es el hecho de que el sentimiento o la sensación del yo, es vivido por el Sabio de la manera siguiente: “Yo soy uno con Dios”; mientras que la sensación de yo, es vivida por el ignorante en tanto que: “Yo soy este hombre”.

Cambiar la dirección del sentimiento del yo, tal es, en definitiva, la disciplina esencial del proceso de realización espiritual.

Se puede decir que el ego que se identifica con el hombre, es una malformación del Yo transcendente.

El sentimiento del yo, es decir, el sentimiento de nuestra identidad, cuando es sano, contiene el Conocimiento de nuestra naturaleza Transcendente.

En este Conocimiento se siente que nuestro “Yo” es el de la Consciencia Divina.

Nuestro verdadero “Yo” es el de la Realidad única y eterna. El ego es un falso “yo”, que resulta del hecho de que nos confundimos con nuestro vehículo, es decir con el hombre.

El falso “yo” resulta de una malformación del sentimiento de existencia de nuestro verdadero Yo que es Transcendente.

El falso yo contiene los ecos deformados del verdadero Yo.

De esta manera, la búsqueda de honores y el reconocimiento de nuestro valor, constituye al nivel egótico, un reflejo deformado y extraviado de la percepción de nuestra grandeza Divina.

El ego es el hijo de un Rey que se toma por un palafrenero. Sin embargo, en este hijo de Rey, que ha olvidado lo que era, existe el oscuro recuerdo de su grandeza.

Este oscuro recuerdo incita al falso palafrenero a ser considerado y honrado en tanto que palafrenero. Así nace lo absurdo del orgullo humano.

El hombre no es más que un pobre e imperfecto vehículo. Un palafrenero no es más que un palafrenero. Hace falta comenzar por comprender esto, y darse cuenta de que todo orgullo, toda vanidad, toda fanfarronería sobre el valor humano, es el fruto de un juicio aberrante. La mediocridad y la pequeñez humana deben ser sentidas en nuestra vida cotidiana. El hombre es verdaderamente un instrumento bien grosero, torpe e imperfecto.

Sin embargo, cuando hemos comprendido al fin, que no somos este hombre, nos es restituida la dignidad de nuestra naturaleza real.

Un palafrenero pavoneándose en el patio de las cuadras, da risa. Por el contrario, la dignidad va bien al Rey que se sienta en la sala del trono.

Al comprender que no somos un hombre, debemos igualmente comprender que la búsqueda de honores, de orgullo y de dignidad, que se encuentra en todo hombre que se respete, constituye, en el seno de esta enfermedad mental que es la identificación con el vehículo humano, el lejano recuerdo de la grandeza y de la magnificencia de nuestro verdadero Yo Divino.

Al identificarnos con el hombre, habíamos perdido el sentido de nuestra realeza, sin embargo, permanece en nosotros como un aroma de la percepción de nuestra gloria. A causa de este relicario, al continuar tomándonos absurdamente por un hombre, tenemos tendencia a sobreestimarnos en tanto que hombre y buscamos igualmente conceder a este hombre más grandeza de la que le corresponde, inflándole estúpidamente, con ayuda de sentimientos de amor propio y orgullo. Esta búsqueda de la grandeza, que es tan característica en el hombre, no es en el fondo más que una búsqueda sin esperanza por recuperar nuestra realeza Divina.

Tal búsqueda es inútil, pues el hombre se infla de orgullo, se sienta sobre el trono, se hace aclamar por la muchedumbre, graba su nombre sobre el mármol, pero permanece para siempre un pequeño hombre mediocre e irrisorio.

Inflándose de vanidad, no encuentra la gloria Divina que le es inherente, no hace más que volverse ridículo.

Comprended que la búsqueda de la gloria y del poder, resulta en el hombre una oscura necesidad de reencontrar la gloria y el poder del único y eterno Yo Transcendente que es el fundamento de todos los seres.

Sin embargo, durante tanto tiempo como permanezca el sentimiento de identificación con el hombre, esta búsqueda se pierde de una manera radical.

Buscando su grandeza primordial, el hombre identificado, perforado por una necesidad que no se explica, por mucho que acumule riquezas o coleccione honores, en cualquier dominio que sea, permanece en el fondo de él mismo insatisfecho, y finaliza su búsqueda de la grandeza con un gusto amargo en la boca.

El palafrenero puede tejer una corona de junco, poner velos sobre su hosco taburete y dominar con orgullo los caballos que guarda, pero sigue siendo un pobre palafrenero, perdido en un obscuro patio del inmenso castillo del Rey.

Pero, si una mañana los mensajeros del reino vienen a su encuentro para revelarle que es el hijo primogénito del Rey, que nunca ha sido de la casta de los palafreneros, y que el hecho de tomarse por un palafrenero y vivir como un palafrenero es debido a un dramático error que tuvo lugar en su infancia, ¿qué pasaría entonces?

Estad seguros de que el hijo del Rey aprendería rápidamente a vivir y a pensar como un Rey, y que juzgaría con conmiseración sus antiguos esfuerzos en que, tomándose por un palafrenero, buscaba darse importancia.

¿No sientes el frescor de la mañana? ¿No ves que nos acercamos a ti? ¿Que sacudimos tu espalda y que te explicamos el misterio de tu verdadero origen?

Tú eres el hijo del Rey. En ti mismo, por el Conocimiento de tu verdadera naturaleza, la Trascendencia engendra a su Hijo. Eres el Hijo del Padre Eterno. Eres un Cristo. Eres un avatar. Esta es la verdad que tienes que aceptar.

En tanto que Hijo del Padre eterno, eres el Califa de Dios. Eres su representante en la Tierra.

Si aceptas esta verdad, algo en ti se exalta, y algo se hace importante.

Te vuelves consciente de los deberes que corresponden a tu cargo. Te vuelves consciente de tu responsabilidad. De tu total responsabilidad.

Alrededor de ti, una multitud de Hijos de Dios vive en la ignorancia de esta verdad. Tu eres el portador de la buena nueva.

Quien se despierta recibe un cargo y un depósito Divino. Es delegado entre los otros, para desvanecer en ellos la confusión por cual se toman por hombres.

Algo se exalta, porque tienes que glorificarte a ti mismo para que Dios sea glorificado en ti.

Eres su Hijo amado, en quien ha puesto toda su grandeza.

Eres un espejo, gracias al cual Dios se conoce y se contempla a sí mismo.

Eres el Corazón luminoso del universo. Todo irradia alrededor de ti. Eres el Rey del mundo. El monarca universal.

El tiempo de la humildad ha sido superado. He aquí el tiempo del reconocimiento y de la grandeza.

Durante todo el tiempo que te has tomado por un hombre, la humildad ha sido buena y necesaria. El ego del hombre humilde se disuelve fácilmente, el del orgulloso se resiste.

Es por esto por lo que la humildad es prescrita en todas las tradiciones.

En el tiempo de la identificación al hombre, cuanto más humilde eres, más fácilmente surgirá el sentimiento de que no puedes ser esta miserable carcasa de huesos, estos sentimientos inconstantes y estos pensamientos pueriles.

Cuando miras al hombre, la humildad es necesaria y esta humildad tiene su raíz en la objetividad. Mira con lucidez lo que es el hombre, y verás que es muy pequeño.

Pero cuando miras tu Yo Divino, toda humildad es sacrilegio, pues Dios es grande. ¡No hay nada más grande que Él! ¡Es el Único, es lo Único Existente!

¡A Él que es nuestra Realidad, todo honor y toda gloria! ¡Exaltémosle! ¡Exaltémosle para siempre!

Comprende esto: estando desidentificado del hombre, sabiendo que tu Yo es Divino, la búsqueda de honores, del poder y de la consideración que en el tiempo de vuestra falsa identificación constituían un grave obstáculo en el camino espiritual, puede ahora ser utilizado como una fuerza para enraizarnos en el Despertar.

Tu orgullo humano no era más que el sentimiento desviado de tu grandeza Divina. Dejando de tomarte por un hombre, es preciso ahora cultivar la sensación de tu gloria.

No tengas miedo de volver a caer en el orgullo. El orgullo humano, no es posible más que si uno se toma por un hombre, y lo que nosotros escribimos, se dirige a los que han llegado a la estación del Sendero en la cual creerse un hombre, aparece como una confusión risible.

No creas que la estación de la que hablamos está reservada a los grandes Sabios. Para alcanzar esta estación, es suficiente hacer prueba de sentido común y percibir la evidencia, según la cual, nosotros estamos en el hombre, pero el hombre no está en nosotros.

De esta manera, al uso de los que saben que no son hombres, vamos a describir cómo se debe cultivar el sentimiento de nuestra grandeza Divina, a fin de enraizarse más sólidamente en el Despertar constante a nuestra Verdad.

Sabiendo que eres el Hijo del Rey, debes comportarte como un Rey, esto será de una ayuda preciosa.

No es cuestión de alegoría, sino de práctica. Es de una manera muy concreta que, siendo consciente de tu Realeza Divina, debes aprender a comportarte de una manera real.

No camines por la calle con los modales plebeyos del pequeño hombre, con el cual habías cometido el error de identificarte en otras ocasiones. Cuando camines por la calle, hazlo siendo consciente de tu grandeza y de tu dignidad. Eres el Hijo de Dios, eres su representante en la tierra. No lo olvides.

Cuando hables, habla de una forma real. Habla sabiendo que Dios se expresa por tu boca. Tú le manifiestas y Él te manifiesta.

Quita de tu Verbo todo lo que es indigno del Mensajero de Dios que eres.

Da tu palabra como una bendición y prefiere guardar silencio antes que desvelar en tu Verbo palabrerías vacías, maledicentes, mentirosas y otras abominaciones que son el lote del populacho de los dormidos.

En la antigüedad, cuando el Rey hablaba, un escriba anotaba sus propuestas sin cesar. Pregúntate, cuando hables si tus palabras pueden ser inscritas por un escriba. Si tal no es el caso, ¡cállate!

El rey humano, no es más que un digno representante Rey Divino que eres. Aprende a vivir con la dignidad del Rey único y universal que eres.

El escriba es un símbolo de la memoria del universo. Nada se pierde. Todas las palabras que pronuncias resuenan eternamente. Todo lo

que dices se graba para siempre en la sustancia misma del cosmos. Toma consciencia de esto y date cuenta de que la menor palabra de un Rey es un acto grave.

Cuando miras, tu mirada debe ser una mirada real. Una mirada real es una mirada que tiene altura y distancia. Altura y distancia resultante de la toma de consciencia de tu Divinidad. Sabiendo y sintiendo interiormente: “Yo soy los abismos inconmensurables del Espíritu vacío de toda cualificación”, la forma en que miras las cosas viene de lejos.

Cuando la mirada de un príncipe del Conocimiento se posa sobre los seres humanos, puede que los reconozca como hermanos del mismo Padre Celestial, pues en el Despertar que ve en ellos, contempla su propia gloria y saborea su propia beatitud o constata que se trata de ignorantes que desconocen su realeza hundiéndose en el fango del sueño existencial.

La distancia que separa al príncipe del Conocimiento de los ignorantes es radical. Es una distancia llena de paciencia y de compasión. Pues el ignorante, si bien no es más que la presa de una ilusión, sufre de una manera real. El príncipe no puede ayudarle a poner a fin a sus males más que si hay, en el caso de los desgraciados, un deseo ardiente de liberación; pero normalmente, las cosas suceden de tal forma que el mendigo se aferra a su ignorancia y a su sufrimiento, al que ama y quiere más que a toda otra cosa.

Es así, que el patán rechaza hacerse rey. Es así, que aquel que sufre, rechaza la beatitud. Es así, como el ignorante rechaza el Conocimiento.

La proximidad que liga a dos príncipes de Conocimiento es total. Lo que está en uno, está en otro. Pero en este mundo raros son los príncipes de Conocimiento y la soledad de los Reyes es, a menudo, grande.

Este mundo es un pozo de exilio. Es un camino lejano del Reino, y los Hijos que vienen a él, a testimoniar al Padre, lo hacen en medio de bárbaros y de sus costumbres abyectas.

No todos los príncipes tienen el mismo grado de dignidad.

Hay algunos cuya gloria brilla como mil fuegos, y para un príncipe cuya luz interior es más modesta, es un gran gozo y una alta bendición, encontrar un Hijo de Dios en el cual la Divina gloria se manifieste más intensamente que en él mismo, pues su grado de Despertar es más grande.

No puede haber envidia o celos entre los príncipes. Pues un príncipe auténtico no puede más que regocijarse de ver la gloria de otro hombre de Conocimiento. Si esta gloria sobrepasa la suya, él se alimenta de ella y esto le ayuda a crecer en la Luz.

La luz y la gloria de Dios tienden perpetuamente a expandirse. No se pueden conservar para uno mismo, y es por eso por lo que los celos hacia un Maestro de Conocimiento no pueden existir. Se es celoso cuando aquel que posee, guarda para sí mismo. Pero, cuanto más posee un príncipe del mundo espiritual, con más intensidad da a los ignorantes y a los otros príncipes. De esta manera, cuanto más grande es la gloria de los demás, más los ama, pues ellos manifiestan con más claridad el único objeto de su amor.

La mirada real que debéis aprender a depositar sobre los seres y las cosas debe tener altura, distancia o proximidad. La compasión proviene de la distancia, el amor de la proximidad.

Pero hay otra cualidad que debe poseer la mirada real: es la indiferencia.

En la indiferencia hay dos cosas: el desapego y la intocabilidad.

El Rey es intocable y los guardaespaldas le protegen de todo contacto impuro. Pues a causa de la distancia que hay entre él y lo que ve, lo que él ve, no le toca.

Eres el Rey, pero tu reino no es de este mundo, es por eso por lo que nada de lo que ves en este mundo, te puede tocar profundamente.

No estar profundamente tocado por las miserias de este mundo y no apresurarse a arrojar unas gotas de agua al océano de su hoguera, parecerá inhumano a los ignorantes, pero nosotros no hablamos para ellos.

¿Cómo quieres que sea humano, el que ha dejado de considerarse un hombre?

No te aferres a tu humanidad. Despójate de su envoltorio. La moral de los ignorantes dice que es preciso cultivar cualidades humanas. Es una moral muy buena para ellos. Pero tu debes superar al hombre.

Algunos tienen temor de dejar que se desarrolle en ellos una indiferencia real. Eso sería una falta de amor, dicen ellos. Pero ellos no saben lo que es el amor y lo que es la indiferencia.

Por eso te decimos: deja que la indiferencia se instale. El rey sobre su litera, cubierto de oro, cuando atraviesa la parte baja de la ciudad, mira con indiferencia a la muchedumbre de mendigos, lisiados y hambrientos. Siempre ha sido así, desde el tiempo en que la realeza era Divina, cuando el Rey representaba la encarnación de Dios sobre la tierra. Reflexiona sobre este símbolo.

¿Dirás que está o aquella encarnación Divina ha alimentado a los hambrientos y curado a los enfermos? Nosotros respondemos: ¿Esta encarnación ha alimentado a todos los hambrientos y curado a todos los enfermos? ¿Ha sido esta la esencia de su actividad durante toda su vida? Date cuenta de que aquel que tiene la capacidad de curar a los enfermos y de alimentar a los hambrientos, al curar o alimentar solamente a algunos, muestra una terrible indiferencia hacia todos los que no ha curado ni alimentado.

Te contamos todo esto para que ya no te moleste el lenguaje del ignorante. Pues es una llaga abierta en la realeza, el ver a los príncipes escuchar los discursos del hombre de la calle y es una gran pérdida cuando ajustan su conducta a lo que han escuchado.

Sé indiferente a lo que los demás puedan decir o pensar. Instala la indiferencia y la distancia en tu mirada cuando contemples las miserias del mundo.

Quien no es indiferente, no está desapegado, y quien no está desapegado, no es un Rey, sino un esclavo encadenado al mundo.

Respecto al amor que conviene tener, es el amor a la Luz, y no el amor al bienestar, es decir, a la ausencia de sufrimiento.

La humanidad es un velo depositado sobre la Divinidad. Aquel que ama la Luz, desea retirar el velo, no limpiarlo de los sufrimientos que él contiene.

Incluso si este lenguaje es duro, nosotros te decimos esto: “Más vale que el velo sea doloroso de llevar, pues así un mayor número estará deseoso de retirarlo”.

Pero, todo esto es bastante superficial y da demasiado peso a las creencias de los ignorantes. La verdadera razón de la indiferencia del rey es que cuando el Rey mira el mundo, sabe que mira un sueño desprovisto de realidad.

Pon este conocimiento en tu mirada y tu mirada tendrá la indiferencia de los Reyes.

No se trata de leer lo que escribimos y después pensar en otra cosa. Es preciso trabajar cotidianamente en colorear, por medio de este conocimiento, la mirada con la que vemos a la esposa, al marido, a los niños, los padres, la historia de la humanidad y la actualidad mundial.

En su aberración, el ignorante quiere modificar la trama del sueño, y a veces se las arregla por un tiempo para mover algunos hilos de la trama. El hombre de Conocimiento, tiene por objetivo ayudar a la gente a salir del sueño que los engaña.

Hemos dicho, igualmente, que en la indiferencia había desapego. El Rey tiene todo lo que desea y es por eso que no codicia ningún tipo de riqueza.

La mirada de los ignorantes desborda envidia y codicia. Sin cesar, su mirada expresa el deseo de posesión. Posesión sexual. Posesión material. Posesión cultural. Posesión de preferencia y dominación. Toma consciencia de esto y ve que vil es esta actitud.

A ti, Hijo de Dios y príncipe del universo, todo te pertenece. La totalidad de los mundos es de tu propiedad. Pues esta totalidad no es otra cosa que la expresión de tu fantasía generadora del universo entero.

Por tanto, ¿que puedes desear?

La toma de consciencia de tu verdadera y Divina naturaleza, crea un sentimiento de plenitud que deshace todo deseo.

El deseo procede de una carencia, de un vacío interior. La búsqueda de la satisfacción de los deseos, es una tentativa desesperada para llenar ese vacío, a fin de alcanzar la plenitud. Esta búsqueda está perfectamente simbolizada por el tonel de las Danaides. Nunca resultará la plenitud de ello.

La plenitud se encuentra en el interior y el error fundamental del ignorante es su extroversión. Buscando la grandeza y la plenitud en el mundo exterior, corre detrás de su sombra.

Vuelve tu mirada hacia el interior. Toma conciencia de la infinita grandeza y de la total plenitud de tu naturaleza Divina. Entonces, para ti, el mundo exterior será una fantasmagoría. Entonces, toda búsqueda de honores en el mundo exterior te parecerá vana y estúpida a la luz de la gloria que resuena en ti. Entonces, toda avidez de adquirir cosas externas te abandonará, dentro de tu plenitud perfecta, a la que no se puede agregar nada. Entonces, tu mirada, al posarse en las cosas del bajo mundo, estará imbuida de una indiferencia real.

Has de saber que eres de la raza de los Reyes y debes aprender a hacer rugir tu realeza.

Repitámoslo: al tomar consciencia de tu realeza, debes instalar las manifestaciones de esta realeza en tu comportamiento cotidiano. En esto reside un potente secreto iniciático, pues aquel que toma el hábito de comportarse aquí abajo como un Rey exiliado en una tierra extranjera, constatará que, actuando de esta forma, se afirma victoriosamente en el Despertar.

Por lo tanto, ten cuidado en toda circunstancia de conservar la solemnidad y la dignidad que son una prerrogativa de tu rango.

Toma altura frente a las debilidades humanas. Aquel que es consciente de su dignidad intrínseca verá apartarse de él toda una cohorte de tentaciones, de impotencia y de impureza. La toma de consciencia de tu grandeza creará a tu alrededor un aura protectora.

En realidad, muchos hombres de Conocimiento están sujetos a múltiples debilidades e impurezas, simplemente porque no han permitido que el sentimiento de su dignidad se desarrolle dentro de ellos.

Una timidez los frena y temen caer en el orgullo. Este miedo al orgullo es una trampa sutil y extremadamente perniciosa, que mantiene a muchos príncipes en las redes de la esclavitud ilusoria de la condición humana.

Has de saberlo de una vez por todas: eres grande y glorioso. Tu gloria y tu grandeza deslumbradora, sobrepasa todo lo que es expresable. Eres la Divinidad adorada en múltiples religiones, desde la aurora de los tiempos.

Comprende pues, que todo rastro de humildad es una inhibición, que te impide vivir plenamente al nivel de tu verdadera naturaleza y que mantiene en ti la ilusión de ser un hombre.

Decir: “Solo soy un pobre pecador”, es una toma de consciencia lúcida y purificadora para aquel que está identificado con el hombre; pero, para aquel que por la desidentificación se halla en el sendero del Esoterismo, es un error mortal.

La afirmación de la grandeza de Dios por Dios mismo, no es una manifestación de orgullo, es una descripción objetiva de la Realidad.

Si insistimos tan pesadamente sobre la necesidad de creer en tu grandeza, de fundirte con ella, y de manifestarla en tu vida, es por la siguiente razón: la dignidad es una fuerza, y si impregnas tu comportamiento de dignidad, surgirá de ti una fuerza que destruirá y alejará todo un conjunto de obstáculos en el camino espiritual.

Ser Rey y ejercer el poder son dos cosas inseparables. Tu poder como Rey es el de tu voluntad. Es un poder natural y espontáneo, que se ejerce sin violencia y sin crispación.

La pompa de los reyes siempre ha subyugado a los elementos inferiores de la humanidad. Es lo mismo en el interior de este hombre que lee estas líneas. Para este hombre, tú eres su Rey. Si el Rey expresa clara y diariamente su magnificencia, todo el conjunto de características psíquicas que componen este hombre, serán subyugadas por la claridad de tu dignidad real. Estos elementos psíquicos, que eran sujetos indóciles y rebeldes, se convertirán fieles servidores.

Por lo tanto, los edictos de tu voluntad serán respetados y el Rey que eres, será obedecido perfectamente en el interior de su reino.

Créenos. Es un hecho que puedes experimentar y verificar. Acomódate en el sentimiento de tu grandeza Divina y verás crecer tu capacidad de dominar al hombre, así como tu aptitud para permanecer en estado de Despertar.

Realizarse espiritualmente es, después de haber disipado la pesadilla de nuestra identificación con el hombre y de reconocer la realidad de nuestro origen, subir al trono, depositar la corona sobre nuestra cabeza y ejercer el poder.

Si prefieres un lenguaje más psicológico, diremos que el reconocimiento de nuestra dignidad en la vida cotidiana, crea un mecanismo de transformación de las fuerzas psíquicas, en virtud del cual todas las antiguas energías egóticas, que antes se focalizaban en la identificación con el hombre, invertidas en la búsqueda de honores, de la consideración, del poder y de la codicia de un mundo exterior, se encuentran ahora absorbidas en el mundo interior y cautivas de nuestro poder y de nuestra plenitud Divina. Desde entonces, estas energías, que antes eran un obstáculo para el camino espiritual, aprovechan ahora su aliento vital y contribuyen en gran medida a su finalidad.

Es necesario recordar que la realización espiritual no se obtiene por medio de una negación de las energías inferiores, sino gracias a su sublimación.

Piensa en ti mismo como un actor que asume un papel frente a cámaras invisibles. Di: “En lo sucesivo, en mi vida cotidiana voy a asumir el papel de un Rey. Voy a comportarme de una manera real”. Haz esto y los resultados te sorprenderán rápidamente.

Que tu andar, tus gestos, tus miradas, la expresión de tu cara estén impregnados de una belleza real.

Pero atención, el sentimiento de tu realeza debe enraizarse en la toma de consciencia de tu naturaleza Divina. No es en tanto que hombre que te sientes ser Rey. Es porque te sientes uno con Dios que en esta tierra estás entre los hombres como un Rey escondido.

Permanece constantemente consciente de tu dignidad real. Aunque tu aspecto sea el del común de los mortales, ya que eres un Rey oculto, no seas negligente, ni te dejes llevar por ella. La apariencia exterior cuenta. Resuena en el interior.

Al igual que tu ropa, tu hogar debe estar limpio. Un Rey en el exilio, desprovisto de sus servidores no debe dejarse llevar, abandonar. Limpieza y dignidad van juntas.

En tus relaciones con la sociedad, son de rigor la más estricta honestidad y veracidad. Jamás, en ninguna circunstancia cualquiera que sea, un Rey se rebaja a robar o mentir. Prefiere morir de hambre o guardar silencio.

El coraje es igualmente una virtud que te es inherente. Lo que se debe hacer se hace, cualesquiera sean las circunstancias posibles. El temor a la muerte no puede existir en aquel que sabe que es inmortal. En cuanto a los posibles sufrimientos, son otras tantas pruebas heroicas, a través de las cuales demuestras tu valor.

Hazte respetar. Tanto por tus comensales como por tus diversas relaciones. Rompe toda relación con quien no te respete. Es indispensable. Respeta a los demás, pero exige que te respeten, y sobre todo, que se respete tu derecho a la contemplación en un mundo que lo ignora.

Compórtate como un Rey cuando estás en sociedad y cuando estás solo. En la etiqueta de ciertas cortes reales, los momentos de intimidad del monarca eran extremadamente reducidos. Esto contiene un poderoso símbolo: no existe ningún momento en el que el Rey deja de ser Rey.

Al desaparecer las barreras de la limitación egótica, sabes que en todo momento el universo te está observando y que todo lo que haces, dices o piensas queda grabado para siempre en la memoria cósmica.

Ya no hay un momento de soledad para ti en el que puedas "dejarte ir", dejar de ser Rey, para parecer un simple mortal. Esta soledad ya no existe. Constantemente, el Rey tiene miles de ojos que se posan sobre él, lo sabe y actúa en consecuencia.

Desarrolla en ti la sensación muy clara de vivir cada instante bajo la mirada del universo. Siendo consciente de esto, compórtate con la dignidad de un Rey Divino.

La presente vida humana es un fragmento de la gesta heroica que escribes en el libro de la Eternidad. Vigila cuidadosamente que ningún episodio, incluso el más ínfimo o solitario, sea indigno de ti. El Rey es observado sin cesar por los súbditos de su reino y, desde este punto de vista, no existe ninguna soledad en la que él pueda ocultar sus debilidades. Es por ello por lo que un gran Rey, no conoce la debilidad.

Si bien no conoce la soledad, el Rey vive en un gran aislamiento. Este aislamiento proviene del hecho de que el Rey se mantiene a distancia de todo lo que es sucio o impuro. Debe ser lo mismo para ti. Cultiva un aislamiento sistemático de cara a todos los aspectos impuros y degradantes de la sociedad.

Si las circunstancias te obligan a estar momentáneamente en contacto con la impureza, acéptala con impasibilidad. Se trata de una prueba que fortalecerá tu fuerza interior. Pero no aceptes, por propia iniciativa, ningún contacto regular con la impureza.

Introduce en tu propia forma de vivir una distancia real frente a la sociedad. No olvides que eres un monarca en el exilio y que tu reino no es de este mundo.

Por lo tanto, evita el contacto prolongado, no dictado por la necesidad de contingencias materiales, con gentes y lugares que cultiven y lleven a cabo influencias antiespirituales. Toma distancia. Toma altura.

Tu condición real, no debe solamente manifestarse en tus actos y palabras. Debe igualmente revelarse en el mundo de tus pensamientos. Debes aprender a pensar de una manera real.

Pensar de una manera real, es pensar, no ya a partir del pequeño punto de vista de un ego acaparador, sino del punto de vista de un monarca preocupado por el bienestar de sus súbditos.

De esta manera, tu gran preocupación debe ser cómo difundir la Luz del Despertar en este mundo de sueño y de tinieblas, y no la de asegurarte tu confort o éxito social.

Pensar de una manera real, es pensar de una forma cálida radiante y generosa. Se trata de un modo de pensar que puede contener la severidad, pero jamás el odio o el rencor.

Al igual que tus palabras, tus pensamientos son un maná real, derramando su bendición sobre todos los seres vivientes.

Qué importa, lo que algunos puedan hacerle a este vehículo humano que utilizas. Incluso, si se busca perjudicarlo con maldad, lo cual es tan poco importante que no merece que le prestes mucha atención. Hacerlo, sería mostrar un resto de identificación con el hombre.

El hecho es que nadie pueda alcanzar tu Ser real, sino solamente a tu vehículo físico, este sentimiento vivido de invulnerabilidad, debe engendrar una gran indulgencia de cara a los que quieren perjudicar al hombre que habitas. Estos hombres son niños que yerran en las tinieblas y que, aterrorizados por su propia pesadilla, se vuelven agresivos o malévolos.

Ama a estos pobres desheredados y hazles llegar tu amor o compasión. Pues el más grande regalo que puedes darles, es que los ayudes a despertarse para que, de esta forma, salgan de las tinieblas y pongan fin a su pesadilla.

Debes vigilar tus pensamientos con una gran atención y rechazar todo pensamiento indigno de ti.

Cualquier pensamiento negativo debe ser observado, desacreditado y ridiculizado. Esto se logra con un diálogo interior, mediante el cultivo inmediato de un pensamiento positivo que le sea completamente opuesto.

Conviértete en el amo de tus pensamientos y reina sobre ellos.

A lo largo de tus días, cada vez que entres en contacto con personas, o bien cuando pienses en ellas, toma la costumbre de enviarles efluvios de amor, de luz y de poder. Tales efluvios, que tienen el pensamiento como soporte, son más que pensamientos.

Has de saber que, como Hijo de Dios, eres un canal por el cual la Gracia Divina se vierte sobre la humanidad.

Aparta igualmente de tu espíritu toda preocupación material mundana. Toma las decisiones necesarias y mantén el espíritu libre.

Jamás de los jamases, toleres que la impureza permanezca en ti bajo la forma del rencor, de la envidia, de los celos, de la maldad, del desaliento o del pesimismo y otras estupideces. ¡Mantén tu espíritu limpio! ¡Mantén tu espíritu limpio!

Desarrolla en ti mismo una gran repugnancia hacia los pensamientos negativos. Es una forma de sensibilidad que la observación de la mente debe desarrollar. Aparta con horror esas inmundicias psíquicas. De lo contrario, serás un Rey sentado sobre un montón de estiércol.

Cada iniciado es un Faraón. Conviértete en un Rey, por tu Conocimiento, por tu comportamiento, por tus gestos, por tus palabras y por tus pensamientos, que este sea tu objetivo.

Cuando este objetivo está plenamente conseguido, el Cristo, el único Hijo de Dios que se manifiesta en todos los Profetas, Sat Guru y Avatares, revela su gloria en ti mismo.

Que este sea tu propósito, incluso si al principio no eres más que un pequeño rey, un cuarto o un décimo de rey, desde ahora vive de una manera real.

Si hemos utilizado abundantemente el simbolismo de la realeza, es porque se trata de un símbolo operativo. No se trata simplemente de comprender que, según la Gnosis, eres simbólicamente comparable a un Rey. Repitámoslo, el simbolismo real es un simbolismo operativo, esto quiere decir que debes utilizarlo de una manera práctica, para que sea un instrumento de tu realización espiritual.

El procedimiento es simple: como un actor en una obra de teatro, el teatro de la vida, tienes que imitar y después asumir las maneras de un Rey.

Al principio, la imitación puede ser artificial, después gradualmente se convertirá en parte integrante de la personalidad humana, a la cual debes dar forma y utilizar.

Por lo tanto, entrénate diariamente para pensar y actuar como un Rey.

Los primeros Reyes eran grandes Maestros espirituales, y es por ello, que el modo de vida de los Reyes contiene tantos elementos espiritualmente significativos.

Para acabar, es preciso señalar que el uso operativo del símbolo de la realeza es una ayuda que permite alcanzar una de las etapas que se encuentran a lo largo del camino de la Sabiduría y que, después, al ser superada esta etapa y al instaurarse nuestra Divina naturaleza, convirtiéndose en nuestro estado natural y espontáneo, toda noción de realeza desaparece, así como todo esfuerzo para obtener y mantener una dignidad real.

El Sabio está más allá del Rey. Aunque está más allá del Rey y no hace ningún esfuerzo para comportarse como un Rey, hay en él una dignidad y una majestad que le son naturales y que son verdaderamente reales.

APROXIMACIÓN A LA CAÍDA ESPIRITUAL

Quien se eleva puede caer.

Cuanto mayor es la elevación espiritual, más efectivo es el riesgo de una caída.

Quien no se ha elevado, no corre el riesgo de caerse, sino el de estancarse.

He aquí en qué consiste la caída espiritual: en un individuo que ha tomado consciencia de su verdadera naturaleza intemporal, la consciencia egótica no desaparece como por arte de magia. Hay en él dos formas de consciencia que se codean y se alternan. Si la consciencia intemporal logra poco a poco ganarle terreno a la consciencia del ego, la evolución espiritual continuará, precisamente hasta que la consciencia egótica termine por desaparecer y sea reemplazada por la consciencia Divina. Pero, si la consciencia egótica logra vencer y asfixiar el hálito de la conciencia individual intemporal hacia lo Divino, la caída espiritual se producirá.

Mientras que el Despertar a lo Divino no haya impregnado de una forma total y definitiva la vida de la personalidad, ésta se encuentra sometida a una doble y contradictoria atracción. La atracción de los valores terrestres y la atracción de los valores espirituales. En el goce de los valores terrestres hay delectación de la conciencia del ego. En el goce de la dimensión espiritual, hay delectación de la conciencia intemporal.

Gozar de la dimensión espiritual no significa ser ciego a la realidad terrenal. Simplemente quiere decir, espiritualizar la tierra, espiritualizar al Hombre en el seno de la realidad terrenal.

Por el contrario, sucumbir a la atracción de la tierra significa olvidarse de lo Divino, dejándose cautivar por las delicias terrenales. Cuando olvidamos la dimensión espiritual, nuestra conciencia queda circunscrita a las dimensiones de un ego que goza y que sufre. Nuestra conciencia se convierte entonces en una conciencia egótica.

El Despertar es el descubrimiento de la dimensión espiritual. Desde el momento en el que este descubrimiento se ha realizado en el curso de la experiencia individual, existe la posibilidad de olvidar este descubrimiento y de no explotarlo tan ampliamente como sea necesario. Esta posibilidad es la caída. Como ya hemos dicho, en el individuo, que puede caer espiritualmente, hay dos tendencias, dos atracciones divergentes, sin embargo, todas las tendencias, todas las pulsiones pueden ser formuladas, explicitadas, justificadas y verbalizadas por la mente.

A nivel mental, la atracción hacia la tierra se manifestará, en quien conoce el Despertar, a través de una formulación ideológica específica, que constituye la gran tentación y provocará la caída para quien adopte ese punto de vista.

Por lo tanto, es importante denunciar con precisión el contenido de esta formulación mental, para ayudar a quienes están en el camino a no sucumbir a tales espejismos.

Las líneas principales del argumento falaz son las siguientes: “Yo soy la Conciencia intemporal y eterna que está presente en el hombre, y el mundo existe para su propia delectación, ocupemos, pues, nuestra existencia en gozar de todos los placeres de la vida, pues, cuando el hombre goza, es la conciencia intemporal la que goza de su propia creación a través de él”.

Intelectualmente el razonamiento es bastante seductor. Y es tanto más seductor cuanto que de esa forma todas las pasiones de la personalidad encuentran en él la justificación de sus expresiones. La perspectiva de un sombrío goce lo acompaña.

Pero en este razonamiento, se olvida una cosa fundamental: la vida humana es un estado de transición. Es un estado encarnado.

Además, contrariamente a la teoría expuesta anteriormente, no soy el inmaterial que se encarnó para disfrutar de lo material. Yo soy lo inmaterial que, identificado a lo material por la encarnación, aspira a volver a ser inmaterial. En pocas palabras, mi propósito es el retorno y no la emisión ontológica.

Recordemos que toda la evolución prehumana es el proceso por el cual la conciencia se ha individualizado. En el estado humano la individualización está adquirida. Lo que hace falta ahora es que la parcela individualizada de la Conciencia Cósmica se separe de su matriz identificadora y se reintegre a la totalidad de la Conciencia Cósmica de la cual ha emergido en el estado indiferenciado. La Creación, que no es mi creación, puesto que yo sólo soy una parcela, es el proceso por el cual el Unico engendra lo múltiple; y la evolución espiritual que comienza en la condición humana, es el proceso por el cual lo múltiple vuelve al Unico para comulgar eternamente con él.

Mientras el hombre, este receptáculo de la conciencia, permanezca apegado a los valores terrestres, no sobrepasará la condición humana y sufrirá el eterno retorno de la cadena de las encarnaciones sucesivas.

Resumiendo, aquello a lo que estamos pasionalmente apegados, encadena nuestro futuro.

El fin espiritual de la vida humana es, pues, romper la cadena de las encarnaciones sucesivas, por medio de un desapego total con respecto a los placeres terrenales y un enraizamiento de la conciencia en lo Divino.

Fuera de este fin, está el fracaso espiritual existencial.

Fuera de este fin, la espiritualidad tan sólo ha sido entrevista, pero no realizada.

La obtención de este fin necesita una orientación espiritual muy específica, y concretada diariamente. Esta orientación significa que, en el seno de los diversos acontecimientos de la vida humana, yo aspire a mantener mi conciencia abierta a la percepción de la dimensión transcendente. Si adopto la falaz argumentación antes citada ¿qué sucederá?

Mi objetivo será el de gozar de las cosas de la vida. Y el deseo de apertura a la verticalidad transcendente, será reemplazado por un deseo de gozar en la horizontalidad humana.

Cuanto más ardiente sea en mi búsqueda de placeres, menos ardiente seré en mi búsqueda y en mi deseo de la dimensión espiritual.

¿Es con el objetivo de buscar los placeres humanos que lograré en esta vida desprenderme de las atracciones propias a la condición humana y, por consiguiente, sobrepasar dicha condición? ¡Ciertamente que no! Cuanto más logro satisfacer las pasiones del ego, más grandes y más importantes se vuelven. Cuanto más trato de satisfacerlas más atrapado quedo en ellas.

Por lo tanto, vemos el peligro de la teoría tentadora, para quien la adopta, la vida humana no alcanzará su objetivo espiritual, porque el que sigue el camino de la gran tentación, conoce la realidad espiritual, pero no realiza en él la dimensión espiritual. Habiéndose elevado por su conocimiento a la altura del puro Espíritu, no logra vivir a ese nivel y vuelve a caer al nivel del ego. Al nivel de esa conciencia egótica que goza con las pasiones humanas y que no es otra cosa que la disminución, a las dimensiones del hombre, de la Conciencia Divina.

Quien adopta la teoría tentadora muere apegado a la tierra, y por eso, vuelve a la tierra. No se eleva hacia el Espíritu. No llega a romper el ciclo de las reencarnaciones. La presente vida ha sido una oportunidad perdida.

Todo debe empezar de nuevo al nivel de ese vehículo psíquico que es la personalidad.

Todo se ha perdido a nivel de la conciencia individual.

Para lograr la realización espiritual, es preciso tener como único y exclusivo objetivo dicha realización.

Quien ha hecho de la realización espiritual su único objetivo, no considera, por ello. que debe huir de la condición humana, con los placeres y sufrimientos que contiene naturalmente, pues él sabe que es en el interior de esta condición de existencia donde debe lograr su realización espiritual.

Por ello, acepta tanto el sufrimiento como el placer. Pues su finalidad no es la de huir del sufrimiento a toda costa, ni trata de buscarlo con estúpidas mortificaciones.

Por eso, cuando no pudiendo evitarlo y habiendo fracasado en su intento normal de evitar el sufrimiento, él lo acoge. Del mismo modo, su objetivo no es buscar el goce sistemáticamente o rechazarlo cuando surge dentro de su experiencia. Su única y constante preocupación en el seno del placer, del sufrimiento o de cualquier otro tipo de percepción, es mantener su Despertar espiritual.

Siendo este su único fin y su única preocupación profunda, todo lo demás se vuelve superficial y, aunque participa en todas las experiencias de la condición humana, no se apega a ninguna de ellas. Al no estar apegado, se libera. Liberándose, sobrepasa la condición humana y se encamina hacia una comunión integral y definitiva con el inefable transcendente.

APROXIMACIÓN A LA IMPOTENCIA

Cuando entiendes que el propósito de la vida es permanecer conscientemente despierto frente a la Realidad Divina. Cuando TÚ sabes que debes mantenerte consciente de la dimensión espiritual en todo momento. Cuando realmente piensas que es lo único realmente necesario e importante. Tienes una visión justa de la existencia.

Por lo tanto, TÚ te esforzarás por introducir el Despertar espiritual en el interior de cada uno de tus días. Esta será una oportunidad para que veas cuán débiles son tus fortalezas. ¡Cuán frecuentes serán tus olvidos! ¡Qué profundo es tu sueño espiritual!

Frente a esta exigencia: "Mantente constantemente en Despertar". ¿Qué vas a lograr? Al principio, unos momentos de despertar diario, eso es todo.

¿Qué hacer? ¿Qué puedes hacer para lograr tu ideal? ¿Qué hacer para obtener el Despertar constante?

No hay nada que hacer, sino esforzarse más y más. No hay nada más que hacer, sino transformar cada día en una lucha contra el sueño espiritual. Es una tarea enorme. Muchos se desaniman. Han entendido intelectualmente lo que es el Despertar. Han vivido unos instantes de Despertar. Pero se echan atrás ante el inmenso esfuerzo de la búsqueda diaria, una búsqueda repetida sin fin, una búsqueda en el interior de cada instante.

Algunos, incluso, llegan a creer que la Atención del Despertar constante es imposible de realizar. Entonces se alejan de lo que consideran imposible.

Pero, si no se busca el Despertar constante, no hay más camino iniciático, no hay más evolución espiritual.

Debido a la debilidad e inconstancia del espíritu humano, el Despertar constante puede parecer imposible de lograr. Sin embargo, es el ejemplo del Despertar constante el que nos han mostrado los grandes sabios y los grandes santos. Es hacia esta cumbre que debemos caminar.

Lo que es imposible para el hombre y posible para Dios. Creemos que, con la ayuda de la gracia Divina, por débiles y mediocres que seamos, podremos avanzar en el Sendero.

Cuando frente a esta tarea constantemente repetida, nos sentimos débiles y desanimados, ¿qué podemos hacer? Podemos aspirar al Despertar. Incapaces de vencer el sueño temporal, debemos clamar en silencio a Dios, debemos pedir su ayuda, suplicándole que su gracia descienda sobre nosotros.

Frente a nuestra impotencia, solo podemos confiar en Dios con la debilidad y la confianza de un niño.

El reconocimiento de nuestra impotencia nos hace comprender que, sin la ayuda de la gracia Divina, no podemos hacer nada. Esta comprensión fundamental nos purifica del orgullo y nos vuelve suplicantes.

Cuanto más ardientemente le pedimos a Dios el permanecer constantemente conscientes de su Realidad, más recibimos el influjo de la gracia santificante.

Acepta tu impotencia, no intentes ocultarla por medio de teorías diversas, constátala y vívela con una profundidad dolorosa.

De la aceptación de tu impotencia nacerá un impulso profundo y apasionado hacia Dios. Él es tu única tabla de salvación y sin su gracia no puedes hacer nada.

Aspira a recibir la gracia Divina, ábrete completamente a ella, no seas más que un deseo por Dios y una llamada.

En tu impotencia, mantente consciente sin esfuerzo de la presencia de Dios. Permanece en Su presencia en tus actividades diarias. Mantente consciente de este océano impalpable de Beatitud.

Conténtate con ser consciente de su presencia en un estado de amor y apertura.

Entonces, gradualmente, tu oscuridad se aclarará y tu impotencia se convertirá en contemplación.

Cuando tu contemplación te lleva a descubrir que la presencia silenciosa del Señor que está dentro de ti, es la inmutabilidad informal de tu propia Conciencia trascendente, pasas de la devoción a la Gnosis.

APROXIMACIÓN A LOS ESFUERZOS ESPIRITUALES

Quien quiere asir el Despertar, se aleja de él.

Cuando he comprendido que la realización espiritual era el objetivo de la existencia.

Cuando he comprendido que esta realización consistía en sumergir el espíritu en el Despertar de una forma constante e inalterable.

Cuando, conociendo por experiencia el Despertar, constato que a veces estoy Despierto, pero que muy a menudo no lo estoy, un nuevo escollo surge. El escollo de la voluntad.

Llevado por su entusiasmo, por su deseo de realización, el aspirante quiere esforzarse para obtener un Despertar constante.

Sin embargo, quien quiere asir el Despertar se aleja de él.

¿Por qué una disposición tan lógica como loable es errónea?.

Porque el Despertar y la instalación del Despertar en vuestra vida se encuentra más allá de los esfuerzos humanos.

Es una gracia Divina que os es dada.

No es algo que se pueda ganar u obtener.

Cuando el aspirante comprende esto, suele sentirse desconcertado. "¿Qué debo hacer?", se pregunta.

Precisamente, no podemos hacer NADA que sea capaz de proporcionarnos un Despertar definitivo.

Al comprender esto, progresas en el desapego.

La eficacia de tu voluntad se retira; comprendes tu impotencia; soñaste con elevarte hasta la transcendencia, pero esto resulta imposible. El hombre, ese monstruo de orgullo, no puede alcanzar por sí mismo la transcendencia. No es capaz. Es la transcendencia la que puede atraerlo a él.

Te imaginaste ser poderoso y ahora entiendes que eres impotente.

Ya no eres un maestro que sube al cielo, sino un mendigo que clama al cielo.

Pedid y se os dará.

Deja de creer que puedes realizarte. Más bien comprende tu impotencia y entonces serás verdaderamente pobre de espíritu.

Todas las ópticas voluntaristas de realización espiritual, todavía no han comprendido esto. Y son numerosas las enseñanzas espirituales que no han alcanzado el estado de pobreza de espíritu y que todavía creen que el hombre puede salvarse por sus propios esfuerzos.

Esfuérzate pues, esfuérzate en alcanzar lo inalcanzable. Pobres humanos llenos de orgullo espiritual. El último de sus orgullos. Esfuérzate en alcanzar lo inalcanzable hasta que el edificio de tu pretensión se derrumbe, hasta ser arrojado abajo y que lo inaccesible te enseñe humildad.

Lo inaccesible puede alcanzarlo todo. Pero tú, tú no eres más que polvo perdido en el cosmos y los abismos del tiempo.

Deja que la angustia te invada, pues ella es purificadora. Que tu clamor y el lamento de tu desesperación suban al cielo, porque has pecado de orgullo y presunción.

"¿Qué hacer?", sigues preguntando.

Debes, por supuesto, esforzarte para lograr el Despertar. Debes hacer del Despertar una preocupación constante. Debes buscar el Despertar sin cesar, cada día, tan a menudo como sea posible y en todas tus actividades.

Nuestro lenguaje es contradictorio, ¿verdad? Sólo aparentemente, pues, si bien es verdad que, necesariamente, hay que esforzarse por el Despertar, no debemos imaginarnos que la Realización espiritual depende mecánicamente de vuestros esfuerzos.

Esforzarse por el Despertar, buscar el Despertar, desear el Despertar, introducir el Despertar; pero, comprende que todos tus esfuerzos no son más que una forma de solicitud.

A través de ellos no puedes apoderarte de la Realización, pues la Realización no es una cosa que puedas apoderarte.

Así, conocerás el Despertar y lo perderás. Lo conocerás y lo perderás a lo largo de los años.

Y así comprenderás que el Señor te lo da y el Señor te lo quita, eres barro que Él modela con sus manos.

Mientras que aspiras al Despertar, al dártelo y quitártelo, el Señor te enseña, pues Él es el Señor y tu el esclavo. Te enseña que todo depende de Él, que todo ha sido dado por Él.

¿Qué deberías hacer? No te apropies de lo que te da, y no digas: "Lo he obtenido".

¿Qué deberías hacer? Pedir su Gracia, aspirar a Él y abrirte a Él. Comprendiendo que el poder aspirar a Él y clamar a Él, ya es una Gracia que se te ha otorgado.

Deseas que el Despertar se instale en tu vida de una forma estable y duradera.

Pero no es mediante la voluntad que el Despertar va a instalarse, sino mediante el amor.

No es el desarrollo voluntario de tu poder de concentración lo que, por un esfuerzo deliberado, te permitirá conservar el espíritu fijo en el Despertar. Pues, incluso si esto aconteciera, sería un Despertar artificial y falso. Es tu sed de Despertar lo que te llevará constantemente a él.

Alimenta tu corazón con la dulzura y poder del Despertar y déjate llevar por él. Entonces, serás como una planta que, en su sed de luz, atraviesa la tierra. Entonces, tu pasión por lo Divino será una obsesión, una intoxicación por el Despertar y, de forma natural, este Despertar se arraigará en tu vida cotidiana.

Compréndenos bien. Cuando decimos que no le es posible al hombre realizarse por sí mismo, no queremos decir que el hombre deba desinteresarse de la cuestión. Queremos decir que se deben hacer esfuerzos de voluntad, pero comprendiendo los límites del poder de nuestra voluntad. Tus esfuerzos no pueden darte, sólo pueden prepararte para recibir.

El esfuerzo del hombre no debe situarse orgullosamente en una voluntad de perfección.

Es el espíritu de Dios el que, descendiendo en nosotros, opera la transformación. El esfuerzo del hombre consiste en ponerse y volverse a poner ante la presencia de Dios, en abrirse a la Realidad inefable y su poder.

La fuerza que te llevará a la Realización no es tu fuerza. Por ello, si cuentas sólo con tu voluntad, no llegarás más que a un callejón sin salida. Quien cuenta sólo consigo mismo, se encierra en sí mismo. Por el contrario, quien aspira y pide a lo alto, puede recibir.

Al no ser el resultado de los esfuerzos humanos, la Realización espiritual es una consecuencia de las manifestaciones del poder liberador e iluminador de lo Divino.

Con el transcurso de los años, los períodos sombríos y los períodos luminosos se sucederán en el camino del Despertar.

Si verdaderamente estás en el camino, la llegada de cada nueva oscuridad será cada vez más dolorosa y desesperante.

Así, poco a poco, la vida sin Despertar será insoportable para ti. Y tu oración, tu aspiración y tu deseo de Dios serán cada vez más fervientes.

Entonces, cuanto menos puedas vivir sin Él, más se entregará a ti.

Entonces, cuanto más duras y sombrías hayan sido las tinieblas, más radiante será el nuevo amanecer.

Confía en el Señor. Vive en plenitud, según su voluntad de privación. Acéptalo todo.

Poco a poco, te resultará insoportable la privación. Entonces, y sólo entonces, si Él lo considera así, tu plenitud será inalterable.

APROXIMACIÓN A LA PERFECCIÓN

Se proponen numerosas enseñanzas espirituales para alcanzar la perfección. Con este fin, se enseñan un conjunto de preceptos, reglas de conducta y ejercicios.

Algunas doctrinas consideran que esta búsqueda de la perfección debe extenderse al cuerpo físico, otras lo proponen solo para el alma. En cualquier caso, la idea básica es la misma: "Debemos avanzar hacia la perfección".

La primera dificultad surge de la naturaleza de la perfección que debe alcanzarse. Vamos a limitarnos a tres ejemplos, diremos que un católico, un hathayogui y un budista no definirán la perfección de la misma manera. Para un espíritu sagaz, esta diversidad de puntos de vista causa problemas. ¿Quién tiene razón, quién está equivocado? Hacer una elección parece arbitrario y subjetivo.

La segunda dificultad reside en el tiempo que lleva alcanzar la perfección. ¿Podemos alcanzar la perfección aquí abajo? La tarea parece muy ardua y la vida humana muy corta. Es por eso por lo que numerosas doctrinas declaran que la vida presente solo puede ser un paso en el camino hacia la perfección.

Unos dicen que esta perfección se logrará después de la muerte. Dentro de una larga evolución que tendrá lugar en el marco de la vida post-mortem.

Otros consideran que esta perfección se alcanzará después de numerosas reencarnaciones. Sobre este punto, sabemos que se basan en una falsa comprensión de la reencarnación, ya que solo el vehículo psíquico se reencarna y no la conciencia individual.

En un caso como en otro, la perfección es un objetivo lejano, que se perfila más allá de la vida presente.

Si ahora nos preguntamos por qué es necesaria la perfección, vemos que las más altas doctrinas nos responden: "Porque esta perfección nos dará acceso al Conocimiento de Dios, que es el bien supremo". De alguna forma, uno tiene que volverse apto para este Conocimiento, digno de este Conocimiento.

Todas estas doctrinas que se proponen alcanzar la perfección provienen de lo que se llama la vía indirecta. Esta vía es indirecta, porque se trata de alcanzar la meta en un lejano más allá, y su albarda, que es la perfección, es solo un medio indirecto de alcanzar algo más elevado, que es el Conocimiento de Dios

¿Son correctas las vías indirectas? ¿Nuestro objetivo debe ser emprender un camino que poco a poco, a través de un tiempo incalculable, nos lleve a la perfección, la cual nos hará aptos para conocer a Dios?

La respuesta sería positiva si no hubiera otras vías espirituales, que por oposición son llamados vías directas. Estas vías directas

declaran que la Realización espiritual, que consiste en conocer a Dios, debe alcanzarse en esta vida y no en el más allá.

Estas vías son directas, porque afirman que el objetivo de la espiritualidad debe alcanzarse de manera inmediata y directa. Para ellas, no se trata de alcanzar una perfección que nos dará acceso al Conocimiento de Dios, sino de buscar primero el Conocimiento de Dios.

Estas mismas vías directas afirman que la búsqueda de la perfección es un señuelo. Dicen que esta perfección no existe en el mundo de los fenómenos, que es un mundo efímero e imperfecto. Incluso el arcángel más grande contiene una cierta limitación, limitación que es una forma de imperfección. Incluso el más grande Maestro espiritual que vivió en la tierra, no fue perfecto en todas las áreas de la vida humana.

La vida sublime del Buda no estaba libre de imperfecciones, si sabemos echarle una mirada objetiva. Cristo mismo tiene un desfallecimiento en la cruz, cuando le suplica a su padre divino y le reprocha de haberlo abandonado. Esto era necesariamente así, porque si Cristo, el Buda o cualquier gran maestro espiritual no hubieran compartido la imperfección humana, no podrían haber sido hombres totalmente.

Por lo tanto, si vemos a los seres celestiales más radiantes contaminados con imperfecciones, si vemos lo mismo con respecto a los más grandes Maestros espirituales, nos queda claro que la búsqueda de la perfección es un espejismo que no alcanzaremos nunca.

Entonces, lo que nos propone la vía directa es completamente diferente. No nos dice: "Hazte perfecto", nos dice: "Rompe toda asociación con la imperfección humana mediante la desidentificación y el desapego".

No puedes llegar a ser perfecto en esta vida, pero en esta vida TÚ puedes desidentificarte del hombre y alcanzar el desapego.

También en esta vida puedes darte cuenta por una experiencia interna de que no eres un hombre, porque eres Dios mismo, y esa experiencia es el Conocimiento de Dios.

Cualquiera que conozca su verdadera naturaleza, que es divina, conoce la verdadera perfección. Porque la verdadera perfección no es ni de este mundo ni del mundo del más allá. La verdadera perfección es eterna e intemporal. Es la herencia de Dios mismo.

Cualquiera que conozca su verdadera naturaleza puede decir "Soy perfecto". Y en verdad, él es perfecto como Dios es perfecto.

Declarando: "Soy perfecto", no significa que él sea perfecto como hombre, ya que la perfección no es de este mundo. Lo que declara es lo que él es como Realidad eterna, divina y perfecta.

En vano buscamos la perfección en este mundo o en el mundo psíquico. La perfección permanece en el fondo de nosotros en la presencia divina que es testigo de todas las actividades del hombre.

Por lo tanto, encontrar la perfección no consiste en modificar el vehículo humano, sino en descubrir el huésped intemporal de este vehículo.

Este descubrimiento de la perfección, más allá del hombre, brillará sobre el hombre, el cual, por lo tanto, sin alcanzar una perfección imposible, será altamente mejorado.

Cualquiera que descubra su divinidad y se mantenga consciente de ella, verá una transfiguración en el vehículo humano.

Cuando eres consciente de no ser el hombre, sino de ser la Conciencia divina que percibe al hombre, constatas que la actitud del hombre se modifica. Mediante esta modificación, se elimina todo un conjunto de escorias morales y el hombre se purifica. Repitamos, esta purificación nunca es absoluta. Sin embargo, es suficiente para que el hombre, como instrumento, pueda cumplir su destino, de acuerdo con las predestinaciones que la voluntad Divina ha depositado en él.

Por lo tanto, el proceso de la vía directa es el siguiente: te desidentificas, comprehendes que no eres un hombre, te das cuenta de que eres la Consciencia Divina que percibe al hombre y al mundo, te identificas con Dios y así adquieres el conocimiento de Dios, que no es otro que el Conocimiento de tu Realidad última. Este conocimiento, en la medida en que se mantiene dentro de la vida diaria, ilumina al hombre y lo transfigura. De esta transfiguración resulta una purificación moral. Con la purificación moral, con el hábito de seguir los mandatos de la conciencia moral, con la obediencia diaria a la Conciencia moral, tu destino está iluminado por la voluntad divina, y, por tanto, eres un instrumento en las manos de Dios.

¡Que puedas seguir esta vía y no deambular en el espejismo de las vías indirectas!

APROXIMACIÓN A TI MISMO

Pregúntate: "¿Quién soy yo?", con la intensidad y profundidad requeridas.

Llegas a una respuesta correcta, si respondes a esta pregunta: "Soy el infinito, soy lo ilimitado, soy lo trascendente".

Sin embargo, esta respuesta no debe ser una simple lección doctrinal, sino una respuesta viva que surge de ti mismo con todas las características de la evidencia vivida.

Si es así, y si esa es tu respuesta, ¿qué queda por hacer? Todavía tienes que vivir todas las implicaciones de tu respuesta. Por lo tanto, es en la totalidad de las consecuencias de tu respuesta espontánea que se encuentra la Liberación.

Has entendido que tu naturaleza profunda y verdadera es la de Dios. Eres la presencia de Dios en el hombre. El hombre es el conjunto de sensaciones, sentimientos y pensamientos que percibes, lo que eres es la Divina Conciencia espectadora de todo esto.

Si sabes quién eres en tu verdad trascendente, saca todas las conclusiones que resultan de todo eso.

Primero, comienza por date cuenta de que no tienes nada que conseguir. ¿Qué quieres conseguir? Eres Dios que interpreta el papel de una vida humana. Dios no puede tener necesidad, ni carecer de nada. Los caprichos de la vida humana son una experiencia que has deseado en una pequeña fracción de tu eternidad; y, por lo tanto, algo de lo que no te puedes quejar. Querías que esta vida humana fuera extraña, imprevisible y llena de sufrimientos y satisfacciones.

Este es el juego que has asumido y que durante algún tiempo aún continúa. Sabiendo esto, no debes desear nada ni más, ni menos.

Comprende igualmente, que no hay ningún tipo de Realización espiritual, que se pueda alcanzar. Estás Realizado desde siempre. Por un tiempo, olvidaste quién eras y creíste que eras un hombre. Pero ahora, esta aberración ha sido disipada. Sabes que eres Dios. Por lo tanto, toda búsqueda espiritual está terminada.

La búsqueda espiritual es un juego para aquellos que, no estando contentos con ser hombres, aún no han comprendido que son Dios. Por el contrario, cuando sabemos que somos Dios, sabemos que no hay nada que buscar.

Toda práctica de una disciplina espiritual, de ahora en adelante, es inútil para ti. Meditación, oración, ejercicios diversos, reglas de vida, prescripciones morales y prohibiciones son parte de la búsqueda. ¿Qué puedes buscar ahora que te has encontrado? Puedes practicar estos ejercicios y reglas por seguir el juego, así como puedes abstenerse de hacerlo. Ya no hay ninguna prescripción o prohibición para ti. Dios no tiene nada que conseguir. Nada que lograr. Nada que buscar. Nada que hacer. Él permanece en su plenitud eterna. Plenitud que abarca la

multiplicidad cambiante e impermanente de todas las condiciones de existencia.

No debes preocuparte por permanecer despierto constantemente o por no permanecer. Ya sea que estés despierto o no, eres Dios. De eso no hay nada que puedas cambiar.

Tus despertares son un recordatorio de ti mismo. Tus períodos de no despertar son el olvido de ti mismo. Pero precisamente, la vida humana es un juego en el que te olvidas de ti mismo. Este juego lo querías desde toda la eternidad y lo aceptas ahora.

Cada vez que descubras que no estás despierto y, que debido a esto has olvidado tu Realidad Divina y Trascendente, tienes la posibilidad inmediata de recordar tu Realidad Divina y de restaurar tu despertar. Por lo tanto, no hay problema a este nivel.

¿Qué te queda por hacer? Solo tienes que vivir tu vida cotidiana, siendo consciente del Conocimiento sobre ti mismo que has adquirido.

Entonces, tu vida se convertirá en el juego consciente de Dios mismo. ¿Qué más quieres?

Cuando tienes hambre, comes. Cuando tienes sueño, duermes. ¿Qué más quieres?

Si tienes hambre y no puedes comer, no comes. Si tienes sueño y no puedes dormir, no duermes. ¿Qué más quieres?

APROXIMACIÓN A LA SUPERACIÓN DEL CONOCIMIENTO

En definitiva, ¿a qué se reduce el Conocimiento metafísico? A percibir el vacío eterno de la trascendencia. La inefable paz de lo Divino. La Presencia del sin límites.

El profano no sabe ESTO. Una ignorancia metafísica fundamental puso un velo sobre sus ojos. Disipar esta ignorancia y despertar a la percepción de esta Realidad, que se ha llamado "Purusha", Brahman, Nirvana y Tao, es el objetivo de la búsqueda iniciática.

Para llevar a las personas a este Conocimiento, es necesario usar una multitud de palabras, y para alguien cuyos ojos están inmersos en el océano del silencio, no deja de parecer algo extraño.

Al comienzo de la búsqueda, esta suprema Realidad invisible aparece a menudo como un concepto abstracto. Algo lejano o difícil de alcanzar.

Por lo tanto, debemos trabajar, esforzarnos, recordar, meditar, y esto hasta que nos demos cuenta de que el Despertar es posible en todo momento.

No hay nada lejos que deba ser alcanzado. La Presencia eterna. El vacío del sin límites. El océano del sin nombre. La inefabilidad silenciosa. ESO está en nosotros en todo momento. Es el sustrato permanente que permanece en la transparencia de todas las percepciones, pensamientos, emociones, acciones…

Por lo tanto, debemos comenzar descubriendo la Trascendencia. Tantas palabras, tanto esfuerzo para encontrar la simplicidad inmaculada y absoluta del perfecto Silencio.

El Despertar acaba por conocerse, pero el flujo del mundo, los automatismos y los hábitos mentales surgen, prevalecen y lo ahogan en sus repliegues.

Entonces comienza el combate espiritual. Debemos buscar instaurar el Despertar en el interior de cada jornada. Debemos trabajar para ampliar el desgarre del Despertar.

Esta lucha es una necesidad fundamental. Quien no se lance en cuerpo y alma a ella, permanecerá en la orilla y solo podrá ver el Despertar en reflejos imprecisos.

Debemos luchar contra el olvido y la ignorancia, porque, al principio, el Despertar es como un fantasma evanescente. Todo lo que permite fijarlo, traerlo a la existencia diaria, arraigarlo en ella y ampliar su presencia, es bienvenida. La disciplina espiritual, el método de meditación, los recordatorios que se intercalan cada día son indispensables.

Poco a poco, los esfuerzos van dando frutos: el Despertar se vuelve más profundo y más frecuente. Cada día hay toda una serie de momentos de Despertar. A veces, el Despertar va acompañado de un

olvido más o menos total del mundo, en otras ocasiones se perfila detrás de las percepciones externas e internas.

La Paz se instala en nosotros. Pero no es una paz perfecta, todavía hay múltiples áreas grises en cada jornada.

En nosotros, hay una alternancia constante entre ignorancia y Conocimiento. A veces Despertamos al Silencio sin orilla del Ser, pero en múltiples ocasiones, el mundo nos absorbe, olvidamos lo inefable, nos sumergimos en el torbellino de lo superficial.

Avanzamos lentamente. A pesar de la intensidad de nuestros esfuerzos, la constancia del Despertar se nos escapa. La disciplina y los métodos de meditación comienzan a parecernos inútiles. Ya no nos parece tan seguro que realmente favorezcan el Despertar. Este fue el caso al principio, pero ahora ¿no vemos cada vez con más evidencia que la consciencia del Despertar es posible a cada momento, sin ningún tipo de técnica? La solución a nuestro problema, por lo tanto, no radica en una multiplicación de ejercicios y prácticas. Aunque éstos realizados diariamente establecen un contexto favorable para la búsqueda del Despertar. ¿Que hay que hacer?

Conocemos el Despertar, pero seguimos olvidándolo. Lo recordamos constantemente, para olvidarlo de nuevo. ¿Cómo lograr, dentro de todas las actividades, permanecer constante e inalterablemente en el Despertar?

Ciertas actividades pueden llevarse a cabo de una manera externa a nosotros, mientras nos mantenemos inmersos en el Despertar frente a la realidad trascendente inactiva y dichosa. Pero, hay otros tipos de actividad que nos absorben, que atraen nuestra conciencia hacia el exterior. ¿Cómo evitar esto?

La respuesta es muy simple: no intentes evitarlo. Deseas romper la influencia del mundo para permanecer inmerso en la trascendencia. Deseas destruir la ignorancia en la cual tu percepción del mundo te hace olvidar la trascendencia. Deseas tener constantemente el Conocimiento. Esto significa que aún queda por entender que el mundo y la Trascendencia son UNO. La ignorancia y el Conocimiento deben ser superados conjuntamente.

En verdad, uno duda al decir esas cosas, porque, ¡hay tantas posibilidades de que se malinterpreten! Pero, ¿qué podemos hacer, si no es expresar la Verdad, precisando que la superación de la ignorancia y del Conocimiento solo puede hacerse después de un arraigamiento en el Conocimiento?

La comprensión de la unidad del mundo y de la Trascendencia solo se puede experimentar después de un Conocimiento de la Trascendencia.

Cada vez que estás Despierto a tu realidad última, silencioso, inactivo y beatífico, estás en el Conocimiento de la Trascendencia. Cada vez que te permites ser absorbido por percepciones externas o internas, estás en la ignorancia.

Pero, ¿quién eres?, ¿eres el hombre o la Trascendencia? Eres la Trascendencia, esto debe ser evidente en el nivel de comprensión de aquellos a quienes nos dirigimos.

¿Por qué se olvida la Trascendencia? La Conciencia Trascendente, que es tu naturaleza real, se olvida al ser absorbida por la percepción del

mundo. Esto es lo que ves a diario. ¿Es molesto?, Y ¿A quién molestaría?

Esta ignorancia de nuestra propia naturaleza, que se manifiesta momentáneamente en un fragmento individualizado de consciencia eterna, ¿constituye un problema para esta CONSCIENCIA?

Si reflexionas correctamente, debes concluir que en este olvido temporal no hay ningún tipo de pérdida. La Trascendencia no se puede perder. Sigue siendo inalterable.

Por lo tanto, nos hacemos la siguiente pregunta: este olvido momentáneo de tu naturaleza trascendente, que se manifiesta cada vez que te absorbes en percepciones fenomenales, ¿no será un simple juego del escondite?

Dios olvida que él es Dios y se toma a sí mismo por un hombre. Entonces, Dios está insatisfecho y busca a Dios. Dios al final de esta búsqueda termina encontrándose a sí mismo. Al encontrarse a sí mismo, tiene su propio Conocimiento, pero ahora tiene miedo de perder este Conocimiento eterno y comienza, en su forma humana, a huir de la ignorancia. De ello resulta una nueva forma de sufrimiento. ¿No es todo esto solo una broma en el seno de la Eternidad?

¿Por qué te niegas a jugar? ¿Por qué te aferras al Conocimiento, cuando lo tienes para toda la eternidad? ¿Por qué te niegas a entrar alegremente en la ignorancia, a salir de ella otra vez, y a entrar y salir sin cesar? ¿De qué tienes miedo? ¿De qué quimérica ilusión eres la presa?

¿Qué es el mundo, si no es la Manifestación de la Trascendencia? ¿Puede Dios perderse en el interior de sí mismo? Es imposible: solo juega con el cuerpo cósmico de su Manifestación.

¿Cómo quieres que el mundo esté de alguna manera separado de la Trascendencia? Lo inefable está en Silencio y el Vacío eternos, pero también está en el pájaro, el árbol y el amigo. Olvidaste eso y quieres permanecer inmerso en el Silencio, ¡qué mezquindad! Tienes que saber cómo perderte en el árbol y en el amigo. Debes perderte en tu trabajo y tus pasatiempos. Tienes que encontrarte en el Silencio y perderte constantemente en el mundo. ¡Deja de ser rígido! ¡Sé flexible! Deja de distinguir, disociar y preferir. Acéptalo todo. Sumérgete en todo. Toma cualquier forma. Adopta toda la realidad. Sé uno con el mundo y con la Trascendencia.

Aprende a perderte y descubrirás que es imposible perderse, ya que todo es UNO. Lo que se ve y quién lo ve, no son distintos, entonces, ¿dónde quieres perderte? Estás eternamente en ti mismo, en tu manifestación y en tu no manifestación.

El mundo sin el Conocimiento de la Trascendencia es una prisión oscura. Pero la Trascendencia, sin aceptación del mundo, es una impotencia oscura.

Ser absorbido por el mundo y no conocer la Trascendencia es la trampa de la ignorancia.

Querer absorberse exclusivamente en la Trascendencia y huir de la absorción del mundo, esa es la trampa del Conocimiento.

Solo aquellos que han bebido a grandes tragos su ambrosía, pueden evitar la trampa del Conocimiento. El ignorante, creyendo evitar las

penalidades de la búsqueda, pretenderá ir más allá del Conocimiento que ignora. Al hacerlo, solo justificará ante sus propios ojos su encarcelamiento en la ignorancia. No sobrepasará ni realizará nada.

Es a través del Conocimiento que se trasciende la ignorancia; y es a través de la aceptación de la ignorancia, dentro del Conocimiento, que el Conocimiento es trascendido.

Entonces, debes empezar por buscar el Conocimiento del Despertar. Tienes que trabajar para impregnar cada jornada del sabor del Despertar. Sin ese enfoque, perseguido con ardor y constancia, no hay Conocimiento.

Pero, cuando el Conocimiento ha producido su fruto, cuando el Despertar está presente de una manera fuerte y abundante en cada día, es necesario dejar de aferrarse a la percepción de la Trascendencia y aceptar absorberse espontáneamente en el mundo, varias veces al día.

Aquí está el secreto: al prestar total atención a lo que constituía la ignorancia, la transformas en otra forma de Conocimiento.

Debemos buscar el Despertar constante, pero el Despertar constante no es una instalación constante en el Conocimiento. Te parece que hay todo un conjunto de actividades y de ocasiones cotidianas que ponen de manifiesto la ignorancia, pero ten en cuenta que, si introduces en estas actividades y en estas ocasiones la vigilancia del Despertar, la ignorancia se convertirá en algo nuevo.

Aquel que está maduro, debe liberarse de la obsesión por el Conocimiento. Sobrepasar el Conocimiento, aceptando la ignorancia.

En esta superación, cada momento se vive de manera intensa, porque en verdad, el Despertar, que en nuestra primera concepción se relacionaba con el Conocimiento, ahora incluye el Conocimiento y la ignorancia. Estar Despierto es tener una conciencia intensa, y mi conciencia es intensa cuando permanezco en Silencio y paz interior. Pero, también es intensa cuando estoy absorto en las pasiones del corazón, en el trabajo mental, en la acción del cuerpo o en la percepción del mundo.

Vivir despierto se convierte para mí en esto: en todo momento yo estoy, ya sea en la inefable paz del Silencio o en el mundo. Salgo del silencio para entrar al mundo y regreso al Silencio, en un perpetuo ir y venir.

Todo en mí es fluido, flexible y cambiante.

En ciertas actividades, la inmensidad se cierne en el fondo de lo percibido. En otras actividades, se olvida, entonces estoy completamente en lo que hago, mi conciencia se incorpora a la acción. Por contra, hay actividades que dejo a la automatización y cada vez más o menos ajeno al mundo, me sumerjo en lo inefable. A veces permanezco inmóvil, con los ojos abiertos o cerrados, voy más allá del mundo y entro en el vacío. Otras veces, mirando lo que me rodea, me integro en el mundo y me convierto en uno con lo que se contempla. Todo esto ocurre espontáneamente, sin reglas, de acuerdo con mis deseos profundos. Si estos deseos profundos me empujan a mantener una regularidad en la práctica de una disciplina espiritual, si encuentro en esta regla un profundo gozo, no me privaré de ello y lo realizo. Ya no es una restricción y un esfuerzo, es una libre aceptación. Medito

espontáneamente y medito en momentos predeterminados. En el constante despertar que abarca el Conocimiento y la ignorancia, vemos que no se necesita disciplina espiritual. Pero, esta ausencia de necesidad no significa el indispensable y definitivo abandono de toda disciplina. La superación de cualquier regla no es la adopción de una antirregla. La antirregla es solo una regla negativa.

Puedo adoptar la actitud de un servidor y rezarle a Dios, que entonces se vuelve externo a mí y esto para que pueda servirlo, amarlo y adorarlo. Puedo igualmente identificarme con mi esencia y saber que soy el Señor de todas las criaturas. También puedo permanecer en la vacuidad, superando cualquier concepto de devoción o identificación trascendente.

A veces siento que vivo como un hombre, y a veces siento que el hombre es completamente extraño para mí. A voluntad, me retiro del hombre y me diluyo en el infinito; o de lo contrario me concentro y me reduzco a hombre.

Vivo en el hombre, pero puedo sentir mi presencia en los demás o en cualquier elemento de la creación.

El mundo me puede parecer una parte integral de lo que soy. Pero en otras ocasiones, veo en todo lo que existe solo a Dios. El hombre es entonces una nada que nunca existió. Una simple ilusión desprovista de toda realidad.

En verdad, mi Despertar es una constante absorción en Dios. El Despertar puede convertirse en Conocimiento. Pero la constancia de la que hablamos se realiza cuando entendemos que todo es Dios, ya que donde sea que esté nuestra atención, estará fija en Dios. El Señor es este diamante con mil facetas, cuyos reflejos son su eco. Adóralo en el silencio y en el cuerpo, en la acción y en el reposo, en la mente y en el corazón, en el mundo y en el vacío. No te aferres a nada. No te aferres al Conocimiento Trascendente, deja que todas las formas de percepción y atención se alternen libremente dentro de ti. Siéntete a gusto en todo el mundo.

Todas las actitudes espirituales posibles son para ti otras tantas posiciones del espíritu que adoptas libre y espontáneamente dentro de cada jornada. Para ti y para mí, todo es solo un juego. Este juego es eterno. Esta danza cósmica en el seno del abismo del tiempo, en la que eres solo una faceta de mí mismo, te invito a vivirla conmigo. Deja de creer que estás separado o limitado. Reconócete en mí, reconóceme en ti. Somos uno. Somos la Trascendencia y el cosmos. Somos lo individual y lo universal. Somos lo limitado y lo ilimitado. Ve la Realidad. Acéptala. Vívela y deja que todas las ilusiones derrumben.

APROXIMACIÓN AL ABSOLUTO

El Absoluto no se conoce a sí mismo, porque en sí mismo es una conciencia vacía de contenido. El conocimiento de uno mismo sería un contenido de la Conciencia Absoluta, dicho contenido puede existir en lo manifestado, pero no puede existir en lo no manifestado, que permanece eternamente.

El Absoluto no se conoce a sí mismo, pero tiene la posibilidad de conocerse a través de la multiplicidad de formas de vida.

Toda forma de vida que logre la Realización espiritual es una forma de vida a través de la cual el Absoluto se conoce a sí mismo.

En esta constatación, tenemos la respuesta fundamental al por qué de la creación.

La creación procede de una oscura necesidad de conocerse a sí mismo que surge en lo Absoluto. Al principio, el deseo solo puede ser oscuro, ya que se manifiesta en lo no manifestado, provocando así la aparición de la Manifestación divina.

Este oscuro deseo, al pasar al acto, se convierte en la luminosidad gloriosa del verbo que derrama su amor hacia las criaturas.

Desear conocerse es para el Absoluto desear volverse activo y manifiesto. Desear conocerse es, para El, desear convertirse en el múltiple para, a través de una multitud de conciencias individualizadas, verse y comprenderse a sí mismo.

El deseo de conocerse se transmuta en amor por las criaturas, porque las criaturas son el medio del conocimiento. Es en ellos y a través de ellos, que el Absoluto se buscará y se encontrará.

El amor de las criaturas es, en última instancia, para el Absoluto un amor de sí mismo. Pero no podría ser de otra manera, porque solo Él existe. Debido a que la Realidad de lo Absoluto engloba todo el universo, sin estar circunscrito por ello, todo el amor expresado dentro de esta creación solo puede ser el amor de sí mismo a sí mismo.

El Conocimiento espiritual es, por lo tanto, el propósito de la creación. Las formas de vida evolucionan hasta llegar a la etapa en que este conocimiento es posible. Y luego, evolucionan de esferas a esferas superiores donde este conocimiento es cada vez más intenso.

El Absoluto se manifiesta en la criatura, pero a través de la criatura se conoce a sí mismo. En esto la criatura lo manifiesta y lo revela.

El Absoluto ama a la criatura y la criatura lo ama a su vez. En esto consisten las glorias del misticismo.

En su estado no manifestado, el Absoluto era un tesoro escondido. Al crear el mundo, reveló su esplendor y permitió que múltiples criaturas, que no son otras que él mismo convertido en múltiple, disfruten de la radiación de este esplendor.

Simbólicamente, el Absoluto es nuestro padre y nosotros somos sus hijos. Nuestra naturaleza profunda es idéntica al Absoluto. Nuestra

naturaleza aparente es distinta de Él. Es en la aparición de los fenómenos del mundo que él se convierte en múltiple y que nosotros nos convertimos en sus hijos. Todo esto es solo un juego ilusorio y efímero que juega en sí mismo, dentro de sí mismo.

En realidad, no hay creación, no hay multiplicidad. El universo es solo una ilusión y una apariencia. Ilusión y apariencia dentro de las cuales él se conoce a sí mismo.

En apariencia, como hijos, nosotros lo manifestamos y se revela en nosotros mismos. Constantemente, la luz del amor del Verbo creador irradia hacia las criaturas.

En la apariencia, venimos de Él y volvemos a Él.

Fuera de la apariencia, ya somos Él y lo seremos para toda la eternidad.

Fuera de la apariencia, no hay nada que obtener, nada en lo que convertirse.

Fuera de la apariencia, la creación es solo un ensueño dentro del cual el Absoluto ha moldeado el mundo y una multiplicidad de criaturas a través de las cuales logra conocerse a sí mismo.

APROXIMACIÓN A LA ORACIÓN GNÓSTICA

Devoción y gnosis no se excluyen. La relación con el Dios viviente y la fusión con el Absoluto impersonal son complementarias.

Hay una forma de oración, en la que la identidad transcendente y la relación mística se yuxtaponen.

Haz vibrar en ti esta oración y di:

Oh Señor, eternamente yo Te buscaré.

Eternamente me acercaré a Ti.

Eternamente crecerá mi beatitud abrumadora.

Capto Tu infinitud.

Me pierdo en Ella.

Pero no sabría concretarla.

Tu Conocimiento es un néctar del que nunca te sacias.

Días y noches me embriago de Él.

El Amor Divino me intoxica.

Su goce satura todas las fibras de mi cuerpo.

¡Oh Maravilla! La búsqueda no se acabará.

A través de múltiples ciclos Cósmicos, en innumerables condiciones de existencia, yo realizaré Tu obra.

Jamás alcanzaré la Realización, pues ya estoy Realizado.

Desde toda la eternidad, yo fui Tu Realidad.

La separación, que es supuesta, que hace un individuo es inexistente.

Sólo Tú existes.

Tú eres las inmensidades de lo intangible, el océano del silencio.

Tú eres todo lo que ve la mirada, la energía rutilante.

Yo soy una parcela de Tu juego Cósmico.

Único en Tu Esencia, Te has vuelto múltiple en Tu manifestación.

Tú y yo, oh mi bien amado, jugamos el juego de la vida humana.

Yo juego a ser un hombre y Tú juegas a ser Dios.

En la delicia de nuestra comunión, quiero amarte cada vez más intensamente.

Vierte Tu poder en este hombre, para que tome la apariencia de ser.

Haz de él un instrumento de redención.

¡Que Tu Luz se propague por el mundo!

¿Quién soy yo? ¿Quién, sino Tú?

Pero que dulce es poder saborear mi identidad contigo.

Yo soy Tú en mi realidad profunda, pues Tú eres la única Realidad.

Pero yo soy yo en mi apariencia perceptible, así el Amor es posible.

A través de mí, Tú contemplas tu abismo, gracias a Ti, yo conozco mi Esencia inmortal.

Sol Único, de reflejos infinitamente multiplicados en el espejo de las almas.

Tu Gloria impregna todas las cosas.

Tu Luz llena el universo.

Quien no Te conoce, lo disimula bajo su ignorancia.

Que mi gratitud, pueda ascender si cesar hacia Ti.

Que tu Gracia descienda sobre mí.

No Te pido nada Señor, pues Tú ya me has colmado.

Mientras que mi amor por Ti permanezca, yo estaré satisfecho.

Nada podrá arrancarme mi amor.

Bien amado, continuemos nuestra danza a través de las fantasmagorías del tiempo.

Los éxtasis silenciosos y los trabajos, las caras y los deslumbramientos solares, forman parte de nuestra ronda.

Bendito seas Tú en el tiempo y la eternidad.

Yo Te rindo homenaje, Única Realidad omnipresente.

INVITACIÓN

Las personas interesadas en la enseñanza, a las cuales la presente obra solo puede proporcionar una visión incompleta, y que deseen emprender un trabajo interior serio por su cuenta y recibir la indispensable iniciación Tradicional, pueden ponerse en contacto con nosotros.

Queremos señalar que esta iniciación se dispensa de forma completamente gratuita. El Conocimiento es un don Luminoso, no una forma vergonzosa de "ganar" dinero.

No va acompañado de ninguna obligación de tipo sectario, cada uno profundiza su Despertar en su casa y solo puede tener contacto, de manera ocasional, con un iniciador o iniciadora.

Para cualquier contacto:
confrerie.maieutique@gmail.com
mayeutica.es@gmail.com

DEPÓSITO LEGAL

Depósito legal
Eric Tolone

Autor editor
Código editor nº 904359

Dirección:
13 rue du Vieux Moulin 77220 Gretz Armaivilliers

Depósito legal:
ISBN 2-904359-12-5

Título:
"Aproximaciones a la mística”

Traducción y revisión:
Cèlia González, Marta González y Jesús Sánchez

Maquetación:
Nicolas Tourne

Derechos de autor: Eric Tolone

Todos los derechos de traducción, reproducción y adaptación están estrictamente reservados para todos los países, sin autorización previa.